

Tomé Martínez Rodríguez

Un viaje en el tiempo por los yacimientos arqueológicos más insólitos del planeta y los misterios de las grandes civilizaciones antiguas

# CIVILIZACIONES PERDIDAS





## **BIBLIOTECA DIGITAL**

### **TEXTOS DE HISTORIA BREVES HISTORIAS**

#### **DE LA ANTIGÜEDAD HASTA ANTES DE GRECIA**

#### **FICHA DEL TEXTO**

**Número de identificación del texto en clasificación historia: 500**

**Número del texto en clasificación por autores: 40597**

**Título del libro: Civilizaciones perdidas. Las huellas secretas del pasado remoto**

**Autor (es): Tomé Martínez Rodríguez**

**Editor: Ediciones Nowtilus S. L.**

**Registro de propiedad: Depósito legal: M-6866-2014; ISBN: 978-84-9967-586-2**

**Año: 2014**

**Ciudad y país: Madrid – España**

**Número total de páginas: 350**

**Fuente: <https://es.b-ok.lat/book/5887519/730abc>**

**Temática: Breves historias**

# **Civilizaciones perdidas**

**Las huellas secretas del  
pasado remoto**

# **Civilizaciones perdidas**

## **Las huellas secretas del pasado remoto**

TOMÉ MARTÍNEZ RODRÍGUEZ



**Colección:** Historia Incógnita  
[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Título:** *Civilizaciones perdidas*  
**Autor:** © Tomé Martínez Rodríguez

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.  
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez  
**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez  
**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid  
**Diseño y realización de cubierta:** Onoff Imagen y comunicación

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN edición digital:** 978-84-9967-586-2  
**Fecha de edición:** Abril 2014

**Depósito legal:** M-6866-2014

*A Joel, Roi y Carmen*

# Introducción

## El planeta milagroso

Durante un instante cósmico, nuestro mundo fue un cuerpo celeste inerte y silencioso hasta que hace millones de años una serie de milagrosos condicionantes favorecieron la explosión de la vida y su perpetua evolución hacia la *conciencia humana*; sin duda, uno de los acontecimientos más enigmáticos que definen nuestra presencia sobre la faz de la Tierra.

El ser humano ha recorrido un largo camino desde su génesis hasta la fundación de las primeras civilizaciones. Gracias a la paciente labor de los científicos que rastrean las pistas del pasado hemos reconstruido, con sumo esfuerzo, el complejo mundo de los tiempos de nuestros ancestros. Durante decenios hemos considerado que esa visión era la correcta; sin embargo, los últimos treinta años de investigación se han encargado de demostrar todo lo contrario.

Los descubrimientos sobre nuestro pasado se suceden vertiginosamente en gran medida gracias a las nuevas técnicas y los medios que nos proporciona la tecnología del siglo XXI. Así pues, el progreso tecnológico ha mejorado notablemente las técnicas de datación mediante el carbono y otros procedimientos, por lo que ahora sabemos –por ejemplo– que las estructuras megalíticas europeas son mucho más antiguas que las ciudades sumerias o egipcias.

Hasta hace relativamente pocas décadas los libros de texto escolares contemplaban dicha cultura como un avance que tenía su origen en la influencia de Asia, Oriente Medio y Próximo. En resumidas cuentas, se

consideraba que el continente europeo poseía una cultura muy posterior con respecto a la de estas zonas de influencia.

Con la aparición –en los años cincuenta– de las nuevas técnicas de datación todo acabaría cambiando ofreciéndonos un panorama muy distinto. De repente nos enteramos de que los megalitos de Occidente se comenzaron a construir a partir del 4500 a. C. y que lejos de ser una mera manifestación religiosa su construcción respondió a criterios científicos inconcebibles para la mentalidad moderna que considera asombroso que, en tiempos prehistóricos –y por lo tanto mucho antes de lo que presuponíamos–, el hombre fuese capaz de expresar de una forma tan original y sublime un conocimiento tan complejo.

A la luz de las nuevas revelaciones este devenir de acontecimientos científicos pasa, sin embargo, desapercibido para el gran público. Algunos de estos hallazgos aportan una visión diferente a la que cabría esperar y muchos de los nuevos datos apenas pueden ser debidamente asimilados, procesados y contrastados en un plazo razonable, por parte de los científicos involucrados en su estudio. A consecuencia de ello los propios especialistas se ven, muchas veces, en la difícil y titánica tarea de reinterpretar el complejo paradigma académico que hasta no hace mucho era universalmente aceptado como referente inequívoco en cualquier análisis serio sobre el pasado remoto de la humanidad.

Así las cosas, lo más lógico es que el modelo actual sobre el pasado cambie conforme avanza nuestro conocimiento objetivo de la historia. La maquinaria científica al servicio de la arqueología, la paleontología: en definitiva, de la historia, no se detiene; avanza sin tener en cuenta dogmas o «verdades absolutas», por lo que resistirse a estos cambios resulta a la larga fútil. Afortunadamente, al contrario que sus predecesores de hace unas décadas, las nuevas generaciones de científicos se muestran cada vez más abiertos a estos cambios profundos e incluso a aceptar ciertas anomalías, antaño repudiadas de antemano. Es el caso de los *Oopart (Out of Place Artifact)* u *Objetos Fuera de su Tiempo*.

Tengo que advertir, sin embargo, que algunos de estos artefactos «fuera de su tiempo» probablemente sean falsos; de hecho, algunos de ellos como las populares Piedras de Ica o las figuras de Acámbaro son –en parte– fraudes manifiestos, razón por la que debemos actuar con extremada cautela; pero, por otro lado, existen otros testimonios que han resultado ser auténticos y



otros que tienen grandes posibilidades de serlo si la ciencia corrobora su legitimidad.

Lo que sí resulta irrefutable es que aquellos artefactos y documentos que han resultado ser auténticos (como el sello mesopotámico VA 243, el conocimiento de la precesión equinoccial por parte de las culturas antiguas, la pila de Bagdad o el mecanismo de Antikythera) desacreditan, con su sola existencia, la creencia de que el conocimiento científico que se solapa en la cultura megalítica o en los *ooparts* –por poner dos ejemplos significativos– surge «repentinamente» sin dejar un rastro evolutivo previo que explique el alto grado técnico y cultural de sus autores.

Cabe aclarar también que no todas las perspectivas de los viejos libros de texto han resultado ser erróneas o imprecisas; también encontramos muchas conclusiones insertadas en el paradigma oficial clásico que podemos elevar a definitivas. Así, por ejemplo, en sus aspectos más generales tenemos una instantánea bastante fidedigna de la evolución de la vida en nuestro planeta hasta llegar a nosotros como especie.

Ahora sabemos que hace unos cuatro mil seiscientos millones de años se formó el sistema solar; que unos tres mil quinientos millones de años atrás hacen su aparición las bacterias evolucionando en diferentes formas, lo que abrirá la puerta, hace unos mil cuatrocientos millones de años, a formas de vida más complejas; en concreto las células eucariotas cuya importancia estriba en el hecho de que de ellas estamos contruidos los seres humanos y el resto de criaturas más complejas que pululan por tierra, mar y aire.

Con el paso del tiempo, hará unos ochocientos millones de años, aquellas formas de vida unicelular se hicieron pluricelulares y se especializaron desempeñando funciones distintas. Gracias a esta espectacular mutación hace unos seiscientos millones de años surgen las primeras criaturas con partes duras persistiendo después de su muerte en forma de fósiles. A partir de entonces la naturaleza desplegará todo su potencial creativo moldeando –a lo largo de millones de años– una ingente cantidad de formas de vida que nos conducirá hasta nuestra propia especie muchísimo tiempo después. Pero ¿dónde comenzó la vida humana? ¿De dónde partió nuestro linaje? ¿Cuál es nuestro ancestro más directo? ¿Cuándo surge realmente el hombre moderno? En los últimos tiempos la paleoantropología nos ha brindado nuevas respuestas a estas grandes cuestiones dimensionando, aún más si cabe, el gran enigma de nuestra existencia sobre este planeta.

El esquema de nuestra peculiar evolución sigue teniendo importantes lagunas pero a pesar de ello los recientes hallazgos fósiles de los primeros antropoides o el descubrimiento de nuevos géneros *Homo*, como la aparición de los restos óseos de una nueva especie humana al noroeste de Sudáfrica, nos dicen a las claras que todo lo que ha pasado en la Tierra desde que explotó la vida es, a falta de un término más adecuado, «milagroso».

El esquema de ese proceso evolutivo hasta llegar a nosotros sigue estando por lo tanto incompleto, pero no dejamos de avanzar en la búsqueda de las respuestas que ayuden a dar sentido a nuestra existencia. Dentro del ámbito de la arqueología conforme avanzamos en el conocimiento de las grandes civilizaciones del pasado descubrimos también los aspectos involucrados en el declive y posterior ocaso de muchas de ellas. Hasta no hace mucho, ciertas lagunas en nuestro conocimiento de los tiempos más remotos impedían que fuésemos capaces tan siquiera de esbozar una explicación satisfactoria que esclareciera el desmoronamiento de estas complejas sociedades. ¿Cómo es posible que civilizaciones tan avanzadas pudieran finalmente perecer? ¿Cuáles fueron las causas que motivaron su desintegración? ¿Cómo pudieron construir sus fabulosos monumentos? ¿Cómo explicar sus avanzados conocimientos científicos? ¿Dónde y cómo se origina el desarrollo de esta ciencia antigua? Y esos conocimientos ¿se perdieron para siempre después de sus respectivos ocasos?

Ahora resulta que las sociedades organizadas surgieron antes de lo estimado y las primeras civilizaciones también. Testimonios como los yacimientos turcos de Göbekli Tepe y Nevali Çori o los vestigios de unos diez mil años de antigüedad desenterrados en la ciudad de Jericó han convulsionado nuestra visión de la prehistoria para siempre<sup>1</sup>. Pero eso no es todo; conforme pasa el tiempo vamos viendo que el complejo conocimiento cultural y científico que aflora tras la lectura analítica de los variados restos de aquellas enigmáticas sociedades tuvo que tener –lógicamente– un desarrollo muy anterior, lo que demuestra que civilizaciones como la sumeria no pudieron aparecer, como se sigue afirmando en muchos manuales, súbitamente, sino que son consecuencia de un proceso evolutivo del que ya hemos empezado a encontrar pistas.

Hasta no hace mucho se creía que las más antiguas ciudades-estado del mundo, con cinco mil años de antigüedad, se encontraban en Mesopotamia; sin embargo ya hubo, entre los pioneros que hicieron las primeras

excavaciones, quien mostraba sus dudas al respecto; es el caso del arqueólogo Leonard Woolley, quien en 1929 decía:

Nada hay que nos muestre a qué raza pertenecían los primeros habitantes de Mesopotamia [...] En una fecha indeterminada, gentes de una nueva raza aparecieron en el valle, procedentes de no sabemos dónde, para asentarse junto a los antiguos habitantes. Eran los sumerios [...] Los sumerios creían que llegaron al país con su civilización ya formada, trayendo consigo el conocimiento de la agricultura, del trabajo metalúrgico y del arte de la escritura, desde entonces –dicen– no ha habido nuevas invenciones y si, como nuestras excavaciones parecen demostrar, hay gran parte de verdad en esa tradición [...] posteriores investigaciones pueden descubrir dónde desarrollaron los ancestros de los sumerios la primera civilización real.

Para nuestra sorpresa hemos comprobado, tal y como pasó en otros momentos clave de la historia de la arqueología, que muchas de esas pistas válidas se esconden en los *Rollos de Qumrán*, en la Biblia, en los *Diálogos* de Platón (*Timeo* y *Critias*), en las tradiciones de la francmasonería y otras fuentes remotas de tradición oral repartidas a lo largo y ancho del planeta. Resulta evidente que debieron de existir avanzadas culturas como la insinuada, por ejemplo, por Platón o tal vez –quién sabe– entidades derivadas de aquella o de alguna otra potencia olvidada que inspiró el mito platónico y sugerida en otras fuentes a las que nos referiremos en las próximas páginas.

En nuestra investigación no nos limitamos a la lectura de las viejas tradiciones, también hacemos una lectura atenta de ese libro abierto que es la geología; ahora sabemos que un acontecimiento cósmico de gran magnitud puso en riesgo la vida en la Tierra y por ende nuestro propio destino colectivo como especie. Este acontecimiento apocalíptico también ha tenido su eco en los mitos y leyendas de nuestros ancestros más remotos. Las nuevas investigaciones constatan que todos estos elementos en apariencia aislados están íntimamente relacionados entre sí. Y que aquellos terribles acontecimientos sucedieron realmente, lo que acabará por dilucidar muchas incógnitas.

A estas alturas cabe especular con la posibilidad de que hace unos diez mil años algo o alguien influyó en el devenir de la humanidad de una forma súbita, algo difícil de aceptar. Conforme a este argumento de base han brotado variopintas teorías que tratan de explicar con mayor o menor fortuna estas grandes cuestiones. Algunos de estos argumentos son difícilmente asumibles por la ciencia e incluso por el «sentido común», pues muchos de ellos resultan poco o nada ortodoxos. Así las cosas, hay quien considera que

la aparición repentina de la civilización se la debemos a la intervención de visitantes alienígenas, otros esgrimen que por todo el planeta aparecen espontáneamente, y por pura casualidad, las primeras expresiones de civilización y de conocimiento científico y, finalmente, hay quien aboga por la intervención directa de alguna cultura exótica humana desconocida.

Todos los datos y reflexiones que veremos en este libro evocan el génesis de un pasado al que hacen referencia los mitos y leyendas, por lo que cabe preguntarse si, como suele pasar la mayoría de las veces, en el estudio profundo de estas fuentes tradicionales encontraremos las claves que nos ayuden a resolver este gran misterio. Al fin y al cabo toda leyenda casi siempre contiene alguna importante revelación oculta que puja por manifestarse.

Para la consecución de tan importante fin, iniciaremos nuestro viaje mucho antes de que nos convirtiésemos en humanos, para continuar nuestro periplo haciendo un exhaustivo repaso del conocimiento hermético de la Antigüedad, desde las primeras expresiones rupestres de la humanidad, los constructores de megalitos, las tribus africanas, las pirámides egipcias, los observatorios precolombinos o los templos medievales y su relación con civilizaciones desaparecidas, cuya sabiduría habría sido preservada durante siglos.

Tal vez, los libros de texto del futuro recojan parte de los argumentos que me atrevo a adelantar en estas páginas pero quiero dejar claro que lo hago desde la humildad y el profundo respeto y admiración que me merecen los profesionales de la historia y la arqueología. Ellos serán, con su trabajo científico, los que finalmente disipen las brumas del pasado. Por eso espero que sepan perdonar mi osadía al pretender dar respuesta a algunos de los enigmas que acompañan a nuestra especie desde su lejano y oscuro génesis.

Tomé Martínez Rodríguez

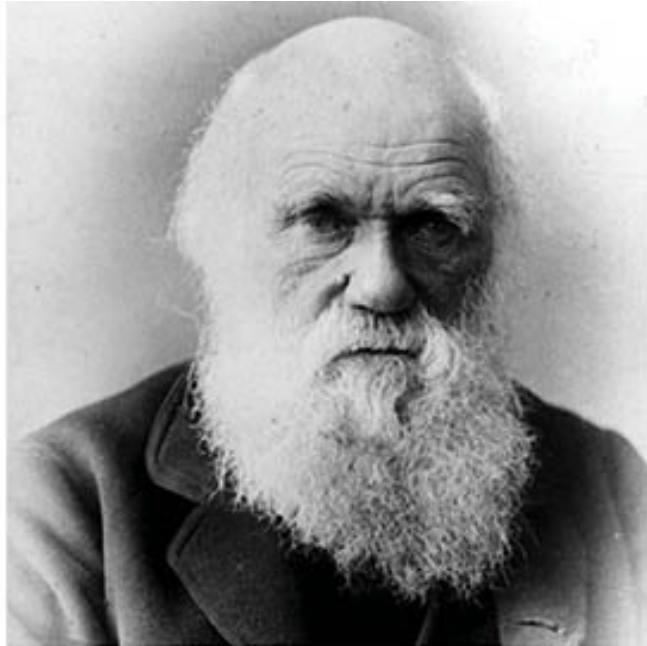
1 La bíblica ciudad de Jericó ha estado ocupada ininterrumpidamente durante once mil años. Los datos arqueológicos nos dicen que el asentamiento original se erigió en torno al nacimiento de una fuente y de repente, hace unos diez mil años, se convirtió en una gran ciudad en la que presumiblemente convivieron más de dos mil almas. Súbitamente, aparece un vestigio de civilización en el que sus habitantes pasan a practicar nuevos tipos de dieta, a domesticar a los animales, a ejercitar un activo comercio y a desarrollar una próspera agricultura.

# Capítulo 1

## La incógnita de la evolución humana

La mayor incógnita a la que se enfrenta el ser humano es su propia existencia. En nuestra infatigable búsqueda de respuestas hemos logrado despejar algunas brumas del pasado pero los grandes nubarrones siguen ocultando el horizonte. A pesar de ello, la tenacidad de los paleontólogos y su metódica y paciente labor desenterrando fósiles primero y analizándolos después nos ha permitido disponer de una imagen veraz de la evolución de la vida y de nuestra especie durante los últimos dos mil millones de años.

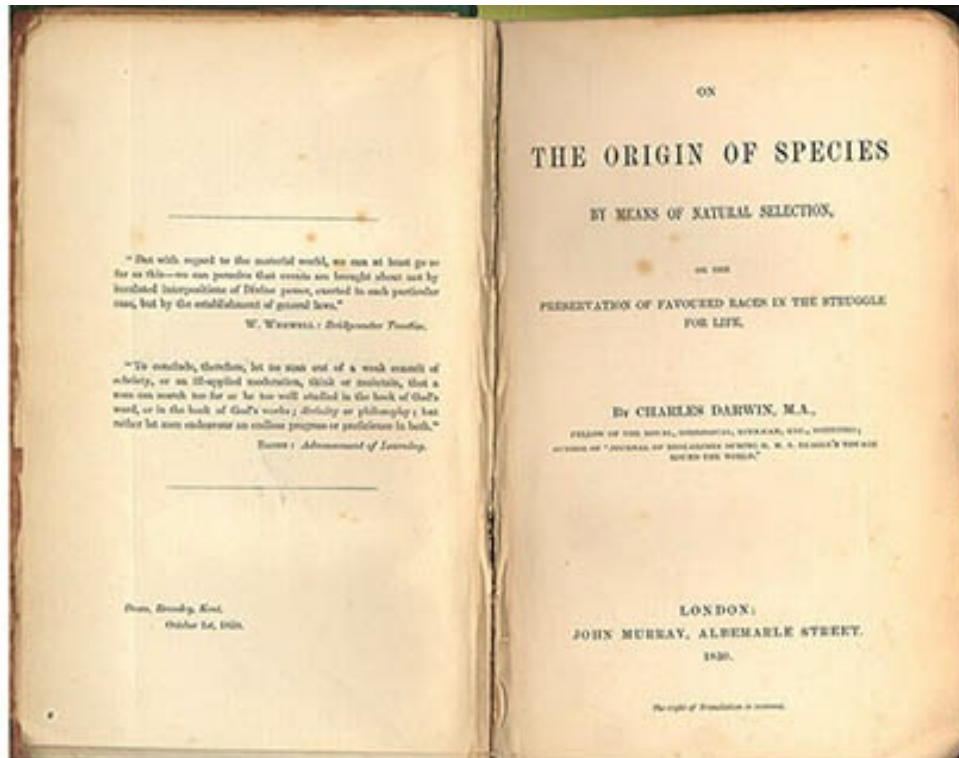
Esta excitante aventura científica comenzó en 1859; el año en el que Charles Darwin publicó su obra cumbre: *Origin of Species*. Las ideas recogidas en sus páginas eran tan radicales para la época que a la hora de exponerlas al gran público la editorial apostó por la clásica ilustración de la «evolución del hombre» en la que se escenificaba la paulatina transformación del mono en ser humano. Darwin era plenamente consciente de esta estrategia de comunicación en la que se obviaban numerosos detalles y aspectos de suma relevancia pero entendió, desde un principio, que a pesar de no ser la manera más ortodoxa de explicar la complejidad de su teoría era, sin embargo, la más eficaz para hacer comprender a la sociedad de su tiempo una idea tan revolucionaria.



Las ideas de Charles Darwin cambiaron para siempre nuestra percepción de la vida y el génesis de las especies. Básicamente todos los seres vivos de este planeta han evolucionado a lo largo del tiempo a partir de un antepasado común; y lo han hecho gracias a un proceso denominado selección natural. La ciencia moderna no ha hecho otra cosa que corroborar las conclusiones del naturalista inglés.

Naturalmente, ni entonces ni en el presente las ideas de Darwin fueron bien acogidas por el fundamentalismo religioso; y ello a pesar de que el registro fósil evidencia, sin atisbo de duda, que el naturalista inglés tenía más razón que un santo. Ahora gracias a este importante paso dado por Darwin nos es más fácil asimilar y comprender las circunstancias que modelaron a lo largo de millones de años las formas de vida actuales, herederas de una larga cadena de mutaciones encaminadas a la adaptación de la diversidad animal y vegetal.

Pocos años después de que Darwin pusiera patas arriba el paradigma evolutivo del hombre con su revolucionario trabajo, otro científico, Thomas Henry Huxley, asombró a la opinión pública del siglo XIX con su obra *Evidences as to Man's Place in Nature*. En ella, el biólogo británico corroboraba la idea esgrimida por su colega Darwin de que «nuestros orígenes tenían más que ver con lo natural que con lo sobrenatural».



La revolucionaria obra de Darwin, *Origin of species*,  
en su edición de 1859.

Durante siglos se había aceptado el dogma de que el génesis de nuestra especie estaba escrito con claridad en las páginas de la Biblia. Sus textos eran la prueba de que Dios no sólo había hecho al hombre a su imagen y semejanza sino que además había tenido la deferencia de brindarnos las pistas que nos conducirían a datar el año de fabricación del *Homo sapiens*: el 4004 a. C. El conflicto entre ciencia y religión estaba servido. La batalla de argumentos fue feroz. El sector eclesiástico, escandalizado por las nuevas ideas de Darwin, se enfrentó duramente a sus paladines evolucionistas. Incluso cuando las teorías sobrenaturales fueron perdiendo terreno, los obstinados abogados creacionistas consiguieron algunos triunfos dignos de mención como que durante un tiempo se siguiera instruyendo a la población británica en estas falsas ideas durante años.

Conforme al nuevo paradigma, los humanos presentaban una relación evolutiva muy estrecha con los grandes monos, por lo que su génesis se remontaba más lejos –cronológicamente hablando– que la fecha señalada por

el dogma religioso. La sintonía de Huxley con Darwin se percibe claramente en sus conclusiones de campo y como era de esperar el colofón de esta línea de pensamiento fue –en palabras del antropólogo Roger Lewin– un elemento clave para la mayor revolución de la historia de la filosofía occidental: los humanos pasaron a ser considerados como formando parte de la naturaleza y no como algo ajeno a esta.

Históricamente, el debate sobre el origen del hombre ha sufrido importantes modificaciones. Desde la época de Darwin y Huxley hasta poco después de la entrada en el siglo xx, se estimó que los parientes más cercanos a nosotros eran los grandes simios africanos, tales como el chimpancé y el gorila, mientras que el orangután (el gran simio asiático) no se consideró tan cercano a nuestra especie. Desde los años veinte a los sesenta los humanos fueron distanciados por los grandes simios, que fueron considerados como pertenecientes a un grupo evolutivo singular. Desde los años sesenta, sin embargo, el punto de vista convencional retornó a la perspectiva darwiniana.

En medio de todo este proceso deductivo algunos investigadores se devanaban los sesos tratando de localizar la mítica «cuna de la humanidad»; y ello a pesar de que años antes Darwin ya había apostado por África como el escenario más probable en el que surgió nuestra especie. De nada sirvió. Durante las primeras décadas del siglo xx Asia se perfiló como la mejor candidata pero el paso del tiempo ha demostrado, una vez más, que la intuición de Darwin era correcta<sup>2</sup>.

En la década de los sesenta, con el descubrimiento del espécimen fósil del *Ramapithecus*, pareció confirmarse la visión evolutiva paralela que trataba de explicar las semejanzas entre los simios africanos y el hombre. Este simio vivió hace quince millones de años en Eurasia y llamó la atención de la comunidad paleontológica por sus especiales características anatómicas, muy similares, a grandes rasgos, a las de los homínidos. Sin embargo, las posteriores evidencias brindadas por los fósiles y la biología molecular demuestran que el *Ramapithecus* no es, en absoluto, el primer homínido, sino más bien un mono, lo que confirma la idea de que el origen de la línea evolutiva humana es relativamente reciente: aproximadamente entre cinco y puede que algo más de diez millones de años.

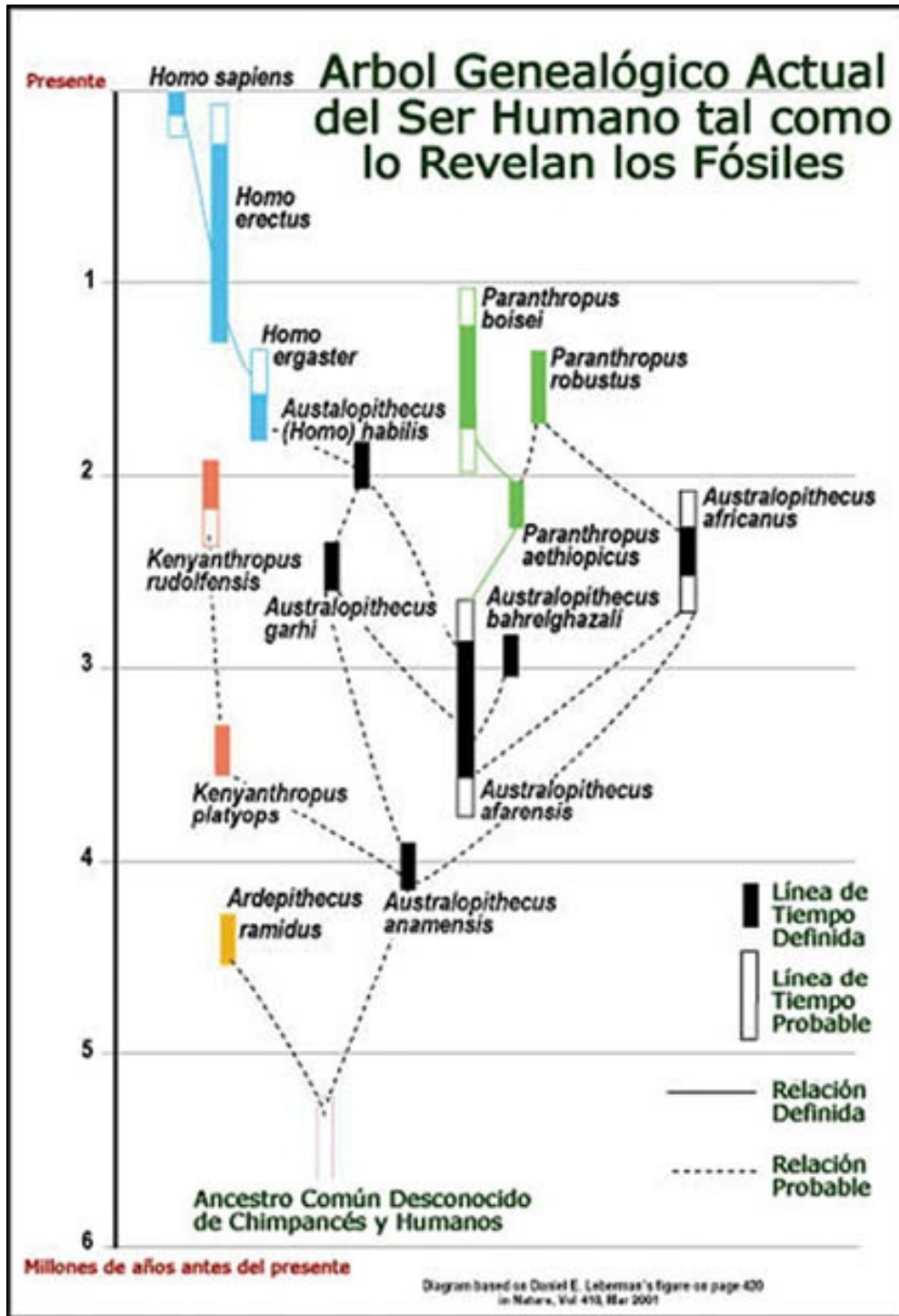
## [GENÉTICA Y PALEOANTROPOLOGÍA](#)



Desde que se descubriera el potencial de la genética como herramienta de investigación del pasado la antropología ha sufrido su particular revolución dando lugar a una especialidad imprescindible: la paleoantropología; una rama de la antropología física que se ocupa del estudio de la evolución humana a través de sus antepasados fósiles y que está estrechamente vinculada con la biología y la genética. Esta rama de la antropología nos muestra que la historia evolutiva de los organismos vivos se camufla en sus genes, de ahí su utilidad práctica en el estudio del pasado remoto de nuestra especie. La antropología molecular ha demostrado su eficaz contribución; en primer lugar, proporcionándonos una visión coherente de la forma que realmente presenta el árbol hominoide. Y, en segundo término, dándonos una perspectiva temporal mucho más precisa de los momentos en que *los distintos linajes se han separado unos de otros*, lo que se conoce como *reloj molecular*, tema sobre el que volveremos.

De este modo, antes de que la ciencia nos brindara las pruebas moleculares a las que estamos haciendo referencia, se pensaba que los homínidos se alejaron de los antropomorfos africanos y asiáticos hace unos quince millones de años. Sin embargo, con los datos moleculares en nuestro poder, podemos concluir que los antropomorfos asiáticos y africanos difieren entre sí y a su vez se separaron de los homínidos probablemente hace tan sólo unos cinco millones de años, por lo que el *Ramapithecus* no es un homínido, sino un prosimio.

Ahora entendemos que a lo largo de los tiempos estas escisiones han sido la norma en la evolución de los linajes de las numerosas especies que han interactuado a lo largo de los tiempos en nuestro planeta. Así, por ejemplo, el hombre no evolucionó a partir de otros antropoides, sino que se separó de ellos. Por lo que durante el natural proceso evolutivo de los diferentes linajes se producen escisiones y es precisamente en esos momentos cuando surge una nueva criatura cuyas características denotan el primer paso hacia un nuevo tipo: es lo que se conoce como eslabón perdido o más técnicamente «especie de transición».



Esquema genérico de la evolución de nuestra especie.

## [EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO](#)

Todas las criaturas que existen sobre el planeta Tierra descienden de los mismos *antepasados primordiales* de hace unos tres mil ochocientos millones de años. Ha sido el paso del tiempo el que ha definido las formas en que aquellos remotos antepasados acabaron convirtiéndose, por ejemplo, en seres humanos. En ese proceso evolutivo hacia nosotros resulta pertinente preguntarse cuál es el *antepasado común* más reciente de todos los primates. Pues estas criaturas marcan el camino hacia los seres humanos.

Nuestra visión de los tiempos remotos es poco nítida en sus detalles debido a que está muy fragmentada. De hecho, no hay nada más frustrante para un paleontólogo que tratar de discernir las implicaciones de unas especies con otras o cómo era su vida cotidiana. La erosión ha difuminado o borrado gran parte de esa información tan valiosa, por lo que lo lógico es que, en lo que respecta al génesis evolutivo de nuestra especie, la situación no sea distinta<sup>3</sup>.

Así pues, la fragmentación del registro fósil no nos permite profundizar en los detalles y las complejidades evolutivas de nuestro género como hubiésemos querido; razón por la que resulta del todo imposible tratar de determinar el antepasado común de los primates pero sí nos permite conjeturar, con cierto fundamento, que los primates son mucho más antiguos de lo que se presupone<sup>4</sup>.

El concepto de «*eslabón perdido*», tan recurrente entre los autores que nos atrevemos a escribir sobre los orígenes del hombre, resulta a todas luces una quimera en la práctica pues se carece de la referencia adecuada para determinar el sentido de este concepto cuando se localiza un nuevo fósil; sin embargo, tenemos las herramientas que nos permiten averiguar cuándo fue la última vez que dos individuos compartieron un antepasado común.

Páginas atrás ya hacíamos referencia a la importancia que durante años han ido adquiriendo los estudios genéticos aplicados al estudio paleontológico. Bajo el prisma analítico de esta peculiar herramienta hemos esclarecido con gran exactitud muchos interrogantes sobre los restos fósiles de nuestros remotos antepasados. Gracias a la información proporcionada por el genoma podemos deducir el contexto temporal donde emergió una determinada especie de transición. Esta técnica parte de la idea de que con el tiempo los organismos evolucionan, cambian, y en consecuencia su ADN también. De entre esos cambios los que interesan aquí no son los más relevantes sino aquellos pequeños cambios que no afectan al funcionamiento

del organismo en cuestión. La acumulación de estos *cambios nimios no funcionales* son los que establecen las pautas lógicas del denominado *reloj molecular*. Si medimos las diferencias en los fragmentos no funcionales del ADN podremos saber cuándo fue la última ocasión que dos organismos compartieron un antepasado. Esta información nos proporciona una pista fidedigna para dar con un «eslabón perdido», pero ¿cómo saber si realmente lo que encontremos en esa franja temporal del terreno es el premio gordo? Por ejemplo, al establecer la diferencia entre el ADN no funcional de los chimpancés y los humanos sabemos que el antepasado común de ambas especies vivió sobre el planeta hace unos cinco millones de años y aunque hemos encontrado fósiles –de ese lejano contexto temporal– con las características anatómicas y físicas que cabría esperar de un espécimen de esa naturaleza, somos conscientes de que las posibilidades de encontrar el primer individuo de un linaje nuevo son, francamente, improbables; pues nadie sabe exactamente cómo sería el candidato a dicho título ni tampoco qué buscar. Cualquier paleontólogo sensato se limitaría a excavar en un determinado lugar teniendo en cuenta, en todo momento, las pistas brindadas por el *reloj molecular*.

Durante décadas, las continuas campañas paleontológicas nos han permitido saber, al menos, de la existencia de media docena de especies relacionadas con nuestro género pero nada nos impide sospechar que muy probablemente debieron de existir muchas más, entre veinte y treinta, según algunos investigadores. Aun cuando muchos fósiles nunca saldrán a la luz debido a su desintegración por la erosión, los análisis genéticos avalan nuestro convencimiento de que en el pasado existieron muchos más géneros de los desenterrados en los yacimientos. Por esa razón podemos estar seguros de que la aparición de los primeros primates tuvo lugar hace unos ochenta millones de años, lo que nos conduce a la época en que los dinosaurios reinaban los vastos dominios del planeta.

Por lo tanto, es indiscutible que nuestro linaje interactuó con los dinosaurios. Esto puede que sorprenda a más de uno puesto que siempre se ha pensado en los mamíferos como unas criaturas que surgen «de repente» en el escenario de la vida después de la extinción de los dinosaurios hará unos sesenta y cinco millones de años<sup>5</sup>; de hecho las primeras incursiones en el registro fósil mesozoico apenas mostraron indicios fósiles de mamíferos, lo que abonó la idea equivocada de que los mamíferos eran criaturas exclusivas

en los tiempos posteriores de la gran extinción cretácica; sin embargo, ahora sabemos que los mamíferos son extraordinariamente antiguos<sup>6</sup>. Durante algo más de ciento treinta millones de años, la duración estimada del reinado de los dinosaurios, estas criaturas pasaron prácticamente desapercibidas, agazapadas en sus oscuras madrigueras mientras los grandes dinosaurios despedazaban a sus presas sobre sus cabezas.

Uno de los aspectos más desconcertantes del genoma es el aparente oportunismo de las mutaciones genéticas de los organismos vivos. ¿Por qué razón mutan? ¿Lo hacen realmente en función de las necesidades de adaptación de ese organismo a un medio ambiente cambiante? Si analizamos concienzudamente el registro fósil veremos que algunas antiguas criaturas mutan en breves intervalos temporales mientras que otras permanecen en su diseño inalterables; es el caso por ejemplo de las conchas marinas que siguen presentando el mismo aspecto de hace millones de años. Se puede argumentar y con cierta razón que el diseño de estas criaturas ha sido exitoso y por eso apenas han necesitado mutar, pero lo mismo podríamos decir de muchos seres que han existido con éxito en un entorno cambiante y sin embargo, por razones que no acabamos de comprender bien, han dado paso a otros organismos nuevos. Durante el proceso evolutivo de los seres vivos, las mutaciones se suceden en intervalos de tiempo aparentemente «caprichosos», algo que contrasta notablemente cuando comparamos las inextricables pautas evolutivas de los homínidos con el de los grandes dinosaurios cuyos parámetros evolutivos obviaron lo que ahora nos hace realmente únicos; me explico. A pesar de la abultada presencia de los dinosaurios sobre la Tierra, mucho más tiempo que el invertido por el ser humano en su viaje evolutivo – de unos seis millones de años, frente a los más de ciento treinta millones de años empleados por los grandes reptiles–, no fue al parecer suficiente para desarrollar una criatura como la nuestra<sup>7</sup>, capaz no sólo de comprender y transformar su entorno sino de desarrollar con el tiempo un lenguaje, una cultura y una avanzada civilización.

Juan Luis Arsuaga, el máximo responsable en su momento de las excavaciones de Atapuerca, se pregunta si son suficientes doscientos mil años para que se produzcan los importantes cambios anatómicos y ecológicos que van desde el *Ramidus* al *Anamensis*. Experimentamos la misma sorpresa al observar el incremento intelectual del *Homo erectus* con respecto a su supuesto predecesor, el *Homo habilis*. Del mismo modo, hace unos

doscientos mil años, el *Homo erectus* dio paso al *Homo sapiens* con un incremento craneal del 50 %. ¿Cómo es posible que esto sucediera de forma aparentemente tan breve después de 1,2 millones de años durante los cuales no se había registrado ningún progreso? El controvertido Alan F. Alford en su libro *Gods of the New Millenium* explica este sorprendente cambio de dos maneras: o el *Erectus* desciende de una especie todavía por descubrir o, en su defecto, tuvo que haber algún tipo de intervención que dio origen al hombre moderno. Probablemente la solución esté, en realidad, bajo tierra en las capas profundas de un registro fósil, no lo olvidemos, especialmente fragmentado, en donde muchos de esos potenciales fósiles que nos gustaría tener para responder estas cuestiones simplemente han sido convertidos en polvo por la actividad geológica del planeta.

En su devenir biológico, en el Cretácico, cuando, recordemos, los dinosaurios todavía estaban aquí, los mamíferos sufrieron avances de relevancia. Como apuntaban Tudge y Young: «Así, los dos grupos más destacados de mamíferos modernos, *los placentarios* (como los primates) y *los marsupiales* (como los canguros y koalas) compartían claramente un antepasado común» y parece que, en unos ciento cincuenta millones de años, estos dos grupos se escindieron formando linajes independientes. Dado que el primero de aquellos primeros primates convivió con los grandes reptiles está claro que estos influyeron también en su evolución. De hecho, los seres humanos hemos heredado de aquellos antepasados primates no humanos muchas características que consideramos erróneamente exclusivas de nuestra especie, lo que nos vincula con aquellos remotos tiempos. Hecha esta importante aclaración cabe preguntarse si de todos los fósiles encontrados de finales del Cretácico y principios del Terciario existe alguno que pertenezca al linaje de los primates; la respuesta es que sí. Se han desenterrado numerosos fósiles de antepasados de primates; son los *protoprimates* o *primates arcaicos*.

Juan Luis Arsuaga e Ignacio Martínez en su famoso libro *La especie elegida* aseguran que el primer fósil que podría ser considerado nuestro antecesor corresponde a una especie de mamífero arborícola con aspecto de ardilla que vivió hace sesenta y cinco millones de años. Al parecer, aquellos mamíferos eran herbívoros perfectamente adaptados para la vida en los árboles. Sin embargo, en un momento determinado decidieron aventurarse en otro medio más peligroso pero muy productivo en su búsqueda de alimento:

el suelo, lo que favoreció su posterior transformación en simios al verse forzados a la posición bípeda.

Estos ancestrales seres se asignan al grupo de los *plesiadapiformes* y son los únicos primates fósiles de la primera época del Terciario, el Paleoceno (entre sesenta y cinco y cincuenta y cinco millones de años), en el cual se diversificaron en varias líneas evolutivas. «Ha habido y sigue habiendo polémica –comentan los autores de *La especie elegida*– acerca de si los *plesiadapiformes* deben considerarse o no auténticos primates. Aquellas primitivas criaturas están evolutivamente más próximas al conjunto de los primates vivientes, quienes a su vez forman un grupo natural con un antepasado común exclusivo; por lo que algunos autores proponen que los primates se dividan en dos grandes categorías: los *plesiadapiformes* o *primates arcaicos* y los demás primates o *euprimates*».

La paleontología nos dice que las grandes innovaciones evolutivas se han dado en el continente africano, por lo que se echa de menos algún testimonio fósil de protoprimates arcaicos; pero la razón de no encontrarlos se debe a que en África escasean rocas de principios de la era Terciaria y aunque las evidencias fósiles constatan la presencia de estas audaces criaturas en ámbitos geográficos tan dispares como el europeo o el americano nada impide, dados los antecedentes evolutivos de nuestra especie, que África no haya sido, entonces, su lugar de origen.

Los vestigios fósiles nos indican que hace unos sesenta millones de años estos protoprimates se diversifican en numerosas familias llamando la atención su pequeño tamaño no mayor que el de una rata; aunque unos pocos consiguieron superar este listón equiparándose en dimensiones a lo que hoy sería un gato doméstico. El caso es que hará unos cincuenta millones de años comienza su decadencia y a finales del Eoceno parece que se extinguieron para dar paso a los que pasan por considerarse, científicamente hablando, los primeros primates auténticos: los prosimios. Lamentablemente el registro fósil de los períodos en los que los prosimios se desarrollaron se muestra bastante escaso como para dilucidar ciertos parentescos con los simios antropoides, cuyas características especiales nos vinculan con ellos de una forma clara. Aun así parece claro que si ellos no fueron los estrictos antepasados directos de los antropoides, lo fueron otras criaturas muy similares.

La otra cara de la moneda la encontramos en los antropoides; al contrario

que sus predecesores los restos fósiles de estos últimos –para la satisfacción de los paleoantropólogos– son abundantes. El yacimiento más importante, por el ingente número de fósiles encontrados en él, se encuentra en una inhóspita depresión conocida con el nombre de *El Fayum*, en Egipto. Gracias a lo allí encontrado podemos esbozar las que debieron ser las pautas evolutivas de los antropoides.

Para empezar, posiblemente existió un linaje antropoide básico en África en el período Eoceno y este, en algún momento, se ramificó dando lugar a los monos del Nuevo Mundo (platirrininos) y los monos del Viejo Mundo y los grandes simios (catarrinos): «En algún momento de principios del Oligoceno, los catarrinos se escindieron para dar origen a los grandes simios por un lado y a los monos del Viejo Mundo por otro». Lo único que objetivamente se puede hacer es encajar los hallazgos encontrados y articularlos en lo que muy probablemente fue la realidad.

De entre estos fósiles que han salido a la luz destaca el *Aegyptopithecus*, un catarrino primitivo cuyas características inducen a pensar en él como el antepasado directo del *Procónsul*. Algunos paleoantropólogos ven en él, a su vez, un antepasado de los grandes simios modernos y de los seres humanos. «Es decir, un grupo de descendientes del *Procónsul* se quedó en África y evolucionó hasta transformarse en los gorilas, los chimpancés y los humanos; y otro grupo siguió el camino a Asia y evolucionó hasta dar lugar a los orangutanes».

En este contexto el descubrimiento en 1982 de un fósil perfectamente conservado en una cantera en Alemania ha enriquecido considerablemente nuestra visión de la evolución humana.

## [LA FOSA DE MESEL](#)

Por suerte, tanta dedicación y esfuerzo por parte de los paleontólogos tiene, a veces, recompensa. Ya he comentado con anterioridad que resulta extremadamente improbable dar con el fósil de un hipotético eslabón perdido, pues los eslabones se transforman rápidamente en otro tipo de criatura y por lo tanto estos individuos tienden a evolucionar con rapidez, por lo que probablemente nunca encontremos ninguno, pero el fósil que voy a describir



a continuación, sin ser un eslabón en el sentido estricto, es un testimonio extraordinario en el mundo de la paleontología que marca el camino a seguir.

La cantera de Mesel es uno de los yacimientos de pizarra bituminosa más conocidos de toda Alemania; no en vano, su explotación viene de lejos. Ya desde las primeras indagaciones sobre el terreno salieron a la luz numerosos fósiles excelentemente conservados que hablaban de un pasado tropical durante el período Eoceno. Por entonces la Tierra presentaba un aspecto muy diferente al actual, debido al conocido fenómeno de la deriva continental<sup>8</sup>.

## LA ERA DE LOS MAMÍFEROS

Charles Lyell definió en 1833 la era Terciaria como el período posterior a la extinción de los dinosaurios. El geólogo escocés dividió esta era en cuatro períodos: Eoceno, Mioceno, Plioceno y Pleistoceno. Desde el punto de vista etimológico Eoceno significa literalmente «la aurora de la vida reciente», la primera explosión biológica tras la gran extinción de los grandes reptiles. El Eoceno duró desde hace 55 millones de años hasta hace 33,9. Hoy sabemos que aunque los reptiles y los mamíferos llegaron a coexistir durante un breve espacio de tiempo, el Eoceno fue de los mamíferos y del primate primigenio, y aunque los vacíos en el registro fósil son relevantes podemos conjeturar que hará unos cuarenta millones de años ese primer primate se ramificó en dos grupos: los de nariz húmeda (lémures y loríes) y los de nariz seca (tarsios, simios y monos). Esta escisión se dio en el Eoceno y si no se hubiese producido la humanidad, tal como la conocemos ahora, nunca hubiera existido; de ahí lo importante de este contexto temporal de nuestra historia evolutiva.

Un día de 1982 un hombre apasionado por los fósiles se desplazó desde las afueras de Frankfurt hasta el yacimiento de Mesel con la idea de conseguir un nuevo fósil para su colección privada. Por fortuna para la ciencia, este desconocido aficionado trabajaba como un auténtico científico a la hora de extraer y tratar un fósil. Su profesionalidad será largamente reconocida pues gracias a su meticulosa labor hoy poseemos el fósil mejor conservado del

mundo. El hombre tras unas horas de exploración sobre el terreno acabó por tropezarse con lo que parecía una especie de mono petrificado. Perplejo y emocionado por su descubrimiento comenzó su concienzudo trabajo técnico en el yacimiento primero y en su laboratorio después. Durante meses preparó el fósil con o sin la ayuda de un experto, nunca lo sabremos; y luego, tras un arduo trabajo, lo introdujo en una vitrina para su goce personal permaneciendo oculto para la ciencia durante dos largas décadas.

Cada mes de diciembre se celebra en Hamburgo una de las ferias de fósiles más importantes de toda Europa. Fue allí, en 2006, cuando Jorn Hurun, un profesor adjunto de paleontología de la Universidad de Oslo se encontró con el señor Perner, un vendedor de su absoluta confianza. El veterano vendedor de fósiles acabaría haciéndole partícipe de un gran secreto: un aficionado a los fósiles, de avanzada edad, le había facilitado la fotografía de un fósil asombroso del que se quería deshacer y dado su valor científico Hurun era el destinatario perfecto.

El señor Perner extrajo de su bolsillo la misteriosa foto e intrigado Hurun la observó. Como era de esperar el experimentado profesor se quedó igual de petrificado que el espécimen que tenía ante sus ojos: un primate del orden de los mamíferos con unos rasgos anatómicos que nos vinculan con él: es ahí donde radica su extraordinaria importancia para nosotros como especie. Los chimpancés, los lémures, los monos y los seres humanos somos todos primates y como miembros que somos de una misma familia hemos debido de tener un antepasado común. El descubrimiento de Lucy en África oriental nos permitió profundizar en nuestro conocimiento sobre la evolución moderna de los primates pero la evolución anterior de los primates sigue siendo un enrevesado enigma. Los lémures y los loríes se clasifican dentro de los denominados *primates de nariz húmeda*; mientras que los monos, los tarsios, los grandes simios y los seres humanos forman parte de los *primates de nariz seca*; la cuestión es saber en qué momento y dónde se separa la familia de los primates en sus dos principales linajes. Como aventuró intuitivamente al principio Jorn Hurun, este fósil, al que se ha bautizado como Ida, arroja luz a todo este asunto.

Han pasado noventa millones de años desde que surgieran nuestros primeros antepasados arcaicos; y han transcurrido unos sesenta y cinco millones de años desde que se produjera la *primera transición* de los primates arcaicos a los prosimios. Ida, con cuarenta y siete millones de años de

antigüedad, evidencia los primeros indicios evolutivos de transición que se darán después: de los prosimios a los antropoides. El fósil de Ida es – indiscutiblemente– un *individuo de transición* pues podemos ubicarlo entre uno de los tipos antiguos y los antropoides. De hecho, presenta rasgos en común de los lémures y características de los antropoides aunque no es un antropoide estricto. Por lo tanto alude a aquello en lo que podría llegar a transformarse siendo su datación –además– la que esperaríamos encontrar en cualquier candidato a eslabón entre los prosimios y los antropoides. El profesor Jorn Hurum y su equipo de la Universidad de Oslo lo tienen claro: Ida pertenece a la familia de los *adapiformes*<sup>9</sup>, pero es además *una especie nueva* y a pesar de que Ida combina características del tipo lémur y antropoide no parece involucrarse en ninguna de las dos direcciones evolutivas. No obstante, y aunque parezca una contradicción, sus características sugieren una fuerte tendencia antropoide. Por eso no son pocos los paleoprimatólogos que consideran a Ida nada más y nada menos como el genuino antepasado de los antropoides y por ende de nuestra especie; en otras palabras, podría ser nuestra abuela. El caso es que sea o no nuestra abuela o nuestra tía, Ida nos conecta con los primates más remotos y es el pariente primordial que andábamos buscando.

## DE LUCY AL *HOMO SAPIENS*

El siguiente paso evolutivo de relevancia a considerar en nuestro viaje hacia el ser humano nos lleva al *Procónsul*, el primer hominoideo<sup>10</sup> conocido, cuyos restos fueron descubiertos al este del continente africano en 1948 por Mary Leakey que estableció en unos veinticinco millones de años la aparición de este ser sobre la faz del planeta; aunque ahora podemos precisar que surgió entre veintisiete y diecisiete millones de años atrás. El *Procónsul* es a ciencia cierta el que marca el punto de escisión entre los simios antropomorfos y los monos del Viejo Mundo. Posee, además, características fisiológicas de ambos grupos que lo hacen interesante para los científicos pues a pesar de caminar a cuatro patas, por ejemplo, lo hacía sobre las palmas de las manos y no sobre los nudillos como los grandes simios actuales.

Algunos paleoantropólogos consideran que los grandes simios modernos,

es decir, los orangutanes, los gorilas y los chimpancés tienen su origen en este misterioso simio antropoide; no obstante, no hay manera de saberlo; pero está claro que el antepasado común de los monos del Viejo Mundo y de los grandes simios era muy similar al *Procónsul*.

Hace entre doce y nueve millones de años encontramos el *Dryopithecus*, un antropoide cuyas características anatómicas hacen pensar a los expertos en la posibilidad de que esté muy próximo, evolutivamente hablando, al linaje de los orangutanes. Luego, entre diecisiete y doce millones de años aparece en escena el famoso *Ramapithecus*, un espécimen que nos ha deparado interesantes sorpresas, pues si en un pasado reciente se pensaba que no tenía nada que ver con el *Sivapithecus* o el *Kenyaipithecus*<sup>11</sup> ahora se estima que podríamos estar hablando de la misma especie. Lo más probable es que el *Sivapithecus* tenga dimorfismo sexual, por lo que esto nos lleva a deducir que los restos que poseemos de *Ramapithecus* y los *Kenyaipithecus* serían hembras de la misma especie<sup>12</sup>. Hasta no hace mucho persistían las dudas respecto a si este espécimen tenía algo que ver con nosotros. Ahora sabemos que este género acabaría su viaje en los orangutanes, pero también dio origen a varios linajes; entre ellos el de *Gigantopithecus*, una especie de King Kong real que vivió hace entre un millón y trescientos mil años en Asia.

Hace unos ocho millones de años hace su aparición el *Nakalipithecus nakayamai*, un simio que muy probablemente estuvo muy cerca del linaje ancestral de los grandes simios de África y de nuestra especie pues aparece en el tiempo en que los gorilas comenzaron a separarse de los chimpancés y de nosotros.

Finalmente, en el proceso evolutivo llegamos a los que pasan por ser los antepasados del ser humano: los *Australopithecus*, que darán paso más tarde a los *Homo habilis* (de 2,5 a 1,6 millones de años) y que muy probablemente gozaron de la particularidad del lenguaje, pues se sabe que estaban dotados de laringe, lo que les facultaba para el habla.

El *Australopithecus africanus* (hace entre dos y tres millones de años) fue descubierto en una fosa de cal en Taung (Sudáfrica) y fue estudiado concienzudamente por un –por entonces– joven anatomista australiano llamado Raymond Dart. Entre otras cosas Dart desveló que la abertura por donde entra la médula espinal en la cabeza, el foramen, estaba en la parte inferior del cráneo al igual que pasa con los seres humanos<sup>13</sup>, lo que convertía al *Australopithecus* en el ascendiente del género *Homo*, pero no en nuestro

antepasado directo.

El candidato más factible a ocupar ese puesto es el *Australopithecus afarensis* cuyos restos fueron desenterrados en la localidad etíope de Afar. El lector avezado se habrá percatado de que estamos hablando de la popular Lucy, otro de los fósiles clave para entender la evolución humana. Al contrario que el *Australopithecus africanus*, mucho más reciente en el tiempo, el *Australopithecus afarensis* dio sus primeros pasos hará entre 3,9 y tres millones de años. La clave está en saber cómo un simio determinado pudo evolucionar hasta convertirse en homínido. Conforme pasan las décadas vamos arrojando más luz al paisaje gracias al descubrimiento de fósiles excepcionales como el de Lucy o Ida. Recientemente la ciencia ha asistido atónita al descubrimiento de otro de esos fósiles primordiales.

## EL DESCUBRIMIENTO DE LEAKEY

Uno de los sujetos más relevantes de esta especie fue descubierto por la mujer del famoso paleontólogo Richard Leakey, la señora Meave Leakey, quien decidió fechar estos fósiles dentro del contexto temporal desde 4,17 a 4,07 millones de años. Lo más interesante de este espécimen (que derivó en *Australopithecus afarensis*, la famosa Lucy y otras tipologías) al que se bautizó con el nombre de *Australopithecus anamensis*, es su procedencia. Al parecer derivó de otra criatura, el *Ardipithecus ramidus*, un bípedo que apenas alcanzaba el metro de estatura. Lo sorprendente es que entre ambos especímenes se produjeron trascendentales cambios en su anatomía en tan sólo doscientos mil años. Una franja de tiempo excesivamente corta para este tipo de alteraciones. Otro hecho desconcertante lo encontramos en el descubrimiento de media docena de fósiles pertenecientes a una especie muy similar al *Ardipithecus ramidus*. Para aquellos que no lo sepan este predecesor del *Anamensis* era un ser del que se desconoce su ascendencia directa. Lo más interesante de los fósiles encontrados a los que nos estamos refiriendo es que son individuos, incomprensiblemente, más evolucionados que nuestros ancestros más recientes, sobre todo en un aspecto: su locomoción, mucho más perfeccionada. Sin embargo, y he aquí lo verdaderamente sorprendente, estos sensacionales seres son de hace seis millones de años. Son más antiguos que el *Ardipithecus*, cuya locomoción,

comparativamente hablando, es más «primitiva». ¿Cómo se explica esto? Lejos de cerrarse el capítulo de Lucy, el descubrimiento de Leakey se ha visto enriquecido por la aparición de Selam, un esqueleto de *Australopithecus afarensis* cuyos restos se desperdigaban en el yacimiento de Dikika, sito a unos cuatro kilómetros del yacimiento donde apareció Lucy. Este espécimen vivió hace 3,3 millones de años y sus restos representan el esqueleto de *afarensis* más completo hallado hasta la fecha. Esta peculiaridad permitirá dilucidar el misterio de la locomoción bípeda y además ayudará a documentar el orden y la forma en que las distintas partes del cuerpo cambiaron a lo largo del proceso evolutivo humano. Finalmente quiero advertir al lector de que no todo el mundo acepta que el linaje humano proceda del *Australopithecus*. Para Richard Leakey el linaje de la humanidad surgió de otra especie todavía no descubierta por la paleoantropología.



El *Australopithecus afarensis* recorrió el este de África hace la friolera de entre 3 y 3,9 millones de años y se cree que fue una especie que nunca salió de los límites geográficos de Etiopía, Tanzania y Kenia.

## EL ANTEPASADO DEL HOMO

A tenor de los datos recopilados parece que nuestros antepasados adquirieron apariencia humana hace entre tres y dos millones de años. Hemos visto que sus predecesores, los australopitecinos, entre los que se encontraba la popular Lucy, prosperaron durante un millón de años en los bosques del continente africano. Sus fósiles nos describen unas criaturas bípedas con unas extremidades inferiores cortas, brazos robustos adaptados para trepar con facilidad y un cerebro pequeño, muy similar al de un simio. Con el tiempo los australopitecinos, los pioneros, dieron paso a nuevos linajes. Uno de esos herederos evolutivos fue un representante del género *Homo*, un individuo que, como Ida, está contribuyendo a revolucionar la paleontología.

Lee Berger es un paleoantropólogo de la Universidad de Witwatersrand en Johannesburgo. Berger lleva años inspeccionando a gatas las regiones más remotas del continente africano en busca de nuestros orígenes. Es considerado por sus colegas un hombre tenaz y entusiasta en su trabajo que hasta el momento del fabuloso hallazgo sólo había podido recuperar para la ciencia algunos fragmentos fósiles de la especie *Australopithecus africanus*, pero en agosto de 2010 su suerte cambió.

Tras diecisiete años de trabajo en la zona conocida como «cuna de la humanidad» en la cueva de Malapa, a unos cuarenta y cinco kilómetros de la ciudad de Johannesburgo, Berger y su equipo habían llegado a la conclusión de que las raíces del *Homo* podrían ubicarse en Sudáfrica y no en el África oriental, pero se mostraban escépticos a la hora de valorar las probabilidades que tenían de encontrar alguna muestra relevante al respecto. El caso es que el tiempo acabó por evidenciar que estaban equivocados.

El nuevo descubrimiento paleoantropológico se lo debemos al hijo de Berger. Matthew, de nueve años de edad, durante una incursión en el bosque, en compañía de su fiel perrito, encontró por casualidad la clavícula de un homínido. Aquel hallazgo llamó la atención de Berger. Tras unos meses de duro esfuerzo no tardó en desenterrar más huesos del dueño de la clavícula además de otro esqueleto parcial, una extremidad superior completa (desde la escápula hasta la mano), un cráneo y hasta puede que material orgánico<sup>14</sup>.

Hasta la fecha el equipo paleontológico ha extraído del yacimiento de Malapa más de doscientos fósiles de una nueva especie: el *Australopithecus sediba* (de 1,9 millones de años de antigüedad). Los esqueletos de *Australopithecus sediba* presenta una insólita mezcla de rasgos de miembros del género *Homo* y del australopitecino. Esta yuxtaposición de caracteres primitivos y avanzados es tan extraña que si los restos de huesos no hubiesen sido descubiertos juntos en un mismo lugar, seguramente habrían sido adjudicados a especies diferentes, lo que debe ser considerado de ahora en adelante por los expertos.

Los restos de esta nueva especie de transición son mucho más antiguos que cualquier fósil conocido del género *Homo*, pero más modernos que el *Australopithecus afarensis*. Esta posición en el puzle evolutivo convierte al *sediba* en el candidato perfecto para ser el último antepasado conocido de nuestro género. Berger pone en duda el paradigma tradicional según el cual el *Australopithecus afarensis* dio origen al *Homo habilis* y este al *Homo erectus*. Para Berger el *Australopithecus africanus* es el antepasado de *Australopithecus sediba*, el cual dio lugar al *Homo erectus*. La verdad es que sólo el tiempo le dará o le quitará la razón.

Berger es consciente de que para convencer a la comunidad científica necesitará pruebas extraordinarias, pero las últimas analíticas apuntan en la dirección señalada por él y su equipo. Lo más sensacional es que Malapa ha resultado ser un yacimiento muy rico en fósiles, por lo que se esperan nuevos hallazgos que nos ayudarán a reescribir, conforme a un nuevo y revolucionario criterio, la historia del amanecer de la humanidad.

Finalmente y conforme al criterio tradicional, el miembro del género *Homo* más antiguo y aceptado por la mayor parte de la comunidad científica es el *Homo habilis*<sup>15</sup> (de hace 2,4 y 1,5 millones de años). Hace unos 1,8 millones de años asistimos a la aparición de toda una nueva gama de homínidos que los expertos consideran de *grado erectus*. Conforme los tipos del *Homo erectus* (de 1,8 millones a cuatrocientos mil años) se modernizaban, sus cerebros se iban haciendo cada vez más grandes llegando hasta los 1.100 centímetros cúbicos (el cerebro humano moderno tiene 1.350 centímetros cúbicos). Como su predecesor, podía transmitir información oral y su inteligencia dio lugar a una tecnología lítica muy útil. También construyó las que pasan por ser las primeras viviendas y los primeros ingenios capaces de navegar, que aunque primitivos (estoy hablando de



balsas) permitían desplazamientos marítimos de cabotaje relativamente prolongados. Esta especie fue muy viajera, razón por la que encontramos su presencia fósil en ámbitos continentales tan dispares como el asiático, el africano o el europeo. Lo que muy poca gente sabe es que el *Homo erectus* pervivió en el planeta Tierra hasta hace unos trescientos mil años, por lo que fue contemporáneo de los primeros *Homo sapiens*.



Ida, un fósil de transición que ha cambiado nuestra percepción sobre la génesis más remota de la que procede nuestra especie.

Pero no es la única especie que «convivió» con el *Homo sapiens*. Por ejemplo, tenemos el *Homo floresiensis* (de unos dieciocho mil años), un fósil

asombroso que se recuperó para la ciencia en el año 2003 y que se encontraba en la isla indonesia de Flores. Lo asombroso de este ejemplar es que tenía un tamaño pequeño, apenas alcanzaba el metro de estatura, y poseía además un cerebro modesto y al parecer algunos de ellos estuvieron aquí hace unos trece mil años, no mucho antes de que –por cierto– se fundara la mítica ciudad de Jericó. Tal vez estemos ante una exótica y tardía manifestación del género *erectus*. Lo del tamaño puede que tuviera que ver con el aislamiento. El fenómeno del enanismo se ha dado en otras especies también afincadas durante millones de años en islas aisladas. Pero este fósil no deja de ser un misterio para la ciencia.

Las primeras criaturas más o menos como nosotros fueron los representantes del denominado *Homo heidelbergensis* de hace unos quinientos mil años. En Europa encontramos además dos fósiles importantes a considerar en el tortuoso viaje hacia la humanidad; se trata del descubrimiento del Hombre de Orce en la península ibérica y los cráneos fósiles de Dmanisi en Georgia. El primero de los hallazgos se lo debemos al investigador catalán Josep Gibert que tras años de litigios contra otros colegas ha podido al fin demostrar que el fragmento óseo descubierto en el yacimiento arqueológico de Venta Micena (Granada) es humano. Este fue localizado en un estrato geológico que lo sitúa en una antigüedad de 1,6 millones de años. La polémica surgió porque se pensaba que en ese contexto temporal ningún predecesor de nuestra especie estaba capacitado para traspasar las fronteras naturales del continente africano y sin embargo encontramos restos, probablemente de un *Homo erectus*, en el yacimiento andaluz. Por su parte, los tres cráneos de Dmanisi apoyan la idea esbozada desde 1982 por Gibert de que los homínidos salieron de África mucho tiempo antes de lo que se creía. Así lo atestiguan los dos primeros cráneos encontrados en mayo de 2000 y que han adelantado en un millón de años la primera salida de homínidos de África. El tercer vestigio craneal cuestiona la idea imperante entre los paleontólogos de que el aumento del tamaño del cerebro estuvo detrás de aquella migración.

El nuevo fósil, que se encuentra en perfecto estado de conservación, corresponde a un sujeto de pequeño cerebro que vivió en Georgia hace 1,7 millones de años y sus descubridores –el equipo comandado por el paleoantropólogo Leo Gabunia– lo identifican como miembro legítimo del género *erectus*. Por tanto, los fósiles georgianos atañen a *Homos* que vivieron

en Georgia ¡1,7 millones de años atrás!

Estos descubrimientos cuestionan la perspectiva brindada en el yacimiento burgalés de Atapuerca, por la que se afirma que el primer europeo se asentó por estos lares hace unos ochocientos mil años. Es en este escenario geográfico donde aparecen los restos de *Homo antecessor*<sup>16</sup>, que, originario del *Homo erectus*, sigue siendo para muchos expertos objeto de controversia al no ser considerado por todos como un espécimen singular. De hecho, no son pocos los que apuestan por un género avanzado del *erectus*. Sea como fuere y a grandes rasgos este derivó, con el paso del tiempo, en *Homo sapiens* y en el *Homo neanderthalensis*<sup>17</sup>.

En contra de lo que se pensaba hasta hace poco, el hombre de Neandertal no ha sido nunca nuestro antepasado directo. Los datos genéticos no dejan el menor atisbo de duda. El estudio del ADN mitocondrial ha aportado una respuesta definitiva sobre nuestra vinculación con los neandertales y nuestro verdadero origen genético. Como era de esperar, la sorpresa ha sido mayúscula al comprobarse que el hombre de Neandertal se diferenció genéticamente de los modernos humanos hace algo más de medio millón de años, por lo que el hombre actual no desciende, como se creía, de aquellos. Pero la investigación genética nos revela otro inquietante misterio del pasado. Hace unos trescientos mil años la población humana sufrió una baja demográfica considerable, lo que contribuyó a que una hembra del mismo contexto temporal se convirtiera en la semilla originaria de la que procedemos todos.

En 1987, científicos de la Universidad de Berkeley (EE. UU.) publicaron un polémico informe por el que sus autores demostraban que todos los habitantes que hoy habitan el planeta descienden de una sola mujer que habitó el África subsahariana hace tan sólo unos doscientos mil años. A esta *madre de la humanidad* se la bautizó con el nombre de Eva negra.

El ADN mitocondrial (ADNm) está formado por material genético mitocondrial cuya estela puede rastrearse a través de la línea hereditaria femenina. Ese material genético adicional son las mitocondrias del espermatozoide. Durante la fertilización, éstas no se adhieren al óvulo fertilizado, por lo que sus genes se transfieren a la descendencia por medio de la madre. Cada mujer del siglo XXI contiene un registro codificado de su historia evolutiva desde el presente al más remoto pasado, hasta llegar al mismísimo amanecer de nuestra especie.

Por otro lado, la paleoantropología ha demostrado que los primeros humanos modernos (los Cromañones) aterrizaron en Europa hará unos cuarenta mil años. lo que se traduce en que convivieron con los Neandertales unos diez mil años, muy lejos de las expectativas consideradas hasta ahora. El mito científico que consideraba a los Neandertales como gente inferior al hombre moderno se derrumba estrepitosamente. Los datos aportados nos dibujan un hombre de Neandertal con una capacidad cerebral superior incluso a la del *Homo sapiens*. Su aspecto, sin embargo, no llamaría excesivamente la atención en el caso de que acicaláramos y vistiésemos a un Neandertal con nuestra indumentaria moderna. En el aspecto emocional nos han dejado claros testimonios de su humanidad. Enterraban a sus muertos conforme a los parámetros de una compleja liturgia ritual y sus testimonios artísticos denotan una calidad y sensibilidad que nos resultan familiares. Esta criatura tuvo tiempo suficiente, durante su larga estancia en el planeta –algo más de un cuarto de millón de años– para desarrollar su propia tecnología y cultura antes de extinguirse definitivamente hará unos veinticinco mil años atrás. Pero el caso es que por razones que se ignoran desapareció sin dejar rastro.

Los paleoantropólogos llevan decenios tratando de comprender la manera en que nuestro género destacó de entre el resto de primates hasta dominar el planeta. Todavía desconocemos las fuerzas selectivas que encauzaron nuestro destino en la «cúspide evolutiva». Aunque, tal vez, el lenguaje sea la principal clave y en concreto la sintaxis que con sus reglas nos permite transmitir cualquier pensamiento que nuestra mente pueda concebir con rapidez y precisión. Si a eso añadimos nuestra capacidad de escribir para compartir pensamientos complejos que pueden transformar nuestra realidad vemos que el potencial que nos diferencia de otras especies es nuestro alto grado de sofisticación a la hora de manifestar y transmitir ideas y conceptos complejos. Eso es lo que nos diferencia del resto de los grandes simios<sup>18</sup> que comparten su existencia con nosotros sobre este mundo.

El caso es que hace unos diez mil años el *Homo sapiens* sufre una especie de «iluminación» inventando la agricultura, construyendo ciudades, erigiendo civilizaciones. Comienza así una aventura, la nuestra, llena de interrogantes.

<sup>2</sup> A principios del siglo XX se perpetró una de las más grandes patrañas paleontológicas de la historia de la ciencia: el cráneo de Piltdown. Esta quimera (mezcla de cráneo humano moderno y mandíbula de

orangután) fue la «prueba fósil» que pretendía demostrar que los orígenes de nuestra especie estaban en las elevadas mesetas de Asia Central y no en el continente africano.

[3](#) La búsqueda de fósiles de primates y homínidos resulta dificultoso en extremo pues estos fosilizan mucho peor que otros organismos, a pesar de lo cual la paciente labor de los científicos ha conseguido desvelar parte de las grandes incógnitas de nuestra evolución.

[4](#) El registro fósil nos dice que la mayor parte de los mamíferos que pisaron la faz de la Tierra lo hicieron al menos durante un millón de años. Unos se extinguieron mientras que otros evolucionaron hasta transformarse en criaturas muy distintas entre sí. Por la misma regla de tres cabe deducir otro tanto para los primates. Durante millones de años estos han tenido tiempo de sobra para extinguirse o evolucionar conforme a los mismos criterios biológicos.

[5](#) Generalmente se afirma que este acontecimiento de extinción en masa se dio hace sesenta y cinco millones de años pero los últimos datos brindados por los geólogos que han estudiado este fenómeno lo ubican en el contexto de los sesenta y seis millones de años.

[6](#) Los primeros mamíferos identificados por los investigadores son tan remotos en su antigüedad como lo son de hecho los dinosaurios con los que convivieron, aunque bien es cierto que los primeros lo hicieron discretamente; lo que en zoología se denomina vida en el margen ecológico; lo que quiere decir que eran seres huidizos que vivían en madrigueras y se alimentaban principalmente de insectos. Algo así como lo que pasa con las actuales musarañas.

[7](#) Tal vez no sea lo más correcto pretender que esto se debió a un fracaso evolutivo: una especie que subsiste más de ciento treinta millones de años puede considerarse sólidamente adaptada al medio, por lo que, tal vez, lo lógico hubiera sido que tal evolución se hubiese manifestado a través de algún tipo de saurio avanzado, sobre todo aquellos que ya habían desarrollado la posición erguida. El porqué no sucedió sigue siendo una incógnita.

[8](#) Las grandes masas continentales de América del Norte y Eurasia estaban unidas y con el tiempo se unirían al continente africano, lo que favoreció las migraciones de primates por prácticamente todo el planeta sin abandonar nunca la selva tropical; un hábitat que también favoreció la evolución de los primates al ser su escenario preferido. Posteriormente las grandes masas continentales se separaron.

[9](#) Un grupo extinto de primates primitivos que existieron desde el Eoceno hasta el Mioceno y que recuerdan a los actuales lémures.

[10](#) Grupo al que pertenecemos junto a los antropomorfos.

[11](#) En realidad el Kenyapithecus es mucho más antiguo que el Ramapithecus (de hace unos quince millones de años). Para unos es el sujeto más remoto del linaje humano, mientras que para otros es lo mismo que el Ramapithecus.

[12](#) Su existencia es de suma importancia pues ocupan el espacio, antaño vacío, entre el Procónsul y los grandes simios actuales. Por una parte, los orangutanes y por la otra los gorilas, chimpancés y los seres humanos.

[13](#) En los simios como el chimpancé el foramen está en la parte trasera para facilitar la posición natural de estos animales.

[14](#) Si se confirma la conservación de tejido cutáneo se nos abriría la puerta a un conocimiento mayor de esta especie, además de a un análisis de ADN pormenorizado. En contra de la convicción general de que durante el proceso de fosilización todos los componentes orgánicos del cuerpo desaparecen excepto la parte mineral del hueso, los restos de fósiles pueden, en efecto, conservarlos. De hecho en los restos de dinosaurios descubiertos recientemente se han hallado restos orgánicos conservados en el fósil.

15 Las tipologías posteriores se tienden a clasificar conforme a su aspecto. Así que a los que poseían más aspecto de australopitecinos se les llama a veces *Australopithecus habilis* y a los que tienen un aspecto más humano se les llama *Homo rudolfensis*.

16 De un millón de años a medio millón, con una capacidad craneal comprendida entre los mil y los mil doscientos centímetros cúbicos.

17 Antigüedad de doscientos cincuenta mil a veintiocho mil años.

18 En la actualidad el grupo de los grandes simios es mucho más reducido que en el pasado; de hecho sólo existen cuatro géneros con muy pocas especies y casi todos están en peligro de extinción excepto los monos y los seres humanos. Los antropólogos no han dejado de preguntarse las razones que pueden llevar a una especie a prosperar sobre otras. Curiosamente no siempre el que parece más fuerte tiene las de ganar.

## Capítulo 2

### Megalitos, testigos de las estrellas

Ya me he referido a ello en páginas precedentes: el paradigma sobre el que hemos construido nuestra visión del pasado es impreciso. Como era de esperar, las consecuencias en el estudio de la prehistoria han sido profundas. Las hipótesis fundamentales del viejo paradigma ya no valen y los importantes cambios que actualmente se siguen llevando a cabo en el campo de la prehistoria son tan radicales que algunos expertos no han dudado en bautizar al nuevo modelo que está surgiendo ante nuestros ojos como «Nueva Arqueología».

Estamos en presencia de uno de los fenómenos arquitectónicos antiguos que más fascinación ha provocado dentro y fuera del mundo arqueológico. A primera vista, el problema consiste en elaborar una nueva cronología para los monumentos prehistóricos de la Europa occidental, pues las dataciones del viejo modelo no nos valen; sin embargo, esta apreciación superficial del problema elude lo que subyace realmente debajo de él.

La constatación de estos abrumadores errores cronológicos es mucho más embarazoso de lo que cabría esperar pues evidencia un fallo grave en la teoría arqueológica general con unas repercusiones mucho más amplias; lo que nos obliga, a fin de cuentas, a reinterpretar todo el edificio de la prehistoria cuando ya lo habíamos dado por válido.

El detonante de toda esta agitación en el mundo de la arqueología y del subsiguiente proceso revisionista han sido –precisamente– los monumentos megalíticos.

A finales de la década de los sesenta, con la revolución del radiocarbono y otras técnicas se procedió a comprobar si las dataciones de estos monumentos eran correctas. La recalificación de los datos por el carbono 14 mediante la dendrocronología evidenció que donde el radiocarbono mostraba, por ejemplo, el año 1000 a. C., la recalibración corregía la datación previa, ubicando la fecha real en el 1200 a. C. Por lo tanto, donde el carbono 14 señala 2000 a. C. debería indicar 2500 a. C.; donde 3000 a. C., 3650 a. C.; donde 4000 a. C., 4800 a. C., y así sucesivamente.

Por lo tanto, los enigmáticos megalitos de Occidente ya no pueden ser considerados malas copias de las fortificaciones de la Grecia micénica o de las sepulturas en cúpula (el Tholos) pues las primeras construcciones se remontan hacia el 4500 a. C., dos mil años antes que las fabulosas pirámides y los templos de Egipto y tres mil años antes que sus supuestos modelos griegos.

Estos formidables monumentos han excitado la imaginación de los seres humanos durante siglos, por lo que no es extraño que en torno a ellos hayan surgido numerosas tradiciones, mitos y rituales locales que aún hoy subsisten bajo la advocación de un paganismo ancestral que los ha ido alimentado a lo largo de los tiempos. Por su parte, los científicos también han tratado de imaginar las razones que podrían explicar la construcción de estos enigmáticos monumentos.

Para empezar, se preguntan cómo –muchos siglos antes de que se obraran las pirámides– estos imponentes megalitos pudieron llegar a ser erigidos con tal precisión por individuos que –presumiblemente– carecían de conocimientos metalúrgicos y ciertos recursos. Cabe preguntarse, además, por la razón que justifica este titánico sacrificio pues muchos de estos monumentos son enormes, lo que necesariamente implicó un esfuerzo colectivo considerable –en ocasiones– durante generaciones; algo parecido a lo que pasó en la Edad Media con las catedrales. ¿Por qué la mayor parte de megalitos se ubican en zonas costeras o próximas a éstas? ¿Cuál fue su verdadero significado? ¿Realmente eran sepulturas? ¿Tenían alguna funcionalidad más?

Afortunadamente, desde que se rectificaran las fechas de los megalitos hasta nuestros días hemos avanzado mucho en nuestro conocimiento de esta manifestación arqueológica, lo que nos ha permitido responder gran parte de estas preguntas. El problema es que muchas de esas respuestas resultan igual



de incómodas que las cuestiones que las gestaron y además han abierto nuevos interrogantes que nos posicionan ante un *tiempo perdido* al que me referiré más tarde.

Las construcciones megalíticas proliferan en las regiones costeras atlánticas, en el mar del Norte, en la península ibérica, Francia, las islas británicas, Irlanda, Alemania, Holanda, Dinamarca y Suecia. También encontramos estos monumentos en las islas Baleares, Cerdeña, Córcega y al sur de Italia. Al contrario de lo que a veces se piensa, es un fenómeno mundial pues –por extraño que parezca– también encontramos megalitos en otros continentes y lugares tan remotos como Indonesia, Madagascar, Egipto, China o Mongolia. Sin embargo, generalmente no transmiten las mismas sensaciones que los europeos; aunque en el caso del complejo megalítico de Nabta, al oeste del río Nilo, al sur de Egipto, encontramos una notable excepción por lo desestabilizadora que resulta: su antigüedad supera los seis mil años y parece haber sido diseñada conforme a parámetros astronómicos.

No todos los megalitos son iguales y por lo tanto resulta imprescindible diferenciarlos. Por un lado tenemos los dólmenes y los menhires y por otro una tipología peculiar de monumentos: los crómlech, los alineamientos pétreos y las estructuras de Malta. Ambos grupos muestran grandes similitudes pero su aspecto y función son muy diferentes, por eso debemos considerar su estudio separadamente.

Se han identificado tres tipos de dolmen: el de corredor, cuya cámara se comunica con el exterior a través de un largo pasillo; la cista megalítica o dolmen simple, con un modesto corredor que se abre paso desde las entrañas de la estructura hasta el exterior; y, finalmente, el denominado dolmen de galería cubierta, llamado así porque carece generalmente de pasillo siendo la longitud de la cámara superior a la anchura. Lo normal es que el dolmen se encuentre enterrado bajo un túmulo de tierra o piedra, pudiendo adquirir numerosas formas (circular, cuadrangular, alargado, poligonal...).

Dentro de este grupo se encuentran los monumentos megalíticos más antiguos; en concreto los sepulcros de corredor portugueses y las construcciones megalíticas repartidas por la geografía más occidental de Francia. Estos complejos se construyeron a mediados del quinto milenio antes de Cristo, cuando la denominada «revolución neolítica» ya estaba asentada desde hacía al menos cinco siglos. Las primeras construcciones de este tipo presentan un pasillo por el que se accede a una cámara sepulcral de

falsa bóveda. Su origen sigue siendo un gran enigma para los arqueólogos. Estas formas primitivas evolucionarán hacia conceptos arquitectónicos que se diferencian por la incorporación de nuevas soluciones como la planta cruciforme o la elaboración de cámaras más espaciosas.



Stonehenge, Inglaterra. Este impresionante complejo megalítico atesora valiosa información que hace evidente la complejidad antropológica de las comunidades neolíticas que lo erigieron.

Junto con las islas británicas, Portugal reivindica ser la cuna del megalitismo y muy probablemente quienes piensan así tengan razón. Es muy posible que el Alentejo y el Algarve portugués fueran en el pasado remoto los lugares donde hicieron su aparición estelar los misteriosos creadores de las que pasan por ser las primeras tumbas con sepulcro que con el tiempo evolucionarían hacia conceptos más sofisticados en los que aparecen los primeros corredores orientados hacia el este<sup>19</sup>.

A finales del siglo IV a. C. se construyen los primeros dólmenes de galería cubierta. Dependiendo del yacimiento del que hablemos la morfología de estos monumentos varía aunque su espíritu constructivo sigue un criterio análogo. En Irlanda, por ejemplo, las *Wedge-tombs* presentan una galería cubierta con losas que no suelen superar los ocho metros de longitud. La entrada se nos presenta holgada y paulatinamente se va estrechando hasta llegar al fondo. En la Bretaña francesa los monumentos son estrechos y están

cubiertos por losas a lo largo de toda la estructura. Finalmente, dentro del túmulo alargado la galería cubierta presenta una entrada de forma axial. Los túmulos alargados alemanes pueden alcanzar los treinta metros de longitud y se alzan majestuosos sobre la superficie o se encuentran enterrados bajo la tierra, depende del yacimiento. El dolmen simple es el más común de los megalitos y lo encontramos desperdigado a lo largo de todo el occidente europeo, existiendo miles de ellos. Algunos de los mejores ejemplares megalíticos por su tamaño y la técnica constructiva empleada los encontramos diseminados a lo largo de la costa norte escocesa, el sur de la península ibérica, Irlanda y las islas Orcadas. Se trata de los impresionantes dólmenes de corredor con techumbres de falsa cúpula. Obviamente no todos son tan imponentes como el Dolmen de Menga (Antequera) al sur de España, o Newgrange en Irlanda. La mayoría son más bien modestos pero igual de interesantes.

La enorme difusión de este fenómeno arquitectónico pudo responder, según Childe, a la existencia, por entonces, de una especie de «religión atlántica»; que de la mano de misioneros iría difundiéndose por toda Europa, siendo los megalitos la expresión suprema de esa «espiritualidad pétreo». Así pues, de la misma manera que las iglesias románicas constataron el progreso del cristianismo, los megalitos evidenciaron el desarrollo de la «religión megalítica» a lo largo y ancho de la Europa neolítica. Afortunadamente, no estamos obligados a ver en estas estructuras movimiento religioso alguno ni nada parecido. Aunque está claro que muchos de ellos sirvieron a propósitos rituales, reconozco que esta perspectiva es muy atractiva y da mucho juego a cualquier autor imaginativo, pero creo que esta interpretación pagana de los megalitos tiene más sentido siglos después cuando los celtas descubren estos lugares y deciden utilizarlos conforme a su cosmología y sus parámetros mitológicos; es probablemente en este contexto histórico cuando esa idea religiosa adquiere carta de naturaleza en la vida cotidiana de aquellas gentes. El megalito se convierte en un símbolo de mediación y se explota al máximo hasta influir en el imaginario popular y la liturgia religiosa de aquellos pueblos de la Edad del Hierro.



Entrada al asombroso túmulo de Newgrange. Un templo sagrado megalítico diseñado para vincularlo, entre otras cosas, con los ciclos solares y la insondable naturaleza del cosmos.

Francamente no está claro quiénes fueron los constructores de los megalitos ni tampoco si esta manifestación arqueológica es fruto de desarrollos locales o difusionistas. Para algunos arqueólogos, ciertas investigaciones sugieren, al menos, cuatro desarrollos independientes de monumentos megalíticos: la península ibérica, el sur de las islas británicas, Dinamarca y Bretaña. Al parecer, las semejanzas que presentan estas construcciones serían –en realidad– consecuencia de avances conceptuales desarrollados independientemente en las islas británicas o en cualquier otro de los lugares citados arriba. Lo que permitiría una evolución en las estructuras arquitectónicas desarrolladas, a lo largo del tiempo, sin la injerencia cultural de pueblo megalítico alguno. De todos modos, es difícil apostar al cien por cien por esta hipótesis de trabajo debido a las extraordinarias analogías de estos monumentos y la desconcertante información que nos susurran sus piedras milenarias.

## [LA CIENCIA DE LOS MEGALITOS](#)

La funcionalidad de los megalitos ha intrigado a los seres humanos desde tiempos inmemoriales. La mayoría ha apostado –desde siempre– por la interpretación funeraria como la más «lógica» para explicar este fenómeno, pero esta interpretación tan «obvia» es cuestionable.

En las primeras excavaciones que se hicieron se encontraron restos humanos y ajuares funerarios, razón por la que muchos consideraron estas estructuras megalíticas como estrictamente funerarias; sin embargo, nada demuestra que estas inhumaciones sean contemporáneas de los megalitos; al menos no todas. A mi modesto entender en la mayoría de los casos se trata de enterramientos posteriores en el tiempo pues estos espacios se consideraron sagrados, razón por la que algunos pueblos decidieron enterrar a sus muertos de mayor peso social en estas misteriosas e improvisadas «tumbas» a lo largo de sucesivas generaciones. Por eso soy de los que piensa que su funcionalidad dista mucho de ser exclusivamente religiosa; y que muy probablemente, dependiendo del yacimiento del que estemos hablando, estos tuvieron una influencia social relevante orientada por un conocimiento sublime con base –como veremos– en la ciencia de las matemáticas y la astronomía.

Es bien sabido que desde hace unas décadas los científicos vienen recopilando una serie de datos que relacionan, sin ningún margen de duda, estos monumentos con las estrellas. El paso del tiempo nos ha demostrado que estas construcciones no sólo escondían fabulosos tesoros en sus cámaras sepulcrales. En nuestra necesidad por encontrar una hipótesis satisfactoria que explique estos conocimientos tan avanzados en tiempos prehistóricos se nos ocurre la típica explicación que se adapta descaradamente a nuestro paradigma clásico, según la cual, partiendo de los neandertales y los hombres de Cromagnon, como sujetos interesados en la contemplación y registro de las efemérides celestes, transmitimos la idea de que en ellos se encuentra el génesis de ese conocimiento. La explicación al uso sería la que sigue:

Después de haber observado los movimientos regulares de los astros del cielo a lo largo de varios millares de años, nuestros ancestros pensaron que esos objetos celestes eran dioses que controlaban sus vidas. En un principio, impelidos por la superstición, decidieron orientar sus monumentos hacia aquellos astros que personificaban sus miedos y esperanzas. También se percataron de la relación que se establecía entre las cosechas y los ciclos celestes. De esta forma nacería la astronomía prehistórica y, con ella, los calendarios de larga duración de carácter meramente religioso.

Bueno, tal vez esto sea así en parte, pero la cuna de ese conocimiento, su evolución y posterior transmisión sigue siendo un incómodo interrogante. Resulta una obviedad que el sentido final de estos monumentos no fue exclusivamente ceremonial; existió una razón poderosa y pragmática que confunde a los expertos. Esta evidencia ha abierto intensos debates en el seno de la comunidad científica.

La práctica de la observación celeste, en contra de lo que afirman ciertos autores, no respondió exclusivamente a la necesidad de planificación de las primeras sociedades que practicaron la agricultura. La supervivencia de las mismas no dependía de este conocimiento estelar. Nuestros ancestros no necesitaban recurrir a cálculos intrincados para sacar adelante sus cultivos; de hecho, hasta el agricultor neolítico con menos experiencia acabaría entendiendo, tras una exhaustiva observación del comportamiento de los ciclos de la naturaleza, que ciertas especies, como por ejemplo el trigo de primavera, debían sembrarse al inicio de dicha estación. A pesar de ello, los hombres de entonces debieron dar un sentido litúrgico y doctrinal a estas pautas cósmicas, configurándolas en forma de calendarios. Con el paso del tiempo, cabe la posibilidad de que los números empleados en las mediciones fueran considerados sagrados y ahora sabemos que se utilizaron en la construcción de ciertos complejos y puede que, desde un punto de vista antropológico, fueran tenidos en cuenta en ciertas facetas de la vida cotidiana de las sociedades agrícolas neolíticas<sup>20</sup>.

Tal y como iremos comprobando, estas culturas denotan conocimientos demasiado profundos en matemática astronómica. La carencia de un rastro definido que justifique estos avanzados conocimientos en tiempos primitivos no casa con los conocimientos que afloran en muchos de estos yacimientos. Los indicios al respecto son, lamentablemente, escasos.

La arqueoastronomía<sup>21</sup> es la especialidad involucrada en el estudio de este fenómeno. Uno de los primeros vestigios que nos permite rastrear el origen del conocimiento astronómico lo encontramos en una serie de huesos tallados con muescas alineadas en grupos de veintiocho o trescientas cuarenta y siete incisiones. Sabemos que la primera cifra representa en días el tiempo que necesita nuestro satélite natural para completar su aparente ciclo de veintisiete vueltas, mientras que el segundo número representa el tiempo que necesita la Luna para alinearse entre la Tierra y nuestro astro solar, originando de paso un eclipse solar, siempre que se cumplan determinadas

circunstancias. Se trata de un ejemplo de uno de los primeros pasos por parte de nuestros ancestros en el campo de la astronomía y que se estima tiene una antigüedad de unos cuarenta mil años.

Los megalitos constatan que sus constructores eran hombres sabios pues su cultura abarca escenarios de la erudición humana que pensábamos posteriores en la historia de la ciencia. Resulta sorprendente que en tiempos tan remotos encontremos pruebas irrefutables de una ciencia astronómica que, para su definitiva asimilación, precisó de un dilatado período de observación y catalogación previas. Algunos de estos ciclos sólo pueden calcularse cotejando los datos de observaciones realizadas con siglos de antelación, hasta que la misma efeméride astronómica vuelve a reproducirse en condiciones análogas a las registradas anteriormente. Sólo de esta manera se pueden sacar conclusiones válidas. Esta «misión científica» necesita de una metodología de trabajo a largo plazo; en definitiva, de una planificación y organización que perdure milenios, al margen de cualquier convulsión cultural, social o ambiental; si no, no se explica, por ejemplo, que nuestros antepasados supieran que el año de Sirio –cuerpo estelar sobre el que volveré a referirme– tiene una duración de doce minutos más que el año de nuestro astro solar. Pues bien, para llegar a esta deducción es necesario observar, durante la friolera de cuarenta y tres mil doscientos años de trescientos sesenta y cinco días cada uno, la bóveda celeste hasta el preciso instante en que ambas estrellas vuelvan a coincidir en el mismo punto cardinal registrado miles de años antes.

Aquellos hombres «primitivos sabían que la Luna se elevaba hasta el cielo en una misma dirección extrema que podía ser norte o sur en un intervalo de seis mil ochocientos días, razón por la que erigieron observatorios lunares megalíticos con crómlechs de 34 o 68 menhires para de este modo calcular el ciclo lunar de 18 años». Por tanto, la comprensión de los mecanismos del cosmos se tradujo, mucho antes de que existiera la agricultura, en una serie de rituales en los que el entorno era modificado con megalitos y otras expresiones rupestres de apariencia abstracta.

Las fases lunares, junto al movimiento del Sol, han sido el primer referente para medir el tiempo en la prehistoria. Hay numerosas pruebas de ello, algunas ciertamente espectaculares.

## CASAS DE BRUJAS Y CULTOS LUNARES

Los monumentos neolíticos más significativos de la isla de Cerdeña (las últimas catalogaciones registran más de siete mil repartidos por toda la isla) reciben el nombre de Nuraghi y tradicionalmente son considerados como «casas de brujas» o «pozos sagrados». Hoy sabemos que mil años antes de Cristo el culto a las aguas estaba relacionado con nuestro satélite y éste fue el mediador que se utilizó para escenificar aquellos misterios lunares.

Los Nuraghi son imponentes monumentos cónicos de piedra, cuya parte superior se estrecha para acabar formando una falsa cúpula. En la banda lateral sur de la mayor parte de los complejos, encontramos siempre una especie de tragaluz especialmente diseñado para dejar pasar la luz solar. Estoy convencido de que esta parte de la construcción está dedicada al Sol, puesto que cuando las aberturas no se encuentran en dirección sur, las hallamos orientadas hacia el lugar por donde emergía el astro rey en el solsticio de invierno o por donde surgía Sirio entre el 2000 y 1000 antes de Cristo.

Los arquitectos de Nuraghi alineaban estas ventanas en dirección a otros puntos estelares relevantes, tales como la estrella Alfa de la constelación de Centauro. Es muy probable, a tenor de los datos barajados por los astrónomos, que aquella cultura megalítica conociera el fenómeno de la precesión equinoccial, tema sobre el que volveremos. Eduardo Proverbio, astrónomo de la Universidad de Cagliari, y el arqueólogo italiano Carlo Maxia, afirman que en aquella época existían ritos en los cuales el Sol, la Luna y ciertas estrellas y planetas –como Sirio o Venus– jugaban un papel transcendental desde el punto de vista ceremonial. En efecto, estas «casas de brujas» poseen una profunda cavidad subterránea, en cuyo fondo hay un estrato acuífero sobre el que se refleja la fase de plenilunio en los meses de diciembre y febrero. Las investigaciones llevadas a cabo desde la década de los setenta demuestran que los constructores de Nuraghis concedían a la Luna un protagonismo especial. Los dos investigadores citados afirman haber comprobado que «el ángulo entre la vertical y la línea que une el límite norte del fondo del pozo con la abertura superior mide  $11,5^\circ$ , valor que coincide con el ángulo formado por la dirección de la Luna y la vertical del lugar, cuando, en su ciclo de 18,6 años, nuestro satélite natural alcanza la máxima



declinación y pasa justo por el meridiano». De este modo, en las medianoches de diciembre y febrero, la luna llena hace acto de presencia capturando el pozo su reflejo. Un fenómeno que puede contemplarse desde las escaleras que conducen a esta construcción.

En el monte d'Accoddi, también en Cerdeña, encontramos otro interesante ejemplo de culto lunar. Conforme a las dataciones actuales, este observatorio prehistórico se remonta al cuarto o quinto milenio antes de Cristo, por lo que entra de lleno en el contexto neolítico. Las primeras excavaciones efectuadas a mediados del siglo xx fueron coordinadas por el arqueólogo Ercole Contu, al que debemos el descubrimiento en el lugar de restos de cerámica neolítica atribuidos a la cultura local de Ozieri. La primera campaña de excavaciones se inició en 1979 y acabó en 1984 para enlazar con una nueva campaña muy prolífica también en descubrimientos arqueológicos, lo que propició importantes subvenciones económicas que mantuvieron la exploración del lugar hasta bien entrado el año 1985. Como consecuencia de este apoyo financiero, el equipo de excavación «Santo Tinè» vio recompensado su esfuerzo con el descubrimiento de una imponente estructura piramidal, ubicada bajo el túmulo de la cima: una gran cámara pétreo de 15 x 2 m, situada a 5,5 metros sobre el nivel del terreno circundante. La fabulosa construcción fue datada entre el 4000 a. C. y el 5000 a. C., mientras que el conjunto de menhires cercanos se remontan a una época posterior, probablemente al 3000 a. C. Poco después del descubrimiento de la pirámide del monte d'Accoddi, la arqueoastronomía entró en escena y su veredicto confirmó las expectativas que en este sentido el monumento había levantado entre algunos miembros de la comunidad astronómica. En 1986, los investigadores E. Proverbio y G. Romano verificaron la orientación norte-sur del complejo y midieron las direcciones celestes que los diversos componentes del conjunto parecen señalar. La primera medición estableció la orientación de la rampa de acceso al complejo piramidal. El declive presenta una desviación de 6,3° hacia el este, con respecto al norte, y –en palabras de G. Romano– no es rectilínea, sino que está formada por varias partes ligeramente desviadas unas respecto a las otras. Al parecer, los flancos de la zona central del complejo –en la que destaca un imponente rectángulo pétreo– aportan datos sobre su orientación vinculados con los puntos por donde aparecía la Luna en algunas de sus fases más significativas de su ciclo de 18,6 años. Mediciones posteriores han permitido descubrir otras

conexiones astronómicas con nuestro satélite natural. Se ha podido establecer que las líneas que vinculan el centro del monumento con el menhir más distante y el otro menhir existente con el centro de la roca del altar apuntan hacia por donde emergía la Luna cuando asimilaba valores particulares de declinación.

No cabe duda de que los primeros calendarios prehistóricos eran lunares, y está claro también que nuestros antepasados más primitivos sabían registrar los ciclos lunares con extremada pulcritud. El interés por la Luna se refleja no sólo en las observaciones cíclicas de nuestro satélite, también en las dimensiones de ciertos monumentos antiguos. Las mediciones efectuadas en codos y pies de la época son –en sus resultados numéricos– reveladoras. Esos números son 260, 328, 336, 354... y paradójicamente «son equivalentes en días a los ciclos lunares, cuyas duraciones exactas parece que eran conocidas desde hace milenios». Los astrónomos primitivos conocían la existencia de diferentes ciclos lunares, en total siete. Se percataron de que el ciclo estacional del que dependían en algunos aspectos carecía de la precisión requerida si lo que querían era vincular su año lunar de trescientos sesenta y cuatro días. Así las cosas, para que las fases estacionales coincidieran una vez más con su año y sus meses resultaba imprescindible echar mano de trescientos de esos años. Aquellos sagaces astrónomos dedujeron que el Sol reaparecía de nuevo en el mismo punto celeste –cada 1.461 días– tras haber transitado en cuatro ocasiones la bóveda celeste. Este conocimiento les permitió elaborar calendarios solares con el apoyo de los planetas Venus y Marte, los dos primeros planetas cuya fases cíclicas se midieron exitosamente en conjunción con el Sol, añadiéndose al calendario.

Hubo otro fenómeno que llamó la atención de aquellos astrónomos. Tras milenios de observación advirtieron que las constelaciones cambiaban de aspecto conforme pasaba el tiempo, por lo que incluso estrellas que hacía siglos eran perfectamente visibles dejaban de serlo después de un largo período temporal. También observaron que si bien existía un cambio evidente en el aspecto que presentaba el cielo nocturno, no parecía suceder lo mismo con el triángulo equilátero formado por las estrellas Betelgeuse, Sirio y Proción, todas ellas dentro del ámbito de influencia de otro sistema estelar mítico en las culturas antiguas, la constelación de Orión, con su famosa tríada interna, también conocida bajo el nombre de *cinturón de Orión*.

Debido a esto, los astrónomos prehistóricos creyeron descubrir el

mismísimo centro del cosmos. Aunque estaban equivocados en su apreciación no ocurrió lo mismo cuando estimaron, acertadamente, que el Sol se desplazaba un grado sobre la eclíptica cada setenta y dos años, por lo que calcularon en veinticinco mil novecientos veinte años el tiempo que invertía nuestra estrella en dar una vuelta completa. Para entender mejor este fenómeno los antiguos astrónomos dividieron el cielo nocturno en veinticuatro porciones idénticas, cada una de 15° de longitud, en clara correspondencia con las veinticuatro horas que tiene un día. Otros prefirieron dividir el cielo en veintiséis parcelas, cada una de las cuales se correspondía con los catorce días del año lunar. Finalmente, hubo quien dividió el cielo en cuarenta y cuatro partes iguales en clara correspondencia con un dato revelador e inquietante. En efecto, si dividimos proporcionalmente la circunferencia ecuatorial de nuestro planeta en cuarenta y cuatro porciones de novecientos once kilómetros cada una obtendremos un total de 40.048 kilómetros de circunferencia ecuatorial, obteniéndose para ella un radio de siete unidades, lo que nos da un total de 6.377 kilómetros, un resultado ligeramente inferior, en un kilómetro, al valor real.

Todos estos datos nos aportan una visión intrigante de nuestro pasado. Por razones que desconocemos aún, aquellos «primeros» astrónomos y matemáticos eran capaces de discernir la mecánica celeste sin la utilización de ningún telescopio o aparato tecnológico similar, problema que eludieron, en parte, con la construcción de observatorios de piedra. Uno de los más veteranos, anteriormente mencionado, es el crómlech egipcio de Nabta con una antigüedad de seis mil quinientos años. Su disposición y funcionalidad astronómica evoca otros complejos megalíticos europeos como el de Callanish, Clava o el majestuoso Stonehenge, por citar algunos de los más famosos. Sin embargo, Nabta no es el observatorio megalítico más antiguo del planeta. El monumento más antiguo y desestabilizador, por sus profundas implicaciones, está en Ucrania. Se trata del observatorio ovoide de Molodova, cuya antigüedad se remonta, nada más y nada menos, que a ¡cuarenta y dos mil años!

## [LA RELIGIÓN DE LAS ESTRELLAS](#)

Al margen del conocimiento técnico –que sólo unos pocos poseían–, la mayoría de los habitantes de aquellos poblados agrícolas del neolítico debieron pensar que la magia de los megalitos sólo podía tener una explicación en lo sobrenatural. Ignoramos la intensidad emocional que todo esto suscitó en aquellas gentes, pero podemos conjeturar, con un alto grado de certidumbre, que el impacto sobre su forma de ver el mundo debió ser mayúsculo. Esto facilitó las cosas para aquellos sacerdotes ambiciosos que soñaban con adquirir más poder e influencia social. Por ese motivo, lo más probable es que comenzaran a confeccionar la simbología cósmica que daría consistencia a los rituales que vinculan los megalitos y las estrellas. Así a la hora de escenificarlos ante el vulgo adquirirían valor religioso. Un ejemplo claro de este proceso lo hemos visto en la Luna, la cual fue –probablemente– el primer astro contemplado por nuestros ancestros neolíticos como una divinidad. Por otro lado, existen yacimientos relacionados con la presencia en el cielo nocturno de determinadas estrellas, actualmente ocultas o desplazadas temporalmente del lugar que ocupaban cuando se orientaron hacia ellas estos monolitos. Se cree que estos astros debieron tener también algún significado especial –al margen del meramente astronómico– por parte de las sociedades de entonces. La confirmación nos la dan las fuentes latinas y griegas al relatarnos la utilidad práctica que cumplían ciertas constelaciones o estrellas al indicar, con su salida o con su puesta, el inicio de determinados trabajos agrícolas o la celebración de ciertos rituales de carácter funerario. Me estoy refiriendo a las estrellas admonitoras.

El empleo de indicadores cósmicos se utilizaba en algunos santuarios megalíticos como el de Callanish; y digo santuarios porque la religión y la astronomía en aquel momento no parecieron constituir dominios autónomos.

El círculo de menhires de Callanish en la isla Lewis (Inglaterra) posee varias hileras de monolitos orientados hacia el lugar del horizonte por donde amanecían Capella y las Pléyades hace unos tres mil ochocientos años. Para algunos autores antiguos como Hesíodo, la desaparición de las Pléyades indicaba la época para arar la tierra y su renovada aparición señalaba el comienzo de la cosecha del trigo. Por su parte, la salida junto al Sol de la estrella de Sirio indicaba las crecidas del Nilo en el Antiguo Egipto. Probablemente, todas estas mediciones tenían su reflejo en actos votivos de carácter religioso. Las orientaciones de estos monumentos no pueden explicarse únicamente por las salidas de los dos principales actores de la

bóveda terrestre: la Luna y el Sol. Esta alineación del complejo megalítico corresponde a un punto de referencia que actúa asociado al astro rey. Este punto de referencia es una estrella que aparece muy poco antes del amanecer y recibe, por esta razón, el nombre de heliaca.

Las apariciones heliacas de Sirio y Régulo han sido las más utilizadas a lo largo de la prehistoria, aunque no se descarta el uso de otras estrellas o eventos celestes. En Francia, se descubrieron en 1930 diez pequeñas tumbas, marcadas cada una de ellas por un menhir. En total suman diez pequeños menhires erigidos en semicírculos frente a otro más grande, que destaca sobre el resto y está orientado hacia el norte. Los esqueletos encontrados –hallazgo infrecuente en terrenos geológicamente ácidos, pues impiden la conservación de restos biológicos ya sean humanos o de animales– habían sido colocados cuidadosamente mirando hacia el oeste, lo que podría hacer referencia a los distintos desplazamientos de la estrella heliaca hacia dicho punto cardinal; pero también al hecho simbólico de relacionar los muertos con el ocaso solar y el posterior renacimiento por el este. Una vez más se dejan entrever las implicaciones religiosas de algunos de estos observatorios estelares.

El citado ejemplo francés indica que algunos monumentos megalíticos poseían un carácter que vinculaba el culto funerario con los fenómenos celestes, motivo por el cual los arqueólogos los han definido como tumbas cósmicas<sup>22</sup>.



Menhir de Gargantáns (Galicia). Foto: Tomé Martínez. Se cree que este menhir formó parte de un complejo aún mayor actualmente desaparecido y, muy probablemente, su funcionalidad astronómica debió de ser relevante.

El observatorio ucraniano –antes citado– de Molodova detenta una serie de detalles exclusivos con respecto a los otros yacimientos. Mientras que estos últimos están contruidos en piedra, el complejo ucraniano está elaborado con restos óseos de mamuts. Su aspecto es el de una elipse trazada conforme a una medida de referencia de 288 milímetros. Los colmillos y huesos de paquidermo se combinan adquiriendo la estructura de arcos circulares, con radios de nueve, doce y veinticuatro pies, cuyos centros ocupan el ápice –en palabras de Maurice Chatelain– de triángulos sagrados, con tres, cuatro y cinco pies de lado. «Dichos triángulos permiten la medición del ángulo de  $37^\circ$  existente en Europa entre la salida de nuestro astro solar en los solsticios y equinoccios».

Otro yacimiento similar, pero en esta ocasión de forma ovoide y realizado en piedra, se encuentra en tierras inglesas; es el de Clava. Paradójicamente los criterios astronómicos de este emplazamiento megalítico se corresponden con los de Molodova. ¡Al igual que el observatorio ucraniano, el inglés observa también el ángulo de 37°!

Por su parte, las famosas avenidas megalíticas francesas de Carnac sirvieron, fundamentalmente, para observar la Luna, pero al parecer su diseño y planificación invitaban a la observación metódica del Sol y de los planetas visibles. Los arqueoastrónomos han llegado a estas conclusiones tras las oportunas comprobaciones; sin embargo, han sido incapaces –al margen de estos cálculos<sup>23</sup>– de determinar la motivación astronómica que pudo existir a la hora de alinear tres mil menhires a lo largo de diez kilómetros. Tal vez la idea consistiera en marcar el nacimiento del Sol en determinadas fechas. Sea cual sea el asentamiento megalítico que estudiemos observamos otro aspecto técnico sorprendente: el uso sistemático de una misma unidad de medida por parte de los constructores megalíticos europeos, la yarda megalítica.

Se supone que en los tiempos previos al nacimiento de la cultura científica en Grecia no existía la geometría, tal y como se concibe hoy en día. Sin embargo, en la práctica totalidad de los monumentos megalíticos con una clara funcionalidad astronómica se utilizan todo tipo de figuras geométricas que van desde los sencillos círculos, pasando por los triángulos, las espirales o las elipses. Probablemente debido a que el círculo es la figura más fácil de diseñar, son muchos los monumentos prehistóricos que adquieren esta forma. El círculo trazado en Stonehenge –conocido con el nombre de «los 56 agujeros de Aubrey»– fue bosquejado sobre el terreno con suma precisión, siendo el margen de error del trazado de sólo 17 centímetros, sobre un radio de 43,2 metros.



Megalito galaico de Cova da Moura. Expedición Noite de Pedra.

Su orientación este-oeste marca con precisión el nacimiento  
y ocaso del astro solar.

Por su parte, el observatorio megalítico de Woodhenge, en Inglaterra, se configuró en forma ovoide y el trazado –a su vez– se confeccionó sobre seis óvalos concéntricos perfectos, lo que denota unos conocimientos geométricos excepcionales. Si retrocedemos, de nuevo, a territorio galo, encontramos un interesante ejemplo de trazado triangular: el yacimiento de Crucuno, en la Bretaña francesa. El trazado del monumento responde a un sencillo triángulo rectángulo formado por dos catetos que miden tres y cuatro unidades, mientras que la hipotenusa mide cinco. Se ha observado que los lados del rectángulo apuntan hacia el norte-sur y este-oeste, al tiempo que las diagonales se orientan hacia el punto celeste en el que emerge y muere el Sol durante los solsticios. Todos estos indicios hicieron pensar al ingeniero y arqueólogo escocés Alexander Thom que existió una unidad común para trazar todos estos monumentos en la Europa megalítica. A partir de las mediciones realizadas en los mismos se intenta conseguir un submúltiplo común, en otras palabras, una unidad de medida que Alexander Thom denomina yarda megalítica cuyo valor de 0,829 metros se correspondería con



la medida de un paso humano.

Esta idea no es, sin embargo, nueva. En el siglo XVIII el erudito William Stukeley propuso una unidad de 0,528 metros de aplicación universal; incluso poco después, en el año 1895 un tal Lewis creyó discernir otra unidad de medida, pero en este caso de uso geográfico más restringido. Con el paso de los años, la idea de la medida común ha ido cobrando fuerza y ello aunque eso signifique hacer tambalear otro paradigma científico que presuponía la carencia de contactos culturales y comerciales por parte de aquellas comunidades neolíticas. Estos monumentos, relacionados con el cosmos, nos permiten deducir su dimensión más trascendente, al comprobar que no eran erigidos aleatoriamente, sino que su colocación respondía también a criterios religiosos. De lo que se deduce que si existía un rigor a la hora de hacerlos funcionales –desde el punto de vista astronómico– debió de existir la necesidad de hacerlos «funcionales» también desde el punto de vista religioso llevando a sus constructores a ser extremadamente minuciosos a la hora de elegir el espacio geográfico donde finalmente serían alzados.

Se ha podido observar, en efecto, que los megalitos se situaban en lugares especiales, en los que las corrientes telúricas emanaban como consecuencia de la actividad natural de las aguas subterráneas que desembocaban, la mayoría de las veces, en una fuente o río sagrado. Estas aguas eran y siguen siendo consideradas en la actualidad curativas, al igual que muchos monolitos europeos o americanos utilizados para sanar diversas dolencias.

Una de las más controvertidas teorías que tratan de explicar este pormenor es la denominada tesis de los Leys, también conocida como teoría de las Líneas del Dragón. Alfred Watkins, un caballero británico que por entonces contaba los sesenta y cinco años de edad, recorría los hermosos parajes de Bredwardine, cuando observó algo que lo dejó atónito. Como si se tratase de una revelación divina Watkins advirtió una imaginaria red de líneas que se extendían a través de la orografía, vinculando de este modo iglesias, yacimientos megalíticos y diversos santuarios paganos. Watkins publicaría sus hallazgos con posterioridad recibiendo por ello furibundos ataques por parte de la comunidad científica de su tiempo. Según esta concepción, los constructores de megalitos se tomaban muy en serio la fase selectiva en la que tenían que elegir un lugar donde construir sus monumentos. Aparte de la funcionalidad astronómica, el monumento en cuestión debía servir como catalizador de las energías telúricas.

Conforme a esta filosofía, los megalitos se erigían en puntos geográficos de gran actividad energética con objeto de encauzar, equilibrar y mejorar las condiciones ambientales de esos espacios. El británico Colin Bloy cree que estas líneas de fuerza subterráneas forman una gran red que abarca casi la totalidad del continente europeo, relacionándose con lo que él llama sistema nervioso de la Tierra, concepción que han sustentado anteriormente otros autores como James Lovelock, que consideran nuestro planeta como un gigantesco ser vivo. ¿Procede esta creencia realmente de épocas primitivas? Probablemente, aunque con matices culturales.

En el año 1785, durante una reunión de la Royal Society of Edimburg, el escocés James Hutton afirmó que la Tierra era un superorganismo cuyo estudio debía encauzarse en una nueva dirección analítica, estableciéndose para ello la base técnica y teórica de lo que él denominó doctrina de la fisiología planetaria. Esta peculiar y polémica visión del planeta cayó en el olvido aunque a lo largo del tiempo fue citada aisladamente por algún que otro autor, hasta que Lovelock volvió sobre el tema. El investigador escogió el nombre de Gaya para designar nuestro planeta, identificándolo –al igual que hiciera siglos antes el investigador escocés Hutton– como un superorganismo vivo que es capaz de autorregularse. Son muchos los eruditos que se escandalizan con la interpretación de Lovelock pero en todos los años transcurridos desde que esta tesis fue recuperada la teoría de Lovelock ha hecho frente, de una manera original, a determinados fenómenos inexplicables, llamando la atención de algunos científicos. En la misma línea, otros investigadores creen que las energías de los Leys forman una extensa red de «energía» que, en algunos tramos, puede tener irregularidades o desequilibrios. Es en estos casos donde los megalitos desempeñarían un papel fundamental en el equilibrio telúrico de una determinada zona.

Esta teoría resulta para muchos pura fantasía; pero cuando ves con tus propios ojos cómo trabajan los buscadores de agua (zahoríes) de algunos pueblos de la península ibérica que armados con dos varillas en forma de L o un péndulo son capaces de localizar, con aparente sencillez, lo que la tecnología del siglo XXI días antes había negado, te cuestionas si lo más sensato será evitar enjuiciar un fenómeno que en realidad no comprendemos. Está claro que hay una ciencia, un conocimiento que hemos perdido para siempre. Por eso, a veces nos cuesta tanto comprender el misterioso mundo de nuestros ancestros y teorías tan «descabelladas» como la de las energías

telúricas. Pero con los megalitos muchas cosas siguen siendo incomprensibles. Salta a la vista que todas estas analogías morfológicas y funcionales no pueden ser fruto de la casualidad ni responden a parámetros ideados localmente. Estamos ante un fenómeno cultural universal con un génesis común, en algún momento y lugar de un pasado perdido en el tiempo.

## LOS CONSTRUCTORES DE MEGALITOS

Los artífices de los megalitos se enfrentaron a notables problemas técnicos para sacar adelante sus proyectos. La construcción de estos monumentos implicó el uso masivo de mano de obra; algo que hasta cierto punto puede resultar inverosímil, teniendo en cuenta que los poblados neolíticos carecían, en muchas ocasiones, del número de individuos especializados para poder llevarlos a cabo con eficacia.

Un ejemplo que refleja esas dificultades técnicas lo vemos en el impresionante sepulcro de Quanterness, en las islas Orcadas. Para su ejecución se requirió de una media de diez mil horas por individuo, lo que equivale a unas ¡150 jornadas de dura faena! En otras palabras, la construcción de este megalito requirió del trabajo continuo de diez mil personas, durante cerca de ochenta días. Otro problema tiene que ver con las técnicas de construcción empleadas. En efecto, ingenieros y equipos universitarios han experimentado al respecto con relativo éxito, reflexionando sobre los problemas a los que se debieron de enfrentar sus constructores, abordando las presumibles técnicas arquitectónicas utilizadas antaño, la tecnología empleada para el transporte, la elevación y la colocación precisa de estructuras con un enorme tonelaje. La conclusión de todo este esfuerzo deductivo es que todavía tenemos que resolver importantes incógnitas sobre la metodología de trabajo que permitió a aquellos operarios hacer tan bien las cosas y de paso, en lo que concierne a los hombres de ciencia de nuestro tiempo, debemos evitar ser tan pretenciosos y arrogantes a la hora de hacer valoraciones sobre el ingenio de nuestros antepasados. En la era de las naves espaciales, no somos capaces de responder satisfactoriamente al problema; sólo lo hemos hecho parcialmente y con reservas. Lo más honesto es enfrentarnos al problema con admiración y cierta dosis de humildad.

Sin embargo, en los años setenta algunos se mostraban muy seguros al explicar cómo acometieron estos monumentos los hombres prehistóricos. Es el caso del profesor Richard Atkinson, responsable de algunos de los más importantes experimentos de campo realizados en el mundo de la arqueología. Desde el punto de vista técnico Atkinson consideraba que unos simples cordajes vegetales y de cuero eran suficientes para manipular los monolitos pétreos. En un cálculo aproximado, concluyó que para la construcción de Stonehenge se necesitaron cerca de setecientas personas provistas de cuerdas de cuero, dispuestos estratégicamente para poder trasladar de un punto a otro los grandes bloques que ahora vemos erguidos, algunos de los cuales rebasan con creces las treinta toneladas. Si el elemento pétreo a mover pesaba, digamos unas siete toneladas, con unos ochenta hombres se tendría la suficiente fuerza bruta para manipularlo. En su libro *Ingeniería neolítica* Atkinson comenta al respecto:

Levantar las piedras que sirven de techado a las tumbas en cámara no ofrece grandes dificultades, si se tiene en cuenta que el túmulo que circunda la cámara ha sido primeramente construido hasta la misma altura de los muros, constituyendo una especie de rampa o plano inclinado por el que se puede llevar y levantar, con ayuda de palancas, las piedras colocadas sobre rodillos. Es preciso ante todo asentar muy cuidadosamente los muros de la cámara haciéndolos aptos para resistir presiones laterales. De hecho, es muy probable que el interior de la cámara haya sido acondicionado mediante un relleno de tierra apisonada o mediante largas vigas de madera. Esta adaptación se suprimiría, acto seguido de asentar los moles de la cubierta.

Bueno, esto es la teoría porque la práctica no ha demostrado ser del todo eficaz. Quizás haya que mejorar la técnica por nuestra parte para poder emular con éxito el reto de construir complejos megalíticos como el de Stonehenge, Averbury o los majestuosos Cairn<sup>24</sup>.

A estas alturas nos sigue desconcertando el titánico esfuerzo que llevaron a cabo aquellos colectivos. El porqué de los megalitos sigue siendo, por lo tanto, una cuestión peliaguda e incómoda, incluso para la «nueva» Arqueología.

Pienso que en la funcionalidad astronómica de estos monumentos está la clave de todo este asunto. Los arquitectos que concibieron aquellos complejos los relacionaron con diversos acontecimientos celestes; pero de entre todos ellos existe una función mayoritariamente extendida: los ciclos y efemérides de la Luna.

Este detalle podría obedecer al hecho de que –en algunas zonas– los

constructores de megalitos no sólo eran agricultores, también podrían haber sido navegantes. Entra dentro de la lógica ese interés por nuestro satélite natural pues como bien es sabido influye notablemente sobre las mareas. Hay quien va más allá y apuesta fuerte al afirmar que los creadores del megalitismo astronómico estaban relacionados con alguna civilización marítima avanzada; tal vez la mítica Atlántida. Si la isla de la Atlántida se veía amenazada por la creciente subida del nivel del mar; tal y como describe Platón en su obra, resultaría lógico ese frenesí por construir en la franja atlántica monumentos para observar la Luna y así poder predecir y estudiar las causas de las mareas y tratar de evitar el desastre final. Sea como fuere, tras la supuesta desaparición bajo las aguas de la mítica isla, el fenómeno megalítico seguiría evolucionando añadiéndosele nuevos condicionantes religiosos y de estatus social que justificarían la motivación para seguir construyéndolos. Un ejemplo lo tenemos en Stonehenge y su redescubierto carácter sagrado.

## STONEHENGE: EL SANTUARIO CÓSMICO

La arqueología ha descubierto la funcionalidad astronómica de muchos de estos monumentos y la ciencia que se camufla en sus piedras; sin embargo, este análisis del fenómeno megalítico se nos antoja bastante superficial. Estamos ante una manifestación del espíritu humano que rebasa las fronteras cognoscitivas del *Homo sapiens* moderno, por lo que para su mínima comprensión debemos de buscar refuerzos en disciplinas tan dispares como la antropología o la filosofía.

Normalmente estos lugares son considerados por expertos y profanos como sagrados; pero ¿por qué llamamos sagrados a lugares como Stonehenge? Para referirse a estos lugares los arqueólogos utilizan términos como centro ceremonial o ritual aunque ignoran exactamente los elementos cosmológicos que dan sentido a esta afirmación. No obstante, resulta evidente que el megalitismo surgió tras un profundo cambio de perspectiva de una humanidad acostumbrada, hasta entonces, a llevar una vida nómada a través de la variada geografía atlántica. Aquellas sociedades comenzaron a practicar la agricultura y la ganadería, lo que motivó el desarrollo de un

nuevo tipo de sociedad sedentaria: el contexto propicio para la aparición de expresiones culturales y espirituales únicas.

Los monumentos megalíticos son el reflejo de ese profundo cambio social pero también son el reflejo de un cambio de conciencia significativo en el devenir de nuestra especie. Ahora bien, aunque la aportación de la arqueología es eficaz para poder definir las características del arte megalítico no lo es tanto a la hora de tratar de definir el propósito último y la dimensión cognitiva de estos lugares.

Ahora sabemos que estos espacios sagrados eran idóneos, y al parecer lo siguen siendo, para alcanzar determinados estados alterados de conciencia, lo que abre las puertas a múltiples interpretaciones sobre la cosmología de los pueblos que erigieron estas asombrosas construcciones. Pero también revela que debemos valorar el megalitismo más allá de su dimensión arqueológica considerando el contexto espacial en donde cada una de sus partes se manifiesta, como un todo.

Un lugar sagrado, a diferencia de un espacio doméstico o utilitario es la suma, por lo tanto, de un conjunto; este tipo de interpretación tiene su fuente de inspiración en la denominada Teoría General de los Sistemas; una ciencia general de la totalidad que hasta no hace mucho se consideraba un concepto vago y confuso y que nos invita a tratar estos monumentos y el lugar donde se encuentran conforme a un enfoque sistémico, lejos de la radical especialización de las ciencias involucradas en el estudio del pasado.

La ciencia siempre ha intentado entender la naturaleza dividiendo las cosas en partes. Según Ferguson: «Ahora es sumamente claro que los conjuntos no pueden comprenderse mediante análisis [...] En la relación hay novedad, creatividad y complejidad. Tanto si hablamos de reacciones químicas como de sociedades humanas, de moléculas o de tratados internacionales, hay cualidades que no pueden predecirse contemplando los componentes». En resumidas cuentas con este enfoque lo que se pretende es encontrar una pauta que trascienda los elementos específicos que integran un lugar sagrado vinculándolos en su conjunto. La búsqueda de este principio unificador es esencial para entender de una vez por todas la interacción de los elementos estructurales megalíticos y los procesos funcionales que desempeñan además de aclarar las razones que explican la pervivencia de esta manifestación arqueológica a lo largo de los siglos. Stonehenge es un ejemplo perfecto de pensamiento sistémico; sus constructores actuaron con este criterio. De

hecho, Stonehenge nos proporciona simultáneamente diferentes niveles de información. Pero antes de entrar en materia, hagamos las presentaciones.

Recién estrenado el nuevo milenio, los medios de comunicación de todo el mundo se hicieron eco de una noticia que chafó el día a más de uno. Al parecer un joven estudiante de la Universidad de Bristol, de nombre Brian Edwards, mientras hacía una investigación para su tesis doctoral se percató – por pura casualidad– de un hecho irritante que desde entonces ha traído de cabeza a las instituciones científicas de aquel país. El complejo megalítico de Stonehenge que visitaban los turistas de todo el mundo podía no responder enteramente a los parámetros arquitectónicos originales proyectados por sus arquitectos prehistóricos. «En realidad –comenta Edwards– el complejo megalítico que podemos ver hoy en cualquier postal es una recreación llevada a cabo por el arqueólogo Alexander Keiller. La forma actual que presenta Stonehenge es una reminiscencia del verdadero aspecto que pudo tener la estructura en el pasado». El impacto de esta noticia fue demoledor para la credibilidad del mundo académico: ¿Por qué se ocultaron estos datos durante tanto tiempo a la opinión pública? ¿Se podía seguir confiando en los estudios que consideran a Stonehenge como la catedral de la arqueoastronomía megalítica? El gremio arqueológico no supo qué decir. Durante un tiempo las dudas generaron una enorme incertidumbre sobre lo que creemos que es Stonehenge.

Sabemos que la primera restauración de Stonehenge data del año 1901, mientras que la segunda fue ejecutada en 1919, de la mano del coronel William Hawley. Afortunadamente, aunque este hecho ha marcado un antes y un después en el yacimiento megalítico, podemos estar seguros de que las alteraciones de que ha sido objeto no han deteriorado la funcionalidad astronómica del mismo. Alexander Keiller, al parecer, hizo bien su trabajo.



Fase 1 de la construcción de Stonehenge. Se estima que comenzó en torno al 3500 a. C., sin embargo, gracias a técnicas como el carbono 14 los científicos han calibrado la fecha en el 2800 a. C. En esta primera etapa es cuando se acomete la construcción de la zanja circular con reborde, los 56 hoyos de Aubrey (dispuestos alrededor del perímetro) y se erigen los primeros marcadores megalíticos con funcionalidad astronómica.



Fase 2 de la construcción de Stonehenge. Sus constructores conectaron a través de una avenida el complejo megalítico con el río Avon; por razones de tipo mágico religioso. Es en esta etapa donde erigen las primeras piedras de arenisca azulada (algunas de ellas pesan más de veinte toneladas) procedentes de las lejanas canteras del suroeste del País de Gales; a unos 320 km de distancia.

El más célebre monumento de la prehistoria fue un santuario en toda regla; es más, las últimas investigaciones sostienen que sirvió no sólo como necrópolis en momentos puntuales, sino además como centro de sanación. No muy lejos del yacimiento los arqueólogos han desenterrado un poblado neolítico conocido con el nombre de Durrington Walls. Se cree que las personas que vivieron allí participaron en la construcción del gran

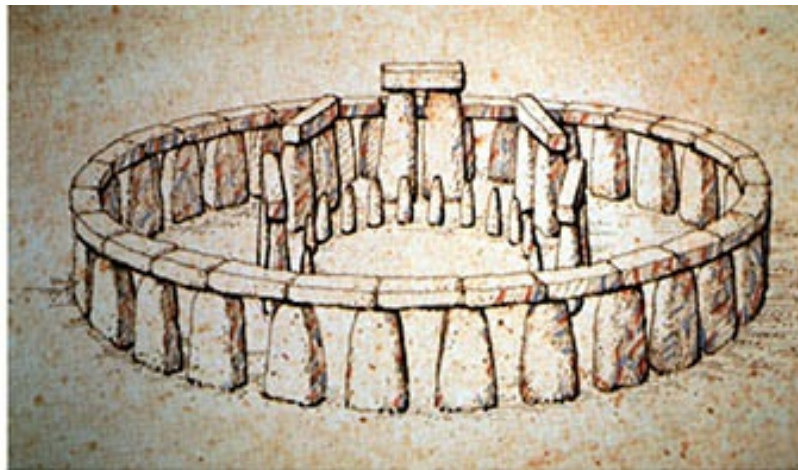


monumento, al menos en algunas de sus fases más relevantes. Pero no es la única sorpresa reciente que ocupa ahora el tiempo de los investigadores. En Amesbury, a unos cuatro kilómetros al sureste de las famosas piedras azuladas, se encontró un antiguo enterramiento datado entre dos mil quinientos y dos mil trescientos años antes de nuestra era con los restos de dos hombres acompañados del que pasa por ser, a día de hoy, el ajuar funerario más fabuloso jamás encontrado en Gran Bretaña. Lo increíble es que tras los oportunos análisis isotópicos de parte de los restos de los individuos allí yacentes se descubrió que al menos uno de los cadáveres no era británico sino que era oriundo de los Alpes. El otro gran descubrimiento que, como veremos, refuerza la teoría del centro de culto o de sanación es el hallazgo de una gran avenida que conducía al monumento principal. Se trata de una senda de veintitrés metros de anchura por donde se accedía a Stonehenge. La famosa Piedra del Talón (*Heelstone*) sirve como indicador del acceso a este espacio sagrado. Algunos arqueólogos creen que los devotos que acudían a Stonehenge desgajaban trocitos de las piedras azules de tamaño más modesto ubicadas en el círculo central del complejo a modo de amuletos. Analizando estos datos vemos que gente procedente de otras latitudes viajaba hasta aquí muy probablemente por razones de naturaleza mágico-religiosa buscando la mediación y el poder que emana de Stonehenge. Obviamente, esta utilidad no eclipsa a mi modo de ver otras funcionalidades más elevadas relacionadas con el cosmos y el complejo conocimiento que las clases sacerdotales dominaban y que tan sólo transmitían a unos pocos. En efecto, la arqueología ha demostrado que Stonehenge es –además– una especie de computadora megalítica cuya edificación –al parecer– precisó de varias etapas a lo largo de miles de años.

Salvando las distancias, Stonehenge se construyó –al igual que las catedrales medievales– en varias fases. Durante un dilatado período, del 2800 a. C. al 1550 a. C., se hizo necesaria una planificación que cumpliera escrupulosamente, a lo largo de los siglos, con el fin perseguido por aquellos que proyectaron su ejecución. Esto no hubiera sido posible si no hubiera existido una poderosa motivación.



Fase 3 de la construcción de Stonehenge. Tras una serie de cambios los bloques de arenisca azul fueron trasladados al interior del círculo megalítico contrastando con los enormes trilitos. En esta etapa comienza a asemejarse a la imagen que no es tan familiar en la actualidad.



Fase 4 de la construcción de Stonehenge. En el 1500 a. C. se acometen los cambios definitivos. Los nuevos constructores deciden retirar las piedras azules, ubicarlas en el interior del círculo megalítico y erigir la piedra de arenisca verde conocida con el nombre del Altar.

La *Heelstone* (un menhir situado en las afueras del complejo megalítico circular) y los 56 agujeros de Aubrey son los elementos más antiguos. Los trilitos, por su parte, fueron erigidos en este lugar ocho siglos más tarde. Las famosas piedras azules, que se sitúan en un doble círculo, constituyeron la

última fase de esta construcción prehistórica.

Los estudios arqueoastronómicos iniciados por el reverendo inglés William Stukeley en 1740 y los llevados a cabo por investigadores contemporáneos como Gerald S. Hawkins o Alexander Thom han demostrado que los misteriosos arquitectos de Stonehenge utilizaron ciertas estructuras megalíticas para determinar las fechas más sobresalientes del año agrícola o simplemente para resaltar ciertas ceremonias relacionadas con los eventos celestes.

Hasta la fecha, se ha localizado una veintena de alineamientos de carácter astronómico. Así, por ejemplo, el monolito de Heelstone, erigido frente a la entrada del monumento y de cuatro mil ochocientos años de antigüedad, es el encargado de marcar la salida del Sol en el solsticio estival.

## EL VIAJE DEL SOL

Desde un punto de vista astronómico, el movimiento aparente del sol sobre la eclíptica determina sobre el horizonte ciertas efemérides lo suficientemente regulares como para contribuir a una medición rigurosa del tiempo a través de calendarios. Al principio de la primavera, el Sol –que se haya sobre el ecuador (declinación cero)– sale por la mañana por el este y se pone por el oeste. La primera etapa de esta estación se caracteriza por el equilibrio que se da entre la noche y el día: hay tantas horas de luz como de oscuridad, de ahí el término de equinoccio. Conforme avanza la estación, el Sol se aleja del ecuador hacia el norte, aumentando considerablemente la declinación. Por tanto, el astro no emerge con la exactitud propia de los inicios de esta estación, sino que sale por un punto ubicado entre el este y el norte y se oculta por la tarde entre el oeste y el norte. En este contexto temporal, hay por el contrario, más horas de luz que de oscuridad, puesto que el arco descrito por nuestra estrella en el cielo es de una mayor amplitud. A medida que avanza el tiempo, la declinación del Sol disminuye aproximándose –de nuevo– la salida del astro solar en el este. Al principio del otoño, el Sol alcanza el ecuador, repitiéndose –nuevamente– el fenómeno ya descrito en primavera: un nuevo equinoccio. Conforme avanza el otoño, la declinación del sol se va haciendo negativa; lo que quiere decir que se ubica por debajo del ecuador del planeta. En consecuencia, el Sol emerge

paulatinamente por un punto cada vez más distante del este, hacia el sur, lo que contribuye a que se den menos horas de luz que de costumbre, hasta alcanzar un prolongamiento máximo de la oscuridad llegados al invierno, lo que técnicamente se denomina solsticio invernal. En esas fechas, nuestro Sol surge en un punto próximo al sur, registrándose más horas de oscuridad en detrimento de la luz.



Momento en el que el sol se alinea con el complejo megalítico galaico de Porta Do Sol en el equinoccio otoñal. Foto: Tomé Martínez.

Los cinco trilitos interiores están ubicados de tal forma que marcan dos elipses concéntricas, donde el eje mayor señala el lugar por donde nace el Sol en el solsticio de verano. Desde el interior del complejo es posible distinguir ciertas irregularidades del terreno; algunos de estos accidentes topográficos sirven para determinar con precisión las salidas y puestas de la Luna o las fechas en que se manifiestan determinados sucesos celestes, algunos de los cuales podrían corresponder a ciertas festividades y ofrendas expiatorias asociadas a los eclipses, fenómenos que, presumiblemente, debieron ser interpretados por aquellas sociedades como un signo de suma importancia.

El prestigioso astrofísico inglés *sir* Fred Hoyle ha propuesto un método que, a su juicio, se aproxima al que utilizaron los sacerdotes de Stonehenge para predecir los eclipses, mediante una sencilla operación y sobre la base de los 56 agujeros predispuestos en forma de círculo que son conocidos con el nombre de Pozos de Aubrey. Para Hoyle, estos representan las órbitas aparentes del Sol y la Luna. Si el Sol se indica con una piedra marcada y se desplaza cada 13 días dos pozos, la piedra marcada completará un giro de 360° en el plazo de un año. A su vez, si dividimos los 56 pozos entre los dos recorridos cada 13 días, el resultado será 28, que multiplicado por 13 equivale a 364, casi el número de días del ciclo solar anual (365,24 días). Si tomamos otra piedra marcada, que representaría a la Luna, y la desplazamos también dos pozos cada día en el sentido del Sol, podemos deducir el ciclo astronómico de nuestro satélite. En efecto, 56 dividido entre dos es igual a 28, cifra aproximada de la duración del mes lunar. Finalmente, para que los cálculos de Hoyle nos lleven a buen puerto hemos de situar una pareja de piedras –diferentes a aquellas que representan al Sol y la Luna–, para señalar los nódulos lunares. La órbita de la Luna cruza en dos puntos la eclíptica. Estos dos puntos se denominan, respectivamente, nódulo ascendente y descendente. La recta que une a ambos se llama línea de los nódulos. Estos se desplazan sobre la eclíptica de tal forma que la línea realiza un giro completo en un período de 18,6 años. Pues bien, cuando tres de estas piedras coinciden sobre el diámetro del círculo que dibujan los pozos de Aubrey, es factible que se produzcan eclipses.

Stonehenge es una original y «perfecta» computadora megalítica pero no es la única existente en el planeta. En Rumanía, se encuentra el espectacular calculador astronómico prehistórico de Sarmizegetusa Regia, cuyas características y métodos de cálculo evocan en muchos aspectos los de

Stonehenge.

Resulta paradójico que Stonehenge sea más popular que el complejo rumano de Sarmize y ello por una razón de peso: el complejo ubicado en Sarmizegetusa Regia es considerado por los astrónomos como el monumento arqueoastronómico más sensacional de cuantos conoce la ciencia. Esta maravillosa máquina astronómica fue diseñada con unos criterios de precisión tan sublimes que la convierten en un testimonio del pasado de enorme valor científico. La computadora megalítica de Sarmize responde a un diseño circular de grandes proporciones<sup>25</sup>. A su vez, esta se divide en 104 partes iguales, por medio de otras tantas losas predispuestas verticalmente. La zona interior del círculo pétreo se encuentra dividida por grandes postes de madera en 210 porciones análogas unas de otras. Además de este gran círculo, Sarmize incluye otro más aunque con unas proporciones más modestas respecto al primero. Como en el grande, el círculo pequeño también está dividido en partes iguales. En esta ocasión, la circunferencia se divide proporcionalmente en dos zonas de treinta y cuatro piedras cada una, la primera distribuida en dos veces 17, la segunda en 18 más 16, lo cual –en palabras de Chatelain– iba encaminado a efectuar diversos cálculos astronómicos.

Los ciclos astronómicos susceptibles de análisis con la máquina megalítica rumana son de una sutil complejidad. Chatelain, tal vez el especialista más preocupado por la divulgación de este complejo megalítico a la opinión pública, explicaba así las características de este portento tecnológico del pasado remoto:

[...] las 104 losas exteriores coinciden, desde luego, con un ciclo de ciento cuatro años, o lo que es lo mismo treinta y siete mil novecientos sesenta días, dato que asombrosamente también era conocido por la cultura maya y los egipcios. Esta peculiaridad cíclica hace coincidir los años solares de trescientos sesenta y cinco días con los años venusianos de quinientos ochenta y cuatro días, en tanto que tres de dichos ciclos coinciden con ciento cuarenta y seis años de Marte, y catorce con setenta y tres conjunciones de Júpiter y Saturno; o lo que es lo mismo, mil seiscientos cuarenta años lunares.

Pero lo más espectacular está por venir. Al parecer el círculo pétreo de doscientas diez piedras resulta para Chatelain más enigmático, pues según él no existe ningún ciclo astronómico múltiplo de ese número que los constructores de Sarmize pudieran discernir sin la requerida ayuda por parte de alguna cultura exterior más capacitada tecnológicamente. Existen dos

círculos megalíticos múltiplo de ese número realmente desconcertantes. El primero nos remite al número 18.270 que, en días, es el tiempo que requiere una estrella invisible que gira alrededor de Sirio, tema que retomaremos más adelante cuando hablemos de las tribus dogonas. Por su parte, el segundo círculo nos remite al número 90.720, que en días se corresponde con la revolución sideral del planeta Plutón. Ahora bien, en ambos casos, estos misteriosos cuerpos celestes no fueron percibidos por el ojo humano hasta bien entrado el siglo xx, gracias entre otras cosas a la utilización de artilugios ópticos como el telescopio; y al parecer, los hombres de Sarmize, que sepamos, no poseían esta tecnología. ¿Cómo pudieron entonces averiguar estas efemérides cósmicas sin las herramientas adecuadas?

## DRUIDAS: LA RELIGIÓN ANTIGUA

Generalmente se asocia a los druidas con Stonehenge. Aquellos sacerdotes eran animistas. Consideraban que los robles, el muérdago, los bosques, las montañas o los grandes monolitos de piedra eran potentes mediadores entre este y el otro mundo. Identificaban estos mediadores con las fuerzas de la naturaleza y con el espíritu de sus antepasados. La práctica de esta religión precisaba de estos escenarios o elementos para escenificar sus ritos y ceremonias chamánicas. Mediante un proceso iniciático y bajo la influencia de estados alterados de conciencia eran capaces de acceder a esos mundos invisibles y representarlos de diversas maneras. Era común, por ejemplo, representar el dios de la caza, un dios astado de nombre Cernunnos. Aparece en el folclore, pero también en los abrigos de algunas cuevas o en petroglifos.

Los fundamentos religiosos de aquel pueblo guerrero siguen siendo un misterio para nosotros. Entre otras cosas porque sus enseñanzas, filosofía, leyendas e incluso sus leyes eran transmitidas a través de la tradición oral. Confiaban en este sistema para perpetuar sus conocimientos sobre la naturaleza o el más allá. Al carecer del registro escrito son muchos los aspectos que se nos escapan a la hora de tratar de profundizar sobre su compleja cultura. En parte estas lagunas se han ido cubriendo gracias a la deducción antropológica derivada del análisis del paganismo que aún pervive en ciertos territorios donde la huella celta es evidente y las fuentes históricas procedentes de culturas que compartieron

contemporaneidad con aquel fascinante pueblo, así lo corroboran. Ahora bien, cabe aclarar que esa tradición oral se dio fundamentalmente entre los celtas insulares; no así entre los continentales, pues al llegar estos al tránsito de la protohistoria y la historia, no dudaron, conocedores de la escritura, en testimoniar lacónicamente parte de su cultura a través de un nada despreciable número de documentos epigráficos; tales como grafitis, leyendas numismáticas o inscripciones.

Según la arqueología los celtas más primitivos datan de los años 800 a. C. al 450 a. C. y se repartían a lo largo y ancho de la geografía de la Europa central. A este grupo se les conoce con el nombre de cultura Hallstatt. La siguiente fase celta fue bautizada por los arqueólogos como cultura de La Tenè evolucionando hasta la época de los romanos dentro de los límites territoriales de la Europa continental.



Ara de sacrificios de origen celta escondida en un castro oculto por la frondosa maleza galaica en Toldaos (Galicia).

Foto: Tomé Martínez.

Los primeros vestigios de presencia celta los encontramos en Renania, entre los siglos XI y VI a. C. Aunque en términos generales los celtas tenían muchas similitudes con los pueblos guerreros indoeuropeos, religión, idioma, organización social y costumbres marcaban la diferencia sobre todo cuando se les compara con las tribus del este del Danubio y los clanes del sur del Mediterráneo. A su vez, los arqueólogos han encontrado relevantes afinidades culturales entre los celtas y la antigua India. Así se constata, por ejemplo, en el Rig Veda, el texto sagrado más importante y antiguo de la India. Gran parte de la vida de aquellas tribus estaba condicionada por la religión animista, sus mitos,



tradiciones y los seres sobrenaturales que protegían lugares sagrados como Stonehenge.

## [AVEBURY Y OTROS LUGARES DE PODER](#)

El *henge* de Avebury (2700 a. C.), sito al sur de Inglaterra a unos ciento veintiocho kilómetros de Londres, en Wiltshire, guarda también una estrecha relación con el complejo de Stonehenge pero en comparación con este último sus proporciones son enormes. Avebury es uno de los yacimientos arqueológicos prehistóricos más espectaculares del planeta y en realidad toma el nombre del pueblo que se edificó en el interior del *henge* violando su sacralidad milenaria.

Con una extensión de algo más de once hectáreas, este espacio megalítico fue abierto en el duro terreno con herramientas muy primitivas pero eficaces elaboradas con astas de ciervo. Sus constructores optaron por abrir una impresionante zanja circular entre dos imponentes terraplenes. En palabras del investigador inglés John Autrey, «supera a Stonehenge en la misma medida que una catedral supera a una pequeña parroquia».

En el interior del *henge* nos encontramos un círculo con enormes megalitos hincados en la tierra y aún más adentro hallamos los restos de dos círculos más aunque de tamaño menor. En el centro del complejo circular más septentrional encontramos las estructuras megalíticas conocidas popularmente con el nombre de «The Cove»; mientras que en el centro del círculo meridional se yergue un pedestal de cemento que evoca el lugar donde se asentaba el obelisco, el enorme menhir, ya desaparecido, de seis metros de altura y varios palmos de espesor que durante milenios ha asombrado a generaciones enteras.

Dos avenidas pétreas convergen en él: una al sur y otra al oeste. Para construir el lugar se utilizaron más de seiscientos megalitos con un peso que oscilaba entre las sesenta y las setenta toneladas y se piensa que el complejo tardó en completarse unos quinientos años. Para hacernos una idea de la grandeza monumental del *henge* basta con dar un paseo por el círculo megalítico externo con veintisiete estructuras pétreas hincadas sobre el terreno; aunque en el pasado existían muchas más: hasta un centenar de

imponentes moles de piedra colocadas en el terreno a modo de menhir y apuntando al cielo desafiantes. Imagínense el espectáculo sobrecogedor de aquella escena para un viajero de la prehistoria. Incluso hoy en día este complejo megalítico turba el ánimo del viajero moderno y no lo digo precisamente por el *henge* que ya de por sí es un prodigio de la arquitectura neolítica, sino por el conjunto monumental con el que comparte territorio sagrado.

La grandeza de Avebury no acaba en el *henge* y sus dos avenidas. Dispersos por el entorno se alzan otros monumentos dignos de mención, algunos incluso más antiguos que el propio *henge* y que nos obligan a considerar este espacio arqueológico desde una perspectiva más amplia. El mítico *henge* comparte paisaje con el túmulo de West Kennet de ciento cuatro metros de largo y la montaña artificial prehistórica más alta jamás erigida en Europa: la colina de Silbury (2750 a. C.), también considerada la tumba prehistórica más grande de toda Inglaterra. La montaña artificial abarca nada más y nada menos que dos hectáreas y se eleva hasta una altitud de cuarenta metros. Fue creada de la nada por razones que ignoramos pero que sin duda para aquellos hombres que la construyeron debieron de ser muy poderosas. Como poderosa es la intuición del visitante, que pasea por sus verdes lomas y que comprende que este lugar no puede entenderse tratando aisladamente cada uno de los monumentos que se desperdigan por la zona. Está claro que estas construcciones sólo pueden ser entendidas en su complejidad dentro del contexto paisajístico que las abriga. Pensar lo contrario es perder el tiempo. Además, cuando tratamos de desentrañar los secretos de lugares como este olvidamos algo sumamente importante: la manera de pensar de sus constructores. Cada vez son más los arqueólogos que han dado el salto más allá de su especialidad y de esta manera comienzan a surgir interesantes teorías que muy probablemente nos acercan a la verdad.

Así descubrimos, por ejemplo, que los arquitectos de Avebury no sólo se limitaron a erigir piedras sobre el terreno conforme a criterios religiosos o técnicos sino que lo hicieron teniendo en cuenta aspectos geománticos.

Esto es sumamente importante pues consideramos esta enorme extensión de terreno como un enorme escenario sagrado donde se debieron de escenificar impresionantes rituales que tenían por objeto relacionar el hombre y la naturaleza mucho más allá del pragmatismo aparente; y eso que al parecer este lugar no posee a primera vista alineaciones relevantes desde el

punto de vista astronómico, al contrario de lo que sucede en otros entornos megalíticos mucho más volcados con la observación de determinadas efemérides cósmicas complejas.

El lugar y el entorno no pueden separarse: no podemos estudiar un monumento megalítico obviando su dimensión geomántica. Hacerlo representa limitar la descripción del lugar perdiéndose, de paso, información valiosísima y esencial. Pasar por alto el hecho de que el paisaje que rodea un monumento ceremonial es parte integrante del lugar es un acto de absoluta irresponsabilidad por parte del investigador que ignora los mecanismos mentales que operaron en la conciencia de sus constructores.

Así las cosas, lo normal es que un investigador entregado se vea forzado a reflexionar sobre este espacio sagrado neolítico en términos animistas pues este modelo mental ensancha nuestro horizonte interpretativo proporcionándonos más información que la que obtendríamos bajo el prisma del marco cognoscitivo racionalista. Teniendo en cuenta esta metodología de trabajo resulta fácil intuir que la clave para entender este grandioso complejo neolítico está, precisamente, en la gran colina artificial de Silbury. No muy lejos de allí se encuentra Windmill Hill, colina natural a la que se le añadieron terraplenes durante el neolítico, algo que, sin duda, no se hizo por capricho. Una metódica observación a pie del extenso terreno revela la importancia de ambos elementos dentro de este inmenso santuario megalítico. Muchas personas desconocen el hecho de la correlación que se establece entre los monumentos antiguos de numerosas culturas extinguidas del planeta y la línea del horizonte. Del mismo modo se ha podido comprobar que el mismo fenómeno se repite en lugares como Avebury. El truco está en encontrar coincidencias con las líneas del horizonte. Generalmente, para poder contemplar correctamente una alineación megalítica debemos agacharnos detrás de los menhires alineando los bordes de su parte superior con las cumbres sitas bajo la hendidura. El encaje es asombrosamente exacto y demuestra una intención deliberada por parte de sus creadores.

Los ingenieros neolíticos crearon Silbury Hill como referente principal de otros puntos seleccionados en lo que parece ser un paisaje ceremonial en toda regla. Cuando se descubrió la colina de Silbury el equipo de arqueólogos excavó hasta el centro del túmulo. Allí encontró turba muy bien conservada; de hecho la hierba seguía conservando su color verde y podían encontrarse una interesante variedad de insectos. Todos estos datos hicieron concluir a los

ecólogos que la grandiosa montaña artificial empezó a construirse a finales de julio o comienzos de agosto; un dato altamente significativo pues en esas fechas sigue celebrándose en la zona una fiesta de claro tinte pagano conocida con el nombre de Lammas, cuyo nombre evoca la antigua fiesta de la cosecha de agosto que en el calendario celta se denominaba *Lughnassadh*. Los análisis de la turba encontrada por los ecólogos demuestran que fue precisamente en esa fecha cuando comenzó a construirse la colina artificial de Silbury. Así pues, Silbury Hill contiene las claves ceremoniales que se escenificaban entonces y que tenían en cuenta las referencias del paisaje y un acontecimiento astronómico: el «Sol de Lammas» que surge, según la tradición, por el mismo lugar del horizonte que el de Beltane. Es lo que se conoce como amanecer doble y que ha sido comprobado desde la cima de la colina por el investigador Paul Devereux.

Silbury Hill era un túmulo de Lammas, un monumento erigido en honor a la cosecha. Una obra de ingeniería prehistórica que simboliza la conexión con el cosmos y la Madre Tierra en la que germina la cosecha que alimenta la tribu humana. Los arquitectos que proyectaron Silbury no pudieron resistir la tentación de escenificar el amanecer doble por el que el considerado sol de la cosecha vuelve a salir para celebrar la mies recién recogida.

Por su parte, la misteriosa Bretaña francesa acoge la más asombrosa y espectacular alineación de menhires de todo el mundo: se trata de las avenidas megalíticas de Carnac. Unos tres mil enormes menhires de granito reciben al viajero que se adentra en la bella orografía de la costa atlántica bretona. Nadie sabe quién construyó estas avenidas de menhires; sin embargo sí que conocemos la razón astronómica que justificó tamaño esfuerzo. El misterioso pueblo que erigió estos colosos de piedra sentía un profundo, y para nosotros inaudito, interés por la Luna. Esta evidencia ha dado lugar a osadas teorías sobre la verdadera identidad de sus autores. Pero vayamos por partes.



Colina de Silbury Hill, Inglaterra. Dice la leyenda que en el interior de este gigantesco montículo artificial (diseñado a modo de grandioso túmulo) está enterrado el rey Sil, cuyo nombre evoca en mi mente el famoso río que recorre la geografía galaica. Con una altura de 40 metros, la colina ocupa más de 2 ha y se alza orgullosa a 1.600 metros del henge de Avebury.

Los arqueólogos ubican la fecha de su construcción en el 2750 a. C.

El prestigio de Carnac proviene fundamentalmente de su alto grado de conservación a pesar de que este lugar ha sido también profusamente esquilado durante siglos. Desde hace mucho tiempo los lugareños han considerado Carnac como un potente espacio sagrado. Esta percepción justifica la santidad de Carnac y sus alrededores en sus monumentos prehistóricos. En definitiva es una extensión de un sentimiento colectivo que tiene su origen en la prehistoria y que ha logrado sobrevivir de forma natural en este y otros lugares de la geografía planetaria por razones obvias.

Recomiendo al viajero que quiera visitar este lugar que antes de pasear por las avenidas de menhires haga una visita previa al túmulo megalítico de

Kercado (4700 a. C.), coronado por una colosal piedra que se alza sobre él. Para el viajero perspicaz el monumento denota de inmediato su relación arqueoastronómica. La entrada al túmulo está deliberadamente orientada hacia el crepúsculo del amanecer del solsticio de invierno con el propósito de que la luz solar penetre en sus entrañas. Una vez más encontramos la impronta de los primeros astrónomos conocidos en Europa.

Como es de esperar las avenidas de Carnac también están relacionadas con el cosmos. Entre frondosos pinares y brezales se alinean cuatro impresionantes avenidas megalíticas que se extienden a lo largo de unos ocho kilómetros. La concentración de menhires más relevante se encuentra junto al popular caserío de Le Ménec con sus setenta megalitos erguidos sobre el terreno. Al este del recinto se alzan más de mil menhires formando once avenidas que parecen perderse en el horizonte. Las piedras están dispuestas de mayor a menor tamaño acrecentando la sensación de perspectiva. Estas avenidas no son rectas sino que manifiestan una ligera desviación hacia el noreste. Si bien las avenidas megalíticas de Le Ménec son asombrosas, no lo son menos las de la zona de Kermario, al este, también conocida como la «Tierra de los Muertos».

Siguiendo el mismo criterio en lo que respecta al tamaño y su disposición, las alineaciones de Kermario parten de menhires mucho más altos, el más grande alcanza los siete metros de altura. Más al este aún destaca el alineamiento de Kerlecan, también conocido como «el lugar de las cremaciones» y finalmente destaca, también al este, Le Petit Ménec y sus avenidas de menhires. Alexander Thom concluyó que el conjunto de Carnac fue un gran observatorio astronómico diseñado para la observación, estudio y conocimiento de los ciclos lunares entre otras efemérides celestes. Lo más probable es que los observadores se situaran en las avenidas teniendo como referente los cuatro menhires más grandes alineados entre sí conforme a ciertas orientaciones astronómicas que marcan los hitos más relevantes de este complejo proceso. De entre esos grandes menhires el que más importancia debió de ostentar para los astrónomos prehistóricos como punto focal para la observación de la Luna fue el megalito conocido con el nombre de Er Grab (Piedra de las Hadas), emplazado en las afueras de Locmariaquer, que yace en ruinas; aunque tampoco se descarta la relevancia que pudo tener Le Grand Menhir Brisé, actualmente fracturado en cuatro fragmentos. Se sabe que fue derribado por el ímpetu desatado por el terremoto de 1722; lo

cual es una pena, pues se trataba de uno de los menhires más altos construidos en el mundo: alcanzaba los veinte metros de altura y tenía una envergadura considerable. Imaginamos el esfuerzo técnico que debió de suponer alzar esta enorme mole de trescientas cincuenta toneladas de peso. Pero esto no fue lo único que descubrió el profesor de ingeniería de la Universidad de Oxford. Alexander Thom demostró la relación de la Piedra de las Hadas con otros elementos del observatorio megalítico. Evidenció que se podían trazar, utilizando como referencia dicho megalito, las líneas de salida y puesta de nuestro satélite natural desde megalitos y pequeños túmulos situados hasta más de doce kilómetros de distancia. Además el conjunto de menhires conforma una especie de cuadrícula o litografía megalítica, según sus propias palabras. En definitiva las avenidas de Carnac pueden considerarse como un inmenso instrumental diseñado para la observación del cosmos en tiempos neolíticos.

Como bien es sabido, la luna influye en las mareas significativamente, lo que ha hecho pensar a autores como Jean Deruelle en la posibilidad de que los desconocidos autores de Carnac fueran navegantes. De ahí el interés por el estudio de las mareas, pero esa obsesión por construir un observatorio megalítico de estas características sólo podría encontrar su motivación en alguna poderosa razón que no tiene por qué ser religiosa. Es más, él vincula el enigma de la Atlántida con la revolución megalítica. Según su lógica, la Atlántida estaba hundiéndose poco a poco, razón que explicaría los altos diques y muros a los que hace referencia Platón. Esta fue la motivación principal que llevaría a los autores de Carnac a perseverar en su titánico esfuerzo construyendo un instrumental megalítico gigante sumamente útil para desentrañar los ciclos de la luna y su influencia en las mareas que amenazaban la supervivencia de la Atlántida. Ahora bien, como he referido páginas atrás no debemos olvidar otra motivación: la pesca de determinadas especies; o simplemente el interés que los ciclos del mar suscitó en los ingenieros megalíticos.

Para mi gusto el monumento megalítico más suntuoso jamás construido en toda Europa se encuentra en Irlanda, muy próximo al río Boyne; se trata del templo de Newgrange (3250 a. C.), considerado hasta no hace mucho como un prodigioso ejemplo de arquitectura funeraria; sin embargo, el tiempo se ha encargado de demostrar que Newgrange es además un portento de la arqueoastronomía prehistórica. Los rayos solares atraviesan la galería que se

adentra en su interior hasta llegar a la cámara abovedada pero este fenómeno sólo se produce cuando se acerca el solsticio de invierno: los días anteriores y posteriores una fina columna de luz penetra a través de la abertura del templo bañando con su luz las piedras del extremo del callejón durante cerca de veinte minutos cada mañana al amanecer. En el exterior del monumento, las piedras de la entrada están profusamente talladas y encontramos numerosos petroglifos decorando la bóveda y el suelo. El exterior del gran túmulo se encuentra rodeado por casi un centenar de piedras con información rupestre muy variada. En el valle encontramos setecientas piedras talladas con motivos rupestres como los que podemos ver con profusión en las costas atlánticas de Europa. Muchos de esos diseños trascienden la intención ornamental por parte de sus creadores recogiendo observaciones astronómicas complejas. Lo que hoy casi nadie discute es que el gran complejo del Boyne, que también comprende otras dos grandes tumbas y una veintena más de galerías funerarias, es un calendario solar. Resulta significativo el hecho de que los muros externos de Newgrange evoquen la luminosidad del Sol al haber sido construidos con cuarzo blanco de gran pureza. Súbitamente descubrimos que los megalitos son –cronológicamente hablando– muy anteriores a cualquier otro monumento con el que se les pueda comparar; si exceptuamos, claro está, el asombroso yacimiento de Gobekli Tepe de nueve mil quinientos años de antigüedad, el yacimiento arqueológico cuyos estudios, estoy seguro, cambiarán para siempre nuestra visión de la prehistoria.

Este misterioso yacimiento encarna muy probablemente el alba de la civilización; al menos es un capítulo importante relacionado con el nacimiento de las primeras sociedades organizadas.

El fabuloso santuario megalítico de Gobekli Tepe se yergue en la cima más alta de una zona montañosa; algo que a mi juicio puede ser relevante y que explicaré más adelante. En la actualidad los trabajos arqueológicos corren a cargo de dos equipos arqueológicos de Alemania y Turquía bajo la dirección del arqueólogo alemán Klaus Schmidt.

Lo que sabemos con certeza es que fue construido hace la friolera de once mil quinientos años atrás; que sus monumentos recuerdan a la cultura megalítica desarrollada en las Baleares o en ciertas zonas de la isla de Malta. Lo que más llama la atención a los arqueólogos es el hecho desconcertante de que el lugar fue enterrado en toda su extensión en torno al 8000 a. C. por



razones que todavía se ignoran; lo que propició que permaneciera en el olvido unos quinientos años más, pero también ha favorecido su excelente conservación. Los datos geológicos revelan, gracias al análisis de la secuencia estratigráfica, que el santuario estuvo en activo hasta bien entrado el mesolítico.

Los monolitos, en forma de T y con tres metros de altura, están tallados con grabados figurativos de animales con un importante simbolismo: toros, leones, jabalíes, serpientes, pájaros, reptiles, buitres; pero también encontramos interesantes pictogramas análogos, por cierto, a los que podemos ver en muchas cuevas prehistóricas. Son pocos los testimonios con aspecto humano encontrados en el yacimiento pero a pesar de su escaso número son de enorme interés para la antropología que trata de discernir las creencias que se escenificaban en este lugar. Encontramos un relieve antropomorfo femenino que según Klaus Schmidt guarda relación directa con las Venus neolíticas. Otro relieve representa un cuerpo humano decapitado devorado por buitres. Aunque a nuestros ojos es una escena macabra no resulta así desde la óptica cultural de aquel misterioso pueblo. Sabemos que este tipo de inhumación al aire libre estaba muy extendida en tiempos prehistóricos. Por ejemplo, se cree que las taulas menorquinas también servían a ese propósito. Recordemos además que son análogas estructuralmente a las que encontramos en el yacimiento turco. La decapitación o desmembramiento de partes del cuerpo es un rito que todavía practican los budistas del Tíbet en compañía de bandadas de buitres. Resulta curioso encontrar relieves reproduciendo extremidades humanas como brazos o manos, lo que podría ser interpretado como una confirmación de esta teoría.

Aunque desde un principio me he referido a Gobekli Tepe como un santuario, cabe la posibilidad de que sea algo más complejo: un templo arqueoastronómico con una marcada impronta funeraria; no obstante, queda claro que el uso primario del yacimiento fue ritual. Las canteras que nutrieron del material necesario para su construcción se encuentran en las proximidades de la meseta. Allí los arqueólogos han encontrado columnas inacabadas, la mayor de las cuales podría haber llegado a superar los nueve metros de alto y que fueron ejecutadas con picos de piedra.

Los investigadores creen que en el futuro se encontrarán otros complejos como este en las cercanías del Karacadag, uno de los espacios geográficos considerados como la verdadera cuna de la revolución neolítica impulsada

por el cultivo de cereales<sup>26</sup>. Fue precisamente este hecho el que estimuló una revolución social a escala global dando lugar a la aparición de las primeras sociedades organizadas. Un templo que se anticipa a la aparición de la metalurgia, el uso de la cerámica, el conocimiento de la metalurgia o la agricultura siglos antes de que pasara oficialmente.

Sigue sorprendiendo el hecho de que el templo fuera deliberadamente enterrado; algo que por cierto practicaban los sumerios cuando subyugaban a su enemigo. Nada parece indicar, sin embargo, que el criterio para tomar esta decisión fuese de carácter militar. Soy de la opinión que respondió, en principio, a algún tipo de ritual. Tal vez con la intención de recordar algo importante a las generaciones futuras que los descubrieran o simplemente borrar aquel lugar por alguna lógica mágico-religiosa que no acabamos de comprender.

Todavía deberemos de esperar un tiempo importante antes de que desvelemos definitivamente los enigmas que se ocultan en este lugar; al fin y al cabo sólo se ha excavado el cinco por ciento del yacimiento pero lo encontrado hasta el momento resulta bastante prometedor como para considerar que de aquí a unas pocas décadas volverá a darse otro importante vuelco interpretativo sobre los orígenes de la cultura megalítica y las primeras civilizaciones, por lo que, tal vez, a partir de entonces lo más apropiado sea hablar de la eclosión de la civilización en un contexto temporal muy alejado del que presuponemos hoy en día como punto de partida de este fenómeno cultural y social. Los arquitectos de este lugar ¿podrían ser los descendientes de alguna importante raza civilizadora extinguida?; o como afirma Schmidt, ¿son los primeros hombres en desarrollar las primeras organizaciones sociales complejas? Una iniciativa que no deja de resultar sorprendente. El tiempo nos sacará de dudas. Lo que está claro es que la existencia de este lugar demuestra que nos faltan piezas esenciales que nos permitan rehacer el puzle de nuestro pasado más remoto.

A la hora de estudiar estos lugares sagrados vemos que fueron construidos por personas con un lenguaje arcaico sumamente complejo, con unos valores tribales diferentes a los nuestros, con una perspectiva del mundo y un estado de conciencia y de percepción muy distinto al que tenemos actualmente lo que fundamentó, sin el menor atisbo de duda, una estructura de pensamiento muy alejada de los procesos de cognición que imperan en las sociedades «modernas». Por eso, siempre encontraremos sumamente difícil interpretar el

imaginario cosmológico de nuestros ancestros prehistóricos con precisión. Algo parecido nos sucede cuando tratamos de desentrañar la información codificada del arte rupestre.

[19](#) Esta alineación hacia el sol naciente no es gratuita. Su significado estaba relacionado con el ciclo de vida y muerte. Probablemente el este representaría el renacimiento a una nueva vida.

[20](#) Así, por ejemplo, el 73 era un número sagrado para los mayas y los egipcios, el cual les permitió, entre otras muchas mediciones, descubrir el tránsito venusino de 243 años con respecto al astro solar. Por su parte, el número 41 sirvió de referencia en la construcción de las pirámides egipcias de Micerinos, Kefrén y Keops, cuyas medidas son proporcionales a este número sagrado.

[21](#) La arqueoastronomía se encarga de discernir las funcionalidades astronómicas de los monumentos antiguos. Como disciplina científica que es, tiene la consideración de rama legal de la arqueología. Los primeros estudios científicos de esta naturaleza se remontan a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Estos trabajos se intensificaron considerablemente con los estudios del astrónomo inglés sir Joseph Norman Lockyer (1836-1920).

[22](#) Por lo general estas cámaras funerarias fueron colectivas; es el caso de la Cueva de Menga, en Antequera, Andalucía, que contenía más de medio millar de inhumaciones, o el aún más denso osario descubierto en la necrópolis de Hal Salfieni, en Malta, cuya cifra ronda los siete mil individuos.

[23](#) En Carnac existen aproximadamente unas doce filas paralelas de menhires, separados por huecos que oscilan entre los 24 y los 42 pies micénicos. Las filas se ramifican a lo largo de unos diez kilómetros de distancia y apuntan al norte de la línea de los equinoccios, justo donde sale el Sol a principios de mayo.

[24](#) Recordemos que estas emulaciones, como mucho, acometen la experimentación sobre aspectos aislados de la construcción general; pero nadie, hasta la fecha, ha conseguido emular con éxito todas las supuestas fases implicadas en la construcción de estos complejos con la tecnología y los medios neolíticos del Cairn de Newgrange. Por eso no podemos afirmar que ya sabemos todos los secretos de los constructores de megalitos.

[25](#) Con 29,4 metros de diámetro y una circunferencia de 92,4 metros, se ejecutó teniendo presente la regla del factor pi de 22/7. El círculo se trazó con un pie de 280 milímetros y la circunferencia resultante se dividió en 104 intervalos regulares; medida que tiene su correspondencia con el pie céltico de Stonehenge de 276,35 milímetros y el pie micénico de 277,77 milímetros.

[26](#) Los análisis comparativos llevados a cabo por los especialistas del ADN del trigo salvaje y del trigo doméstico demuestran que el trigo salvaje que brota a unos treinta kilómetros del yacimiento, en el monte de Karaca (Karacadag), fue cultivado por primera vez allí.

# Capítulo 3

## Magos rupestres

A pesar de las dificultades interpretativas con las que nos enfrentamos al tratar de descifrar el código rupestre, se da la paradoja de que es el mejor camino que conocemos para adentrarnos en la psique prehistórica humana. En última instancia, el arte nos puede decir, en palabras de Barry Cunliffe, muchas más cosas acerca de la dimensión social y mental de las sociedades del Paleolítico que cualquier otro aspecto de la evidencia arqueológica.

Cuando nos adentramos en el estudio de esta expresión artística se hace necesario advertir la existencia de dos amplias categorías de arte rupestre: por un lado están las pinturas y grabados que se han conservado en las paredes de las cuevas o las piedras talladas al aire libre; y por otro el denominado arte mueble que comprende las pinturas y representaciones encontradas en objetos pequeños y portátiles.

Uno de los aspectos más llamativos de los objetos de arte mueble es que encontramos su rastro en todos los estadios temporales en los que se desarrolla el Paleolítico superior, desde el 30000 al 35000 AP (antes del presente). Ejemplos significativos de esta explosión creativa los tenemos en las estatuillas antropomorfas y zoomorfas desenterradas en Geissenklösterle y Hohlenstein-Stadel en el sur de Alemania y los grabados de tipología sexual encontrados en suroeste francés. Esta manifestación del arte prehistórico coincide además con la primera aparición, en la Europa central y occidental, de poblaciones humanas anatómicamente modernas.

En el arte mueble de estos contextos tan remotos en el tiempo no sólo

encontramos figuras zoomorfas y en menor medida antropomorfas utilizando como materia prima huesos o piedra; también todas estas representaciones de tipología naturalista comparten su espacio cultural con una serie de simbolismos mucho más enigmáticos. El repertorio de símbolos comprende desde los más simples en su ejecución, como las simples hendiduras lineales, incisiones redondeadas, los zigzags grabados sobre fragmentos óseos o pétreos; lo que ha llevado a pensar a algunos expertos en la posibilidad de que estemos ante los primeros calendarios de la prehistoria en los que se estructuran los ciclos lunares observados por el hombre prehistórico dando lugar a un calendario de uso cotidiano.

Finalmente, uno de los ejemplos más llamativos y populares del arte mueble lo encarnan las famosas estatuillas femeninas conocidas con el nombre de Venus y que están extensamente documentadas en zonas tan dispares como Rusia, los Pirineos, y gran parte de Europa. Estas estatuillas presentan generalmente un aspecto obeso, con unos atributos sexuales muy acentuados. La mayor parte de ellas pertenecen a la franja temporal que va desde el 25000 al 23000 AP. No resulta extraño que estas figuras hayan estimulado la imaginación de los investigadores atribuyéndoles incluso poderes sobrenaturales y un marcado significado mágico-religioso relacionado con la Madre Tierra.

Sin embargo, las controversias interpretativas más relevantes no se dan en el arte mueble sino en el análisis profundo del arte rupestre convencional. Las características de esta expresión artística están muy bien documentadas. Lo que más abunda son las representaciones pictóricas de cérvidos, cabras, caballos, mamuts, bóvidos y excepcionalmente ciertos depredadores como los lobos o los osos. Generalmente las escenas rupestres, como en el caso de las famosas cuevas de Altamira, se llevaban a cabo en las zonas más recónditas y oscuras del interior; en pasadizos estrechos e inaccesibles. Se supone que los artistas se adentraban en las entrañas de las montañas con la ayuda de antorchas o pequeños candiles prehistóricos con el combustible necesario para poder pintar en medio de la total oscuridad; sin embargo, algunos investigadores estiman que no se han encontrado restos de combustión, lo que deja abierta la cuestión sobre cómo pudieron entonces representar estas asombrosas escenas pictóricas inmersos en la negra oscuridad. Personalmente creo que debieron de utilizar algún tipo de combustible que brindara al menos una luz tenue pero suficiente como para

poder realizar estas pinturas. No tiene por qué quedar necesariamente ningún rastro de combustible fósil, como carbón o madera. Probablemente la fuente de luz era pequeña pues de lo contrario, de haber usado teas encendidas de mayor envergadura, el humo desprendido por estas hubiera impregnado las pinturas del techo, destruyéndolas. Es muy probable también que los artistas de estas pinturas rupestres fueran considerados por su tribu como algo más que artesanos. Tal vez eran tomados como sacerdotes o iniciados que bajo determinados estados alterados de conciencia plasmaban su obra rupestre en el interior rocoso de la montaña y lo decoraban por una razón de peso: eran santuarios iniciáticos en los que se desarrollaban ceremonias. Tal vez se trataba de una alegoría ritual que debía de escenificarse «dentro» de la Madre Tierra.



Interior de la cueva de Altamira, en Santillana del Mar, Cantabria. Las figuras ejecutadas por los magos rupestres adquieren dimensión; y probablemente sirvieron para llevar a cabo liturgias chamánicas de gran intensidad.

Los estados alterados de conciencia bajo la influencia de determinadas drogas naturales o inducidos psicológicamente son algo común entre los aborígenes australianos, los bosquimanos o las tribus contemporáneas amazónicas que plasman su simbología sobre grandes superficies pétreas al igual que hace milenios; por lo que no nos debe de extrañar ese mismo

comportamiento en los tiempos prehistóricos. Las pinturas rupestres también se llevaban a cabo en abrigos pétreos al aire libre y al igual que acontecía cuando se ejecutaban en el interior de cuevas buscaban favorecer además la caza de determinadas especies que formaban parte de la dieta de aquellos pueblos.

En la actualidad los pueblos aborígenes consideran los espacios rupestres de sus ancestros como santuarios sagrados. Naturalmente esto no es algo caprichoso tiene su razón de ser; de hecho, el mundo de los ancestros tiene mucha importancia para las culturas animistas y la mayor parte de las culturas del pasado lo fueron. Es más, el animismo ha logrado sobrevivir en el mundo tradicional de muchas culturas contemporáneas. Es una de las creencias más intensas desarrolladas por la humanidad a lo largo de los siglos. No hay una creencia más resistente al paso del tiempo a pesar de la enorme influencia de las grandes religiones organizadas.

Los bosquimanos, por ejemplo, son los descendientes de los San, los primeros pobladores del África meridional. A ellos les debemos la existencia de la que pasa por ser la extensión de terreno con mayor presencia de arte rupestre de todo el planeta: las Colinas de Tsodilo.

Las cuatro colinas sitas a más de mil trescientos metros de altura, cobijan numerosos abrigos rupestres con más de cuatro mil quinientas pinturas desperdigadas a lo largo de diez kilómetros cuadrados. Transitar este espacio es literalmente hacer un viaje en el tiempo pues estas pinturas engloban diez mil años de actividad rupestre. Los San del siglo XXI siguen practicando el animismo, creen en los espíritus, en el chamanismo y se cree que siguen practicando determinados rituales en estas colinas. Los hallazgos sacados a la luz por los arqueólogos constatan que en estos lugares se han celebrado rituales animistas durante miles de años. Una de las muestras más interesantes encontrada por los arqueólogos es una talla de piedra con forma de ofidio, provista de escamas. También se encontraron más de diez mil artefactos y pinturas rupestres de setenta mil años de antigüedad además de extraños artefactos como puntas de lanza de color rojo quemadas, muy probablemente, en ritos chamánicos como los que con mucha probabilidad se siguen realizando actualmente en estos parajes. Esto corrobora, en parte, la teoría de que estos lugares también eran de alguna forma funcionales desde el punto de vista religioso, pero como veremos también sirvieron a otros propósitos.

## LAS OTRAS CLAVES DEL ARTE RUPESTRE

Existe otra interpretación del fenómeno rupestre sorprendente y poco conocida por el gran público y que denota unos conocimientos astronómicos inauditos. Es el caso del yacimiento rupestre de Lascaux, en Francia. En las entrañas de la tierra, los artistas del Valle de Dordoña decoraron, hacia el 15000 a. C., la denominada Sala de los Toros. Esto desconcertó a los científicos que estudiaron el lugar pues sabían que la principal presa de caza de aquellas gentes era el reno; a pesar de lo cual pudieron discernir bajo la luz de los candiles las figuras de numerosos toros de entre los que destacaba una extraña criatura deforme y cornuda que pronto descartaron hubiese existido jamás en la fauna de la última glaciación. La clave astronómica de este mágico lugar se la debemos al astrónomo y matemático Frank Edge que tras una primera visita se percató de la existencia de siete puntos pintados sobre uno de los toros de la sala rupestre y que pronto identificó acertadamente con las Pléyades. En la cara del mismo toro encontró las representaciones cósmicas de Híades y Aldebarán que junto con las Pléyades conforman la constelación de Tauro. Posteriormente vio que el resto de figuras de toro hacían referencia a otras estrellas visibles en el cielo de verano. Del mismo modo, la extraña criatura cornuda presentaba ese aspecto para adaptarse en su forma a la combinación de las estrellas que conformaban las constelaciones de Sagitario, Libra y Escorpio. Los dos cuernos contenían las dos estrellas más significativas de Libra, mientras que el vientre del animal se correspondía con la forma que adquiere la cola de Escorpio y la espalda arqueada plasmaba el aspecto arqueado de Antares. En su conjunto las representaciones rupestres de la Sala de los Toros representan con exactitud el cielo nocturno de hace diecisiete mil años. Un mapa estelar diseñado para fijar el solsticio de verano. Esta peculiar forma de plasmar conocimiento pudo facilitar que permaneciera en la memoria colectiva sin necesidad de escribirlo; ahora bien, al tratarse de un conocimiento con una carga intelectual tan poderosa resulta obvio que ese conocimiento tiene su génesis mucho más atrás en el tiempo; vamos, que ya era antiguo cuando los artistas de Lascaux lo plasmaron. Pero sigamos...





La sala de los Toros en Lascaux, Francia. Este enorme friso paleolítico llamó poderosamente la atención de los astrónomos por la original manera de expresar informaciones astronómicas complejas en tiempos tan remotos.



Esta imagen rupestre data del 16000 AP y es, hasta el momento, el mapa cósmico más antiguo elaborado por el hombre. En ella podemos encontrar representadas las constelaciones de las Pléyades, Tauro y el cinturón de Orión. El ojo del Toro es la gigante roja Aldebarán. Los dos enormes cuernos del animal apuntan con precisión a las estrellas  $\zeta$  = Tauri zeta y  $\beta$  = beta (el Nath). Las pinturas tienen las geometrías relativas correctas pero rotan en sentido contrario a las agujas del reloj cuando se pasa de Orión a Tauro y a las Pléyades; es como si el artista hubiese pintado de memoria esa parte del cielo nocturno.

Una de las expresiones rupestres más interesantes por su amplio contenido simbólico son los petroglifos. Los primeros expertos que se enfrentaron al problema de su significado apostaron por un método de discernimiento que obvió, erróneamente, aspectos etnográficos, antropológicos, lingüísticos y hasta astronómicos. De hecho, el paso del tiempo ha constatado que los petroglifos poseen un corpus rupestre sumamente complejo, lo que los convierte en una de las expresiones rupestres más ricas desde el punto de vista simbólico e interpretativo.

Etimológicamente hablando, los petroglifos son grabados en piedra tallados al aire libre mediante técnicas de percusión. Se trata de un fenómeno universal, por lo que encontramos petroglifos en prácticamente todo el planeta. Generalmente los europeos son datados en la Edad del Bronce pero lo más probable es que los petroglifos sean mucho más antiguos dependiendo del contexto geográfico y cultural que estudiemos.

Además de las representaciones de armas o las escenas naturalistas retratadas en sus superficies, los petroglifos presentan grabados geométricos abstractos cuyo significado comenzamos a intuir. En Europa lo común es encontrar petroglifos en zonas próximas a la costa, lo mismo que acontece con los megalitos. Este hecho, a mi juicio, no es casual y responde a algún motivo relevante por parte de sus misteriosos canteros.

Durante más de una década he estudiado muy de cerca este fenómeno del arte rupestre y me he percatado de una serie de aspectos que esbozan con cierta nitidez la psicología profunda de sus creadores.

Los motivos abstractos que aparecen en los grabados de las lajas graníticas de la franja atlántica europea, por ejemplo, fueron explicados en un principio como manifestaciones sin contenido objetivo alguno y por lo tanto sólo tenían un sentido artístico. Era de locos plantearse algún significado que fuera más lejos del sentido ornamental. Algunas de estas formas abstractas que aparecen en los grabados rupestres fueron interpretadas como cabañas, mapas esquemáticos de territorios de caza o ganado. Aquellas interpretaciones no exentas de una lógica, que se acomodaba a nuestra visión clásica de la prehistoria, no dejaban de ser precipitadas e imprecisas; eludiendo una cuestión fundamental que puede ayudar mucho a hacer una interpretación general más coherente en lo que se refiere a los petroglifos atlánticos europeos. De la misma manera que los megalitos fueron exclusivamente considerados, durante un tiempo, como monumentos funerarios o los

menhires como delimitadores territoriales, los petroglifos con simbología geométrica no pasaron de ser considerados arte a secas. Resulta difícil admitir que el ser humano se esfuerce en retratar un instante que refleje algo tan circunstancial como las cabezas de ganado (que pueden cambiar en número de un año para otro), los caminos de caza (variables según las estaciones y los movimientos migratorios), o las cabañas, frágiles y siempre sujetas a las inclemencias climatológicas, las convulsiones sociales o las guerras tribales. El caso es que cuando el ser humano emprende una labor que exige su máximo esfuerzo y la paciencia propia del artista es porque esa labor supone la expresión de un esquema existencial, en la que, más allá de los problemas cotidianos, sus sentimientos, sus conocimientos y, sobre todo, sus creencias juegan un papel esencial. La cuestión estriba, entonces, en saber qué fue lo que realmente motivó a aquellas comunidades primitivas a dejar su impronta pétreo para que perdurase más allá de su tiempo. Y aún más, en reflexionar sobre los principios que permitieron que afloraran determinados arquetipos comunes a pueblos muy distantes entre sí y, en apariencia al menos, sin relación alguna entre ellos.

La identidad de estos grabados rupestres se extiende desde las costas canarias hasta las de Noruega y se prolongan, sin solución de continuidad, a yacimientos arqueológicos del otro lado del Atlántico. Y esta comprobación despierta nuestra curiosidad porque carecemos de prueba alguna que nos permita establecer el lazo de unión que pudo existir entre aquellos pueblos en un tiempo en el que es racionalmente inconcebible imaginar una relación efectiva entre culturas sin los medios de desplazamiento que pudieran haberlas puesto en contacto. Por eso, mientras no aparezcan testimonios que nos permitan encontrar respuestas más asentadas, sólo nos cabe pensar que estos mensajes –pues de mensajes parece más bien tratarse– se deben a inexplicables coincidencias en las estructuras mentales y espirituales de los pueblos, que de este modo manifestaron los aspectos generales de su identidad. Lo que no admite dudas es esa trascendencia que intentaron transmitir, por más difícil que nos resulte interpretarla. Y la sospecha que surge, aunque nos resistamos a proclamarla a voces, es la posibilidad de que haya existido ese nexo de unión que hasta ahora no hemos encontrado y que daría respuesta a muchas otras incógnitas que nos obligan a tratar el pasado más remoto como un conjunto de elucubraciones difícilmente comprobables.

Las costas del noroeste ibérico y las del archipiélago canario constituyen

un auténtico museo de grabados rupestres prehistóricos al aire libre. De hecho, en los peñascos de sus yacimientos podemos encontrar todos los modelos, todos los estilos y la práctica totalidad de los motivos que rigieron el lenguaje de los petroglifos. Sólo la provincia gallega de Pontevedra, al noroeste de la península ibérica, contiene más de quinientas estaciones rupestres y son muchos los yacimientos que quedan aún por descubrir. Al estudiar los petroglifos podemos comprobar que muchos de estos yacimientos acumulan testimonios de diversas épocas, conformando una continuidad espiritual que superó con creces los límites de la memoria inmediata de sus autores.

Los ejemplos en los petroglifos de Pontevedra son diáfanos en este sentido. Hay uno, la llamada Pedra das Ferraduras, en la parroquia de San Xurxo de Sacos, en el ayuntamiento de Cotobade, que muestra una variedad de motivos cuyo análisis nos hace sospechar que fueron grabados en diferentes épocas. Los grabados más antiguos parecen corresponder a tres representaciones de ídolos cilíndricos y los más modernos, aun dentro de su antigüedad, a la representación esquemática de una espada y dos cuchillos. Entre estas formas aparecen grabados de épocas intermedias, tales como figuras humanas esquematizadas, círculos concéntricos, series de signos que se han definido como huellas de animales, cérvidos, bóvidos...

Lo curioso es que el conjunto no se nos muestra como una acumulación de motivos inconexos, como sería de esperar, sino que adquiere un cierto sentido unitario cuando comprobamos que los animales se dirigen hacia donde se ubican los ídolos, que los hombres rodean a los animales, que uno de ellos provisto de un escudo esgrime una espada desmesuradamente grande, que fue grabada seguramente en otro contexto temporal, y que las huellas se dirigen hacia los círculos concéntricos que se encuentran en el otro extremo de la roca. Lo que esta laja granítica, como otras muchas, viene al menos a demostrar es que los diseños que motivaron su primera versión –la de los ídolos cilíndricos– se conservaba viva cuando, con posterioridad, otros artistas vinieron a completar el mosaico argumental y a totalizar su sentido, completando el mensaje primitivo que constituyó probablemente el origen del lugar de culto, si es que fue aquella realmente la función primitiva del yacimiento. Esta circunstancia, en la que no han incidido explícitamente los investigadores, lleva cuando menos al convencimiento de que un mismo esquema cultural presidió durante milenios aquel lugar; y que, aun pasadas

generaciones y evolucionadas las estructuras mentales, siguió vivo el espíritu trascendente que había hecho de aquel yacimiento un espacio sagrado.

Otras circunstancias abonan la convicción de que, en los lugares donde aparecen petroglifos, se practicó algo que podríamos calificar como culto o transmisión de conocimientos. Si tomamos el ejemplo inmediato de un espacio rupestre emblemático como el de Mogor, también en Galicia, comprobaremos que allí surge, como en ningún otro yacimiento, la figura del misterioso laberinto, conformando el motivo principal de los grabados que lo acompañan. Muestra, por lo tanto, una dedicación específica a esta figura, como si el lugar hubiera sido especialmente concebido para el culto o la enseñanza de esta compleja simbología conforme unos parámetros que persiguen interactuar con el entorno.

Los petroglifos que llamamos prehistóricos no representan lo que creemos ver, sino que tratan de representar ciertas ideas o conceptos. Así es como, cuando contemplamos un motivo como la esvástica, tenemos que admitir que se trata de la misma representación solar que nos surgiere el arte religioso tibetano o el griego. Los círculos concéntricos, la serpiente, la cruz, responden respectivamente a representaciones sagradas y cósmicas como los puntos cardinales.

Hay siempre en estas representaciones motivos que se repiten y que tendríamos que tener presentes a la hora de tratar de descubrir su significado. Uno de ellos es la reiterada presencia de una línea que une el centro de círculos o de laberintos con el exterior. Tal vez, este eje grabado que conecta el interior y el exterior de estos motivos atravesándolos sea la ruta simbólica que ha de seguir el hombre para alcanzar un estado de conciencia más elevado. Aunque también podría ser un marcador para establecer alguna conexión astronómica; o ambas cosas a la vez.

En cuanto al laberinto, antes citado, constituye uno de los símbolos universales por excelencia, con testimonios rupestres que abarcan contextos espacio-temporales muy distintos, hasta llegar a los laberintos que «decoran» los jardines renacentistas o los que duermen en las paredes de las catedrales medievales. Su significado podría ser siempre el mismo y no tiene por qué ser distinto en los petroglifos: *la eterna búsqueda del conocimiento hermético que fundamenta el cosmos y lo sagrado*. Lejos de ser mera filosofía es algo que se ha demostrado recientemente al vincular al laberinto con efemérides solares. Al menos, eso es lo que pude comprobar en el famoso laberinto

gallego de Mogor hace unos años, en concordancia con estudios posteriores mucho más recientes y precisos.



Laberinto de Mogor (Galicia). Foto: Tomé Martínez. Se trata de un símbolo universalmente representado en diferentes contextos geográficos de todo el planeta en la prehistoria.

Conforme a las mediciones hechas de cuatro líneas que parten de la cazoleta central del petroglifo en dirección oeste, comprobamos que el laberinto galaico está orientado hacia el ocaso solar entre las islas de Ons y Onceta. Además encontré una correlación entre el punto exacto por el que pasa la línea del ocaso en el grabado rupestre, en concreto la parte superior donde se adivina el tallado del perfil montañoso por donde se oculta el Sol, técnica que, como he referido antes, es muy común en los santuarios cósmicos megalíticos, al establecer alineamientos de observación celeste con base en la reproducción de partes del horizonte en la forma, por ejemplo, de los menhires. Habría que comprobar si sucede lo mismo en otros petroglifos con forma de laberinto repartidos por todo el planeta.

Por otro lado, desde el punto de vista académico se proclama que en los tiempos en que se grabaron las superficies de estas rocas el ser humano no sabía escribir. Pues bien, tal vez tendríamos que replantearnos esta aseveración y reconsiderarlo seriamente. ¿Qué es la escritura sino la expresión gráfica de un pensamiento o de un concepto? ¿Y qué son las figuras grabadas en estas piedras, una vez descartada la simple reproducción

de imágenes concretas, sino expresiones inmediatas y convencionales de ideas, creencias, estados de ánimo o conocimientos cuya auténtica dimensión aún ignoramos?

Si nos acercamos a la isla del Hierro en las Canarias y nos asomamos a las esquilmadas laderas basálticas de El Julan, hace no muchos años repletas de signos con presumibles reminiscencias bereberes, nos percatamos de que aquella variada simbología no puede ser más que la expresión escrita de un largo mensaje dirigido a no sabemos quién en medio del océano atlántico. La apatía de las autoridades que debieran haber protegido el yacimiento primero, y el saqueo sistemático llevado a cabo por insensatos buscadores de recuerdos o traficantes de antigüedades después, han esquilmado el lugar hasta hacer imposible una reconstrucción siquiera aproximada de lo que aquellos signos querían decirnos, ni a quién o a quiénes iba dirigido su mensaje.

Pero una cosa es cierta, sin que nada ni nadie pueda desmentirla: el ser humano sólo lleva a cabo los mayores esfuerzos cuando está en juego la expresión de su verdadera identidad. Sólo una búsqueda firme de esta es capaz de causar la imperiosa necesidad en un gran colectivo de construir una colosal pirámide. Sólo un sentimiento cósmico compartido puede dar como resultado la maravilla de Teotihuacán, la emoción de Chartres, el esfuerzo sobrehumano de la Gran Muralla China. Sólo la necesidad de expresar algo realmente importante pudo dar como resultado el inmenso panel basáltico donde se grabaron los mensajes de El Julan.

En esa búsqueda y en esa necesidad urgente de expresar la propia identidad se encuentra el secreto de los petroglifos prehistóricos, el esfuerzo sobrehumano que demandó el levantamiento de los dólmenes o de la Gran Pirámide de Egipto. Las culturas no son más o menos avanzadas de acuerdo con la majestuosidad de sus obras, sino conforme a su capacidad de transmitir sus ideas a las generaciones venideras<sup>27</sup>.



Desde mi punto de vista, la figura antropomorfa representa a un chamán vinculado con Orión y otras constelaciones y estrellas que se encuentran a su alrededor. Laxe do Outeiro do Rio Loureiro (Galicia, España).

Como vemos, el código rupestre de los petroglifos es sumamente complejo, pero nos queda algo importante por mencionar relacionado con mi propia experiencia como investigador en este campo. Aunque ya existe un precedente importante en 1979 con el investigador gallego Fernando Alonso Romero a la hora de plantear la relación astronómica de los petroglifos, recuerdo que durante la expedición previa al rodaje del proyecto de la serie de televisión *Galiza, Noite de Pedra*, encontramos, tras una ardua búsqueda – pues por entonces no existía ningún cartel que señalara dónde estaba el yacimiento rupestre que buscabas– el petroglifo de Laxe do Outeiro do Rio Loureiro, un grabado rupestre que hasta entonces había sido interpretado como la representación de alguna especie de deidad o ser sobrenatural relacionado con la caza.

Para mí, un apasionado de la astronomía, resultó desconcertante que nadie se hubiera percatado antes de que lo que parecía ser una deidad cazadora con arco era, además, una representación idealizada de la constelación de Orión con la constelación de Auriga encima, y algunas cazoletas de estrellas



entonces visibles en el cielo nocturno y que hoy, debido a la contaminación lumínica, apenas podemos atisbar con el ojo desnudo. Estaba claro que ambos conceptos interpretativos, el clásico y el astronómico, enriquecían el significado de esta manifestación rupestre tan peculiar al vincular con claridad a los petroglifos con las estrellas y la cosmología tradicional de aquellos pueblos del pasado.

## ARTE RUPESTRE CÓSMICO

El anciano maestro recuerda a su joven discípulo con emoción. Sabe que esa noche los dioses se mostrarán receptivos. Como antaño hiciera su maestro, ahora le toca a él elegir al discípulo que heredará los secretos de la escritura del cosmos. De repente, en medio de sus pensamientos, un jadeo demanda su atención. Sus cansados ojillos oscuros apenas logran atisbar una silueta que avanza decidida desde las profundidades del bosque hasta donde él se encuentra. Despreocupado la sigue con la mirada. La figura humana avanza ágil pero cautelosa en medio de un crujir de ramitas y hojarasca, señal de que el otoño está llegando a su fin. Por fin, de la penumbra del bosque surge la inconfundible imagen de su discípulo más notable. A pesar del frío nocturno el joven dirige sus pasos, totalmente desnudo, hacia el claro de luna en el que los iniciados, generación tras generación, lavan sus impurezas con la tenue luz de la Luna llena. Después el maestro encenderá una pequeña fogata y arrojará a su discípulo con una cálida piel de lobo, cambiará su nombre y, durante meses, le instruirá en el noble arte de la escritura, lectura y codificación del grabado sobre piedra. Cuando el anciano intuya su muerte el iniciado se convertirá en sacerdote, pudiendo entonces utilizar la escritura sagrada como mediador entre la tribu, los dioses y las fuerzas que pueblan el cosmos.

Hace unos cuatro mil años esta podría muy bien ser una escena corriente entre los pueblos primitivos de la Europa atlántica. Aquellos nativos plasmaron sus conocimientos astronómicos en diversos soportes rupestres estableciendo, de este modo, una vinculación con el Universo que no deja de sorprendernos. La arqueología ha deducido el código de numerosas muestras rupestres de este género. El testimonio más antiguo de estas características lo

encontramos en la localidad francesa de Mas d'Azil. Allí, hace unos diez mil años, los azilienses pintaron signos geométricos en la superficie de enormes cantos de río que, aparte de su factible significado, pudieron evocar algunas constelaciones y estrellas.

El investigador italiano Mario Zanot, entre otros estudiosos, es de esta opinión. A su juicio, estos guijarros pintados de ocre se parecen mucho a los que actualmente colorean los aborígenes australianos como representación del dios supremo de los cielos. Nuestros ancestros también supieron plasmar en el arte rupestre, sobre piedra o hueso, el cómputo lunar. En el Pirineo navarro, los azilienses dejaron un testimonio menos vago de sus conocimientos astronómicos. En el interior de la cueva de Abris de las Viñas encontramos una pintura en la que destaca una figura antropomorfa que muchos arqueoastrónomos han interpretado como la representación de una especie de dios lunar, en torno al cual se distinguen treinta puntos irregulares, que no son otra cosa que los movimientos de nuestro satélite natural durante un período de treinta días.

También hemos podido interpretar las incisiones del colmillo de mamut encontrado en Gontzi, Ucrania, como indicadores de las cuatro fases de nuestro satélite natural. Su anónimo diseñador resolvió el problema del mes lunar. Como he indicado, este es de poco más de veintinueve días. En el colmillo ucraniano el dilema se resuelve calculando –alternativamente– un mes de treinta días y otro de veintinueve, solución que aplicarían los astrónomos sumerios siglos más tarde.

Los puntos pintados en la pared de la cueva ibérica de Canchal de Mahoma, en el Pirineo, también nos sugieren la comprensión de estos mismos ciclos. Aquí se indican las cuatro fases de la Luna y el número de los días y semanas. De este modo –según Zanot– a nuestros ancestros les resultaba cómodo calcular cuánto tiempo transcurría desde un plenilunio al siguiente, dándose cuenta de que mientras el astro de la noche alcanzaba, mes tras mes, una posición cada vez más alta en el cielo, en la Tierra los árboles perdían sus hojas, empezaban las primeras lluvias y, finalmente, llegaban los hielos invernales.

Otro ejemplo interesantísimo se encontró en Les Eyzies, Francia. Se trata de una tablilla de más de trescientos siglos de antigüedad en la que aparecen sesenta y nueve incisiones, cada una con un diseño diferente, adquiriendo el conjunto un aspecto de serpentina. Bajo el microscopio, los signos de la

tablilla adquieren de inmediato sentido astronómico. Los trazos representan las diferentes fases de la luna. Para los arqueoastrónomos que han estudiado dicha pieza, la intención perseguida por su creador fue que sirviera como «libreta prehistórica» en la que se anotaban las distintas fases lunares a lo largo de un período de dos meses y diez días.

En el interior de Galicia, al noroeste de la península ibérica, el petroglifo de Laxe das Rodas ha resultado ser un calendario rupestre de sumo interés. Esta hermosa muestra ha sido interpretada como un almanaque lunar por el investigador Fernando Alonso Romero y es un paradigma del conocimiento alcanzado por los canteros que diseñaban estos grabados. Datado entre las edades del Cobre y del Bronce, su existencia ilustra la perpetuación de una supuesta religión de las estrellas. Considero este ejemplo como una prueba inequívoca de una creencia astrológica basada en el concepto de rueda temporal, lo que explicaría la similitud con otros yacimientos desperdigados por toda la región, donde esta figura es la protagonista.

El motivo está compuesto por dos ruedas, dispuestas una sobre la otra. La primera destaca sobre la inferior, mucho más pequeña. Esta forma presenta, por tanto, dos círculos concéntricos. El mayor de ellos está rodeado de cuarenta y siete pequeños agujeritos –conocidos con el nombre de cazoletas–, mientras que el otro representa una doble espiral, rodeada a su vez de sesenta y cinco agujeros. Pero esta manifestación plástica no responde a ningún canon ornamental. Cada uno de los elementos representados tiene un marcado significado astronómico. Los círculos concéntricos –conocidos con el nombre de Altar das Oferendas– constituyen un calendario de cuatro años, mientras que la doble espiral indica un lapso de cinco. La suma de ambos representa la mitad del ciclo lunar de dieciocho años; es decir, nueve años. Las cuarenta y siete cazoletas que rodean el motivo de Altar das Oferendas, más la enorme cazoleta central de este petroglifo, suman un total de cuarenta y ocho, representación de los cuatro años de doce meses que simboliza este motivo, si añadimos las otras cuatro cazoletas de tamaño medio, algo aisladas del resto, cuya misión sería la de confirmar los años transcurridos y completar el ciclo anual de doce meses lunares de veintiocho días con el añadido de un mes suplementario, característico de los calendarios lunares, que así lo hacían coincidir con la duración del año de trescientos sesenta y cinco días.

Finalmente, la doble espiral representa los doce meses básicos del año

repartidos en dos partes. La espiral superior se compone de siete más pequeñas, cada una de las cuales representa los primeros siete meses del año. La inferior representa los cinco meses restantes. La actual división enero-diciembre es caprichosa y moderna y no era conocida por los canteros autores de este grabado.



Este petroglifo de Laxe das Rodas fue interpretado por Alonso Romero como un calendario lunar. Foto: José Luis Díaz Alvaredo (Expedición Galiza Noite de Pedra).

Rodeando este conjunto, las sesenta y cinco cazoletas son la suma de los meses transcurridos en cinco años, por lo que, en este segundo calendario, cada ciclo anual es de trece meses, que fueron hábilmente grabados por el cantero prehistórico en forma de trece cazoletas centradas entre las dos espirales. De todo esto se deduce que en este calendario de cinco años – también confirmados por cinco cazoletas de diferentes tamaños– cada mes constaba de veintiocho días que, al ser multiplicados por trece meses, nos dan un total de trescientos sesenta y cuatro días solares, observándose un margen de error aparente de seis días en dicho período de cinco años respecto al ciclo solar real.

A pesar de la inexactitud del año solar, Laxe das Rodas representa un admirable esfuerzo de cálculo astronómico en tiempos prehistóricos. Otros

petroglifos o pinturas representan desde porciones del cielo nocturno de hace miles de años hasta acontecimientos celestes extraordinarios.

En Paraíba, Brasil, encontramos petroglifos que reproducen las principales constelaciones del zodiaco en el que pasa por ser, hasta ahora, el yacimiento rupestre al aire libre más espectacular del planeta. El monolito en cuestión está recubierto por algo más de medio millar de bajorrelieves profundamente grabados en la dura roca. Los arqueólogos brasileños conocen este importante yacimiento rupestre con el nombre de Pedra do Ingá.

Hace muchos años, el controvertido escritor suizo Eric von Däniken encolerizó a los arqueólogos de todo el mundo al afirmar sin complejos que los alienígenas habían realizado estos profundos grabados con la única ayuda de sus armas láser. En realidad, la sensacional solución del escritor europeo estaba más cerca de la fantasía que de la auténtica realidad. Aunque todavía se desconoce con absoluta certeza la técnica abrasiva utilizada para realizar los impresionantes petroglifos de la Piedra do Ingá se sabe que sus autores no fueron alienígenas, sino una entidad cultural humana desconocida, de la que desgraciadamente no posemos ningún referente histórico<sup>28</sup>.

Los grabados de la Pedra do Ingá se insculpieron con una técnica depurada. Aunque desconocemos los detalles, los contornos de los diseños denotan una técnica de grabado muy perfeccionada. Su superficie presenta una rica amalgama de motivos rupestres que abarcan desde los de ejecución técnica más simple y previsible, como las espirales o las cazoletas, hasta las figuraciones más o menos complejas. Son símbolos que –con certeza– intentan materializar alguna idea, lo que ha hecho considerar a algunos expertos la posibilidad de que estemos ante las primeras formas embrionarias de escritura. Los recursos expresivos utilizados en los paneles pétreos del yacimiento brasileño nos hacen suponer que la inteligencia que originó esta manifestación lo hizo con una clara vocación comunicativa. El conjunto de ideogramas representa la tendencia de una enigmática identidad en su deseo de trascender en el tiempo con un mensaje que perdure al paso del tiempo y que en parte ya ha sido desvelado por los arqueólogos brasileños.

En los años setenta aparecieron los primeros trabajos que relacionaban el monolito brasileño con las estrellas; es el caso del trabajo, escrito siete años antes, por el ingeniero José Benício de Medeiros. En él el erudito brasileño identificó una serie de grabados esculpidos en la superficie de la roca que en

su conjunto se corresponderían con la constelación de Orión. De las catorce estrellas encontradas, once coinciden con la posición relativa de las estrellas de esa constelación. Años más tarde, en 1988, el investigador Gilvan de Brito, en su libro *Viagem ao Desconhecido: Os Segredos da Pedra do Ingá* asociará el inicio de las lluvias con la presencia de la constelación de Orión en el punto más alto del cielo. Las últimas teorías parecen discernir un significado funcional más complejo desde el punto de vista astronómico. El panel vertical de Itaquataria do Ingá posee un valioso tesoro: la completa representación zodiacal de las constelaciones visibles en aquellas latitudes a lo largo de la eclíptica.



Grabados rupestres del monolito de Ingá, Brasil. Contiene una valiosa información astronómica: la representación del zodiaco completo.

De vuelta al continente europeo, y más concretamente al noroeste de la península ibérica, en Galicia, nos topamos con representaciones de cometas, constelaciones y hasta supernovas. Este último hecho fue corroborado en 1993 durante la primera campaña del rodaje de la película de divulgación arqueológica *Galiza, noite de pedra* y está relacionado con una espectacular efeméride astronómica, objeto de numerosos estudios científicos en todo el globo.

En tierras de Bayona y oculta entre la maleza se esconde una roca granítica de tamaño medio, conocida con el nombre de Laxe dos Campos. Lo representado es, según los catálogos oficiales, un simple modelo estrellado. Pero nadie ha caído en la cuenta de que, tal vez, los trazos del diseño conformen la imagen de un suceso astronómico singular.

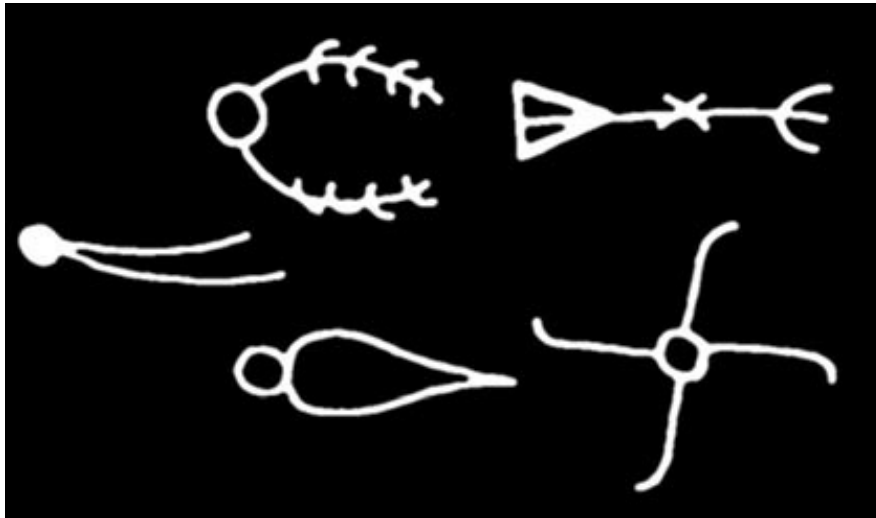
A mi juicio, cabe la posibilidad de que lo que los arqueólogos gallegos identifican como una licencia artística del anónimo autor sea en realidad la reproducción rupestre de uno de los acontecimientos astronómicos más relevantes de nuestro pasado: la aparición en una noche del año 1054 de una estrella que brilló más que todas las demás. A muchos kilómetros de distancia, en Nuevo México, los artistas indígenas anasazi también pintaron aquel extraño evento en un abrigo pétreo. En ambos lugares se recogió la instantánea del estallido de una estrella situada a más de seis mil años luz de distancia. Este sol que se extinguió violentamente se encontraba en la constelación de Tauro y sus restos en expansión, compuestos por polvo estelar, han adquirido la forma de un cangrejo, nombre con el que es conocida la nebulosa que resultó del colapso gravitatorio de esta estrella masiva. Los autores de ambas manifestaciones rupestres han sabido reflejar uno de los aspectos más definitorios, y si se quiere singulares, de la nebulosa del Cangrejo: la suave deformidad de los bordes filamentosos, que en ambos casos aparecen en la zona superior de las representaciones. La peculiar huella de identidad de este fenómeno astronómico fue recreada con extrema fidelidad por ambos artistas. Esta característica ha sido, además, confirmada con los telescopios más modernos y potentes.

Detalles tan precisos resultan turbadores. Pero un análisis cuidadoso demuestra que aquellos pintores del cosmos también supieron estar atentos a otras efemérides celestes, como los ciclos cometarios. Estos cuerpos errantes siempre han llamado poderosamente la atención de los sabios antiguos, que durante muchísimo tiempo se preguntaron por su naturaleza.

La primera catalogación cometaria conocida se descubrió recientemente, en la localidad china de Ma Wang Tui, y pertenece a una tumba del siglo II a. C. Se trata de una larga cinta de seda cubierta de diversas representaciones de cometas. El importante hallazgo arqueológico es, sin embargo, mucho más antiguo que la tumba en la que se encontró; probablemente data del siglo IV antes de Cristo.

Lo más insólito del caso estriba en el hecho de que, durante la expedición

de Galiza, *noite de pedra* puede encontrar los mismos diseños, o muy similares, inscritos sobre la superficie granítica de numerosas rocas.



Petroglifo susceptible de interpretación astronómica descubierto durante la expedición Noite de Pedra, en Pontevedra (Galicia). ¿Es la representación de un cometa? Su diseño guarda un cierto parentesco con el símbolo de arriba; una de las representaciones cometarias que podemos ver en una cinta de seda hallada en el Ma Wang Tui (China) en una tumba del siglo II a. C. y cuyas formas podemos ver representadas en la ilustración del centro. Foto: Tomé Martínez.



Pero volvamos a América. En Varzelândia, Brasil, un fabuloso dibujo rupestre llamó la atención de los arqueoastrónomos tan sólo hace unas décadas. Al abrigo de unas cuevas que reciben el mismo nombre del lugar, se descubrió lo que, para algunos entusiastas, parece ser la representación de nuestro sistema solar. Conforme esta interpretación, llama la atención el hecho de que alrededor de lo que se supone es el Sol –que en la pintura rupestre aparece justamente en el centro– se hallan representados ocho de los nueve planetas de nuestro sistema planetario en sus aparentes posiciones con respecto al Sol. Además, estas representaciones planetarias son tan «detalladas» que nos muestran la apariencia –en tamaño– de unos planetas respecto a los otros, lo que ha permitido identificarlos sin dificultad. Como era de esperar el único planeta que no aparece registrado es el invisible Plutón; sin embargo, se da el hecho insólito de toparnos con la representación de lo que parece la ubicación aparente de algunas de las lunas de los planetas Marte, Júpiter y Saturno. Esta teoría es sin embargo muy discutible y hay quien cree que estamos ante una tosca representación de las Pléyades.

También en Brasil –ese inmenso y rico país en patrimonio arqueológico– encontramos otros vestigios rupestres con una clara intencionalidad astronómica. Es el caso de las pinturas rupestres de Sete Cidades, o las constelaciones de Lagoa Santa, en Minas Gerais. Estos testimonios evidencian y ratifican unos conocimientos inauditos. Tal vez esa sea la razón por la que nuestros antepasados optaron por la creación de formas de expresión tan llamativas y complicadas, con objeto de llamar la atención de su secreta sabiduría a las generaciones futuras capaces de descifrar su código oculto.

[27](#) La referencia de este texto la encontrarán en el número 7 de la desaparecida revista Misterios de la Arqueología (Editorial Lincro, Madrid, 1997), en la que su autor expuso las conclusiones de sus investigaciones de campo con la publicación de un dossier especial denominado «Noche de Piedra». El especial contenía parte de un extenso reportaje al que se le había asignado erróneamente la autoría de otro autor cuando en realidad se trataba de un trabajo realizado por Tomé Martínez Rodríguez en exclusiva para Misterios de la Arqueología y el Pasado.

[28](#) Se ha llegado a especular con la posibilidad de que sus autores fueran hititas, fenicios, egipcios o pueblos precolombinos. Lo único que se sabe con certeza es que cuando los conquistadores portugueses llegaron a estos lares, los indígenas ignoraban cómo llevar a cabo una obra rupestre de estas

características y por supuesto desconocían quiénes habían sido los misteriosos autores de Pedra do Ingá.

# Capítulo 4

## En busca de Sumer

Durante siglos el pueblo sumerio permaneció en el más absoluto de los olvidos; sin embargo, a partir de 1877 el fabuloso descubrimiento de un diplomático francés, Ernest de Sarzec, vicecónsul por más señas del puerto de Basora, comenzó a cambiar las cosas.

Antes de llegar a su nuevo destino, Sarzec tuvo la oportunidad de pasar una temporada en dos países de gran atractivo histórico y artístico: Egipto y Etiopía. Aquellas estancias despertaron su interés por el pasado de los extensos territorios mesopotámicos; es más, la inquietud intelectual de Sarzec le llevó a considerar la posibilidad de dedicarse seriamente a la investigación de campo. Aquella vaga idea acabaría, con el tiempo, convirtiéndose en realidad.

La tentación por desenterrar evidencias de culturas antiguas se hizo, conforme pasaba el tiempo, irresistible; sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que las sagradas escrituras mencionaban asiduamente a Babilonia y Asiria. Sarzec, como muchos otros hombres letrados de su generación, estaba fuertemente influenciado por las sagradas escrituras e imagino que aquellos datos azuzaron aún más su curiosidad. Sin embargo, no fue la única fuente que demandó su atención. Las referencias a estas civilizaciones antiguas no sólo se encontraban en el Antiguo Testamento; los escritos de historiadores griegos como Jenofonte y Herodoto contribuyeron también a mantener vivo el recuerdo de aquellos pueblos del Génesis. Se comprende que Sarzec se sintiera motivado a explorar por su cuenta un territorio en el que sólo unos

pocos privilegiados habían indagado antes que él.



Detalle del Panel Nimrud (728 a. C.) donde se representa al ejército asirio y su caballería. Según los expertos en el panel se describen las campañas bélicas que tuvieron lugar en Siria e Irán en torno al 738 a. C.

Museo Británico, Londres. Foto: Tomé Martínez.

Su aventura comenzó a doscientos cincuenta kilómetros de Bagdad, en la localidad de Tello. Por pura casualidad se topó con varios restos de ladrillos y conos inscritos con caracteres cuneiformes. Muerto de curiosidad, el entusiasta explorador francés decidió investigar cuanto antes lo que ocultaba aquel árido terreno. Estaba tan excitado con su proyecto que las prospecciones se llevaron a cabo sin tan siquiera esperar por los permisos oficiales.

Los ojos de Sarzec recorrieron aquel yermo paraje compuesto por una serie de lomas que parecían cabalgar a lo largo de la orilla de un seco canal rodeado –a su vez– por una llanura de barro cuarteada por el extremo calor del sol. En uno de los montículos más altos percibió una piedra oscura, pulcramente pulida que semejaba querer emerger del interior de la tierra. Conforme ascendía a lomos de su caballo pudo comprobar que aquella piedra formaba parte de algo mucho más voluminoso. No tuvo que esperar mucho para descubrir que se trataba del hombro de una estatua de grandes

proporciones. Aquella jornada fue decisiva pues marcó el inicio de una aventura arqueológica trepidante sin apenas parangón en la historia de la ciencia.

Las campañas arqueológicas llevadas a cabo por Sarzec fueron muy provechosas. Sus hallazgos marcaron el camino hacia el conocimiento de una, por entonces, desconocida civilización perdida. Gracias a la financiación del gobierno galo, pudo desenterrar en tan sólo un año fabulosas estatuas de diorita, un tipo de roca procedente de las lejanas canteras de Omán y que fue transportada por el golfo Pérsico en grandes embarcaciones, lo que denota la destreza técnica de aquel pueblo. Al tiempo que este material llegaba a manos de los expertos en Europa, los filólogos se devanaban los sesos para tratar de interpretar el significado de las numerosas tablillas con escritura cuneiforme que no dejaban de llegar a los museos.

Por entonces, el conocimiento que se tenía de este tipo de escritura se debía al maltrecho viaje exploratorio que en 1756 patrocinó el rey de Dinamarca. De sus cinco integrantes sólo uno de ellos sobrevivió a las calamidades de un viaje lleno de imprevistos. Se trataba del alemán Carsten Niebuhr, el cual consiguió alcanzar las ruinas del palacio de los reyes de Persia en Persépolis, de dos mil años de antigüedad. Con una mezcla de emoción y agotamiento abrumador, Niebuhr consiguió elaborar cuidadosas copias de las inscripciones cuneiformes que allí encontró. Lo que trajo de vuelta fue esencial para comprender este tipo de escritura. Las inscripciones de Persépolis sirvieron de inspiración a una nueva generación de lingüistas y su definitivo dominio resucitaría la memoria de Sumer.

Otro personaje destacado en la resolución de este tipo de escritura fue el profesor de secundaria Georg Friedrich Grotefend que junto a otros expertos contribuyó a asentar el método interpretativo del persa antiguo. El caso es que al tiempo que Grotefend y otros colegas de su generación estaban enfrascados en la resolución del lenguaje de los antiguos persas, surgieron otros eruditos de no menor importancia. Sin duda de entre todos ellos el de mayor talla intelectual fue el cuneiformista británico Henry Rawlinson, un soldado, diplomático y lingüista cuyo perfil haría las delicias de cualquier guionista de Hollywood.

En 1826 viajó como soldado del ejército británico a la India. Una vez afincado en su lugar de destino Rawlinson retó –a quien quisiera aceptar sus apuestas– a hacer multitud de actividades. Sus desafíos eran de los más

variopintos y apostaban por correr, montar a caballo, cazar, jugar a las cartas o lo que fuera a cambio de una suculenta suma de dinero; todas ellas actividades más propias de un buscavidas que de un erudito.

En 1835 Rawlinson estaba destinado en Persia cuando oyó hablar del descubrimiento de unas pequeñas tallas pétreas no muy lejos de la ciudad de Behistún. Intrigado por la noticia se acercó al lugar y en efecto no sólo encontró representaciones en relieve del rey Darío sino también textos en cuneiforme en tres lenguas diferentes. El enorme bajorrelieve, datado en el 520 a. C. y que rememora las gestas militares del rey persa, fue tallado a unos cien metros por encima del suelo, lo que dificultó su desciframiento. Rawlinson, literalmente, puso en riesgo su vida, colgado de una cuerda o sentado en precarios andamios, al tratar de transcribir las inscripciones para su estudio minucioso, hasta que pasado un tiempo acabó por contratar a un joven kurdo cuya ayuda sería sumamente valiosa pues permitiría transcribir la inscripción más inaccesible de todas y que resultó ser un dialecto tardío del acadio: el babilónico. Aquella lengua escrita pertenecía a un pueblo semítico que se estableció en Mesopotamia junto con los sumerios en torno al tercer milenio antes de Cristo. Los lingüistas que estudiaban los textos cuneiformes disponían ya de un conocimiento de campo del persa antiguo y habían hecho progresos a la hora de descifrar el acadio. Las inscripciones trilingües de Persépolis y Behistún parecían allanar el terreno para descifrar definitivamente las inscripciones de la tercera lengua; sin embargo no fue así y tuvieron que pasar algunas décadas antes de que se identificara como elamita<sup>29</sup> a la misteriosa tercera lengua.

Tras este acontecimiento se sucederían los que pasan por ser considerados como los descubrimientos más sonados de la arqueología mesopotámica: las grandes urbes y centros de poder. Así en 1843, Paul Emile Botta halló el palacio del famoso monarca asirio Sargón II repleto de grandes tesoros. Poco después otro investigador, Henry Layard, desenterró la ciudad de Nínive y no tardó en encontrar la gran biblioteca de Asurbanipal con sus más de veinte mil tablillas cuneiformes. Una serie de evidencias sugirieron que los habitantes de habla acadia de Asiria y Babilonia no inventaron la escritura cuneiforme. En vez de ello la tomaron prestada de algún pueblo anterior no semítico adaptándola a sus propios esquemas idiomáticos.



Recreación artística de los jardines de Babilonia de W. Hängende. Estos jardines colgantes se construyeron en el s. <sup>x</sup> a. C. en época de Nabucodonosor II. Una de las siete maravillas del mundo antiguo cuyo aspecto sólo hemos podido recrear gracias a la imaginación de los artistas contemporáneos.

Precisamente algunas de las tabillas de Asurbanipal dieron la razón a quienes pensaban de este modo. Aquellos textos, denominados silabarios, listaban términos acadios familiares para los lingüistas junto con otros términos, escritos en cuneiforme, totalmente intraducibles y que pertenecían a un idioma desconocido: el sumerio.

El Museo Británico fue el lugar donde fue a parar la mayor parte de las tablillas de arcilla desenterradas en Nínive. De entre todos los lingüistas que se pusieron a traducir los textos cuneiformes destacó un joven investigador inglés llamado George Smith. A él le debemos el descubrimiento de la versión acadia del Diluvio Universal narrado con posterioridad en la Biblia. Su sensacional descubrimiento demostró que la Biblia y muchos de los hechos y lugares descritos en ella tenían una base histórica real, algo que no ha dejado de constatar la arqueología desde entonces. Así en una excavación llevada a cabo por el agente consular inglés J. E. Taylor en las ruinas de un zigurat próximo al río Éufrates se encontraron unos cimientos que resultaron ser los de la ciudad donde nació el patriarca Abraham: la ciudad de Ur.

La aparición de las antaño poderosas ciudades-estado mesopotámicas como Uruk, Nippur y la propia Ur no fue espontánea como piensan algunos. Fue fruto de un proceso evolutivo que tuvo su origen alrededor del 5000 a. C.

al abrigo de las vivificadoras aguas del río Éufrates.



El rey Asurbanipal en plena cacería. Museo Británico, Londres. Estos relieves denotan un estudio de la anatomía humana y animal muy depurada y son de marcado realismo.

Sobre las ruinas del gran zigurat de Ur de cuatro mil años de antigüedad el paisaje que se abre ante nuestros ojos es desolador. El arqueólogo inglés *sir* Leonard Woolley describía así sus impresiones en la que fue su primera visita al yacimiento: «Parece increíble que esta desolación haya podido ser alguna vez habitable para el hombre, y sin embargo los altozanos azotados por la intemperie a mis pies cubren los templos y las casas de una gran ciudad». Lo que hoy es un yermo páramo abrasado por el sol, antaño fue el escenario donde se desarrolló una avanzada agricultura, capaz de brindar alimento y confort a los miles de habitantes de aquellas urbes lo que favoreció el desarrollo de los ingredientes que fundamentan una civilización moderna: cultura, tecnología, relaciones comerciales, etc. Enormes ciudades cobijaban en su interior a decenas de miles de habitantes que interactuaban entre sí conforme a los parámetros de un modelo social sumamente complejo y desarrollado.

El Éufrates no sólo sirvió a fines agrícolas, también fue un importante dador de recursos alimenticios y un elemento estratégico que permitió el desarrollo de la navegación. En la cabecera del golfo Pérsico los irrigados



campos brindaban generosas cosechas de peces y abundante vida salvaje, lo que permitía todo tipo de caza en las marismas. Tanto éxito tuvieron los primitivos habitantes de la región que lo raro hubiese sido que en los siguientes tres milenios no surgiera un modelo de organización social diferente. Sin embargo, aunque la utilización de sus aguas para fertilizar la tierra fue determinante para el éxito del proyecto civilizador también lo fue para su extinción a largo plazo. Paradójicamente, las mismas técnicas que habían permitido prosperar a las ciudades-estado acabarían por provocar su colapso.

La intensa irrigación provocó la salinización de los terrenos agrícolas, lo que derivó en un descenso en el rendimiento productivo que se tradujo en menos cosechas y de peor calidad. Los efectos de la sobreexplotación fueron las hambrunas y la escasez de recursos, lo que unido a las disputas militares y las enfermedades acabaron por debilitar considerablemente a las ciudades-estado de Sumer. Pero el golpe de gracia lo propició la madre naturaleza al desviar el curso fluvial que durante siglos había mantenido con vida las ciudades y fabulosos monumentos sumerios. El río Éufrates, el dador de vida, se desvió inexorablemente hacia el oeste abandonando para siempre a las gentes que conformaron una de las más asombrosas y enigmáticas civilizaciones de la antigüedad. Hoy las estructuras desmoronadas y erosionadas por el feroz y abrasador viento del desierto reciben al explorador que se atreve a transitar por estos solitarios parajes no exentos de peligros.

Pero ¿de dónde venían los sumerios? El judaísmo, el cristianismo y el islamismo sitúan el primer hogar de la humanidad en Mesopotamia; allí es donde estas grandes religiones ven un paraíso en la Tierra, el Jardín del Edén, donde el hombre perdió su ingenuidad a cambio de un alto precio; los sumerios, sin embargo, veían una ciudad: Eridú. «No había crecido una caña. No se había creado un árbol. No se había construido una casa. No se había construido una ciudad. Todas las tierras eran mar. Entonces se creó Eridú».

A diecinueve kilómetros de Ur, al oeste del río Éufrates, las ruinas de la mítica ciudad siguen aguantando las duras inclemencias climatológicas del desierto. Es el asombroso testimonio de que lo que describen los sumerios en sus textos cuneiformes fue una maravillosa realidad, aunque a veces, como sucede en otras tradiciones, adornada con elementos épicos. Lo que nos dice la arqueología es que los sumerios tuvieron su propia prehistoria.



Detalle de escritura cuneiforme. Museo Británico, Londres.

Foto: Tomé Martínez. Cada sílaba se representaba por un grafema que sin embargo podía vincularse con varios sonidos. No olvidemos que salvo los ideogramas, de muy poco uso y reservados para palabras frecuentes, las restantes se escribían teniendo en cuenta parámetros fonéticos. Este sistema de escritura se aplicó para escribir sumerio, asirio, hitita, babilonio, luwita, urartio y hurrita.

Las primeras excavaciones en Eridú se llevaron a cabo en 1946 por parte de una expedición iraquí. Los dos arqueólogos predestinados para aquella misión fueron Seton Lloyd y Fuad Safar. Entre otros aspectos hubo dos que motivaron aquella búsqueda: por un lado las fuentes mitológicas que afirmaban que Eridú era una ciudad anterior al Diluvio Universal, un relato tanto sumerio como bíblico, y por otro lado los restos del zigurat que conforme a los criterios populares había sido un relevante santuario del Dios Enki<sup>30</sup>. Partiendo de la tendencia universal de construir los templos en el mismo lugar sagrado a lo largo de los siglos, el equipo de arqueólogos decidió comenzar a excavar en pleno santuario. La estrategia no tardaría en dar sus frutos...

Desde el comienzo de la primera temporada de excavaciones los arqueólogos vieron confirmada su corazonada: bajo la esquina sur del zigurat encontraron los primeros restos de un templo prehistórico; luego les sucederían unos cuantos más con una datación que se retrotraía muy lejos en el tiempo. Estos restos sugerían que los antepasados directos de los sumerios del tercer milenio antes de Cristo eran –sin ningún atisbo de duda– los verdaderos artífices de los fabulosos templos y monumentos que erigieron.

En palabras de Fuad Safar:



Asistente del dios asirio (810 a. C.) procedente del templo de Nabú, en Nimrud.

Museo Británico, Londres.

Foto: Tomé Martínez.

[...] necesitamos poco tiempo para descubrir que, lejos de ser el edificio más primitivo del lugar, representaba un templo ya varias veces derruido y reconstruido. Esos notables edificios databan de la época en la que Eridú era todavía un próspero y extenso asentamiento, y sin duda había proporcionado un enfoque a la vida religiosa de su primitiva comunidad moradora de los pantanos. Y allí residía su significado primario; porque su arquitectura mostraba una madurez formal hasta entonces insospechada en los habitantes del sur de Irak durante su fase prehistórica primitiva.

Embarcaciones votivas y otros restos de cerámica constataron que los primeros colonos del sur de Mesopotamia fueron el pueblo Obeid del sexto milenio. En posteriores campañas los arqueólogos excavaron en la zona oeste del zigurat donde también se encontraron restos de un asentamiento antiquísimo. Los trabajos en el zigurat avanzaron más allá de lo pronosticado. Los vestigios del séptimo templo dieron paso a los del octavo y los de este a los de un noveno. De hecho, este último denotaba una serie de características estilísticas y técnicas que lo diferenciaban de los templos que tenía por encima de él, lo que llevó a los científicos a concluir acertadamente que el templo pertenecía a una fase muy primitiva del denominado período Obeid. Debajo de este nivel los arqueólogos encontraron la nada despreciable cifra de doce templos consecutivos ¡uno debajo de otro! El más primitivo de los templos tenía los cimientos fijados en una duna de arena. Safar y Lloyd habían viajado atrás en el tiempo, hasta los orígenes mismos de período Obeid: ¡el 5900 a. C.! La ciudad de Eridú era, en efecto, muy antigua y había estado habitada continuamente la friolera de dos mil años. Posteriormente el equipo encontró un cementerio con más de un millar de tumbas que reflejaba la creencia compartida de aquellas almas en la supervivencia después de la muerte física. El descubrimiento de las tumbas tuvo un especial impacto emocional en el arqueólogo Seton Lloyd que escribió:

Allí estaban todos, tendidos ordenadamente, con los pies apuntando en una misma dirección: la gente que pintó la cerámica y trajo sus pescados como ofrendas a aquel pequeño templo, frágil y más bien helado, pero con sus confortadores objetos caseros colocados a su lado. Nunca podré desembarazarme de la sensación que experimenté al hallarme repentinamente entre ellos al descubrir las tumbas.

Aunque los sumerios consideraban Eridú como la primera gran urbe, los investigadores han demostrado que la primera ciudad fue en realidad Uruk.

Cuando los arqueólogos accedieron por vez primera a Uruk, la antigua Erech del Antiguo Testamento, comprobaron que muchas de las descripciones recogidas en la epopeya de Gilgamés, de unos cuatro mil años de antigüedad, eran –en contra de lo que algunos pensaban– verídicas. Es el caso de la muralla de la ciudad de la que el poeta babilónico comentó:

Mírala, todavía hoy el muro exterior por el que corre la cornisa brilla con el resplandor del cobre; y el muro interior no tiene igual. Todo el umbral, es antiguo. Asciende por la muralla de Uruk; camina a lo largo de ella, te digo; contempla la terraza de los cimientos y examina el edificio; ¿no es de buen ladrillo cocido?

En efecto, los arqueólogos del siglo xx comprobaron las calidades de los restos de la formidable obra de ingeniería que llevaron a cabo los maestros constructores de Uruk. La imponente muralla alcanzaba los ocho kilómetros de extensión. También localizaron los restos del denominado Templo Blanco (del cuarto milenio antes de Cristo) dedicado, muy probablemente, al dios An. La planta de la edificación se hundía en pleno período Obeid pero, a diferencia de Eridú, este templo se asentó sobre un montículo artificial de unos doce metros de altura, un primitivo zigurat, el monumento más significativo de la cultura arquitectónica sumeria. Se sabe que la gente acudía masivamente a este lugar para adorar a la diosa de la guerra y el amor: Inanna. El caso es que debajo del templo dedicado a la diosa los arqueólogos no tardaron en encontrar más restos de edificaciones, también datadas en el cuarto milenio antes de Cristo. El sondeo estratigráfico partiendo del núcleo más antiguo hasta entonces conocido de Uruk alcanzó suelo virgen tras excavar, nada más y nada menos que ¡dieciocho niveles de ocupación! A pesar del éxito de la campaña quedaban pendientes dos importantes cuestiones: por un lado, determinar la procedencia de los primeros habitantes de la zona y, por otro, determinar la procedencia de los avanzados conocimientos agrícolas de aquellos misteriosos granjeros pues la domesticación de ciertas especies de plantas e incluso animales no surge espontáneamente.

Un joven arqueólogo británico, Max Mallowan, recibió el encargo de buscar las respuestas en el montículo de Kuyunjik en Nínive; en definitiva debía excavar los sucesivos niveles asirios hasta llegar al suelo virgen. Lo que pocos saben es que Mallowan tenía por esposa a la mundialmente famosa escritora Agatha Christie. Al tiempo que escribía una de sus novelas más populares: *La muerte de Lord Edgeware*, acompañaba a su joven marido

durante las prospecciones arqueológicas. Mallowan estaba convencido de que la excavación duraría poco pues el afloramiento rocoso donde se había asentado Nínive se encontraba a poco más de una docena de metros bajo sus pies. Sin embargo, al final el pozo estratigráfico superó con creces la profundidad estimada. El génesis de Nínive se encontraba a una veintena de metros y fue allí donde el arqueólogo británico encontraría evidencias de la cultura Obeid en forma de cerámica. En su búsqueda infatigable, Mallowan acabó topándose con otro tipo de cerámica, denominada Halaf. Los artesanos de –en sus propias palabras– «aquella alegre, y brillante cerámica» pertenecían a un contexto temporal endiabladamente lejano: el 5700 a. C.; contexto temporal que finalmente se ha comprobado fue contemporáneo con los estadios más primitivos de la cultura Obeid.

## [EL GRAN ENIGMA DE LOS HITITAS](#)

Con la llegada del siglo xx los mitos antiguos parecieron tomar forma de la mano de los arqueólogos. Por entonces, se creía que había existido un mundo anterior a la escritura de la Biblia dominado por tres poderosos imperios concentrados en Oriente Próximo: Egipto, Asiria y Babilonia. Las sucesivas campañas arqueológicas confirmaron, como hemos visto, esas viejas crónicas. La huella de su paso la constatan hoy en día sus grandiosos monumentos y su fabulosa cultura durante miles de años agazapada bajo la arena de estos extensos territorios, en su mayor parte áridos, y abrasadores, pero antaño fértiles y rebosantes de vida. Nadie se podía imaginar que en el mismo escenario geográfico interactuó otra gran potencia cultural, durante tres mil años olvidada: los hititas.

En la actual Siria empezaron a aparecer, junto al río Orontes, fragmentos de un extraño idioma que el tiempo acabaría por confirmar que había sido utilizado en grandes partes del mundo antiguo. Pronto algunos investigadores se percataron de que estaban ante algo transcendental desde el punto de vista histórico. En el descubrimiento de este fabuloso imperio de la antigüedad fueron varios los arqueólogos que colaboraron en darlo a conocer; pero de entre todos ellos Willian Wright pasará a la historia por haber conseguido, tras rocambolescos esfuerzos, los vestigios que marcaron el camino a seguir

en las investigaciones que nos permitieron encontrar este mundo perdido.

Mucho antes de que su gran obra *El Imperio de los hititas* (1884) le diera fama mundial, Wright fue el primer investigador que trató de desentrañar el enigmático lenguaje que tanto estaba dando que hablar en el mundo académico del siglo XIX. Para ello, el misionero y estudioso de la civilización hitita por excelencia, por aquel entonces, había conseguido hacerse con los valiosos restos encontrados en Hama, la Hamath bíblica; una importante ciudad de la Siria Occidental.

Como si se tratase de una película de Indiana Jones, la aventura arqueológica que dio lugar a la búsqueda de los hititas comenzó con el descubrimiento casual que hizo un arqueólogo suizo llamado Johann L. Burckhardt en un bullicioso bazar de la ciudad. En la esquina de una casa se topó con una piedra cubierta de unos extraños jeroglíficos que nada tenían que ver con los egipcios y que por entonces estaban siendo estudiados por el gran investigador francés Jean François Champollion. Durante un tiempo, la noticia –que fue publicada en 1822 en un libro suyo– pasó desapercibida e incluso hubo especialistas que la consideraron un manifiesto fraude. El caso es que conforme pasaba el tiempo, se seguían encontrando piedras cubiertas con esta extraña escritura.

En 1870, dos arqueólogos: J. Augustus Johnson y S. Jessup, volvieron a sacar a la luz nuevos hallazgos en la ciudad de Hama, lo que demostraba que aquellas piedras no eran un fraude. Con el fin de poder estudiarlas con detenimiento resolvieron copiarlas y fotografiarlas; y es aquí donde empieza la historia rocambolesca a la que hacía mención y que puso en peligro la integridad de aquella valiosa información para la comunidad científica.

Una vez más la religión estuvo a punto de entorpecer el progreso del conocimiento. Los lugareños, con una mezcla de estupor y de superstición, desconfiaban de aquellos dos infieles que pretendían llevarse una piedra que, además, era objeto de idolatría y a la que se le atribuían poderes sobrenaturales. Desde tiempos inmemoriales había sido utilizada para curar ciertas dolencias de hombres y animales. La tarea para conseguir aquellas piezas iba a resultar sumamente delicada y complicada. A pesar de ello, llegaron a un acuerdo con un artista local, el cual les facilitó unas copias pintadas que sin embargo eran poco valiosas desde el punto de vista científico pues obviaban algunos detalles sumamente importantes, lo que las invalidaba para llevar a cabo cualquier labor de desciframiento. La primera

batalla para conseguir las piedras había fracasado. Poco después, otro investigador, el capitán Burton, aprovechando que había sido destinado a la ciudad como cónsul británico hizo las gestiones para conseguir las piedras. Así resolvió ponerlas un precio. Lejos de resolver la situación, esta se complicó, pues los propietarios de las valiosas piedras decidieron subir desorbitadamente la cantidad económica, poniendo en riesgo, además, su integridad pues los dueños podían verse tentados a fragmentarlas para de este modo sacar más tajada del intercambio pecuniario propuesto por el militar británico. Hasta que –finalmente– apareció en escena William Wright. Este misionero irlandés, educado en el Queen's College, ejercía labores como corresponsal del *Pall Mall Gazette* y gracias a su labor periodística poseía contactos con influyentes personajes del país. De este modo, pudo conseguir el respaldo, nada más y nada menos, que del gobernador de Siria Subhi Pasha, un hombre interesado en modernizar el Imperio turco. Esta intención política favoreció que colaborara con Wright desinteresadamente en la recuperación para la ciencia de aquellos vestigios. Finalmente Wright pudo hacerse con las inscripciones pictográficas de Hama pero para ello tuvo que contar con la protección de los soldados. Antes de enviarlas a Constantinopla el estudioso irlandés hizo dos vaciados para el Museo Británico y la Fundación para la Exploración de Palestina<sup>31</sup>. Posteriormente surgirían nuevos testimonios de la intrigante escritura jeroglífica en zonas tan dispares como Bogazköy, Jerablus, la propia Siria o Anatolia. Se hicieron moldes y copias que no tardaron en llegar a manos de los especialistas de Europa y América donde comenzó la apasionante labor de su descodificación. Aunque ya se intuía que todos estos símbolos estaban relacionados y que, por lo tanto, podían vincularse a una misma procedencia cultural, no cesó el empeño por profundizar aún más en el conocimiento de aquel pueblo desaparecido, tanto en los libros como en los mismos mitos.

En las montañas de Anatolia, en Turquía, un lingüista alemán, Hugo Winckler, se tropezó con las ruinas de una antiquísima ciudad. Fue allí donde encontraría la fuente de la extraña lengua hablada por los hititas. Corría el año 1906 cuando se iniciaron las primeras excavaciones. Pronto se hizo evidente que aquel lugar depararía múltiples sorpresas y no sólo a los lingüistas. La riqueza arqueológica del lugar no ha dejado de brindar una asombrosa información sobre la vida cotidiana de aquel misterioso pueblo. Durante las primeras campañas, Winckler extrajo cientos de tablillas de barro



con la escritura que le había llevado hasta allí. Pronto comprendió que no podría esclarecer aquel código mientras no encontrara una pieza escrita en una lengua que pudiera comprender. Tras unas semanas de duro esfuerzo la recompensa llegó en forma de una tablilla escrita en babilonio. Esta sería la prueba de la existencia de un cuarto imperio que rivalizó en poder con sus coetáneos. Sin embargo, Winckler no ocultaba su sorpresa a la hora de tratar de averiguar las causas que llevaron al ocaso del basto Imperio hitita. Lamentablemente nunca hallaría la respuesta. La muerte le visitaría poco después de su gran campaña en Anatolia, en el centro de Turquía.

Tras más de un siglo de investigaciones en la ciudad —a la que los primeros investigadores bautizaron con el nombre de Hattusha— la arqueología ha desvelado para nuestro regocijo una portentosa y avanzada civilización. Los primeros lingüistas estaban desconcertados con el hitita. Aunque se trataba de una escritura cuneiforme con un alfabeto sobradamente conocido eran incapaces de hilar significado alguno. Para descifrar una lengua desconocida resulta imprescindible dar con un idioma similar; sólo de este modo, usando la gramática y las palabras compartidas, se puede penetrar en las claves que nos permitirán interpretar el código con éxito; pero el idioma hitita se hacía de rogar; de hecho, parecía un idioma propio. No parecía existir nada semejante en el Oriente Próximo de entonces. Finalmente se descifró con el hallazgo de una frase peculiar. Este importante descubrimiento se lo debemos a la agudeza mental de un experto checo llamado Bedrich Hrozný.

Durante una de sus investigaciones sus ojos fueron a posarse sobre una extensa frase en la que una palabra le llamó poderosamente la atención: *wa-a-tar*; muy parecida a la palabra inglesa *water*. De la misma manera la palabra *ez-za* le recordó al término alemán *essen* para comer. La combinación arrojó una frase completa que logró traducir con sentido: «Ahora come pan y bebe agua»; con esto consiguió la primera traducción hitita traducida tras miles de años de silencio desvelándose que el hitita era, en realidad, una lengua indoeuropea. Los hititas no eran de Oriente sino de algún lugar de Europa.

Ahora sabemos que la gran batalla de Kadesh, escenificada en 1264 a. C., supuso una importante victoria para los hititas, en gran medida gracias a las técnicas de ingeniería ideadas por los diseñadores de carros de combate de caballería que dispusieron colocar las ruedas del carro en el centro, lo que les permitió ganar en estabilidad, rapidez y eficacia de combate. Aquella importante victoria sobre Egipto debería haber servido para avanzar hacia una

supremacía relevante en la historia, pero lejos de suceder eso los hititas comenzaron su época de declive. Sin embargo, los registros escritos archivados en sus bibliotecas obviaron esta importante faceta del devenir vital de aquel pueblo. Afortunadamente, los arqueólogos encontraron el relato del final del Imperio oculto en lo que parecía una especie de tumba megalítica llena de símbolos extraños: un «segundo código hitita». Cuando consiguieron descifrar aquel código la ignota historia de los últimos días de los hititas resurgió del olvido. Precisamente fue aquí donde los lingüistas encontraron las razones que llevaron al colapso de aquella grandiosa civilización.



Entrada de la ciudad hitita de Hattusa. Ruinas de Hattusa (Puerta del León) en Boğazköy, Turquía.

Tras años de arduo trabajo los filólogos consiguieron descifrar los jeroglíficos y su lectura desconcertó a la comunidad científica. Tras el triunfo de Kadesh empezaría el principio del fin de los hititas. Hattusil depuso al rey y lo mandó al exilio. Esto llevó a una guerra civil inspirada por lo peor de la naturaleza humana: el ansia de poder y la avaricia. Hattusa, la imponente fortaleza hitita, había sido diseñada para hacer frente al ataque de cualquier potencia extranjera pero no estaba preparada para resistir un «ataque» desde dentro; y eso fue precisamente lo que debilitó aquella civilización.

A pesar de los treinta y cinco siglos transcurridos, si visitamos la ciudad de

Hattusa veremos que está muy bien conservada y ello, en gran medida, gracias a la excelente labor de sus misteriosos ingenieros. No deja de sorprender, una vez más, la excelencia en la construcción, especialmente de los muros de las murallas kilométricas que salvaguardaban la ciudad de los ataques de sus enemigos. Las técnicas empleadas por los ingenieros hititas del siglo XVI o XVII a. C. demuestran un conocimiento técnico asombroso en plena Edad del Bronce. No muy lejos de allí, en la parte sur de la ciudad nos encontramos los restos, estupendamente conservados, de una pirámide sumamente peculiar conocida con el nombre de Yerkapi, datada en el siglo XIII a. C., en las postrimerías del Imperio hitita. Este monumento mira a Egipto, la por entonces única potencia capaz de hacer frente al poderío militar de aquella civilización. Y hoy en día se sabe que tuvo por objeto atemorizar a sus enemigos. Imagino la impresión que provocaba en los viajeros que se adentraban en los dominios del imperio. La enorme mole pétreo de Yerkapi, con doscientos cincuenta metros de largo y setenta y cinco metros de alto, estaba flanqueada por dos imponentes esfinges y estaba coronada por inmensas y macizas torres de vigilancia; por lo que lo normal es que el observador se sintiera intimidado ante tal visión de poderío. Es más, el observador no sólo percibía una colosal estructura piramidal; debido a la disposición estratégica de este mausoleo, la ciudad se mostraba frente al espectador en toda su gloria y magnificencia arquitectónica, con sus colosales murallas defensivas. El mensaje, que desde aquella perspectiva recibía el visitante que se acercaba a esta gran ciudad, era conciso y demoledor para sus potenciales enemigos: el poder de Hattusa resultaba temible, casi sobrenatural; como si los dioses la hubieran edificado con sus propias manos. Paradójicamente su peor enemigo, como hemos dicho, estaba dentro de las impresionantes murallas.

En la cima de su poder sus dirigentes mostraron su mayor debilidad persuadidos por la tentación del poder y la avaricia. Toda una lección para la humanidad del siglo XXI, la cual parece no haber aprendido aún la lección pues seguimos consumiéndonos en los mismos parámetros psicológicos como individuos y como sociedad. De esta manera silenciosa llegó finalmente el ocaso hitita. Los supervivientes abandonaron finalmente la ciudad no sin antes quemar sus bibliotecas en las que miles de tablillas de arcilla quedaron sepultadas con la información que atesoraban. Los hititas desaparecieron sin dejar rastro; ¿a dónde se fueron? ¿Qué llevaron consigo?

¿Tal vez los documentos más valiosos? Si finalmente volvemos a encontrar su rastro, el rastro de su peculiar diáspora, el tiempo nos dirá lo que pasó realmente con aquella portentosa civilización; la única capaz de competir en grandeza y gestas con el Antiguo Egipto.



Este relieve lo podemos encontrar en el santuario de Yazilikaya uno de los más importantes utilizado por los hititas. Representa a los doce dioses del inframundo.

## [EL PAÍS DE MELUKKHA](#)

Corría el año 1856 cuando el gobierno británico confió a los hermanos Brunton la ingente tarea de levantar las infraestructuras ferroviarias que contribuirían a comunicar las diferentes regiones de la India enlazando las populosas, ya por entonces, ciudades de Karachi y Lahore, actualmente paquistaníes, con el resto del país. Lo que no podían tan siquiera intuir aquellos dos ingenieros es que, sin proponérselo, acabarían embarcándose en uno de los descubrimientos más fabulosos de la arqueología. En efecto, lejos de Mesopotamia y Egipto, en el denominado «creciente fértil» a orillas del río Indo, se desarrolló una de las civilizaciones más asombrosas de la Edad del Bronce: los dos británicos sacarían a la luz los restos de las ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa, un hallazgo que testimonia el sorprendente grado de civilización que había alcanzado aquella cultura protohistórica del Indo.

Desgraciadamente, ambos lugares estaban siendo objeto de un exhaustivo expolio que no pasó desapercibido para Alexander Cunningham, un militar con una extrema sensibilidad artística y que trató, por todos los medios a su alcance, de preservar los tesoros arqueológicos de la zona. Durante un tiempo consiguió paralizar el saqueo y destrozo sistemático que estaban padeciendo ambos yacimientos, pero el tema no se regularizó hasta bien entrado el año 1924 cuando un arqueólogo británico, *sir* John Marshall, se implicó en el asunto a título personal. Hasta entonces, dos investigadores indios, R. D. Baneji y Daya R. Sahni, habían estado desarrollando labores arqueológicas en ambas ciudades pero también habían puesto al descubierto las ruinas de otro núcleo urbano conocido con el nombre de Chandhu-Daro. Estos yacimientos rompían definitivamente el monopolio que ostentaba hasta entonces Mesopotamia en lo que concierne al grado de planificación urbanística y social que ofrecen sus antiquísimos núcleos de población.

Esta civilización contemporánea de la egipcia y la mesopotámica ya era recogida en los textos sumerioacadios como el país de Melukkha. También se aludía su existencia en el Rigveda sánscrito, escrito en el segundo milenio antes de Cristo; en él se hablaba de una civilización perdida que desapareció. Los invasores arios, enviados por el dios hindú Indra habrían sido en última instancia los responsables de su presumible destrucción. Sea como fuere, una vez más, los hechos vinieron a constatar que los mitos y leyendas de la antigüedad son una fuente fiable de información.

Hasta la fecha, Mohenjo-Daro y sus coetáneas pueden ser calificadas como los primeros ejemplos de planificación urbana del planeta. Los dos primeros núcleos urbanos desenterrados fueron erigidos entre el 2500 a. C. y el 2100 a. C. con ladrillos cocidos y constituyen la evidencia del denominado imperio de Harappa. El perímetro de ambas ciudades, de unos cinco kilómetros, sólo era superado por Uruk, en Mesopotamia, y presentaban una distribución sumamente avanzada para la época. Por ejemplo, Mohenjo-Daro era una ciudad fortificada, construida con ladrillos cocidos al horno, capaz de albergar una población superior a los cincuenta mil habitantes. La ciudad se asentaba sobre un plano ortogonal con avenidas y calles rectas en paralelo unas con respecto a las otras y todas ellas solían desembocar en espaciosas y bulliciosas plazas. No olvidemos que esta majestuosa ciudad cobijó tras sus murallas a más de cincuenta mil almas. Las viviendas, de un piso, presentaban una planta de entre cincuenta y ciento cincuenta metros

cuadrados, con una abertura exterior especialmente diseñada para protegerlas de las inclemencias del clima. Muchas de ellas se organizaban en torno a un patio interior en el que a veces encontramos un pozo con agua potable. Es más, también existía una red de alcantarillado que dirigía las aguas residuales a vertederos. También se han encontrado letrinas y retretes. Los alimentos de origen agrícola se almacenaban en graneros estratégicamente ubicados lo que aseguraba, en tiempos de carestía, la subsistencia de la población. También se encontraron baños públicos y grandes piscinas de hasta doce metros de longitud que, según el criterio de algunos expertos, habían sido construidas para un uso ritual.

Uno de los aspectos que definen estas civilizaciones antiquísimas son los vestigios de templos reconocibles que constatan que eran gobernadas por reyes-sacerdotes o por «Dioses» que, en última instancia, eran los moradores de aquellos grandes templos y lujosos palacios. Pues bien, en Mohenjo-Daro no se ha encontrado nada semejante, lo que no deja de contrariar a los arqueólogos acostumbrados a seguir un guión preestablecido en el que lo «lógico» es encontrar este tipo de indicios, lo que permite reconstruir a grandes rasgos la sociología de aquellos pueblos envueltos en las brumas del tiempo.

Sin embargo, el elemento arquitectónico reconocible, en la por ahora considerada primera ciudad planificada por el hombre, es el denominado «Gran Baño» de la ciudadela, lo que ha llevado a la idea de que este es reflejo de una visión religiosa muy organizada, probablemente precursora del hinduismo, por lo que «los baños rituales» necesitarían de la colaboración y asistencia de numerosos sacerdotes. Esta conclusión no es gratuita; de hecho, en la actualidad, los baños rituales perviven especialmente en la India. Es un acto purificador debidamente orientado por un número determinado de sacerdotes especializados en organizar a las personas que acuden a él. Tal vez, Mohenjo-Daro sea el precedente de estas creencias tan arraigadas en la India, lo que nos permite conjeturar el modelo de sociedad existente entonces, no muy diferente, por cierto, al actualmente imperante en la India: un estricto e injusto sistema de castas. Lamentablemente aún no se han descifrado las inscripciones de piedra encontradas por los arqueólogos. Quizás cuando desvelemos esta misteriosa escritura los antepasados del Valle del Indo vuelvan a susurrarnos las memorias de su pueblo.

Del mismo modo que aconteció en algunas regiones de Mesopotamia, en

el Valle del Indo el ocaso de aquellas grandes ciudades vino de la mano de la madre naturaleza en su versión más cruenta. La llanura aluvial empezó a sufrir, en torno al 1900 a. C., numerosas inundaciones que no eran debidamente drenadas, lo que unido al agotamiento de ciertos recursos, como la madera –algo que por cierto también pasó factura al Antiguo Egipto de los faraones, o a los habitantes de la Isla de Pascua–, degeneró en la decadencia inevitable de aquella enigmática civilización.

## SCHLIEMANN: EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

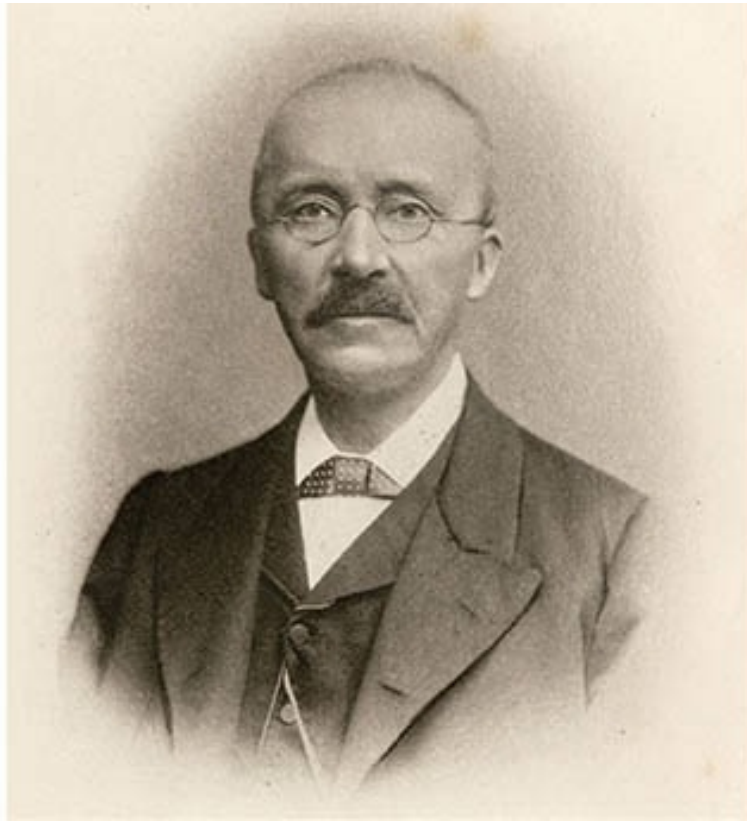
Desde muy pequeño Heinrich Schliemann soñó con descubrir Troya y el rastro dejado por sus protagonistas. Aquel sueño infantil, en contra de todo pronóstico, acabaría convirtiéndose en realidad. Una aventura, la de este último gran «amateur» de la arqueología, que muchos envidiarían pues parece más propia de una novela de aventuras que fruto de la realidad.

En 1868 el apasionado explorador se aventuró tierra adentro en la región noroeste de Asia Menor armado, como tenía por costumbre, con una ejemplar de la *Ilíada* escrita en griego homérico. Su destino: una aldea próxima a una escarpada colina donde se adivinan las cumbres del Bali Dagh cuyo nombre hoy es sobradamente conocido por los jóvenes estudiantes de historia antigua: Bunarbashi.

Schliemann acudió al cercano cerro que se adivina desde la aldea con el propósito de hallar los vestigios de la mítica Troya. Aunque parezca increíble el explorador germano estaba convencido de que si seguía los datos geográficos suministrados en el poema conseguiría su propósito. Sus pasos estaban condicionados por el convencimiento casi dogmático de que el poema de Homero era una precisa guía que le conduciría a descubrir una de las civilizaciones del mundo antiguo más inspiradoras. Tras varios días de exhaustiva búsqueda llegó a la conclusión de que en aquella colina no encontraría Troya aunque sí encontró –tiempo después– las ruinas de una ciudad griega de la época helenística.

La vida de Schliemann fue azarosa desde su más tierna infancia; sin embargo, logró convertirse con el tiempo en un exitoso hombre de negocios multimillonario, lo que le permitió a los cuarenta y siete años de edad

«jubilarse» y consagrar su tiempo al estudio e investigación de campo aprovechando sus abundantes recursos económicos, lo que le brindó una indudable ventaja en su búsqueda con respecto a otros eruditos y exploradores de su tiempo. No obstante, su osadía de hacer realidad su sueño de infancia: descubrir para el mundo la ciudad de Troya evocada en los cantos de Homero, acrecienta su mérito pues a sus indudables dotes intelectuales constató su tenaz capacidad de trabajo y estudio, lo que explica que finalmente consiguiera zambullirse de lleno en su sueño.



Heinrich Schliemann es el ejemplo de que en ocasiones los sueños infantiles pueden hacerse realidad. Siendo sólo un niño soñaba con descubrir la mítica Troya y finalmente lo consiguió.

La aventura de Schliemann comenzó con sus preparativos de la campaña arqueológica en un caluroso día del mes de julio de 1868. Siguiendo la pista de Homero en Ítaca, el intrépido «amateur» de la arqueología ascendió con decisión la acrópolis de la isla para acometer cuanto antes los trabajos de excavación en la cima del monte Aetos. En contra de los asertos de grandes académicos y eruditos del momento, el Palacio de Príamo no podía estar en la



colina de Bunarbashi, pues su pequeño tamaño descartaba, para Schliemann, tal posibilidad.



La máscara funeraria de Agamenón, realizada en una fina capa de oro mediante la técnica de repujado, reproduce los rasgos de dicho príncipe.

Ofuscado por este primer intento fallido, Heinrich Schliemann buscó suerte en la llanura de Tróada con la esperanza de encontrar las ruinas de la grandiosa Ilión. Su ímpetu explorador le llevó hasta un terreno elevado que destacaba en el entorno, no muy alejado de Hissarlik, una, por entonces, pequeña aldea. Para Schliemann las características del terreno evocaban, a su juicio, el relato homérico. A partir de aquella reflexión se mostró confiado al considerar que allí se agazapaban los restos de Troya. Dejándose llevar por su intuición y plenamente confiado Schliemann desarrolló una excavación preliminar que le permitió, posteriormente, planificar mejor el trabajo arqueológico, al tiempo que solicitaba la autorización formal al Gobierno de Turquía para poder excavar más en serio. En septiembre de 1871, La Sublime Puerta –así se llamaba la institución gubernamental encargada de dar o

denegar los permisos— concedió el ansiado permiso a un Schliemann por entonces enfrascado en una peculiar luna de miel con su nueva esposa, una muchacha cuarenta años más joven que él; anteriormente había estado con una mujer que se mostraba fría y distante con él, lo que contribuyó a una relación conflictiva y desagradable para ambas partes. Afortunadamente, la pasión que la nueva pareja sentía por la historia contribuyó a que la experiencia vital de aquella relación fuese radicalmente distinta y a la larga provechosa más allá del ámbito personal, aportando mayor energía a la labor arqueológica de Schliemann y su nueva esposa, involucrada con él en las sucesivas excavaciones que ambos llevarían a cabo a partir de entonces.

A principios del mes de octubre de aquel año dio comienzo la excavación de una trinchera de sondeo en la cara norte del montículo de Hissarlik. Los Schliemann abandonaron las prospecciones en noviembre a pocos metros, sin saberlo, de los edificios más importantes de la mítica Troya, así que aquel importante descubrimiento se aplazó por puro capricho del destino; de hecho, en la campaña siguiente el matrimonio se enfrascó en otros objetivos. Lo más importante de aquellas primeras prospecciones es que quedó claro que la colina de Hissarlik contenía niveles de diferentes ciudades superpuestas. Gracias a los recursos económicos de Schliemann este pudo contar con la inestimable colaboración de los mejores capataces e ingenieros. Con estos medios el arduo trabajo de remoción de tierras evolucionó con celeridad y eficacia lo que sin embargo sacrificó otros hallazgos; Schliemann lo justificaba de la siguiente manera: «Como mi propósito era excavar Troya, ciudad que esperaba correspondiera a los niveles más profundos, me vi obligado a demoler muchas ruinas interesantes de los estratos superiores...». No tardó mucho en desenterrar los restos de una muralla que el investigador alemán consideró como coetánea de los tiempos de Homero y que por lo tanto había sido testigo mudo de la gesta de Troya; posteriormente encontraría la base de lo que antaño fuera una torre monumental, lo que entusiasmó aún más, si cabe, a nuestro peculiar personaje.



El tesoro de Príamo fue hallado por un Schliemann entusiasmado y excitado por su búsqueda de Troya y que afirmaba que estas piezas pertenecían a dicho rey; sin embargo, en los últimos tiempos existen serias dudas sobre su datación. Según criterios estratigráficos se cree que estos restos son varios siglos anteriores a la época en que Troya era gobernada por Príamo.

El 14 de junio de 1873, un día antes de clausurarse las excavaciones, un voluminoso objeto áureo demandó la atención del incansable y afortunado Schliemann. Antes de extraerlo de la pared del foso y temeroso de sufrir un robo se apresuró a mandar a sus casas a los obreros dándoles el día libre. Ya

solos, el matrimonio extrajo con cuidado la pieza que no era otra cosa que una vasija de cobre. Al observarla con mayor detenimiento, su asombro fue mayúsculo pues detrás de ella se encontraron todo tipo de joyas. Ni en el mejor de los sueños infantiles cabría imaginar que tal cosa pudiera suceder en la realidad a un hombre que, desde niño, había soñado con hacer realidad aquella aspiración sublime de ser el centro de atención del mundo entero. Cosa que consiguió con creces. Aquel tesoro al que Schliemann consideró el auténtico tesoro de Príamo, le deparó durante un buen tiempo importantes problemas legales con el gobierno turco que reclamó el hallazgo para sí. Finalmente, la personalidad negociante de aquel «amateur» de la arqueología se materializaría en un acuerdo que apaciguaría las aguas.

En agosto de 1876 Schliemann volvió al yacimiento de Micenas; allí encontraría las, para él, sepulturas de Agamenón y sus compañeros asesinados por Clitemnestra y Egisto a su regreso de Troya. Por fin, tras años de estudio, viajes y arduo trabajo, Schliemann consideraba el ciclo homérico cerrado y lo que probablemente es más importante: su sueño infantil se había hecho realidad. Había cerrado el círculo. Su vida estaba completa.

## EVANS Y EL MINOTAURO

Un contemporáneo de Schliemann fue el arqueólogo inglés Arthur Evans pero a pesar de sus importantes descubrimientos en el Egeo no gozó de la popularidad del multimillonario alemán. El descubrimiento de Troya y las excavaciones de Micenas, Orcómenos o Tirinto eran un poderoso imán para la opinión pública culta del siglo XIX. Al contrario de Schliemann, Arthur Evans poseía una sólida formación académica, lo que le daba un nivel de erudición muy superior al de su coetáneo, lo que provocó su desacuerdo con él en muchas de sus conclusiones. Otra «feliz coincidencia» en un mercadillo en Atenas motivó la que sería la aventura arqueológica que daría renombre mundial a Evans.

En 1883 el erudito inglés tuvo la oportunidad de conocer en persona al famoso Schliemann en la casa que este tenía en la capital griega. En la quietud de su vivienda pudo escudriñar con calma algunas de las piezas que este atesoraba en su estudio. Fue entonces cuando se percató de que el estilo

de aquellos objetos no tenía nada que ver con las características artísticas griegas; más bien su diseño y aspecto respondían a un proceso evolutivo anterior, totalmente autónomo, propio de una cultura anterior a la griega que se desarrolló a lo largo de los siglos en tierras egeas. Junto a este hecho significativo Evans se percató de que aquellos objetos poseían pictogramas de un lenguaje, por entonces, desconocido, que demandó poderosamente su atención.



Como sucedió con Schliemann, Arthur Evans se dejó seducir por el mito, en este caso del rey Minos y su célebre laberinto, para que este le condujera por el sendero del descubrimiento del palacio de Cnosos; un ejemplo sublime de la grandeza de la extinta civilización minoica.

Como referimos arriba, por puro azar, Evans se topó con unos pequeños sellos pétreos lenticulares oriundos de la isla de Creta y a los que se les atribuían poderes sobrenaturales destinados a la protección de las madres que amamantaban a sus hijos recién nacidos<sup>32</sup>. Como en las piezas micénicas que había podido analizar con calma en la casa ateniense de Schliemann, Evans halló los mismos misteriosos caracteres grabados. No cabía duda: estaba ante una nueva y desconocida escritura. Atraído por un hallazgo realizado en una meseta cercana a Cnosos, conocida con el nombre de «El Cabezo» de Tu Tseleví i Kefala, en la que se habían encontrado restos de muros y numerosas tinajas de almacenamiento, Evans viajó a Creta para buscar pistas que le ayudaran a descifrar el extraño código. Compelido por la idea de que encontraría restos de documentos antiguos entre los restos de aquel palacio, Evans llegó a Cnosos en 1894; sin embargo, los trabajos arqueológicos no empezaron hasta 1900 no sólo debido a los trámites y formalismos previos que había que llevar a cabo obligatoriamente para adquirir los terrenos, sino también por razones políticas: la liberación de Creta de la opresión turca, precisamente un año después de que Evans diera comienzo su aventura.

Poco después de iniciadas las prospecciones Evans encontró un extraordinario complejo de ruinas dispuestas de una manera aparentemente caótica. ¿Había encontrado los restos del mítico laberinto que Minos mando construir a Dédalo para encerrar al Minotauro? Como científico que era, Evans no quiso en ningún momento dejarse llevar por el entusiasmo romántico que sin embargo impulsó la ingente labor de su colega Schliemann, pero tuvo que reconocer que las evocaciones del mito estaban por todas partes a donde mirara:

Si Minos fue el primer legislador –comentó– su artesano Dédalo fue el fundador tradicional de lo que podríamos llamar una «escuela artística». Fueron muchas las obras legendarias creadas por ella para el rey Minos, algunas realmente espeluznantes, como el hombre de bronce de Talos. En Cnosos, la ciudad real, construyó el recinto para los bailes, o «Choros» de Ariadna, y el famoso «Laberinto». En el lugar más oculto de este laberinto habitaba el Minotauro, o «Toro de Minos», alimentado a diario con víctimas humanas, hasta que Teseo, siguiendo la bola de hilo de Ariadna, penetró en su cubil y, después de matar al monstruo, rescató a los jóvenes y doncellas cautivos. Así al menos lo narraba el cuento ateniense. Una tradición la más prosaica veía en el laberinto un edificio de numerosas galerías, cuya idea había tomado Dédalo del gran templo funerario egipcio de las orillas del lago Moeris, «al que los griegos dieron la misma denominación; y recientes investigaciones filológicas han derivado su nombre del labrys, o doble hacha, el emblema del Zeus cretense...».

En las paredes de los recintos desenterrados las escenas de tauromaquia aparecen por doquier. Por ejemplo, uno de los primeros frescos encontrados por él representa a un joven ejecutando un salto sobre el lomo de un inmenso y temible toro en el momento en que este trata de embestirlo con furia, al tiempo que una joven ase con fuerza sus manos en los cuernos de la bestia y otra detrás del animal aparece erguida sobre las puntas de los pies y los brazos en alto. ¿Estamos ante una escenificación ritual del mito del Minotauro? ¿Es realmente la historia de Teseo y el Minotauro una leyenda o como sucede en otras ocasiones hunde sus raíces en algún acontecimiento real?

Las investigaciones de Evans han demostrado que en Cnosos hubo asentamientos desde el quinto o sexto milenio antes de Cristo. Sabemos que a finales del tercer milenio y principios del segundo se construyeron sucesivamente fastuosos edificios y palacios debido fundamentalmente a los numerosos terremotos que asolaron la zona durante milenios, razón que explica que se hayan construido cada uno de estos mausoleos unos encima de las ruinas del anterior.

Desde las primeras excavaciones, Evans se percató de que en el lugar no existían restos griegos, ni siquiera romanos, y vio que las tumbas por excelencia de esta cultura, los «tholoi», constataban fehacientemente la existencia de una Cnosos premicénica. Aquella magnífica civilización era muy antigua y Evans la dató entre el 3000 a. C. y el 1150 a. C. Evans había desenterrado una de las civilizaciones más avanzadas del pasado remoto de la humanidad: la civilización minoica.

El testimonio más relevante de su grandeza es, sin duda alguna, el palacio de Cnosos, con todas las edificaciones dispuestas en torno a un patio central. Me imagino cuál debió ser la impresión del navegante que trataba de ingresar al palacio por la senda marítima, ubicada a poco más de cuatro kilómetros de distancia. Se trata de una ruta amurallada que conduce al navegante hasta la entrada norte al palacio conocida con el nombre de «sala de las aduanas», en la que destaca un inmenso fresco en relieve que nos representa la escena de la lucha feroz entre un toro de grandes proporciones y unos hombres. Justo detrás de este muro se encuentra el trazado laberíntico del palacio con sus mil quinientas habitaciones y estancias repartidas de una forma aparentemente caótica. De entre todas estas estancias destaca la sala de la guardia, los habitáculos superiores, especialmente la habitación de la reina, los viejos



almacenes y, finalmente, la sala del trono y los aposentos reales a los que se accedía tras subir una elaborada escalera.

El grado de desarrollo de aquella civilización fue de tal calibre que a día de hoy no deja de sorprendernos su audacia. Un ejemplo de su avance tecnológico y científico lo tenemos en las técnicas hidrodinámicas que utilizaban; algo inaudito, no sólo para su tiempo, ya de por sí excepcional, sino además incluso para el nuestro. A pesar de que estamos en los inicios del siglo XXI todavía hay lugares en los que estas técnicas no son utilizadas.

Una de las maravillas tecnológicas que generalmente pasan desapercibidas para el turista o el profano son las tres tuberías perfectamente ensambladas unas con las otras, elaboradas en arcilla y que siguen intactas cuatro mil años después de que fueran instaladas por primera vez; algo impensable en nuestra actual era hiperconsumista en donde rigen las irracionales reglas de la obsolescencia programada. La huella de los diferentes tipos de artesanos se deja notar en cada rincón del palacio y del resto de la ciudad. Carpinteros, alfareros, joyeros, albañiles; todos ellos han dejado la impronta de su arte sublime, reflejo de una humanidad que alcanzó un sentido artístico encomiable producto de una evolución intelectual y espiritual que tal vez tenga su sentido en el hecho de que los minoicos fueron un pueblo que consiguió desarrollarse en paz con otros pueblos limítrofes durante muchísimo tiempo. De hecho, una de las cosas que más llamó la atención a los arqueólogos fue que en las salas apenas se encontraron armas, salvo aquellas destinadas –naturalmente– al uso ritual. La prosperidad de aquel pueblo tuvo su base, también, en un intenso comercio marítimo; algo que demostró Evans al encontrar numerosos restos de antiguos puertos en lugares tan significativos como Nirou Khani o Amnisos. Su disposición estratégica y cercana sugiere una agitada actividad y una abundante flota al servicio de tal menester. El hecho de carecer de grandes murallas no dejó, sin embargo, indiferente a Evans, por lo que barajó la posibilidad de que la posesión de aquella ingente flota debió de servir de elemento disuasorio suficiente para repeler cualquier ataque extranjero. Teoría que sin embargo no convence a todo el mundo.

Aunque lo encontrado por Evans, desde el punto de vista material, revestía importancia desde el punto de vista arqueológico, él seguía empeñado en encontrar el rastro de su misterioso lenguaje escrito y no tardó mucho en toparse con las primeras evidencias. Detrás de unas enormes tinajas diseñadas

para conservar cientos de litros de aceite, Evans halló, para su regocijo, numerosas tablillas de arcilla con los símbolos que andaba buscando grabados en su superficie. Una primera observación de las mismas le llevó a la conclusión de que existían, al menos, tres tipos de escritura.

La más antigua presentaba el estilo propio de las escrituras pictográficas, como es el caso de la egipcia con sus jeroglíficos, mientras que las otras escrituras eran una evolución clara de esta primera y habían evolucionado hacia formas más simplificadas. Así las cosas, Evans decidió bautizar a la primera de estas escrituras como escritura lineal A, siendo la B la más reciente en el tiempo; y aunque no consiguió descifrarlas, al menos se fue a la tumba satisfecho por el grandioso descubrimiento de una civilización perdida y olvidada.

Aunque Evans no pudo desvelar el significado de la escritura cretense, logró discernir, como he indicado más arriba, tres etapas bien diferenciadas: la primera abarcó un contexto temporal comprendido entre los años 2000 y 1650 antes de nuestra era. Aquella escritura estaba compuesta de pictogramas de estrellas, flechas y otros objetos familiares de la época. La segunda etapa fue datada entre el 1750 a. C. y el 1450 a. C. y Evans la llamó «Lineal A». Aquí se observa una clara esquematización de los símbolos de la fase anterior. La última etapa transcurrió entre el 1450 a. C. hasta el ocaso de la civilización micénica alrededor del 1400 a. C. y fue bautizada por Evans como «Lineal B». Hubo que esperar a la aparición de un arquitecto metido a intérprete, Michael Ventris, para que el código cretense diese su brazo a torcer once años más tarde. Antes habían sido muchos los expertos y aficionados que trataron de descifrar el código pero sin éxito. En gran medida ello fue debido al método comparativo empleado por los pioneros que pusieron tanto empeño en resolver el enigma. Casi todos ellos partieron de la premisa de su comparación con el chipriota y esta iniciativa malogró su tentativa. Hasta el siglo III de nuestra era el griego había echado mano del silabario chipriota clásico. El caso es que diez signos del silabario chipriota eran muy parecidos a algunos de los que se podían encontrar en las tablillas del Lineal B. Fue este «indicio» el que retrasó la resolución del lenguaje de las tablillas minoicas pues la mayoría de los eruditos que comenzaron a investigar el tema comenzaron a trabajar por analogía y equivalencia fonética pero obviando el hecho de que el mismo signo podía equivaler a dos sonidos diferentes en idiomas distintos. Bajo el convencimiento de este método se

llegó incluso a afirmar que el Lineal B no era griego. La búsqueda de la clave que abriera las puertas a la lectura y traducción de los textos llevó a los científicos e investigadores *amateur* por un tortuoso camino que no sólo tuvo su anécdota en el chipriota. Hubo quien buscó relaciones en el finlandés, en el hitita o en el vasco.



Fresco del Salto del Toro en el palacio de Cnosos, en la isla de Creta (1500-1400 a. C.). No cabe la menor duda de que el minotauro es el mismísimo rey Minos que adquiere la forma de toro, el animal sagrado de la época minoica. El fresco representa el ritual del «salto del toro» o taurocatapsia.

Fue en el año 1943 cuando se comenzaron a vislumbrar indicios objetivos que podían conducir a resolver el misterio. Este importante cambio de rumbo se lo debemos a la doctora Alice E. Kober y su método de «análisis textual». Descubrió que en los llamados «Tríos de Kober» –que eran palabras poseedoras de variantes divergentes de la forma básica– el escriba de la Lineal B hacía una evidente distinción de géneros, lo que apuntaba, en su conjunto, a la existencia de declinaciones, llegando a remarcar algunos de los valores de estas. Partiendo de una posición rigurosa desde el punto de vista formal y metodológico, la doctora Kober halló la evidencia plausible de que tanto la Lineal A como la Lineal B eran en realidad idiomas distintos, lo que sin embargo no evitó abrir las puertas a la traducción de estos textos al comprobarse que existían inflexiones que facilitarían, como así fue, la

descodificación de la Lineal B.

Como sucedió con Schliemann, aquel que estaba destinado a pasar a la historia como la persona que descifraría la escritura minoica soñó con ello cuando tan sólo tenía catorce años. Aquel joven se llamaba Michael Ventris y acabó por sentirse profundamente turbado por aquel misterio. Por paradojas del destino, fue el propio *sir* Arthur Evans quien influyó, sin saberlo, en el ánimo de aquel muchacho.

Corría el año 1936 cuando un ya anciano Evans pronunció una de sus últimas conferencias públicas en Londres. Michael Ventris formaba parte de un nutrido grupo de colegas que asistía a la conferencia, gracias en gran medida al empeño de su maestro, un apasionado de la historia antigua. Al terminar la conferencia, y movido por el interés que esta había suscitado en él, Ventris se acercó tímidamente a Evans y le formuló algunas preguntas y dudas que había suscitado su disertación. Quién le iba a decir que años más tarde conseguiría aquello que Evans no pudo alcanzar.

En su deseo ferviente de «resucitar» las voces de los antepasados de Cnosos a través de sus, hasta aquel momento, indescifrables escritos, Ventris comenzó a dar los primeros pasos de su personal aventura en pos de las claves que le ayudarían a desvelar el secreto de la escritura minoica.

No tardó mucho en hacerse notar. Cuatro años después de aquel encuentro inolvidable para él publicó su primera contribución bajo el título de «Introducción al lenguaje minoico» en la prestigiosa publicación *American Journal of Archeology*. El director de la publicación no sospechó que el autor de aquel artículo era un joven de tan sólo dieciocho años. En su escrito, Ventris trataba de vincular el Lineal B con algunos dialectos asiáticos y especialmente con el etrusco.

Lejos de estudiar alguna disciplina de humanidades relacionada con lo que tanto le apasionaba, Michael Ventris había iniciado su etapa de estudiante universitario en arquitectura sin dejar por ello de investigar. Luego vendría la Segunda Guerra Mundial e incluso en esta situación tan especial, en la que por cierto servía a su país como piloto de bombardero, seguía dándole vueltas al problema llevando consigo sus apuntes de campo. Aquellos primeros años fueron algo frustrantes, pero el niño que llevaba dentro no se rendía y tuvo la iniciativa de enviar un cuestionario a varios de los más importantes especialistas que existían en el mundo sobre esta materia. No todos contestaron, pero sí la inmensa mayoría y lo que constató, con absoluta

claridad, fue el hecho de que no existía un consenso sobre las características fundamentales de aquel tipo de escritura milenaria. Los estudiosos –excepto la doctora Kober– que llevaban décadas estudiando el tema habían comenzado sus indagaciones buscando los probables valores fonéticos a partir del silabario chipriota. Ante la falta de éxito de este método Ventris ideó otro mucho más eficaz basado en la criptografía.

El sistema de Ventris partía de la determinación de una tabla en la que se indicaban los signos que usaban una determinada vocal o una determinada consonante. El método consistía en distribuir un determinado número de vocales y consonantes en una cuadrícula para de este modo poder deducir – con la ayuda de su incidencia ortográfica– los valores fonéticos de los signos del silabario objeto de estudio. El método se inspiraba en gran medida en la analítica diseñada por la doctora Kober; esto es lo que escribía al respecto: «Es arriesgado adivinar cuáles son las consonantes y vocales, pero se puede predecir que cuando la mitad de los signos del silabario se hayan identificado con seguridad en la tabla, necesitaremos un número limitado de deducciones lingüísticas para resolver toda esta ecuación simultánea». Así pues, el sistema ideado por Ventris fue construido con una base netamente empírica con valores que, en un primer momento, carecían de identificación alguna con respecto a los valores fonéticos que le correspondían en realidad.

Al tiempo que Ventris consumía su materia rosada poniendo a prueba su propio método, otros investigadores del momento publicaban nuevos estudios y trabajos que brindaban importante información sobre el minoico escrito. En 1951 otro colega, Bennett, con el que por cierto Ventris mantenía una estrecha colaboración, publicó por fin sus conclusiones sobre las tablillas de Pilos encontradas once años antes y estudiadas por él durante todo ese tiempo. Bennett confirmaba en su trabajo que el Lineal A y el B son en realidad lenguajes distintos.

Poco a poco y tras comprobar que el mayor número de variaciones estaba al final de las palabras entre otros detalles mucho más complejos, se pudieron discernir algunos rasgos gramaticales y se consiguieron dividir los nombres en cuatro tipos: los de persona, de oficio, lugar y generales.

Kober identificó previamente algunas inflexiones y poco después Ventris consiguió elaborar una lista con ciento cincuenta y nueve palabras con variación tonal, lo que le permitió establecer ciertas relaciones entre signos del silabario que compartían consonantes análogas. De este modo, Ventris

logró deducir las que expresaban género masculino y femenino. Pero el problema adquirió una nueva dimensión cuando Ventris sugirió la relación de la escritura minoica con el griego arcaico. ¿Estarán escritas en griego las tablillas de Cnosos y Pilos?, se preguntaba. Esta interpretación, aunque con reservas que no se cansó de reflejar en sus notas, surgió por una palabra que se relacionaba con un ideograma con aspecto de puchero. Esa palabra adquiriría una grafía en Pilos y otra en Cnosos. La palabra en cuestión se podía leer como: «ko-l/ri-ya-to-no», lo que evoca la palabra griega «koriannon», lo que le llevó a elaborar una conclusión inesperada: «He llegado a la conclusión –comentó en un programa de radio de la época– de que las tablillas de Cnosos y Pilos deben estar escritas en griego, después de todo. Un griego difícil y arcaico, considerando que es quinientos años más antiguo que el de Homero y que está escrito en una forma abreviada, pero griego al fin y al cabo». Las declaraciones de Ventris no pasaron inadvertidas para otro investigador, el filólogo clásico John Chadwick, que no tardó en ponerse en contacto con el ingeniero aficionado a desvelar lenguas muertas. De aquella relación nacieron nuevos e interesantes estudios que lograron convencer a la mayor parte de los estudiosos del nuevo paradigma que había inaugurado Ventris. Desgraciadamente, Michael Ventris murió prematuramente a la edad de treinta y cuatro años, lo que llevó a su colega Chadwick a continuar las tediosas y complicadas investigaciones en solitario. Las conclusiones de aquella empresa intelectual acabarían por sustanciarse en un libro sobre el mundo micénico en el que el autor ofrece un compendio de lo que debió ser la sociedad minoica a la luz de las traducciones de las tablillas escritas en Lineal B y de los estudios arqueológicos realizados hasta 1976. Sin embargo, tengo que aclarar, en honor a la verdad, que a pesar de que somos capaces de leer el Lineal B e incluso de traducirlo en parte, esta visión de Ventris y algunos de sus coetáneos no es en absoluto universalmente compartida, por lo que la investigación continúa. Sea como fuere, lo que tenemos hoy nos ha permitido, después de miles de años, acercarnos más de lo que ni siquiera hubiésemos soñado a aquella grandiosa civilización olvidada.

[29](#) Los predecesores de los persas en el suroeste de Irán fueron los elamitas. Su idioma no parece tener similitud o conexión alguna con otros lenguajes conocidos; de hecho, en la actualidad, sigue siendo un enigma y son muy pocos los que apenas han logrado descifrar su significado si no es parcialmente.

[30](#) Dios del agua dulce y de la sabiduría con las connotaciones que esto tiene desde la perspectiva del complejo conocimiento sobre el que se construye la civilización.

[31](#) Desgraciadamente no se pudieron rescatar otros vestigios de interés. Fue el triste caso de la piedra de Alepo, sita a algo más de un centenar de kilómetros de Hama. Al igual que alguna de las piedras rescatadas, la piedra de Alepo presentaba un aspecto erosionado debido a que era considerada por los lugareños como una piedra sanadora de la oftalmia; por eso presentaba un aspecto tan gastado tras siglos de roce por parte de incontables manos de enfermos que acudieron a sus «poderes sobrenaturales». Francamente no me extrañaría que este mediador pétreo surtiera su efecto placebo. Es algo que he podido comprobar en numerosas ocasiones en la tierra de mis orígenes: Galicia. Allí existen mediadores con cierto valor arqueológico que siguen sirviendo a ese fin. Para aquellos que quieran saber más al respecto les sugiero la lectura de mi libro Galicia secreta.

[32](#) Las madres cretenses los llevaban colgados alrededor del cuello y eran conocidos con el nombre de «galopetres» ('piedras de leche').

# Capítulo 5

## Las huellas del Dios Blanco

Llama la atención la existencia de una extensa mitología que menciona a unos misteriosos «instructores bienhechores» del género humano, que bajo diferentes denominaciones y apariencias encontramos en el mundo tradicional de las grandes civilizaciones del pasado. Esos sabios maestros, oriundos de un lugar desconocido, eran portadores de una elevada cultura científica y filosófica que fue hábilmente transmitida a una humanidad primitiva. Así, por ejemplo, tenemos el popular mito egipcio de Isis y Osiris, que guarda un tremendo parecido con el mito griego de Triptolemo y Deméter. Esta misteriosa pareja «divina» de hermanos contactó con los habitantes primitivos del Valle del Nilo con la pretensión de civilizarlos. Así, por ejemplo, Osiris se encargó –entre otras cosas no menos relevantes– de establecer las bases de la vida urbana, enseñar la agricultura y sus secretos. Se puede decir que fue el inventor del vino, la cerveza y el pan; aspecto este último que interrelaciona esta deidad con la de los Ben-Elohim mencionados en la Biblia, en concreto en *Génesis* 6,4, o Hijos de Dios que engendraron los héroes mitológicos tras establecer relaciones íntimas con las hijas de los hombres, dando lugar a gigantes. Osiris no se limitó a difundir sus conocimientos en Egipto; tras dejar a su esposa-hermana Isis el encargo de gobernar el reino, se consagró a divulgar sus conocimientos a lo largo y ancho del planeta. Fue «el primero que recolectó fruto de los árboles, hizo trepar la vid por una estaca y pisó los racimos [...] Impaciente por comunicar estos benéficos descubrimientos, confió el gobierno total de Egipto a su



esposa Isis y viajó por el mundo difundiendo las ventajas de la civilización y los beneficios de la escritura, por todas partes donde pasó».

En el Museo del Louvre podemos leer unos pasajes francamente interesantes relativos a Osiris escritos en una estela. La estela fue ejecutada a mediados de la dinastía XVIII; en ella se puede leer:

El cielo y los astros le obedecen y las grandes puertas del cielo se abren para él, Señor de las aclamaciones en el cielo del sur; adorado en el cielo del norte. Las estrellas indestructibles están bajo su autoridad y sus residencias son los planetas infatigables. La ofrenda sube a él, por orden de Geb; la Enéada divina le adora, los habitantes del mundo inferior olfatean la tierra ante él... el señor del que se acuerdan en el cielo y en la tierra [...] para quien los Dos-Tierras celebran regocijos unánimemente...

Evoquemos ahora la leyenda griega de Deméter y Triptolemo. Deméter era la diosa de la agricultura y de la civilización. Al margen de su bagaje por la tierra en busca de su querida hija Perséfone, la cual fue raptada por Hades, dios subterráneo por excelencia, su periplo le condujo al palacio del rey de Eleusis donde se comprometió a «educar» a su hijo Demofonte. Deméter lo untaba con ambrosía y teniéndolo en sus brazos soplaba suavemente sobre él. Por la noche lo envolvía con la fuerza del fuego, como una antorcha inflamada, sin saberlo ni su padre ni su madre. Para ellos era fascinante ver cómo se desarrollaba con vigor pareciéndose a los dioses. En un momento determinado el himno homérico relega a Demofonte a un segundo plano dando relevancia a Triptolemo, el favorito de Deméter. Triptolemo fue el primero en sembrar la cebada y el trigo candeal usando para ello el arado, un invento suyo. Al igual que Osiris, Triptolemo dedicó su vida a divulgar estos conocimientos; así lo confirma la mitología al relatarnos el regalo que Deméter hizo al ingenioso Triptolemo: un carro alado con el que recorrió el mundo con ese fin.

Los mitos de Isis y Osiris y el de Deméter y Triptolemo hacen referencia a la divulgación de la ciencia agrícola. Se refieren a personajes que, a mi juicio, muy bien pudieron haber sido reales. Hombres que ligaron su destino a la educación de una humanidad primitiva sumida en la oscuridad. Estos instructores iniciaron al ser humano en su viaje a un nuevo modelo de vida más complejo y civilizado. A su vez, estas historias encuentran extrañas conexiones con otras fuentes de la antigüedad; es el caso del texto védico conocido como las *Estancias de Dyzan*, en donde se dice: «Frutos y granos, desconocidos en la Tierra hasta entonces, fueron traídos desde otros Lokas»<sup>33</sup>

por los Señores de la Sabiduría, en el propio interés de los que éstos regían».

A la hora de hacer una retrospectiva de los mitos y leyendas de las civilizaciones más antiguas del planeta, vemos que las relaciones protohistóricas y míticas de aquellos pueblos son sorprendentes. Es el caso de la denominada «Leyenda del Dios Blanco», propia de las culturas preincaicas de la América Latina. Estos mitos son considerados por algunos investigadores como algo más; de hecho, tal y como iremos viendo, los indicios encontrados hasta el momento nos ayudan a concluir, tal y como hemos podido comprobar repetidamente a lo largo de la reciente historia de la arqueología, que el Dios Blanco fue una figura histórica real de la que guardamos un arcaico recuerdo gracias a las numerosas tradiciones que lo mencionan.

Las leyendas indias son explícitas al respecto cuando afirman:

[...] en el lejano pasado arribaron a las costas del Nuevo Mundo hombres blancos de luengas barbas, los cuales se unieron a los indios y les enseñaron la ciencia, la técnica y las sabias leyes de su avanzada civilización convirtiéndose, aquellos que llegaron del mar, en los dioses de aquellos fabulosos imperios.

Aquellos «instructores», según las más antiguas tradiciones incas y aztecas, recibieron diversos nombres. Para los incas, por ejemplo, el Dios Blanco era conocido con el nombre de Kon Tiki Illac Viracocha<sup>34</sup>; los toltecas y los aztecas lo llamaron Quetzalcóatl<sup>35</sup>; los mayas, Kukulcán, y para los chibchas de Colombia era Bochica, «el manto blanco de la luz». Pero las cosas no terminan aquí, ni mucho menos.



El dios de los Báculos, en la Puerta del Sol, Tiahuanaco (Bolivia). Esta deidad es para algunos autores el mismísimo Viracocha.

En la península del Yucatán esa deidad recibe el nombre de Zamma, en Paraguay y Brasil Zume, los aimarás lo llamaban Hyustus y todavía persiste la creencia de que aquella deidad era rubia y tenía unos profundos ojos azules; para la tribu de los Tupi, ese maestro instructor recibe el nombre de Tupan. Todos estos curiosos nombres hacen referencia a una especie de «misioneros blancos barbudos» que procedentes del este empezaron a desperdigar las primeras semillas de un complejo conocimiento que ayudaría a la humanidad a dar el siguiente paso evolutivo como especie dejando atrás la prehistoria y entrando de lleno en la civilización. Luego, tras cumplir su actividad docente aquellos misteriosos individuos regresaron al desconocido lugar del que procedían no sin antes prometer que volverían algún día. Esas entidades fueron evocadas en el mundo tradicional precolombino hasta la llegada de los españoles, que, como bien es sabido, fueron confundidos con los dioses blancos que trajeron la civilización, lo que facilitó, en un principio, la conquista y la posterior «asimilación» de aquellas culturas<sup>36</sup>. Recordemos lo que le dijo el rey azteca Moctezuma al capitán español tras desembarcar en sus dominios:

Muchos días ha que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticias que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, si no extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas; e tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación

un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza [...] E siempre hemos tenido que los que del descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como vasallos. E según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol, y las cosas que decís de este gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. E por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de este gran señor que decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno; e bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer...

No resulta extraño, a la luz de estos valiosos testimonios, que los aztecas hubieran reaccionado como lo hicieron confiados hasta el extremo de bajar sus defensas ante un enemigo que no tardó en mostrarse implacable y feroz como ellos lo habían sido con los pueblos bajo su yugo.



El asombroso templo preincaico de Kalasasaya, en Tiahuanaco (Bolivia) es uno de los centros arqueológicos más insólitos de América. Como en otros tantos lugares sagrados, aquí se unen la arqueoastronomía y la ingeniería de precisión; algo que desde nuestra perspectiva contemporánea, resulta desconcertante. El austriaco Arthur Posnansky fue el primer arqueólogo que estudió estas ruinas y llegó a la sensacional conclusión de que fue construido en el 15000 a. C., en tiempos antediluvianos.

Conforme este enfoque, aquellos «maestros blancos» enseñaron a los hombres los principios de los conocimientos que sustentaron las primeras civilizaciones conocidas. Aparte de las técnicas agrícolas instruyeron a aquella humanidad en astronomía, ingeniería, matemáticas e incluso establecieron los pilares de una especie de conciencia religiosa entre otras muchas materias.

Según el mundo tradicional, un pueblo procedente de las montañas, conocido como Tiahuanaco, acosado por una acción guerrera, se vio obligado a descender a la costa. El pueblo del llamado imperio de Tiahuanaco tenía su centro cultural junto al lago Titicaca a cuatro mil metros de altitud. Fue allí donde dio comienzo para ellos la historia de su pueblo y donde volveremos a encontrarnos con la desconcertante figura del Dios Blanco.

Los restos de la gran ciudadela de Tiahuanaco son uno de los grandes enigmas de la arqueología. Sus majestuosas ruinas se extienden por un páramo amplio e inhóspito al sur del lago Titicaca, en el altiplano de los Andes centrales, muy cerca de la frontera entre Bolivia y Perú. Un lugar, sin apenas vegetación, bajo el despiadado dominio del astro solar y con la eterna compañía de los furiosos vientos y ventiscas que agitan la castigada tierra que parece bramar, hasta ahogar su voz estremecida en el fondo de los abismales barrancos que lo circundan.

Las orillas del lago siguen habitadas por los «Urus», un pueblo indígena que vive en cabañas primitivas y navega el río en busca de pesca y caza en balsas de caña como hace miles de años. Algunos antropólogos creen que los «Urus» podrían ser los descendientes directos del pueblo indio de los «Aimará», los herederos directos de los habitantes de Tiahuanaco, pero –obviamente– no sus remotos constructores. Los actuales habitantes del lugar hablan, en sus tradiciones orales, de un tiempo oscuro antes de que el astro solar desapareciera. En ese contexto sitúan los «Urus» la aparición de los enigmáticos seres que construyeron esta increíble ciudad. El caso es que no se sabe quiénes fueron los que construyeron este asombroso lugar. Los constructores de los monumentos que todavía quedan en pie testimoniaron para las generaciones futuras sus inauditos conocimientos en ingeniería en un tiempo en el que se supone el hombre no podía ni tan siquiera soñar con esta forma de trabajar la piedra y colocarla; es más, la tecnología utilizada tuvo que ser también igualmente «avanzada» e ingeniosa, pero no hay rastro alguno de ella. Los ingenieros de Tiahuanaco cortaron con precisión quirúrgica y matemática los grandes bloques pétreos que conforman los muros y las grandiosas losas de los altares, lo que impide, tan siquiera, introducir un pelo entre las juntas. Muchas de estas grandes losas tienen proporciones ciclópeas. Las más grandes alcanzan los seis metros de longitud, cuatro metros de altura y metro y medio de espesor, superando las cien toneladas. Pero las sorpresas no terminan aquí: los bloques de

construcción de Tiahuanaco no están unidos con cemento. Cuando los arqueólogos separaron las piedras descubrieron atónitos la presencia de una pieza metálica especialmente diseñada para mantener unidas estas estructuras pétreas. Una técnica que revela su complejidad pues denota el uso de una estación de fundición móvil preparada para licuar el metal; lo curioso de todo esto es que esta técnica es análoga o similar a la utilizada en algunas partes del Antiguo Egipto o en otros grandes yacimientos de la América precolombina.

Todas estas increíbles evidencias revelan la admirable habilidad técnica de la gente que llevó a cabo estos monumentos «imposibles». Un asombroso talento, además, para manipular con formidable precisión enormes y pesadas estructuras pétreas. La grandiosidad del escenario arqueológico de Tiahuanaco parece no tener límite. Sobre una superficie de cuatrocientos cincuenta metros por mil destacan la Acapana, un edificio que se eleva sobre un basamento en forma de pirámide de unos quince metros de altura en donde se encontró un depósito de agua. Existe otra construcción de la que apenas quedan testimonios parciales en forma de grandes bloques rectangulares y grandes pilares de piedra decorados con diversa simbología. El interior de la construcción cubría una extensa superficie en la que se encontraba un enorme patio al que se accedía por una escalera. También destaca el denominado «Palacio de los Féretros» y la denominada «Puerta del Puma» («Puma Punku»). Los demás restos parecen indicar, según algunos arqueólogos, que algo obligó a interrumpir el laborioso trabajo de este lugar, pero este indicio denota el ocaso «repentino» de aquella civilización. Como en otros casos que iremos viendo, sigue siendo un misterio la razón que llevó a aquel fabuloso pueblo a la extinción. Sospecho, como ha pasado en muchas otras ocasiones, que la razón de la desaparición de Tiahuanaco como centro urbano vivo pudo muy bien ser de tipo medioambiental.

## EL MISTERIO DE LAS RUINAS DE PUMA PUNKU

Puma Punku forma parte del complejo de Tiahuanaco y sus ruinas no dejan de desconcertar a los arqueólogos. Todavía persiste la

controversia sobre su datación pero hay quien se atreve a ubicarlo en el 15000 a. C. Lo asombroso de los bloques megalíticos que se desperdigan por el complejo, no es sólo su increíble peso, sino sus extrañas formas y complejo diseño funcional. De hecho muchas de estas piezas pétreas parecen manufacturadas y están perfectamente talladas; lo cual resulta sorprendente pues se trata de bloques de andesita, una piedra volcánica de gran dureza. Resulta obvio que para su elaboración se utilizó una tecnología a nuestros ojos imposible; teniendo en cuenta la época en que fue concebido este misterioso lugar. Incluso aceptando la datación oficial de unos dos mil años de antigüedad, aún no hemos encontrado una respuesta satisfactoria para explicar los procedimientos de construcción de estos bloques y el propósito para manufacturar todas estas piezas con tal precisión. ¿Quiénes fueron sus constructores? No muy lejos del yacimiento se encontró una vasija conocida con el nombre de Fuente Magna. Este objeto es un *oopart* en toda regla pues para muchos es la prueba que indica quiénes gestaron Puma Punku. Se cree que esta vasija –descubierta en 1960– fue diseñada para llevar a cabo algún tipo de ceremonia. Posee bajorrelieves propios de la cultura de Tiahuanaco y grabados de zoomorfos y una figura antropomorfa. Lo desconcertante del caso es que junto a estos motivos encontramos lo que parece una especie de escritura proto-sumeria que convive con el *quellca*, idioma de la antigua Pukara, la civilización precursora de Tiahuanaco. Los investigadores Bernardo Biados y Freddy Arce enviaron fotografías del alfabeto proto-sumerio a la epigrafista estadounidense Clyde Ahmed Winters para que lo tradujera. Los caracteres cuneiformes dicen, según ella, lo siguiente:

Acérquense en el futuro a una persona dotada de gran protección en el nombre de la gran Nía. Este oráculo sirve a las personas que quieren alcanzar la pureza y reforzar su carácter. La Divina Nía difundirá pureza, serenidad, carácter. Usa este talismán, para hacer germinar en ti sabiduría y serenidad. Utilizando el santuario adecuado, el santo ungüento, el sabio jura emprender el justo camino para alcanzar la pureza y el carácter. Oh sacerdote, encuentra la luz única para todos los que desean una vida noble.

Por su parte, el *quellca* no ha sido descifrado aún. ¿Estamos ante otra Piedra de Rosseta? El caso es que Nía, también conocida como Nammu, era una deidad sumeria que dio a luz al Cielo y la Tierra. La figura antropomorfa es para algunos una rana, la figuración sumeria de la diosa. Si el tiempo corrobora la autenticidad de esta pieza eso significaría que existieron contactos interoceánicos hace miles de años y por lo tanto nuestra actual visión de la historia del pasado estaría en entredicho y por supuesto la historia de este lugar también.



Uno de los hallazgos arqueológicos más controvertidos de toda América es la Fuente Magna pues el vaso contiene algunos bajorrelieves de un alfabeto aparentemente proto-sumerio. Este comparte su espacio con otros grabados zoomorfos, antropomorfos y de la cultura quechua. Por eso esta pieza representa para algunos arqueólogos, la prueba de contactos marítimos con América en tiempos remotos por parte de las primeras civilizaciones conocidas de la humanidad. Algo difícil de asumir para muchos.

¿Quiénes fueron los verdaderos constructores de Tiahuanaco? A estas alturas, persisten las dudas sobre el génesis de los tiahuanacatocas. Oficialmente la cultura que reinó Tiahuanaco comenzó su reinado en el llamado período Aldeano; en torno al año 1500 a. C. su evolución le llevaría hasta el ocaso en torno al 1200 a. C., tiempo en el que comenzarían las primeras invasiones aimarás, los denominados «reinos collas»; sin embargo, este esquema no convence a todo el mundo. Las primitivas tradiciones incaicas hablan de una raza de tez blanca y con barba que no podía ser quichúa y por supuesto tampoco aimará. ¿Por qué no tomar en consideración estas antiguas tradiciones de los dioses blancos y barbudos?

El desaparecido Thor Heyerdahl siempre planteaba la misma cuestión cuando departía sobre este tema: ¿quién formaba este enigmático pueblo de «Tia Huanaco» para nombrarlo, por cierto, con el que era su verdadero nombre incaico? El aventurero, etnólogo e investigador noruego, aseguraba, citando varios testimonios análogos entre sí, que este pueblo lo integraban hombres blancos y barbudos; esos individuos eran los Viracochas de las tradiciones del Perú; por lo que no debe de resultarnos extraño el hecho de que fuesen confundidos con los españoles cuando estos pusieron pie en



América.

La imponente ciudad de Tiahuanaco, con sus edificaciones formadas por ciclópeos sillares pulcramente labrados no era, conforme a las tradiciones indígenas, obra de estos. Richard Inwards y Alexander von Humboldt afirmaban ya en 1884 en el libro *Temple of the Andes* que a la llegada de los españoles los nativos atribuían su construcción a una raza de hombres blancos y barbudos que habitaban la cumbre de las cordilleras mucho antes de la fundación del imperio inca:

La historia de los hombres blancos barbudos –comenta el famoso historiador Prescott– se repite en casi todas sus leyendas.

Otra leyenda menciona a unos hombres blancos que, partiendo de la orilla del lago Titicaca, establecieron su dominio sobre los indígenas, impartiendoles las bendiciones de la civilización. Esto nos recuerda la tradición azteca de Quetzalcóatl (antes mentado) que con atuendo y aspecto similares subió a la gran meseta mexicana desde el este, en una misión igualmente docente destinada a los nativos.

La analogía es tanto más notable cuanto que no existen trazas de comunicación ni de mutuo conocimiento entre ambas naciones.

El cronista español Cieza de León fue uno de los pocos europeos que tuvo la oportunidad de visitar, maravillado, la ciudad de Tiahuanaco y recoger de paso la primera impresión escrita de sus grandes edificios y las tradiciones prehistóricas indígenas relacionadas con el lugar y con los que pudieron ser sus primeros habitantes y constructores. En su *Crónica de Perú* los nativos le dijeron que los constructores de la fastuosa ciudad fueron los Viracochas, hombres sabios con barba y tez blanca que erigieron la ciudad en una sola noche; aspecto que se repite hasta la saciedad en otros relevantes lugares de la América precolombina en los que los indios afirmaban no ser los constructores de estas asombrosas ciudades. Es el caso de la más antigua metrópoli conocida hasta ahora de América, la espectacular Teotihuacán o «Ciudad de los Dioses», fundada por el dios blanco Quetzalcóatl.

Los antiguos escritos de Huaman Poma Ayala son también una importante pista a tener presente. Este personaje era un peruano educado por los quipucamayocs, los eruditos incas depositarios del conocimiento histórico de su pueblo. Según él «la primera raza de hombres que vivió en el Perú se llamaba *uari viracocharuna*». Hoy sabemos que el sufijo *runa* significa ‘pueblo’; por lo que la traducción sería la de «pueblo viracocha». Eran por lo tanto hombres integrantes de un colectivo cultural avanzado y organizado.

Por otro lado, la mayoría de los investigadores coinciden en su valoración sobre el término Viracocharuna, el cual se aplicaría a la totalidad de los pueblos y gentes de tez blanca. Posteriormente, el término sería acuñado oportunamente por la clase dirigente de los incas primitivos para designar al caudillo de «estirpe divina» que los gobernaba. Lo mismo acabaría sucediendo con el Quetzalcóatl de los aztecas y su clase sacerdotal que adquiriría este nombre también.



Cabeza de la Serpiente Emplumada en Chichén Itzá (pirámide maya de Kukulcán). En cada equinoccio, justo en el momento en que el sol se oculta, se produce un efecto de luces y sombras por el que se consigue emular el descenso de una serpiente por los escalones de la pirámide hasta desembocar en la cabeza del ofidio. Se trata de la escenificación del descenso de Kukulcán a la Tierra en los equinoccios. Pero la capacidad de ingeniería de los mayas no termina aquí. Recientemente se ha descubierto un efecto acústico que se produce en los escalones de la pirámide. Si una persona aplaude frente a la escalinata principal de la pirámide, el sonido del aplauso se propaga hacia el peralte de la escalinata y tras rebotar genera el eco, no de un aplauso, como cabría esperar, sino el de un sonido que emula el canto del pájaro quetzal.

Este misterioso personaje, ligado por cierto a la vida del no menos enigmático pueblo de los toltecas, predecesor de los aztecas y posteriormente

aniquilado por estos, que –en palabras del cronista y religioso, fray Bernardino Sahagún– «conocían las estrellas de los cielos y les tenían puestos nombres», había conseguido llevar a cabo una eficaz labor instructora, lo que reforzó la firme creencia que estos pueblos tenían sobre el mítico Dios Blanco:

Como dios de la vida, aparece Quetzalcóatl como el benefactor de la humanidad, y así vemos que, después de haber creado al hombre con su propia sangre, busca la manera de alimentarlo y descubre el maíz, que tenían guardado las hormigas dentro de un cerro, haciéndose él mismo hormiga y robando un grano que entrega después a los hombres. Les enseña la manera de pulir el jade y las otras piedras preciosas y de encontrar los yacimientos de estas piedras; a tejer las telas polícromas, con algodón «milagroso» que ya nace teñido de diferentes colores y a fabricar los mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje. Pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio de medir el tiempo y estudiar las revoluciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios.

Desde hace décadas, tanto los arqueólogos como ciertos historiadores, han apostado por identificar a Quetzalcóatl con el rey de Tollan, mencionado además por los cronistas españoles, siglos antes. Fue en la enorme metrópoli de Teotihuacán, sita a cincuenta kilómetros de la capital mexicana, donde nacería la religión nahuatl, cuyo génesis está envuelto en el más inescrutable de los secretos. Es en este contexto donde surge, por primera vez, el poderoso símbolo de la serpiente emplumada; símbolo en última instancia del culto al dios blanco Quetzalcóatl. Desde un punto de vista simbólico y sin pretender profundizar aún más en este universo interpretativo, Quetzalcóatl es, en palabras del prestigioso investigador Séjourné, el signo que contiene la revelación del origen celeste del ser humano. Resulta curioso el supuesto paralelismo que se establece entre esta divinidad y la figura de Jesucristo, pues ambos parecen coincidir en el tiempo, aunque no en el mismo contexto geográfico, como difusores de su «divino mensaje», pues cabe la posibilidad de que fueran contemporáneos. Pero volvamos sobre la figura de Viracocha.

En los *Comentarios reales*, escrito por el famoso cronista Garcilaso de la Vega «el Inca», encontramos un extraordinario relato sobre la llegada del primer Viracocha a la isla del Sol del lago Titicaca en compañía, por cierto, de su hermana-esposa; tal y como sucede de forma paralela en el mito egipcio, anteriormente mentado, de Isis y Osiris. En el capítulo III (Del origen de los Incas, reyes del Perú) encontramos esta descripción de aquel pasado remoto en el que una humanidad primitiva recibe la insólita visita de

los que serán sus civilizadores:

[...] Sabrás que en los siglos antiguos toda esta región de tierra que ves eran unos grandes montes y breñales, y las gentes en aquellos tiempos vivían como fieras y animales brutos, sin religión, ni policía, sin pueblo ni casa, sin cultivar ni sembrar la tierra, sin vestir ni cubrir sus carnes, porque no sabían labrar algodón ni lana para hacer de vestir. Vivían de dos en dos, y de tres en tres, como acertaban a juntarse en las cuevas y resquicios de cuevas y cavernas de la tierra; comían como bestias yerbas del campo y raíces de árboles, y la fruta inculta que ellos daban de suyo, y carne humana. Cubrían sus carnes con hojas y cortezas de árboles, y pieles de animales; otros andaban en cueros. En suma, vivían como venados y salvajinas; y aun en las mujeres se habían como los brutos, porque no supieron tenerlas propias y conocidas.

Es entonces cuando hace su aparición el que será su instructor de tez blanca y «divino», Viracocha:

Nuestro Padre el Sol, viendo los hombres tales, como te he dicho, se apiadó, y hubo lástima de ellos, y envió del cielo a la tierra un hijo y una hija de los suyos para que los doctrinasen en el conocimiento de Nuestro Padre el Sol, para que lo adorasen y tuviesen por su dios y para que les diesen preceptos y leyes en que viviesen como hombres en razón y urbanidad; para que habitasen en casas y pueblos poblados, supiesen labrar las tierras, cultivar las plantas y mieses, criar los ganados y gozar de ellos y de los frutos de la tierra, como hombres racionales, y no como bestias. Con esta orden y mandato puso Nuestro Padre el Sol estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca, que está a ochenta leguas de aquí [...].

Más adelante dice:

[...] Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer: «En este valle manda, Nuestro Padre el Sol, que paremos y hagamos nuestro asiento y morada, para cumplir su voluntad. Por tanto, reina y hermana, conviene que cada uno por su parte vamos a convocar y atraer a esta gente, para adoctrinarlos y hacer el bien que Nuestro Padre el Sol nos manda».

Por lo tanto, si hemos de tener en cuenta estas primitivas creencias y fuentes tradicionales preincaicas existen razones para sospechar que, en efecto, Tiahuanaco fue edificada por los legendarios hombres blancos; pero ¿existen evidencias de peso que nos permitan presumir que fue así realmente?

Los restos de esta grandiosa cultura fueron, oficialmente, erigidos hace unos catorce siglos atrás; sin embargo, ciertos estudios parecen desmentir o poner en duda esta datación. Como bien es sabido los tiahuanacatocas dejaron testimonio de sus avanzados conocimientos astronómicos en gran parte de sus monumentos. El primero en darse cuenta de esto fue el arqueólogo austriaco Arthur Posnansky (Viena 1873-La Paz 1946). Tras un largo estudio arqueoastronómico de Tiahuanaco y en especial del Templo de Kalasasaya llegó a la sensacional conclusión de que este lugar fue fundado en plena era glacial antediluviana: el 15000 a. C. Recientemente otros

investigadores y arqueólogos han confirmado las reveladoras observaciones astronómicas por parte de Posnansky descartando de paso cualquier tipo de fraude.

Según Posnansky, alrededor del 11000 a. C. hubo un cataclismo en la zona, lo que comprometió la supervivencia de la civilización antediluviana de Tiahuanaco. Debieron de producirse grandes inundaciones; una tragedia que dejó huella en el inconsciente colectivo andino. Las pruebas más relevantes que respaldan su teoría no deberían dejar a nadie indiferente. Lo que extrajo Posnansky en sus primeras excavaciones fueron cacharros y vasijas, artefactos de oro, máscaras, clavos... En las primeras tumbas que desenterró le llamó poderosamente la atención algo turbador y que todavía sigue intrigando a los arqueólogos pues denota algo asombroso: operaciones quirúrgicas complejas de hace miles de años; en efecto Posnansky sacó a la luz numerosos cráneos perforados en los parietales, la zona occipital o el frontal. Según los forenses las características de la trepanación indican que los pacientes habían sobrevivido a la operación y las aberturas craneales habían sido llevadas a cabo con conocimiento de causa, como si cirujanos modernos hubiesen cortado con herramientas quirúrgicas del siglo XXI aquellos cráneos. Posteriormente encontró esqueletos humanos junto a peces y plantas acuáticas fosilizadas que sólo se pueden encontrar en las profundidades del lago Titicaca lo que, según él, no puede ser casual. También descubrió restos óseos del Toxodonte, un mamífero que se extinguió en el 12000 a. C. en el mismo estrato estratigráfico donde aparecieron restos humanos. Finalmente, Posnansky consiguió datar la ciudad gracias al alineamiento astronómico de los marcadores del Templo de Kalasasaya. En su primera observación se percató de que el primer día de primavera el sol salía exactamente por el centro del templo. Se dio cuenta de que aquel era un observatorio solar sumamente preciso en consonancia con las técnicas arquitectónicas empleadas en su construcción. Durante el año, el sol sale por un punto diferente del horizonte boliviano; de este modo, el primer día de primavera el observador vería salir el astro solar por el centro. Conforme a los parámetros de observación de Posnansky se deduce que durante el primer día de verano o invierno el astro solar debería salir por encima de los marcadores angulares, pero no pasa de este modo, lo que ha llevado a muchos arqueólogos a afirmar, con sorprendente ligereza, que los constructores del templo se confundieron al erigir las piedras de referencia

astronómica. La verdad, cuesta creer que los constructores cometieran un error de cálculo tan grande pues, como hemos visto, la ciudad expresa en cada monumento y escultura una depurada precisión técnica. El caso es que midiendo el ángulo de las piedras angulares y comparándolo con las posiciones actuales donde sale el sol, Posnansky concluyó que Tiahuanaco fue construida hace unos diecisiete mil años<sup>37</sup>; de hecho, en ese tiempo la inclinación del eje del planeta era distinta a la actual y por lo tanto el sol habría salido exactamente por encima de esos marcadores angulares<sup>38</sup>, al contrario de lo que pasa hoy en día. En realidad, lo más prudente es pensar en el doce mil u once mil antes de Cristo, pero aun así eso conlleva demoler el paradigma actual<sup>39</sup>. Por lo tanto Tiahuanaco sería la ciudad más antigua del mundo.



Sacsayhuamán es una de las construcciones incas más asombrosas desde el punto de vista de la ingeniería. Hoy sabemos, gracias a las nuevas investigaciones, que este lugar habría sido un importantísimo centro ceremonial y no una fortaleza. Según los arqueólogos, su construcción tardó más de siete decenios y requirió la fuerza física de unas veinte mil personas; sin embargo, la perfección en el tallado y el tonelaje de las enormes moles que conforman los muros de la fortaleza siguen planteando complejos interrogantes para la arqueología. Estamos ante un misterio que está muy lejos de ser resuelto satisfactoriamente a corto plazo. Aspectos como el laborioso labrado, el transporte y la colocación de enormes bloques de piedra cuyo peso sobrepasa las trescientas cincuenta toneladas no nos permiten zanjar el tema definitivamente. Esto ha dado lugar, como pasa con otras construcciones precolombinas, a todo tipo de especulaciones.

Conforme a esta teoría alternativa los supervivientes de aquella catástrofe serían los responsables de devolver el esplendor del lugar. Tal vez el Dios Blanco se paseó por estos lares. Nada parece imposible. De hecho, Viracocha aparece representado en la «Puerta del Sol», el monumento –a mi juicio– más significativo, junto al Templo de Kalasasaya, de este lugar. Aparece tallado en un solo bloque de piedra volcánica de unos tres metros de altura por cuatro de anchura, en la que se excavó una puerta adintelada, sobre la que se asienta su figura pétrea<sup>40</sup>.

Según algunos arqueólogos e historiadores, el hecho de que el pueblo de Tiahuanaco dominara la astronomía<sup>41</sup> entre otras técnicas matemáticas, pudo haberlos animado a transmitir ese conocimiento a los nazca para que realizaran sus asombrosos geoglifos.

## LAS TRECE TORRES

Sea como fuere, el único testimonio arqueológico que marca un precedente contrastado del lejano génesis del conocimiento astronómico de estas culturas precolombinas lo encontramos en el observatorio solar recientemente descubierto en Perú; el hasta ahora más antiguo observatorio astronómico de toda América: Las Trece Torres de Chankillo. Con una extensión de cuatro kilómetros cuadrados, el yacimiento se encuentra ubicado en la costa norte peruana y denota un avanzado conocimiento de las efemérides del astro rey siglos antes de que los incas las escenificaran en sus monumentos. En el siglo IV a. C. sus constructores podían determinar con precisión el desplazamiento anual del sol, así como los solsticios y los equinoccios. Además de las diversas construcciones y patios que se desperdigan en el inmenso yacimiento destacan trece misteriosas torres. Todas ellas se yerguen majestuosas sobre la cima desértica del monte Chankillo, emulando el lomo de un inmenso dragón, y son los marcadores que indican con precisión las efemérides celestes en torno a las cuales se debieron de escenificar multitudinarios encuentros ceremoniales con el cosmos.

## NAZCA: UN MENSAJE PARA LOS DIOSES

Al oeste del Perú, entre el océano Pacífico y los Andes se divisan, desde el aire, cientos de líneas rectas que parecen conducir a ninguna parte, gigantescos diseños geométricos de gran complejidad y representaciones de animales y otras extrañas criaturas que miran al inmenso cielo del desierto de Nazca. Todos ellos han sido trazados en la superficie arenosa y árida de una de las mesetas desérticas más inhóspitas y calurosas del planeta. En este enorme «lienzo» de arena y polvo, el pueblo de los Nazca cubrió con sus diseños una extensión de algo más de quinientos veinte kilómetros cuadrados. Un amplísimo territorio en el que apenas ha llovido. Este clima ha permanecido inalterable durante al menos unos diez mil años lo que, sin duda, ha favorecido la conservación de estas enormes figuras, hasta nuestros días. Algo que seguramente tuvieron muy en cuenta sus autores.

Estos diseños reciben el nombre de geoglifos y sus autores, los indios nazca, predecesores de los incas, vivieron su máximo apogeo hace unos dos mil años entre los siglos II a. C. y VI d. C. El término geoglifo fue propuesto en los años sesenta para designar los gigantescos diseños zoomórficos, antropomórficos y geométricos realizados en la superficie de uno de los desiertos más áridos del mundo. Los Nazca elaboraron estos grandes dibujos teniendo en cuenta criterios matemáticos y astronómicos. Además, los geoglifos de Nazca sólo pueden verse bien desde el aire uno de sus aspectos más intrigantes.





El desierto de Nazca es un gigantesco lienzo en el que podemos encontrar más de un centenar de diseños, inmensas y kilométricas líneas, y figuras de animales y plantas. El candelabro de Paracas es uno de esos misteriosos dibujos cuyo significado, sin embargo, podría estar en el chamanismo.

A pesar de la espectacularidad de estos dibujos y líneas matemáticamente alineadas que se extienden a lo largo de kilómetros en línea recta, nadie fue capaz de discernir su posible significado ni su función durante mucho tiempo. Más bien se tendió a especular sobre el asunto en múltiples sentidos. No obstante, hubo excepciones, pero no fructificaron hasta bien entrado el siglo XX.

En efecto, algunos cronistas españoles de los siglos XVI y XVII mencionan los dibujos de Nazca. El ya anteriormente mencionado Cieza de León se refiere escuetamente a los geoglifos lineales trazados por los indios. De hecho, parece improbable que el cronista hubiera podido saber de la existencia de los imponentes dibujos y símbolos que se reparten a lo largo y ancho de la meseta nazqueña, pues, como he dicho antes, sólo pueden ser vistos en todo su esplendor desde una perspectiva aérea. Cieza de León no se detiene a valorar las posibles causas que motivaron a los indios a realizar estos enormes dibujos sobre el suelo rojinegro y oxidado de los Andes. En realidad se limitó a tomar nota del insólito lugar. La siguiente cita que hace mención a las figuras de Nazca surgió de la pluma del corregidor Luis de Monzón, en 1586. Con posterioridad, transcurrieron más de tres siglos sin que ninguno de los grandes geógrafos, historiadores y viajeros que se ocuparon del Perú aludieran al tema.

La investigadora Simone Waisbard cree que la explicación de que los misteriosos diseños de Nazca no fueran divulgados durante tanto tiempo fue lo que Cieza de León describió como la desintegración de la civilización nazqueña tras la conquista española. Este hecho pudo suponer la pérdida de esta tradición de «escribir» en las llanuras del desierto. «Según mis conocimientos –sostiene Waisbard– estos son los únicos testimonios que se pueden encontrar, después del descubrimiento de América, sobre los insólitos dibujos de Nazca, debido a que todas las gentes del valle fueron diezmadas por las guerras que se desataron por la posesión de las tierras».

Durante más de trescientos años las líneas de Nazca permanecieron –como sus momias– condenadas al más absoluto de los silencios, hasta que en 1926

Julio Tello, pionero de la arqueología peruana, se interesó por el enigma, recordó la referencia de Cieza de León y examinó su breve comentario sobre la existencia de los extraños geoglifos. Sin embargo, Tello tampoco supo interpretarlos. Tuvieron que pasar otros trece años más, hasta que llegó a Perú el astrónomo estadounidense Paul Kosok. Sus investigaciones comenzaron a dar sus frutos y algunos de los más relevantes secretos de las líneas de Nazca comenzaron a ser desvelados.

Julio Tello, como otros investigadores antes, llegó a sus conclusiones más por intuición que por razonamiento científico. Estaba convencido de que aquel complejo rupestre gigante solapaba un conocimiento astronómico y matemático de primer orden. Resulta extraordinario comprobar cómo en la etapa inicial de las indagaciones arqueológicas los principales protagonistas de las investigaciones acabarán encontrándose con una serie de afortunadas coincidencias que determinarán que finalmente trabajen juntos.

La matemática y arqueóloga María Reiche Neuman –que finalmente acabó convirtiéndose en la protectora y mejor investigadora de los dibujos de Nazca, liderando las pesquisas– llegó a Perú en 1932, por razones ajenas al mundo de la arqueología, con un contrato de solo dos años para trabajar como institutriz en la ciudad de Cuzco.

Casualmente en 1934 conoció al doctor Julio Tello, para quien trabajó como traductora durante un tiempo. A su vez, Tello también puso en el camino de Nazca a Paul Kosok, que en 1940 asistió al Congreso de Americanistas celebrado en Lima. En el marco de este acontecimiento cultural, y por medio del arqueólogo peruano, María Reiche también acabará conociendo al investigador norteamericano, que llamará su atención sobre las denominadas «Líneas de Nazca».



María Reiche ha pasado a la historia de la arqueología como la investigadora que mejor promocionó Nazca y sus geoglifos.

Pero retomemos el hilo cronológico de los acontecimientos. En los años treinta los dibujos de Nazca resultaban algo familiar para los pilotos aéreos dada su similitud con las pistas de aterrizaje. Es probable que aquí naciese el término acuñado por el popular y polémico escritor suizo Erich Von Däniken, quien afirmaba que las líneas eran los restos de un antiguo puerto estelar; razón por la que las denominó Pistas de Nazca.

El profesor Kosok llegó a Perú enviado por la Universidad de Long Island para estudiar las obras hidráulicas de los antiguos habitantes indígenas de esta región suramericana. A bordo de una pequeña avioneta sobrevoló atónito los

impresionantes dibujos y líneas cuyas longitudes oscilan entre los ocho y los sesenta y cuatro kilómetros de largo. Kosok quedó impresionado ante el espectáculo. «Volando por encima de las colinas y llanuras desérticas que bordean el río Grande y sus afluentes –describiría después– se ven extrañas redes de líneas y figuras geométricas». Visibles en varios lugares, a veces se entrelazan de una forma compleja y caótica en una extensión de más de cuarenta millas y con un ancho de cinco a diez millas. Las marcas se encuentran sobre una meseta árida, ligeramente sobreelevada. Corren rectas como flechas, en diversas direcciones, a veces algunos metros y otras a lo largo de varios kilómetros. La mayor parte son líneas paralelas dobles, que parecen carreteras con rebordes que sobresalen.

Cuando Kosok descendió del avión y examinó de cerca estas líneas comprobó que no eran canalizaciones hidráulicas, tal y como se había llegado a especular, ni por supuesto caminos. Y una vez más, de nuevo por una feliz coincidencia, descubrirá la auténtica funcionalidad de este tipo de geoglifo. Aquel histórico día, el 22 de junio de 1939, Kosok se encontraba en el centro de una de las líneas en el momento previo al crepúsculo vespertino. Contemplando la belleza de la puesta de Sol en aquel paraje, percibió un detalle que turbó su espíritu: el extremo de la línea sobre la que él se encontraba señalaba con exactitud el punto por donde se ocultaba el Sol. Entonces, recordó que el 22 de junio coincidía con el solsticio de invierno en el hemisferio sur y que esa línea concreta señalaba el día más corto del año en esas latitudes. En esos instantes, se sintió el astrónomo más dichoso del mundo: había descubierto –al menos– una de las funcionalidades de los geoglifos de Nazca.

A tenor de los resultados actuales, no cabe duda de que podríamos estar ante el Zodiaco más grande conocido en la Historia de la Humanidad. María Reiche Neuman comprobó que los gigantescos triángulos trapezoides y rectángulos no fueron trazados sobre el terreno al azar. Así, los hay que señalizan los solsticios e incluso parecen existir líneas que describen el movimiento de ciertas estrellas. Sobre este particular se sabe que las líneas más sencillas son la representación de los ejes de los solsticios y los equinoccios; mientras que las solares –menos numerosas que las lunares– parecen especialmente diseñadas para el culto lunar.

Otros dibujos permiten predecir las posiciones de los planetas. Por su parte, las enormes figuras de animales –cuyas dimensiones oscilan entre los

veinticinco y los doscientos setenta y cinco metros—, como el resto de diseños abstractos diseminados por la meseta desértica, parecen representar constelaciones de especial relevancia para la cultura cosmológica de los Nazca. Los artistas que ejecutaron estas bellas y precisas representaciones imaginaron formas en el cielo nocturno que les sirvieron para identificar y catalogar esos complejos estelares que llamamos constelaciones. Así, por ejemplo, tenemos el famoso colibrí con las alas extendidas, dibujado a gran escala y que sólo puede ser apreciado desde mucha altitud. Esta figura se corresponde con la constelación de Cáncer. A su vez, el ave conocida como Gran Fragata, y las líneas existentes tras su cola, parecen corresponder a las constelaciones de Monoceros y Géminis; el gran mono Maquisapa, una de cuyas manos tiene cuatro dedos y cuya cola está enrollada al revés, es en realidad la Osa Mayor, y el perro podría corresponderse con la constelación de Canis Maior.



Geoglifo del hombre búho. También conocido como el Astronauta, esta figura antropomorfa parece emerger de las arenas del desierto de Nazca para saludar a los dioses que pueblan el cosmos.

Un comentario especial merece la gran araña, de unos cuarenta y cinco metros de longitud, que aparte de su significado cósmico –se corresponde con la constelación de Orión– desconcierta a los científicos. En efecto, este dibujo evoca a un tipo de arácnido extrañísimo, que sólo se encuentra en las zonas más inaccesibles de la Amazonía. El diseño es tan fiel a la realidad que parece incluir el órgano sexual adosado a una pata y lo más notable es que esta característica morfológica ¡sólo es visible al microscopio!

Algunas figuras, sin embargo, no representan constelación alguna, pero describen ciertas efemérides astronómicas. Es el caso de la Parihuana de inmenso cuello de serpiente, anunciadora de las fiestas de solsticio de invierno.

Otro hecho curioso, con claras reminiscencias astronómicas, nos sitúa en el extremo de la meseta, junto al Valle de Nazca, donde los arqueólogos han encontrado restos de tallas y estatuas de roca. De entre todas ellas destaca una imponente piedra de unos veinticinco metros de altura, con forma de cabeza humanoide cubierta de dibujos que para algunos simbolizan las cuatro razas humanas. Pero lo curioso reside en el hecho de que muchos de estos grabados realizados en la roca sólo son visibles a determinada hora del día o en un contexto temporal determinado y conforme una serie de posiciones concretas del Sol.

Para aquellos que abogan por la presencia alienígena en el pasado estos datos son, al parecer, muy importantes. Ha habido quien ha sugerido que, tal vez, esos seres que sólo se muestran con todos sus detalles en momentos muy concretos sean en realidad representaciones de dioses venidos del espacio exterior. Yo, personalmente, no lo creo. En realidad, se trata de representaciones originarias del imaginario de aquel pueblo. Durante las décadas de los sesenta y setenta estuvieron muy en boga las teorías que vinculaban Nazca y otros lugares antiguos con astronautas de otros planetas. Uno de los razonamientos que daba pie a esta peculiar interpretación se basaba en que estos geoglifos son sólo visibles desde el cielo y que sin disponer de esta referencia aérea es imposible realizarlos. Pues bien, en 1996, el equipo catalán de Joan Ventura demostró que sí era posible dibujar en la arena del desierto grandes figuras sin necesidad de volar; de hecho, fue capaz de reproducir fielmente tres figuras de Nazca a tamaño natural, con criterios tecnológicos al alcance de aquella cultura.

## EL EXPERIMENTO VENTURA

En 1996, los por entonces colaboradores y redactores de la desaparecida revista *Misterios de la Arqueología y el Pasado* nos vimos sorprendidos con la publicación del reportaje del investigador Joan Ventura, el cual afirmaba haber desvelado la técnica secreta empleada por los nazca para ejecutar su colosal obra.

Tras doce años de ardua investigación, Ventura, con la ayuda de tres equipos de cinco personas, dibujaron tres figuras de la Pampa de San José a tamaño natural: el espectacular colibrí, la menos conocida orca y el gigantesco arácnido del desierto, de sesenta, treinta y cuarenta y seis metros respectivamente.

El experimento se llevó a cabo el 11 de febrero de 1996 en la localidad de Palau de Plegamans y representaba la culminación de más de una década de laboriosos cálculos. Con esta operación, Ventura quiso demostrar, entre otras cosas, que los trazos de Nazca fueron ejecutados con herramientas elementales; esa sencillez en la ejecución de estos diseños contrasta, sin embargo, con los avanzados conocimientos matemáticos y astronómicos que dan sentido a los geoglifos de Nazca en su conjunto.

Ventura inició su experimento utilizando estacas de madera diseñadas para marcar los puntos de referencia más importantes, un simple cordel de albañil del que se sirvieron para trazar las alineaciones y yeso para diseñar los trazos. Como muy bien apunta el investigador catalán, en la realización de los trazos el surco fue sustituido por una línea de yeso, con objeto de evitar una pérdida innecesaria de tiempo en la ejecución del experimento.

Con el mismo criterio práctico –comenta Ventura– utilizamos una cinta métrica para medir las distancias, pero manteniendo como medida base el pie de 26 centímetros, unidad de acotación de los planos. Los arcos de circunferencia fueron trazados utilizando el propio cordel como compás. Igualmente, en la búsqueda de ángulos y perpendiculares solamente empleamos cordel y estacas como herramientas de trabajo. Existen razones de peso que demuestran los profundos conocimientos matemáticos de la cultura Nazca. Se sabe, por ejemplo, que eran muy buenos en geometría, y «conocían la forma de dividir la circunferencia en seis partes iguales (6 ángulos de 60°) utilizando la medida del radio». Fruto de ese conocimiento o

de la utilización del triángulo equilátero, se observa que en las figuras de la pampa el ángulo de 60° y sus subdivisiones de 30° y 15° fueron utilizados con mucha frecuencia.

El experimento fue todo un éxito y su realización careció de problemas. Los misteriosos artistas de este colosal mural al aire libre actuaron conforme a las instrucciones, muy probablemente, de un maestro que orientaba y asesoraba en todo momento a los artesanos bajo su mando. La labor de ejecución consistió en indicar los trazos de los surcos. Esas cuerdas estarían unidas a estacas de madera o serían estiradas por varios operarios. Siguiendo un plano se dibujaron las figuras por sectores. Dado que el trabajo final no se podía observar desde el cielo, las labores de ejecución requerían de la máxima atención pues eran muy precisas; no obstante, el entrelazado de cuerdas debió de suponer un serio problema a la hora de establecer ciertos puntos de referencia. Esta es la razón por la que –a pesar de la magnificencia de los geoglifos– algunos de ellos tienen leves errores de cálculo. Los miembros del equipo no recurrieron a ningún tipo de tecnología moderna, prescindiendo incluso de la referencia aérea para ser fieles a las condiciones reales utilizadas por los indios nazca. A base de estacas, vulgares cuerdas y un plano, los hombres y mujeres dirigidos por Joan Ventura demostraron lo que los antepasados de Nazca podían hacer con las herramientas más sencillas. Si hemos de ser realistas el enigma persiste por varios motivos.

Últimamente se ha puesto de moda considerar que si un experimento tiene éxito explica la técnica empleada por sus antiguos autores; sin embargo, es posible también que la técnica fuese otra distinta y nunca la descubramos. Los ingenieros de nuestro siglo han hecho todo tipo de experimentos para explicar cosas mucho más complejas como la forma de trasladar y erigir megalitos o enormes obeliscos de granito –eso sí, a escala– con relativo éxito, pero siempre persisten las dudas y se pone de manifiesto nuestra incapacidad para emular aquellos procesos.

Recientemente un equipo de arqueólogos de la Universidad Estatal de California consiguió mover un moai con el sólo uso de cuerdas. Los medios de comunicación nos vendieron la noticia de que, por fin, se había desvelado el misterio de las estatuas de la Isla de Pascua. Los moai podían trasladarse de la cantera al lugar elegido para erigirlos sin necesidad de utilizar carros ni fuerza bruta. Todo gracias a la maña. La técnica propuesta por los dos arqueólogos autores del proyecto, Carl Lipo y Terry Hunt, consistió en



desarrollar un sistema basado en el uso de cuerdas y la fuerza humana en colaboración con las leyes de la física del movimiento, el peso y la masa de un objeto y la inercia. Con base en este método el equipo consiguió mover una estatua a escala, de unas cinco toneladas de peso, de un lado hacia el otro generando un movimiento similar a una caminata. De este modo, no exento de complicaciones, pues los implicados en la tarea de hacer «andar» al moai deben de actuar en coordinación para acompasar el movimiento, consiguieron desplazar la pesada carga varios metros. Bien, esta hipótesis de trabajo demuestra al menos que los moai podían ser manipulados con medios y tecnología de hace miles de años pero sólo explica cómo pudieron –presumiblemente– ser desplazados de un punto a otro sin romperse; el resto del proceso sigue siendo un misterio. Además, debemos de tener en cuenta otro hecho; en el experimento se utilizó una estatua con un peso infinitamente menor al que tiene un moai original, cuyo peso supera con creces las ochenta toneladas, y que yo sepa todavía nadie ha movido con éxito un objeto de estas características<sup>42</sup>. No nos vendría mal ser más humildes y aceptar que nuestra tecnología y conocimientos siguen sin explicar satisfactoriamente las asombrosas hazañas arquitectónicas de la antigüedad.

En el caso de las Líneas de Nazca la hipótesis de Joan Ventura parece ser la más plausible aunque en algunos detalles debió de estar notablemente mejorada por parte de los Nazca. Ahora bien, ¿para quién o en honor a quién fueron llevados a cabo estos imponentes dibujos? ¿Un mensaje para los dioses? ¿Se trataba de una representación ritual del cosmos o hay algo más? Reconozcámoslo, de lo único que podemos estar seguros es de que, siendo muy optimistas, tendrá que pasar mucho tiempo hasta que sepamos qué fue lo que realmente impulsó a los indios nazca a crear esta impresionante obra. Estos diseños sirvieron a fines astronómicos y muy probablemente solapan otros enigmáticos significados, cuya resolución se nos antoja indescifrable, por ahora.

## [EL ÚLTIMO REFUGIO INCA](#)

Con una reducida tropa de hombres, Gonzalo Pizarro cumplió la que él pensó sería una difícil misión militar: la conquista del Imperio Inca. Aunque los

incas forjaron un imperio que se extendía a lo largo de 3.680 kilómetros en los Andes y su poderío militar era notable, seis años después de arribar en las costas peruanas el militar español había conseguido derrotar al emperador inca Manco Cápac. En realidad, había sido más fácil de lo esperado por varios motivos. Para empezar, los incas estaban involucrados en una cruenta guerra civil que los españoles supieron aprovechar y, por otro lado, la superioridad del armamento europeo y las tácticas de batalla a caballo colaboraron eficazmente en la subyugación de aquel pueblo.

El emperador inca se vio abocado a rendirse y huir tras la derrota, lo que le llevó a fundar otra ciudad a la que llamó Vilcabamba. Su dinastía llegó a sobrevivir en este lugar treinta y seis años. Durante cuatrocientos años nadie volvió a mentar esta misteriosa ciudad, considerada como el último refugio de los Incas.

Corría el año 1911 cuando un intrépido explorador estadounidense, Hiram Bingham, de la Universidad de Yale, aterrizó en tierras peruanas estimulado con la idea de encontrar para la ciencia y el mundo la misteriosa ciudad de Vilcabamba.

Tras varios días de exploración infructuosa se encontró –una vez más por casualidad– con un campesino que recorría la ribera del río Urubamba como él. Este le contó que no muy lejos de allí existían unas viejas ruinas de una antigua ciudad. El lugar en cuestión era conocido por los nativos como «Viejo Pico». Sin tener nada más que hacer y azuzado por la curiosidad, el treintañero investigador accedió a acompañar al campesino. Aquello era mejor que continuar río abajo varios días más, sufriendo calamidades y cansancio, sin posibilidades de encontrar algo de interés a corto plazo. El equipo comandado por Bingham, como en las mejores películas de Indiana Jones, tuvo que ascender a través de la frondosa selva, cruzar peligrosos barrancos y puentes colgantes en mal estado. Finalmente, el aventurero alcanzó su meta.

Fatigado, tras la dura ascensión, Bingham observó el panorama que se abría ante sí. Su acompañante le indicó que el lugar también recibía el nombre indígena de «Machu Picchu». Los restos de una fabulosa ciudadela, devorada en parte por la selva, lo dejó atónito, sobre todo por el hecho de que los muros de granito presentaban un aspecto luminoso e impecable a pesar de la agresión de la naturaleza. De algún modo, el equipo en su conjunto advirtió que se encontraban ante unas ruinas fuera de lo común. Sobre el particular

haría la siguiente reflexión: «Poco a poco, fui tomando conciencia de que la muralla con el templo semicircular sobre la cueva, era de tal perfección que podría ser comparada con la mejor obra de sillería del mundo».



Machu Picchu, Perú. Sitio a 2.450 m de altura en los Andes, ha resultado ser algo mucho más que un mero santuario en las nubes. Este enorme esfuerzo de ingeniería pudo haber tenido otra causa: la extracción de agua en un tiempo en el que había profundos cambios climáticos.

Hiram Bingham volvió la mirada a los miembros de su equipo y sin mediar palabra supo que todos estaban pensando lo mismo: habían encontrado Vilcabamba, el último refugio del antaño poderoso Reino Inca. En realidad, no fue así, pero durante un tiempo esta idea le llevó a organizar – al año siguiente– una expedición mucho más compleja orientada a devolver el esplendor perdido del «Viejo Pico» gracias a una ardua labor de exploración, limpieza y restauración.

Sito a 2.450 metros de altitud, en las laderas orientales de los Andes, a

modo de fortaleza inexpugnable, se oculta Machu Picchu. La ciudadela representa una de las proezas de ingeniería, arquitectura y planificación urbanística más asombrosas del mundo antiguo. A pesar de los cinco siglos de olvido los edificios han resistido el paso del tiempo y el ataque de la selva muy bien; salvo –naturalmente– sus techumbres de caña y ramas, las estructuras están prácticamente intactas, como si las hubieran construido hace tan sólo cien o doscientos años atrás.

Los autores de este misterioso lugar siguen siendo desconocidos para la ciencia. Aunque el estilo arquitectónico es inca, el génesis de este santuario en las nubes sigue siendo una incógnita. Muchos expertos se empeñan en adscribir Machu Picchu a los incas, pero la verdad es que las fuentes que nos han llegado de aquel pueblo nos dicen que este fantástico lugar no fue obra de ellos, sino que lo encontraron ya construido: ellos se limitaron a ocuparlo y hacer uso de él como santuario. Como ya indicamos anteriormente, lo mismo pasó con los aztecas que afirmaban no haber construido Teotihuacán.

Si hemos de ser sinceros, a día de hoy sigue sin saberse la finalidad de este enclave, por lo que la especulación probablemente más acertada sea aquella que relaciona Machu Picchu con algún tipo de actividad religiosa relacionada con la astronomía.

Según sus mitos los incas pensaban que eran los descendientes directos del dios Sol Inti, nombre del que por cierto procede el suyo propio como pueblo andino. Dice la leyenda que el primer hijo del Sol –del que descendía la dinastía gobernante– y su hermana Mama Ocllo, fueron enviados por su padre a la isla del dios, que por cierto se encuentra, ojo al dato, en el lago Titicaca.

En torno al año 1200 fundaron la actual Cuzco, la considerada por ellos «el ombligo del mundo» pues se convertiría en auténtica capital de uno de los imperios más importantes de la antigüedad. Hoy sabemos, sin embargo, de la existencia en el pasado de dos poderosos reinos preincaicos que gobernaron la región sobre la que siglos más tarde los incas levantarían su imperio. Esos imperios se llamaban Tiwanacu y Wari y fueron los responsables de muchas construcciones cuya autoría se desconocía además de una importante red de comunicaciones que heredaron los incas. De hecho, mientras el poder de los incas apenas duró un siglo, el imperio de los wari pervivió cuatrocientos años desde el 600 al año 1000 de nuestra era. Por su parte, Tiwanacu (Tiahuanaco, Bolivia) consiguió sobrevivir un espacio de tiempo parecido.

Machu Picchu fue un complejo de palacios, templos y observatorios astronómicos que sirvió de residencia a las clases dominantes incas. También poseía numerosas terrazas destinadas al cultivo de alimentos pues la tierra y el clima no ofrecían las garantías para un rendimiento agrícola satisfactorio. El templo Principal y el templo del Sol se encuentran en el denominado «barrio ceremonial»; es aquí donde se encuentra el torreón, una maciza estructura circular que muy posiblemente funcionó como observatorio. No muy lejos del torreón en la zona occidental de la ciudadela nos encontramos con la piedra sagrada o Intihuatana cuyo propósito, desde el punto de vista simbólico, se refleja en el significado mismo de su nombre: «poste para amarrar el sol».

Los incas llevaban a cabo ritos y costumbres sumamente extrañas e incomprensibles para la mentalidad europea. Los arqueólogos han encontrado no sólo cráneos trepanados, de los que ya hemos hablado con anterioridad, sino también cráneos de mujeres alargados hacia arriba y atrás en grado extremo. Nadie sabe por qué hacían esto pero ha dado lugar a todo tipo de especulaciones, desde aquellos que abogan por una mera cuestión de estética y los que ven en ello una emulación del aspecto de los dioses-astronautas del pasado. Sin duda, el motivo pudo ser estético, con algún matiz religioso. En la actualidad tenemos un ejemplo parecido en Tailandia con las llamadas mujeres jirafa de la tribu Karen, las cuales alargan sus cuellos de una forma notoria con el uso de anillas.

Los arqueólogos señalan en sus informes un hecho relevante en relación a los restos humanos encontrados en Machu Picchu. Al parecer, se han desenterrado infinitamente más esqueletos de mujeres que de hombres, lo que ha llevado a presuponer que, tal vez, la ciudad fue un «aclla huasi» o «casa de las mujeres escogidas»; probablemente todas ellas vírgenes. Esto casa con la idea de que este centro ceremonial era el lugar sagrado donde los nobles incas y las «Vírgenes del Sol» adoraban a los dioses del cosmos (las estrellas y los planetas).

Lo más insólito de Machu Picchu estriba en determinar cómo fue construido. Su grandiosidad contrasta con el hecho de que los incas – conforme la creencia oficial– no disponían de los recursos necesarios para llevar a cabo una obra de tal envergadura. Carecían de la tecnología que entendemos que deberían de haber utilizado, por ejemplo, para esculpir, cortar y colocar las pesadas piedras que dan forma a las compactas murallas,

tanto que resulta imposible introducir la hoja de una navaja en las juntas. Además, los incas se debieron de enfrentar al complejo problema de cortar y pulir el granito en sillares largos. Sabemos que dominaban las técnicas de fundido de metales blandos como el oro, la plata, el bronce o el cobre pero desconocían la manera de elaborar herramientas de hierro lo que complica las cosas al tratar de discernir la tecnología y técnica empleadas para manipular piedras de esta envergadura y dureza con eficacia y precisión matemática; es más, en el caso de que hubieran podido disponer de utensilios férreos para la tarea de pulido y corte esto se traduciría en millones de horas de trabajo por individuo, lo cual resulta inverosímil. Finalmente, subir todo el material utilizado en Machu Picchu exigió de una compleja infraestructura cuyo rastro, de haber existido, no encontramos por ningún lado. Al carecer de animales de tiro o al «desconocer» la rueda, no podrían haber subido todo el material necesario para construir la ciudadela; entonces ¿cómo lo hicieron? ¿No será que ellos decían la verdad y no eran los responsables de su construcción<sup>43</sup>, limitándose a ocupar este repecho montañoso de la cordillera andina? Machu Picchu está en un lugar muy alto, por lo que algunos autores presuponen que al tratarse de una obra ejecutada *mucho antes de la existencia del pueblo inca*, la elección de este lugar para construir la ciudad estaría justificada pues era la manera más eficaz para protegerse de los efectos provocados por el diluvio universal. En realidad, no cabe duda de que las razones para levantar este espacio sagrado fueron otras; en concreto la astronomía que en conjunción con la religión convierten a este espacio en el más apropiado para escenificar los rituales y la espiritualidad de aquella cultura, pero también para observar –en su máxima plenitud– las efemérides cósmicas. De todas formas, parece obvio que no fue la única razón.

Otro misterio consiste en resolver la causa que provocó la desaparición de sus habitantes. Existen diversas hipótesis: Víctor A. Vargas, investigador peruano, es de la opinión de que antes de la llegada de los españoles, Machu Picchu fue «repentinamente» abandonada por sus pobladores a finales del siglo XV pero reconoce ignorar las verdaderas causas de este desalojo masivo. Tal vez, la razón fue una de las cruentas y sanguinarias guerras que habitualmente enfrentaban a las diferentes tribus de la zona. Recientemente, ha surgido, sin embargo, una teoría que trata de explicar las razones del auge de Machu Picchu.

Un equipo del *Centre National de la Recherche Scientifique* (CNRS),

comandado por Alex Chepstow, arqueólogo del Instituto Francés de Estudios Andinos de Lima y Perú, y el británico Mick Frogley, geógrafo de la Universidad de Sussex, en Inglaterra, analizaron las semillas de polen y otros indicadores de tipo biológico en los registros estratigráficos de sedimentos lacustres de la Laguna de Marcacocha, ubicada a 3.350 metros de altitud, entre Cuzco, la antigua capital inca, y el santuario de Machu Picchu. El estudio, que se llevó a cabo durante quince años, revela, sin ningún resquicio de duda, que en los Andes centrales, entre los años 800 y 1100 una terrible sequía castigó esta extensa zona geográfica. Del 1100 al 1500 la temperatura media comenzó a aumentar progresivamente favoreciendo, de este modo, el cultivo, la habitabilidad y la reforestación de zonas altas como Machu Picchu. El caso es que, apremiados por las circunstancias climáticas, los incas agudizaron su ingenio llevando a cabo un asombroso y eficaz sistema de riego, basado en terrazas, como las que hay en Machu Picchu, por las que descendían las aguas de los glaciares que en esos momentos se derretían sin cesar. Eso explicaría la razón por la que decidieron construir esta fabulosa ciudad a tanta altitud. Probablemente porque allí se encontraba algún glaciar. Esta labor de ingeniería agrícola y forestal favoreció unos cultivos abundantes, lo que permitió alimentar grandes masas de población. A su vez, con el crecimiento demográfico, se fundaron nuevos núcleos de población con sus respectivas construcciones e infraestructuras y vías de comunicación lo que dio movilidad al ejército inca facilitando su expansión territorial. Fue la aparición de los españoles la que truncaría para siempre la evolución natural de los incas en el Perú. De la historia siempre se aprende. Alex Chepstow comentó:

El tema tiene gran vigencia hoy en día ya que la mayoría de las terrazas andinas se encuentra en desuso, así como los canales. Sería conveniente preservar este hábitat reforestando las montañas andinas tal como hicieron los incas, pues cuando llegue el cambio climático, allá por el 2050, aunque sus efectos se harán sentir antes de esa fecha, podríamos volver a utilizar –en el Perú– estas antiguas estrategias de los incas para hacer frente a sus desastrosos efectos y sobrevivir mejor a este cambio medioambiental.

Así las cosas, los avanzados conocimientos que vemos en Machu Picchu vuelven a deslumbrarnos e intrigarnos. El corregidor don Luis de Monzón mencionó, en un informe muy detallado, dirigido al virrey de Toledo, una historia en la que se cuenta que antes del dominio de los incas, en tiempos antiquísimos, un pequeño número de otras gentes, que se dominaban

Viracochas, llegó a las tierras del Perú. Ellos fueron los maestros que depositaron los conocimientos que, presumiblemente, cimentaron las bases de la ciencia que materializó las construcciones que jalonaron los dominios del imperio inca.

## LOS SEÑORES DE LAS PIRÁMIDES

De todas las culturas que se dieron cita en la América Central la maya fue la más importante y avanzada que existió. Cientos de monumentos y testimonios arquitectónicos se desperdigaban en las selvas tropicales de Honduras, Belice, Guatemala y la península mexicana de Yucatán.

A diferencia de otras grandes civilizaciones de la antigüedad, el sentido artístico y arquitectónico de las culturas precolombinas es excepcional por un hecho sorprendente: los pueblos de América central y sus grandes obras surgieron y se desarrollaron –conforme al paradigma actual– en absoluto aislamiento, por lo que carecieron de algún precedente relevante de contacto cultural con el Mundo Antiguo; en otras palabras, no estaban influenciadas ni por las civilizaciones occidentales ni por las del Extremo Oriente.

Se supone, además, que la aparición del ser humano en el continente americano es, desde el punto geológico, relativamente reciente. Actualmente, se defiende que entre setenta mil y diez mil años antes de nuestra era unas tribus de cazadores-recolectores siberianos, gracias a las condiciones favorecedoras generadas por la última glaciación<sup>44</sup> wurmiense, penetraron en sucesivas oleadas en Alaska y desde allí iniciaron su expansión –a lo largo de los siglos– recorriendo todo el continente americano de norte a sur. Por lo tanto, los amerindios tuvieron que recorrer solos su propio camino hacia la civilización. El posterior calentamiento climático del 10000 a. C. destruyó el acceso natural que tan eficientemente había permitido el paso del ser humano al Nuevo Mundo; sin embargo, creo importante hacer aquí una matización importante.

Se cree que el hombre llegó a Siberia hace unos treinta mil años y a América hace unos veinte mil años pero hay ciertas evidencias arqueológicas que han sido deliberadamente obviadas y que es justo comentar aquí. En 1996, la arqueóloga Jean Steen Mackintyre hizo públicas sus conclusiones en



relación con un yacimiento que encontraron en 1966 y que fue, a partir de entonces, objeto de estudio por su parte durante décadas. Sus pruebas convulsionaron a la comunidad científica y pasaron desapercibidas para la opinión pública a pesar de tratarse de una noticia sensacional.

En 1966 pensamos que era un yacimiento antiguo y creímos que tendría unos veinte mil años –comenta–. En aquella época, se pensó que era demasiado tiempo. Cuando lo datamos mediante una batería de métodos supimos que tenía doscientos cincuenta mil años de antigüedad. Sinceramente yo me hubiera sentido feliz con los veinte mil años. Fui ingenua y pensé: bueno, voy a dejar de pensar en las fechas, tenemos la información. Hemos conseguido los hechos. Tomemos esos hechos y partamos de ahí. No me di cuenta que arruinaría mi carrera por completo.

Según Mackintyre su planteamiento científico tuvo consecuencias nocivas para su carrera profesional hasta el punto de frustrar sus oportunidades: «denegaron sistemáticamente mis permisos para investigar», incluso «el yacimiento en el que había trabajado durante tanto tiempo fue cerrado». Lo curioso del asunto es que treinta años más tarde otro equipo de arqueólogos descubrió en Siberia los restos de seres humanos de ¡trescientos mil años!, por lo que la fecha propuesta por Mackintyre no es tan disparatada como pudiera parecer.

Por otro lado, tal y como ya hemos señalado páginas atrás los mayas parecen contradecir las hipótesis modernas sobre sus orígenes, al considerar que los conocimientos y progresos que definieron su civilización tuvieron su referente en Kukulcán, el dios blanco que en los tiempos remotos los instruyó a todos en las avanzadas disciplinas del conocimiento tales como las matemáticas o la astronomía, entre otras muchas.

Al margen de estos datos circunstanciales lo que nos dice la arqueología es que las grandes ciudades mayas afloraron tras un largo proceso que tuvo sus comienzos en la conocida por los expertos como época preclásica ubicada entre el 200 o el 100 antes de nuestra era. Estos rasgos de cultura refinada surgieron sobre la base de una agricultura muy desarrollada y notablemente antigua: seis milenios antes de la llegada de los conquistadores españoles, los mesoamericanos adoptaron cultivos muy variados que incluían el chile, frutas para el zumo, maíz, frijoles y diversas variedades de plantas comestibles. Los cultivos, además, se adaptaron a los diversos entornos medioambientales de Mesoamérica, lo que propició el éxito de esta actividad. Uno de los más singulares en cuanto a su nivel de desarrollo fue el de la agricultura

chinampa<sup>45</sup>, que durante un tiempo se pensó exclusiva de los aztecas pero ahora sabemos que se difundió incluyendo a los mayas.

Aunque existen ciertas diferencias entre las culturas maya o azteca, se ha constatado que las civilizaciones centroamericanas comparten interesantes similitudes. Para empezar, la común posesión de un calendario sagrado de doscientos sesenta días, con sus veinte señales diarias y trece coeficientes sería una prueba de contactos entre estas dos entidades durante un contexto temporal bastante amplio, lo que se plasmó en una serie de influencias recíprocas de carácter técnico y artístico sobradamente conocidas por los arqueólogos. Para los antropólogos esta reciprocidad favoreció, además, un cierto grado de unidad genética que hoy nadie discute en el ámbito académico. Esta interpretación es universalmente aceptada entre los mesoamericanistas. Los arqueólogos han confirmado la relevante actividad de diversas poblaciones del centro de México, como los toltecas y los teotihuacanos en las tierras bajas mayas. Estas poderosas razones han permitido consensuar la opinión de que –al menos– una parte de esa «unidad fundamental» comparte un génesis común en la considerada como gran cultura madre de mesoamérica: la civilización olmeca.

Los olmecas fueron los primeros en levantar grandes templos y pirámides. Fueron los primeros en construir colosales centros ceremoniales, en dominar la técnica del altorrelieve y el bajorrelieve, en cincelar piedras de extrema dureza. Fueron los primeros en ejecutar grandes proyectos de ingeniería esculpiendo con gran refinamiento grandes moles pétreas que posteriormente eran transportadas y colocadas sin que todavía hoy se sepa muy bien cómo lo hicieron. Fueron los primeros en desarrollar una escritura –aunque muy rudimentaria–, una religión y una ciencia astronómica desconcertante. Su papel en Mesoamérica fue análogo –por tanto– al que desarrollaron los sumerios en Mesopotamia generando las sinergias que permitieron forjar las posteriores y grandiosas civilizaciones precolombinas de la antigüedad.



Los zapotecas que habitaron en México entre el 600 a. C. y el 800 d. C. perfeccionaron el cálculo del tiempo gracias, en gran medida, a una larga tradición heredada de los olmecas. De hecho, en Monte Albán (en la imagen) se halló el primer calendario ritual de 260 días. Por otro lado, sus principales edificios están perfectamente alineados en dirección norte-sur. La pirámide central, conocida como edificio J sirvió como marcador astronómico. Gracias a esta orientación este marcador permitía hacer un seguimiento de la estrella Capella, desde su aparente salida a 45° hacia el norte del este, hasta el cenit. También se cree que las numerosas aperturas del edificio permitían el seguimiento de ciertas constelaciones sumamente valoradas por los sacerdotes zapotecas.

De los olmecas sabemos muy poco; de hecho, desconocemos cómo se llamaban a sí mismos, el idioma que hablaban, de dónde procedían y cómo llegaron a asentarse en las zonas pantanosas del sur de Veracruz y de Tabasco, muy cerca de las playas del golfo de México. Su génesis es un enigma que ha dado lugar a todo tipo de especulaciones.

Los arqueólogos ignoran cuántos yacimientos olmecas –en la cuna de esta civilización– existen; pero se sabe que la mayor parte de ellos estuvieron ubicados en pequeñas colinas de las tierras bajas, en mesetas próximas a las riberas de los ríos y por encima de zonas propensas a las inundaciones. Con la estación de las lluvias se produce un fenómeno análogo al que se daba, paradójicamente, en el Nilo: las tierras bajas son cubiertas por el agua, que al retirarse dejan una fina capa de limo fértil en las riberas de los ríos. Es en estas franjas de terreno donde la agricultura resulta más productiva. Este fenómeno favoreció el rápido incremento demográfico que permitiría el nacimiento de la cultura olmeca.

Tras décadas de discusiones, la comunidad científica ha logrado consensuar la cronología olmeca. De hecho, ahora podemos distinguir dos horizontes: uno que limitaba con la última parte del período formativo primero (1200-900 a. C.), seguido por otro del formativo medio, entre el 900 y el 400 a. C. Es en este contexto donde la civilización olmeca desapareció.

Una de las señas de identidad más conocidas de la cultura olmeca son sus famosas cabezas gigantes descubiertas en el yacimiento de San Lorenzo Tenochtitlan, el cual forma, a su vez, un conjunto de tres yacimientos próximos a un afluente del río Coatzacoalcos. Estas colosales esculturas están talladas en basalto originario de las canteras de la cordillera de Tuxtla sitas a unos ochenta kilómetros del yacimiento donde reposan. La cabeza más impresionante tiene 2,3 metros de altura y supera las veinte toneladas de peso. Lo más probable, según los expertos, es que estas cabezas retraten a los gobernantes olmecas. El tocado que lleva en la cabeza es muy similar al que utilizaban los jugadores de pelota. El juego de pelota se jugaba con una pelota de caucho, grande y muy sólida, lo que obligaba a sus jugadores a protegerse con defensas hechas de madera y cuero y por supuesto una especie de casco. El juego era ritual y en muchas ceremonias los perdedores eran sacrificados. La cancha de juego representaba una especie de diagrama cosmológico en donde la pelota simbolizaba el astro solar. Sabemos que los olmecas también eran aficionados a este juego. No obstante, estos rostros anchos, de narices chatas y gruesos labios evocan para algunos las fisonomías del sureste asiático o el semblante negroide africano, lo que ha dado lugar a polémicos debates, algunos fuera de contexto. También son muy conocidas las figurillas de jade del yacimiento de La Venta, con extraños personajes con el rostro y el cráneo alargado y deformado; representación artística de un acto ceremonial olmeca. Pero el rasgo más sorprendente de los olmecas en este yacimiento es la envergadura, belleza y número de sus grandiosos monumentos y de su peculiar estilo escultórico capaz de competir, sin complejos, con los de otras grandes culturas de la antigüedad.



Pirámide de los Nichos en Tajin, México. Considerando la partición del mes lunar de 28 días en cuatro partes idénticas, se deduce que las siete plataformas de la pirámide representan los siete días de la semana; pero también los siete días para el plenilunio, para el cuarto creciente, el cuarto menguante y el novilunio. Además esta pirámide nos susurra un secreto: los astrónomos de entonces sabían de la existencia de Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Cada una de las plataformas representaba a uno de los siete objetos que viajan por el cielo.

Los arqueólogos han encontrado suficientes testimonios como para concluir que la influencia olmeca se dejó sentir desde México central hasta Costa Rica; y por la razón que fuera, lo cierto es que el culto olmeca a los dioses y los antepasados tuvo su seguimiento lejos de la región central; así en el caso de los mayas primitivos existen pruebas suficientes como para afirmar que fueron descendientes directos de los misteriosos olmecas.

Los mayas tuvieron que hacer un formidable esfuerzo de adaptación para transformar el terreno pantanoso en el que se asentaban. El proceso de transformación de estos terrenos en tierra cultivable revela, para los arqueólogos, un trabajo colectivo que precisó de una notable organización que no hubiese sido posible sin la existencia de una estructura social jerarquizada. Esta ingente labor de ingeniería agrícola dio sus frutos optimizando los recursos y favoreciendo una producción masiva de alimentos que dio de comer a los miles de obreros que, a finales de la época preclásica y clásica comenzaron a trabajar en los grandiosos centros urbanos donde se

erigieron las colosales construcciones que asombran al hombre moderno. Pirámides y templos que a su vez forman parte de una asombrosa escenografía cósmica por cuanto revelan unos conocimientos matemáticos y astronómicos extraordinarios.

## LA MÁSCARA DE JADE

Los mayas construyeron a lo largo de su historia grandes centros de poder: Uaxactún, Piedras Negras, Copán, Yaxchilán, Quirigua o Tikal, en gran medida gracias a la revolución agrícola que llevaron a cabo desde el punto de vista técnico y a la que me he referido antes. Pero si hay un lugar que se distingue de todos por su misterio ese es el del centro ceremonial de Palenque.

La historia de Palenque está ligada a Chiapas, la zona más occidental del mundo maya. Las tierras de Chiapas son exuberantes y muy húmedas. En su interior se cobijan, desde hace milenios, las ruinas de antiguas ciudades, las cuales han sido engullidas por la implacable selva tropical.

Palenque se encuentra en un paraje excepcional en consonancia con la relevancia de este yacimiento arqueológico. La ciudad ocupa un extenso rellano y parece recostarse sobre las faldas de la Sierra que lo acoge. Un pequeño río, Otolum, atraviesa el interior de la ciudad. Los ingenieros mayas canalizaron el curso del río mediante un acueducto subterráneo para de este modo evitar la erosión y salvaguardar los edificios.

Pirámides y palacios comparten espacio con las ruinas alrededor de la denominada Plaza Mayor, bordeada, a su vez, por el famoso Templo de las Inscripciones, sobre el que, por cierto, volveremos más adelante. Al este del complejo destaca un grandioso centro ceremonial compuesto por dos templos; uno sito al este (el Templo de la Cruz) y el otro al norte (el Templo del Conde).

Uno de los primeros emplazamientos mayas en ser explorados fue precisamente Palenque. En 1786, el rey de España, Carlos III, se apasionó con las históricas excavaciones de Pompeya aficionándose, de este modo, a la arqueología. Entusiasmado por lo que se podía ocultar en tierras mayas confió a Antonio del Río la responsabilidad de llevar a cabo la exploración

arqueológica de este lugar. La expedición tuvo lugar en 1787, un año después de la feliz idea del monarca, y los resultados de las prospecciones e investigaciones se dieron a conocer en 1822.

Carlos IV de España también mostró un notable interés por las expediciones arqueológicas consagradas a las civilizaciones precolombinas, promocionando, como había hecho su antecesor, una nueva expedición que encomendó a Guillaume Dupaix que, en compañía del dibujante mexicano Luciano Castañeda, visitarían Palenque en 1805 en una expedición que duraría un año. Sus dibujos y planos serían expuestos en París años después. Estos primeros estudios e investigaciones, aun siendo importantes, apenas trascendieron a la opinión pública.

Sin embargo, Palenque saltará a la fama mundial gracias a la labor de dos americanos: el periodista John L. Stephens y el dibujante Frederick Catherwood. Sus asombrosos y detallados dibujos deslumbraron a millones de lectores del libro de Stephens: *Incidents of Travel in Central America*, una visión romántica pero rigurosa de diversos yacimientos mayas.

Posteriormente, las expediciones científicas a Palenque se acabaron convirtiendo en algo habitual. De todas ellas hubo una en particular que, por sus importantes hallazgos, ha contribuido a la mitificación moderna de este lugar. Me estoy refiriendo a la expedición liderada por Alberto Ruz Lhuillier en los años cincuenta.

La más notable de todas las construcciones de Palenque es el denominado Templo de las Inscripciones en cuyas entrañas el arqueólogo mexicano descubrió para el mundo la cripta funeraria del soberano Pacal que gobernó casi durante setenta años en Palenque. Su descubrimiento fue emocionante; el típico descubrimiento que uno esperaría ver dramatizado en una película de aventuras. Tras descubrir una gran losa de piedra en el suelo, Lhuillier y su equipo la retiraron no sin esfuerzo. A sus pies pudieron atisbar el comienzo de una escalera obstruida por una gran cantidad de escombros. Durante los siguientes tres años, su equipo se dedicó en exclusiva a retirar todos aquellos cascotes que cerraban el paso a uno de los grandes descubrimientos de la arqueología del siglo xx. Una vez superada esta etapa, a ras de suelo, al pie de las escaleras encontraron –tras una pesada lápida triangular– los restos de cinco personas de ambos sexos sacrificadas por motivos rituales. Al retirar la lápida, el equipo se quedó pasmado y maravillado a la vez. Tras mil años de inviolabilidad una enorme sala vacía les conminaba a entrar en lo

desconocido. Lhuillier describió el aspecto de la sala como «tallada en hielo, una especie de gruta cuyas paredes y techo semejaban superficies perfectas, o una capilla abandonada cuya cúpula estuviera cubierta de estalactitas y de cuyo suelo surgían gruesas estalagmitas como los goteos de una vela...».

Penetrar en aquella cripta debió ser lo más parecido a entrar en la estancia de otro mundo.

De las oscuras sombras –comenta un excitado Lhuillier– surgió una visión de cuento de hadas, una vista fantástica y etérea. Parecía una gruta mágica esculpida en hielo, las paredes centelleaban y brillaban como cristales de nieve. Delicados festones de estalactitas colgaban como borlas de una cortina [...] daba la impresión de ser una capilla abandonada. A lo largo de las paredes marchaban figuras de estuco en bajorrelieve. Entonces mis ojos vieron el suelo, ocupado casi en su totalidad por una gran losa de piedra esculpida, en perfecto estado.

Linterna en mano, Lhuillier posó el haz de luz sobre la superficie de la lápida, topándose con un asombroso grabado que cubría la lápida del sarcófago del soberano Pacal. La enorme losa, de 5,5 toneladas de peso, estaba ricamente decorada con extraños y bellos símbolos. En un último esfuerzo, el equipo procedió a la tensa operación de abrir el sarcófago. Al descubrir su interior la atmósfera en el interior de la cripta se electrizó. Todos los allí presentes vibraron de emoción. Dentro del sarcófago descansaban los restos –cubiertos de jade– de un hombre alto, en una primera impresión por parte del equipo mexicano, de unos cuarenta años de edad. Su rostro estaba cubierto, a su vez, por una inquietante máscara elaborada con mosaicos de jade en cuya boca vemos el amuleto de la inmortalidad, en forma de T. Sus ojos son bolas de nácar, el iris es de obsidiana y las pupilas están pintadas confiriéndole una expresión sobrenatural.

Una de las cosas que más inquietó a Lhuillier es que, conforme a lo que nos susurran las inscripciones, el soberano Pacal falleció a los ochenta años de edad, en el 683 d. C., lo que resultaba asombroso, pues las características del esqueleto parecían indicar que este había muerto mucho más joven. Durante un tiempo el equipo científico asesor de la expedición reafirmó estas conclusiones. El paso del tiempo, como veremos, ha permitido resolver este enigma.





Desde el punto de vista funerario, el jade era considerado por los pueblos de Mesoamérica una piedra preciosa que encarnaba la inmortalidad, la eternidad. Esta es la razón por la que el rostro del rey Pacal fue cubierto con una máscara realizada con este preciado material.

Como he descrito antes, este fabuloso descubrimiento ha dado lugar a todo tipo de interpretaciones, algunas de ellas muy polémicas, lo que ha favorecido el desarrollo de un mito moderno que prometía desestabilizar todas nuestras creencias como especie sobre el planeta. Lo que unido a la supuesta anomalía descubierta por Lhuillier sobre su edad ayudó a alimentar la idea equivocada de que estábamos ante algo –literalmente– de otro mundo.

El escritor suizo Erich von Daniken es conocido, desde los años sesenta, por ser un acérrimo defensor de la presencia en el pasado de antiguos astronautas. Una de sus «pruebas» más emblemáticas abogaba por considerar la talla de la superficie de la lápida de Palenque como una representación de un astronauta en una nave espacial impulsada por algún tipo de combustible fósil, tal y como sucede con los cohetes modernos. Francamente, tras décadas de investigación estudiando las inscripciones, muchas de ellas han sido descifradas y nos permiten afirmar que la talla de Palenque describe en realidad el tránsito del alma de Pacal a la morada de los difuntos, que los mayas, por cierto, llamaban Xibalba; además de la transformación del rey maya en un dios.

Es lógico que la ornamentación que adorna la superficie de ocho metros cuadrados que sirvió de lápida al rey maya Pacal despistara a más de uno. Conforme a nuestros parámetros modernos pudiera parecer que estamos ante la representación de un hombre dentro de una máquina voladora, pero olvidamos que este juicio de valor recurre a unas premisas culturales distantes en el tiempo y el espacio ¡de más de mil años! A todas luces, esta valoración moderna parte de una idea errónea y distorsionada. Como veremos más adelante este método de buscar analogías o similitudes entre épocas distantes y la nuestra es –en la mayoría de los casos– engañoso.

Lo que verdaderamente representa el bajorrelieve en su parte central no es un astronauta ni mucho menos, sino al gran soberano Pacal descansando sobre el lomo del monstruo de la Tierra. Aparece recostado hacia atrás, con el rostro orientado hacia al cielo. Las fauces del mundo subterráneo, con forma de mandíbulas de jaguar, están abiertas al máximo indicando con claridad que se dispone a engullir al difunto monarca. Sobre el rey se alza otro símbolo muy conocido en la cultura maya: el Árbol Cósmico, con forma de cruz, cuyos brazos se rematan con las figuras del Dragón; símbolo primordial de los rituales de los mayas y de la mayor parte de las religiones

precolombinas: la sangre. Sobre el árbol vemos el Pájaro Celeste y suspendida de este árbol vemos una Serpiente con dos cabezas. Al igual que el mundo subterráneo, sus fauces están abiertas y de su interior surgen las cabezas de dos divinidades. Estamos ante un compendio del panteón cosmológico maya. Esta obra nos habla sobre la organización del cosmos, los astros que la componen, las efemérides astronómicas más relevantes, su funcionamiento, su caos, el Sol y la Luna, la noche y el día, su relación con el mundo de los vivos y el de los muertos y, como no puede ser menos, Pacal se convierte en el centro de atención, en el protagonista, en el responsable de organizar el universo convirtiéndose, además, en el mediador entre el inframundo y el mundo de los vivos. Al fin y al cabo es un dios que ocupa, con todos los honores, el panteón cósmico de su pueblo.



La controvertida losa funeraria del rey Pacal. El «cosmonauta» de Palenque es en realidad un sacrificado. Los motivos centrales que dan forma a la supuesta nave espacial son en realidad el árbol de la vida. El propulsor de la nave espacial es en realidad un motivo que vemos representado en numerosos paneles y es bien conocido por los arqueólogos; se trata de la máscara del monstruo de la Tierra; frente al rostro de Pacal se identifica a la perfección la espiga de maíz, que tanta importancia tenía en la cultura maya; mientras que en la parte delantera de la «astronave» aparece el quetzal.

Las indagaciones llevadas a cabo, fundamentalmente, por Linda Schele y Floyd Lounsbury en relación al significado de las inscripciones que aparecen en los templos de Palenque –hábilmente traducidas por estos dos expertos

estadounidenses en cultura maya— han permitido aclarar muchos misterios, entre ellos la edad real del fallecimiento de Pacal. Desde el punto de vista meramente histórico, los especialistas han descubierto, tras descifrar los textos mayas, que este rey nació en el 603 de nuestra era; subió al trono con tan sólo doce años de edad en el 615. Su madre se llamaba Zac-Kuk y mandó que se la vinculara en los glifos que aparecen en el Templo de las Inscripciones con la Primera Madre, la diosa que engendró los dioses y los primeros reyes mayas; además, dejó entrever una conexión más estrecha con la «diosa», al margen de la meramente genética, y es la fecha de su nacimiento que se correspondió con el de la Primera Madre que, no olvidemos, era considerada por su pueblo como una deidad suprema. En el 635 tuvo a su hijo, Chan Bahlum, cuya traducción al castellano sería «Serpiente Jaguar» que, conforme describen los relieves, nació con polidactilia, es decir, con seis dedos en las cuatro extremidades, anomalía que ya desde tiempos prehistóricos ha sido considerada, habitualmente, como una señal de los dioses, por lo que Chan Bahlum fue bendecido y marcado, para la mentalidad de la época, por estos. Aunque fue nombrado heredero al trono años más tarde, en concreto en el 641, la longevidad de su padre le obligaría a esperar cuatro décadas antes de que se hiciese efectiva la sucesión formal y definitiva. En el 683 Pacal fallece a los ochenta años de edad. Si las inscripciones son claras al respecto, no lo son menos los estudios llevados a cabo por forenses recientemente<sup>46</sup> y que confirman que la primera valoración del equipo de Lhuillier era errónea.

No deja de ser curioso el hecho de que, durante mucho tiempo, las teorías de dioses-astronautas convivieron con las hipótesis más minoritarias que abogaban por identificar los restos de este rey maya con los del mítico dios blanco de los mayas. Está claro que, a pesar de las evidencias científicas, el sarcófago de Pacal ya ha entrado en nuestro peculiar panteón mitológico moderno disfrazado de hombre de las estrellas.

El colapso de esta gran civilización y probablemente de la cultura americana antigua en general tuvo su escenificación en las tierras bajas meridionales a partir fundamentalmente del 800 d. C. pero su apogeo hemos de ubicarlo en el 900 d. C. Los arqueólogos han encontrado signos evidentes de una destrucción tan profunda que se sabe que los habitantes de estas ciudades las abandonaron masivamente. Desde hace relativamente poco, se especula que lo que provocó la diáspora y el ocaso del pueblo maya fue un

cambio climático radical. A tenor de los últimos indicios arqueológicos se intuye que muy probablemente eso mismo pasó con los olmecas, los cuales fueron víctimas de los devastadores efectos provocados por las inundaciones y otras catástrofes locales, además de las numerosas confrontaciones bélicas con otros pueblos de la zona; por su parte, los aztecas también abusaron de los recursos de su entorno, lo que unido a sus actividades guerreras, la falta de alimentos y las enfermedades, favoreció el paulatino declive de las grandes culturas precolombinas.



Alberto Ruz Lhuillier, el intrépido arqueólogo que desveló al mundo uno de los secretos mayas más asombrosos de la historia.

## [COSMOLOGÍA PRECOLOMBINA](#)

Uno de los aspectos más intrigantes de las civilizaciones precolombinas son sus avanzados conocimientos en astronomía. En el Códice Bodley vemos un dibujo que representa un templo dedicado a la observación del cielo. Sabemos esto porque el ojo de un astrónomo aparece encuadrado entre los

brazos de una cruz, que algunos arqueoastrónomos creen que representa el empleo de un instrumento astronómico diseñado para calcular ciertas efemérides celestes.

En el yacimiento mesoamericano de Chichén Itzá se encuentran los restos del observatorio estelar «El Caracol». Consta de una torre cilíndrica que se yergue sobre una plataforma cuadrangular. Para acceder a la parte superior hay que ascender por una escalera en forma de espiral, en parte derruida por el paso de los siglos. Ya arriba, nos topamos con varias aberturas diseñadas para la observación celeste. Desde estas «ventanas cósmicas» los sacerdotes mayas eran capaces de registrar la salida de Venus y de algunas estrellas, incluida la nuestra, el Sol. Todos estos cálculos les permitían establecer con rigor la duración de los diversos períodos sinódicos. La pirámide principal de este centro ceremonial escenifica cada 21 de marzo, día que marca el comienzo de la primavera, la bajada a la tierra de la serpiente de luz del dios Kukulcán.

En la zona maya son varios los monumentos construidos con criterios astronómicos. En Guatemala, por ejemplo, encontramos templos desde los que era posible determinar tanto los solsticios como los equinoccios. En el solsticio de verano, el Sol emergía sobre la esquina norte del templo; en los equinoccios, en cambio, salía por detrás de la puerta de otro monumento que hacía de marcador. Finalmente, durante el solsticio de invierno asomaba siempre por la esquina sur de un tercer edificio.

En Uaxactun, también en Guatemala, existen dos edificios enfrentados que servían como indicadores de los solsticios y equinoccios. En Uxmal, el templo conocido como El Palacio del Gobernador, construido en torno al año 750 d. C., fue erigido en honor a Venus, que como se sabe tuvo mucha importancia en la cultura maya. El investigador G. Romano se percató de que este edificio poseía una vinculación singular con la observación astronómica:

Desde el punto central de la cumbre de la escalinata de acceso se puede hacer un alineamiento entre una estela, hoy derruida, un altar y una pequeñísima elevación, apenas visible sobre el horizonte lejano. Esta elevación es la cima de una pirámide que se levanta sobre la ciudadela de Nohpat. El alineamiento está orientado hacia el punto por donde emergía Venus cuando alcanzaba su máxima declinación negativa.

Tal vez los mayas construían marcadores tan precisos para controlar el período sinódico del planeta Venus y, por ende, su orto helíaco.



Pirámide de El Castillo de Chichén-Itzá (México). El descenso simbólico de Kukulcán en su propia pirámide demuestra hasta qué punto estaba desarrollada la técnica constructiva maya. Este acontecimiento astronómico se escenifica en los días de ambos equinoccios. A partir de las tres de la tarde las aristas de los nueve cuerpos, sitos en la esquina noroeste de El Castillo, irán lentamente proyectando su sombra triangular. A lo largo de varias horas se produce un efecto de ondulación luminosa que desciende paulatinamente hasta completar un cuerpo de una gran serpiente de 35 metros de largo cuya cabeza reposa en la base de la pirámide. El momento culminante se da cuando ante los espectadores se manifiesta con intensidad la imagen de una serpiente emplumada luminosa; este fenómeno puede percibirse unos diez minutos.

En las afueras de la ciudad de México nos encontramos con otra muestra arqueoastronómica espectacular: la ciudadela de Teotihuacán. Este enorme complejo arquitectónico de templos y monumentos encierra, todavía hoy, muchos secretos. Para empezar se desconoce quiénes fueron los artífices y constructores de la más grandiosa ciudad precolombina de América Latina. El eje de la colosal pirámide del Sol está orientado en la dirección este-oeste, siguiendo el tránsito del astro rey a lo largo del día. Se piensa que la pirámide simbolizó el centro del Universo.

La ciudad se divide en dos partes bien diferenciadas. La zona alta, consagrada a los dioses celestes, donde encontramos los templos del Sol y la Luna, y la zona baja, dedicada al ser humano, en la cual destaca el templo de Quetzalcóatl. Finalmente, entre ambas partes transcurre una avenida de algo más de dos kilómetros de longitud, conocida con el nombre de «Avenida de los Muertos».



La Intihuatana (Machu Picchu, Perú). Con este artilugio los sacerdotes creían poder amarrar al Sol.

Las mediciones llevadas a cabo en la década de los setenta demostraron que Teotihuacán era una auténtica ciudad de las estrellas. Tanto en las afueras como dentro del núcleo urbano encontramos varios círculos concéntricos punteados en forma de cruz que sirvieron como marcadores. La alineación que se establece entre los dos círculos punteados del llamado grupo de Viching y la colina del cerro Colorado –sita al oeste de la ciudad– mira hacia el punto del horizonte por donde se ponían las Pléyades en el 150 después de Cristo.

Otra importante referencia arqueoastronómica precolombina la encontramos en el Intihuatana, piedra sagrada de la ciudadela inca de Machu Picchu que como recordaremos estaba dedicada al dios Inti, o dios Sol, y que está tallada en un único bloque de piedra. En el solsticio de invierno se amarraba simbólicamente al dios solar, sirviendo además para la observación astronómica más refinada. La piedra es capaz de indicar los solsticios, los equinoccios y los movimientos lunares con absoluta precisión.

La antigua capital azteca, Tenochtitlan, también se erigió con una clara intención astronómica. Gracias a los documentos coloniales, sabemos que el Templo Mayor poseía en su cima dos templetes, orientados hacia la salida del Sol, que precisamente surge en el horizonte entre ambos edificios durante los



equinoccios.

Pero los misterios sobre la Pirámide del Sol no acaban aquí. El descubrimiento de un túnel bajo esta grandiosa pirámide podría ayudarnos a conocer, de una vez por todas, el verdadero propósito que abrigaron los enigmáticos constructores de esta construcción en particular y de la ciudad de Teotihuacán en general. La Pirámide del Sol, con sus sesenta y cinco metros de altura, domina todo el conjunto arqueológico en gran medida gracias a su monumentalidad; basta recorrer su perímetro para cercionarnos de su exultante grandiosidad. Construida sobre su base cuadrada con lados de doscientos quince metros abarca una superficie de nada más y nada menos que 42.225 metros cuadrados; lo que se corresponde con algo más de un millón de metros cúbicos de volumen ocupado.

El exterior de la pirámide se subdivide en cinco partes. La principal –que cuenta con escaleras– está orientada a  $15^{\circ} 17'$  respecto al norte astronómico y es accesible desde la Calzada de los Muertos. En este lado de la descomunal estructura piramidal nos topamos con un cuerpo adosado que presenta la peculiaridad de estar desviado unos grados al noroeste del eje de la pirámide. Obviamente, esto no respondió a un criterio constructivo anárquico sino que tiene su razón de ser desde el punto de vista astronómico pues indica con mayor precisión, si cabe, la dirección de la puesta solar. La pirámide está rodeada por una enorme plataforma en forma de U por sus lados este, sur y norte. Además, los arqueólogos desvelaron para el mundo un túnel alrededor de la pirámide de unos tres metros de ancho y unos marcadores astronómicos de sumo interés científico.

Desde las primeras exploraciones oficiales en Teotihuacán en 1905 hasta nuestros días la exploración en la Pirámide del Sol no ha cesado; sin embargo, pocos conocen esta frenética búsqueda científica por desvelar sus secretos; es más, algunos sensacionales hallazgos han pasado desapercibidos para el público en general. La curiosidad mediática que desata en la opinión pública el Antiguo Egipto y su Gran Pirámide parece no tener competidor.

Los primeros arqueólogos que exploraron la Pirámide del Sol determinaron que esta, al contrario de lo que sucede en otras pirámides mesoamericanas, carecía de estructura interna; lo que nos lleva a descartar la superposición de construcciones. Pasados los años cuarenta varios arqueólogos volvieron sobre los pasos, *in situ*, de sus antecesores para tratar de encontrar, una vez más, algún indicio que revelase la existencia de

estructuras internas, pero el esfuerzo fue en vano.

Al pie de la Pirámide del Sol los arqueólogos encontraron, en 1971, un pozo cegado por cascajo y piedras. Al extraer estos restos apareció una escalera antigua que conducía hasta un túnel, ubicado bajo la pirámide, que recorre sus entrañas a lo largo de ciento tres metros, en dirección a poniente, con una ligera desviación hacia el norte. La entrada del túnel coincide con la parte central de la escalera de la pirámide lo que demuestra, según los expertos, que el túnel pertenece a la misma época en que la pirámide fue construida. El impresionante túnel acaba en cuatro cámaras que juntas conforman una especie de flor.

En 1974 los investigadores Hugh Harleston y George T. Baker hicieron un interesante estudio sobre este misterioso túnel. Debajo del cuarto cuerpo de la pirámide, a 37,5 metros al oeste respecto al punto central y a 11,9 metros al sur con relación al oeste astronómico, Harleston, Baker y sus colaboradores localizaron el centro exacto de las cámaras subterráneas del complejo. Es muy probable que estas cámaras fueran objeto en el pasado de todo tipo de saqueos, como sucedió en Egipto, privándonos de sus tesoros; de hecho, las huellas de los saqueadores se encuentran por todas partes.

Lo más interesante de su investigación es que, en ciertos códices aztecas, aparecen representadas precisamente cámaras en forma de flor, muy similares al conjunto hallado bajo la Pirámide del Sol; lo que no puede ser una casualidad. Por su parte, el Códice de Xólotl nos da una pista relevante: muestra la representación de dos pirámides encima de una cueva que esconde un oráculo. En la cultura azteca la flor tenía diversos significados; tal vez el que aquí nos interese es el meramente cosmológico pues al ser una flor de cuatro pétalos debió de guardar una estrecha relación con los puntos cardinales y en definitiva con la astronomía entendida como potente mediador de los dioses del cosmos con el hombre. Con el descubrimiento de este túnel, los anónimos constructores de Teotihuacán han demostrado ser mucho más enigmáticos de lo que ya de por sí son considerados. Estos indicios arqueológicos sugieren, con un alto grado de certidumbre, que lo mejor de las exploraciones en Teotihuacán está por llegar. Los restos de los desconocidos gobernantes de esta ciudad cósmica deben de yacer en algún recóndito lugar de las dos grandes pirámides que dominan el complejo arqueológico de Teotihuacán: la del Sol y la de la Luna.

Pero si la compleja laboriosidad de aquellos arquitectos anónimos resulta

excitante, no lo es menos el fundamento matemático verdaderamente perfeccionista del calendario de los mayas. Su disposición era distinta a cuantos calendarios conocemos, pero con mayor precisión. Veámoslo con la siguiente comparativa:

- Según el calendario juliano, el año era de 365,242500 días.
- Según el calendario maya, era de 365,242129 días.
- Por último, según el cálculo astronómico reconocido actualmente por la ciencia, el año se compone de 365,242198 días.

Todo lo que sabemos actualmente sobre el calendario de los mayas (y de los aztecas) ha partido de la base del conocimiento y estudio de la escritura jeroglífica maya, por otro lado íntimamente relacionada con las efemérides cósmicas reflejadas en su almanaque cósmico. Las inscripciones dinásticas se asientan sobre el calendario de cómputo largo; una medición que, por cierto, no inventaron los mayas, pero que sí perfeccionaron sustancialmente. El cómputo largo consiste en:

[...] la acumulación de cinco tipos de ciclos de tiempo, con los coeficientes numerales por los que han de multiplicarse. Esos ciclos son: baktún, ciento cuarenta y cuatro mil días; katún, siete mil doscientos días; tun, trescientos sesenta días; uinal, veinte días, y kin, un día. Una fecha del cómputo largo debía calcularse añadiendo ese total a la supuesta fecha de arranque del calendario, que por lo general se consideraba la fecha de creación de nuestra era presente. Así, usando una anotación moderna, la fecha del cómputo largo 9.8.9.13.0 equivaldría a 1.357.100 días desde el punto de partida, alcanzando una posición en el giro calendárico de 8 Ahau (en el cómputo de doscientos sesenta días), 13 Pop (en el cómputo de trescientos sesenta y cinco días).

Este sistema era ideal para evocar acontecimientos históricos con la peculiaridad de que podía ubicarse, no en un ciclo de cincuenta y dos años, sino de más de cinco mil años.

Resulta verdaderamente sorprendente que los mayas, sin la utilización de telescopios, consiguieran unos datos tan precisos sobre las fases lunares, las efemérides planetarias o la longitud del año. Gran parte de sus conclusiones astronómicas se fundamentan en las observaciones que ponderaban la aparición y desaparición de ciertos cuerpos celestes además de sus movimientos norte-sur sobre el horizonte accesible al ojo humano.

Aunque bien es sabido que el propósito perseguido por los mayas al realizar sus complejos cálculos era estrictamente astrológico no entorpeció su viaje hacia una comprensión de la astronomía verdaderamente científica. Las

páginas del Códice Dresde son reveladoras al respecto, especialmente en aquellas partes donde se alude a los eclipses. En ellas se muestra un tipo de cálculo basado en la fórmula de que cuatrocientas cinco lunaciones equivalen a 11.958 días, lo que se traduce en un mes sinódico de 29,52592 días. No olvidemos que en relación a los cálculos modernos la diferencia es de tan sólo ¡siete minutos!

En el códice se puede ver que los mayas concedían especial relevancia a los cursos de los planetas Marte, Mercurio y Júpiter pero de entre ellos Venus era el que gozaba de mayor atención. Para los mayas tenía una importancia vital.

El Códice Dresde contiene un calendario de Venus que ya era utilizado en el período clásico. Los movimientos aparentes de Venus eran tomados en cuenta para determinar eventos relevantes, desde la óptica cultural maya, tales como ciertas acciones militares.

El período sinódico de Venus es de 583,920 días; pues bien, los mayas calcularon dicho período en 584 días, cifra muy aproximada al período real. No es extraño que relacionaran Venus con el año solar aproximado pues dedujeron que  $5 \times 584 = 8 \times 365$ . El período sinódico maya se estructuraba de la siguiente manera: 236 días (estrella de la mañana), 90 días de invisibilidad (conjunción superior), 250 días (estrella de la tarde) y finalmente 8 días de invisibilidad (conjunción inferior). Los mayas tenían especial respeto y temor a la primera aparición como estrella de la mañana de Venus que se daba con una ascensión heliaca.

Finalmente, el 21 de diciembre de 2012 el calendario maya de la cuenta larga marca el remate de una era dilatada. Esto ha dado lugar a históricas especulaciones que abogaban por el fin del mundo cuando en realidad no ha sido así en absoluto. El 21 de diciembre es el análogo maya de nuestro 1 de enero; ni más ni menos.

Como acontece en otras civilizaciones que habían alcanzado conocimientos astronómicos avanzados, los mayas sabían de la precesión equinoccial y la constante del sistema solar, pero la expresaban en días, en lugar de en segundos como los sumerios. También eran conscientes de que las conjunciones de Júpiter y Saturno se producen detrás del Sol, cada nueve mil años y conocían la existencia de los planetas exteriores de Urano y Neptuno.

A tenor de estos datos, no resulta inaudito que los ascendientes de los

mayas fuesen capaces de calcular una constante de ciento cuarenta y siete mil cuatrocientos veinte millones de días. Pero sí es asombroso que este mismo número, expresado en días, sea igual a aquel que expresado en segundos era utilizado por los hijos de Oannes en el otro extremo del planeta. Ante lo cual cabe preguntarse: ¿cómo pudieron llegar a las mismas conclusiones que los sumerios?

Pero volvamos a Palenque y a su famosa estela funeraria. El arqueólogo mexicano Alberto Ruz Lhuillier se dio cuenta de un detalle que no he comentado aún. Antes de remover de su lugar la estela funeraria de Pacal, el equipo de arqueólogos se percató de que sus dimensiones no se correspondían con ninguna de las cifras de medida empleadas habitualmente por las otras civilizaciones de la América central o meridional. Dichas unidades de medida eran el «pie egipcio», de 0,300 metros; el pie de Cuenca, de 0,348 metros, y el de Tiahuanaco, de 0,297 metros. Cuando por fin se pudo alcanzar y abrir la tumba, los arqueólogos desvelaron los restos de Pacal, un hombre con la nada despreciable estatura para la época de 1,75 metros de altura; no olvidemos que el maya típico no pasaba del 1,50. Esta característica física tan singular unida a las especulaciones que consideraban la tumba mucho más antigua que el complejo donde reposaban los restos del rey Pacal, sembraron la idea de que los restos del hombre que yacía bajo la losa pertenecieron al mítico dios blanco de las tradiciones antiguas.

A mediados del siglo XIX, en las selvas venezolanas, todavía vivían tribus de hombres blancos, conocidos como «Los Motilones». Estas evidencias antropológicas han suscitado la idea en algunos investigadores de que avalarían la presencia, en el pasado remoto de América, de visitantes blancos y, por ende, de sus descendientes.

Lo que parece obvio es que, al margen de estas especulaciones, la civilización maya, debido a sus singulares características, seguirá pareciéndonos una cultura como de otro mundo. Lo mismo podríamos pensar de otra gran civilización volcada en construir monumentales templos y pirámides: el Antiguo Egipto.

[33](#) Esferas o lugares especiales según se entendía en el mundo tradicional de la época.

[34](#) En castellano «Espuma de mar», lo que resulta altamente significativo. Cabe decir que «Kon» era el dios de los chimus y significa Sol, mientras que Tiki es curiosamente el dios polinesio, aunque en

lengua aimará también significa Sol. Por otro lado, el término «Illac» puede traducirse como rayo, sol del sol...

[35](#) Quetzalcóatl era el título que se le daba al gran sacerdote tolteca. Conforme a lo que nos dice la leyenda era hijo de Mixcóatl, el dios celeste (serpiente en las nubes) y de la madre-tierra Chipalman, la cual lo concibió, como en el caso de Jesucristo, siendo virgen. Es un personaje histórico; en concreto, el quinto rey tolteca que vivió desde el año 947 al 999 de nuestra era.

[36](#) El episodio no deja de resultar paradójico. Cuando Hernán Cortés puso pie en tierra azteca, sus habitantes, en un primer momento, lo tomaron por el mismísimo dios blanco y barbudo Quetzalcóatl. Lo hacían en base a un criterio lógico. Los sacerdotes aztecas calcularon que puesto que el dios blanco había muerto el año «caña» (ce-acatl), regresaría asimismo en un año ce-acatl; el cual, conforme al calendario azteca, se daba cada cincuenta y dos años y tras la observación y el meticuloso análisis de los fenómenos astronómicos, los sacerdotes aztecas interpretaron que precisamente en aquel año ce-acatl en el que había desembarcado Cortés con sus hombres, había llegado en realidad el dios blanco de sus mitos. Por una feliz coincidencia para los españoles, la fecha del regreso de la deidad coincidió con el día exacto reflejado en las tradiciones aztecas: el dios blanco volvería a las costas mejicanas el día «nueve viento» del año ce-acatl que se correspondía con el 22 de abril de 1519, Jueves Santo.

[37](#) En lo que coinciden todos los arqueólogos es que Tiahuanaco seguirá siendo por mucho tiempo uno de los grandes misterios arqueológicos de nuestro mundo. Aunque la fecha sugerida por Posnansky es considerada por la mayor parte de la comunidad científica como un error, en lo que parecen estar todos de acuerdo es que este increíble lugar pertenece a un período muy anterior al inca.

[38](#) Posnansky sostuvo que cuando se fundó el templo de Kalasasaya el eje terrestre estaba inclinado en la perpendicular de la eclíptica de 23 grados, 8 minutos y 48 segundos. Esa inclinación del eje terrestre, polo norte-sur, se correspondía con el 15000 antes de Cristo.

[39](#) Cálculos más recientes llevados a cabo por el arqueólogo Neil Steede ubican la fecha de inicio de construcción de esta ciudad hace doce mil años, lo que, en palabras del propio Steede, nos lleva a cuestionar todo nuestro paradigma sobre las culturas preincaicas, la América precolombina y el génesis mismo de la civilización. No olvidemos además que conforme al modelo actual el hombre dejó las cavernas hace unos cinco mil años.

[40](#) La arqueología oficial considera probable que esta divinidad fue tomada por Tiahuanaco de la anterior civilización Chavín.

[41](#) Poseían un calendario venusiano y como hemos visto un observatorio solar avanzado.

[42](#) En 1986 el ingeniero checo Pavel Pavel consiguió desplazar un moai de nueve toneladas con la ayuda de diecisiete personas pero tuvo que parar en seco el experimento pues la base del moai comenzaba a fracturarse. En el experimento de Hunt y Lipo para mover cinco toneladas han necesitado hacer uso de tres cuerdas y dieciocho personas.

[43](#) Tengan o no razón los datos clave considerados por la historiografía actual ubican el devenir histórico de los incas y de Machu Picchu con claridad: del 1200 al 1532 el imperio incaico vive su máximo apogeo como nación india; y en el siglo XV se construye Machu Picchu.

[44](#) El nivel de los océanos descendió notablemente debido a la acumulación de hielos en las regiones árticas y antárticas del planeta, lo que permitió las sucesivas olas migratorias de Asia a América. Este puente natural unía el Estrecho de Bering y el archipiélago de las Aleutianas.

[45](#) Técnica agrícola que consistía en la utilización de balsas cubiertas de arena sobre las que cultivaban. Servía además para expandirse territorialmente.

[46](#) Vera Tiesler Blos, Profesora Investigadora en la Facultad de Ciencias Antropológicas en la Universidad Autónoma de Yucatán, fue la encargada de dirigir estos estudios. En una entrevista realizada para un medio de comunicación mexicano en 2003 comentó: «Con la aplicación de nuevas técnicas utilizadas en bioarqueología logramos determinar que Pacal, quien según las inscripciones nació en el año 603 d. C., en realidad murió a una edad avanzada, que bien puede corresponder a la edad de ochenta años que la epigrafía marca con el año de su deceso en 683 d. C.». Los datos se dieron a conocer por vez primera en la 68.<sup>a</sup> Reunión Anual de la Sociedad de Arqueología Americana en abril del mismo año. El proyecto, de unos cuatro años de duración, llegó a otras interesantes conclusiones desde el punto de vista forense. Al parecer Pacal padecía osteoporosis degenerativa acompañada de artritis de la columna vertebral.

# Capítulo 6

## En busca de la inmortalidad

Cualquiera que visite la meseta de Gizeh quedará marcado de por vida. Las inmensas pirámides y la misteriosa Esfinge reciben al viajero con solemne majestuosidad provocando en el más sereno de los espíritus la inquietud propia de los exploradores y arqueólogos que durante generaciones han intentado desentrañar sus secretos. Se trata de la construcción más sólida y compleja jamás erigida por el género humano. Sabemos que –con un inmenso esfuerzo– treinta millones de rocas fueron transportadas por el desierto para ejecutar esta grandiosa obra de ingeniería. Un colosal monumento de un tamaño y precisión prácticamente imposibles de emular hoy en día.

Cuando uno está ante la Gran Pirámide se cuestiona muchas cosas pero fundamentalmente una: ¿A qué importante objetivo obedeció su construcción? Esta ha sido la gran pregunta que ha atormentado a los egiptólogos durante generaciones. Hoy, después de décadas de investigaciones, algunos investigadores creen haber encontrado la respuesta.

Probablemente, los textos religiosos más antiguos conocidos sean los denominados «Textos Piramidales». Se trata de unos textos a los que, por lo general, nunca se les ha otorgado la importancia debida; lo cual, a la luz de la razón, resulta paradójico puesto que estos escritos jeroglíficos evocan el misterioso génesis de la cultura egipcia.





Pirámide y Esfinge de Giza (Egipto). La Esfinge y las pirámides,

en su conjunto, están conectadas con las estrellas conformando una especie de holograma astronómico del cielo nocturno de Egipto de miles de años.

Por otro lado, dada su extraordinaria antigüedad, parece increíble que apenas sean conocidos por el público en general. De hecho, estos pueden ser considerados el «Antiguo Testamento» del Antiguo Egipto. Los Textos Piramidales se encuentran labrados en el interior de los muros de una pirámide de la V Dinastía y cuatro de la VI. Aunque están datados entre el 2300 a. C. y el 2100 a. C. no son, ni mucho menos, los textos originales. Resulta obvio que estos derivan de un arquetipo anterior del que –a día de hoy– no hay rastro alguno.

Con un alto grado de certidumbre, los Textos se refieren a una religión y una liturgia que ya existían en el IV Dinastía. Fue durante este contexto político cuando se acometieron las obras del complejo piramidal de Gizeh y Dahshur. En el interior de una deteriorada pirámide del rey Unas (V Dinastía) encontramos numerosos jeroglíficos que ascienden hasta un techo plagado de

estrellas. Estas escrituras pretenden ayudar al rey fallecido en su viaje al otro lado. Uno de estos escritos es un bello y extraño poema lleno de significado; dice así:

Me elevo desde ti, ¡oh, hombre!  
Yo no soy de esta tierra, pertenezco a los cielos.  
He alzado el vuelo como la garza,  
he besado el firmamento como un halcón.  
Soy la esencia de un dios,  
el hijo de un dios,  
el mensajero de un dios.  
Contempla cómo Osiris, temeroso y amante de dios,  
ha renacido en las estrellas de Orión el Bello.  
Me debo a la glorificación de Orión,  
mi alma es una estrella de oro,  
y con él recorreré el firmamento para siempre.

Este poema nos responde en parte a la pregunta que formulamos al principio. Las pirámides tenían una funcionalidad pragmática orientada a favorecer el viaje del alma del difunto. Ahora bien, ese pragmatismo: ¿en qué consistía? ¿Sólo se limitaba a escribir conjuros en las paredes? Responder esta cuestión nos hará entender la fuente de inspiración que llevó a los faraones de la IV Dinastía a ejecutar tan magno proyecto. No olvidemos un hecho relevante y absurdo: sus sucesores, de la V Dinastía, nunca hicieron nada igual, de hecho sus pirámides presentan un aspecto ruinoso, frente a las más antiguas de Gizeh.

El análisis de las pistas matemáticas que encontramos en las pirámides de la IV Dinastía resulta revelador y coincide plenamente con las concepciones cósmicas de las culturas anteriormente comentadas. De este modo, sabemos que el codo utilizado para construir la Gran Pirámide –de 524,1484 mm– se dividía en 28 dedos de 18,7195 mm cada uno. El resultado de la medición de las diagonales de la base, el perímetro, el lado, la apotema, la arista y las perpendiculares trazadas desde el centro de la base y la altura arrojan como resultado los siguientes valores numéricos: 49.280, 34.850, 11.720, 12.320, 9.970, 5.840, 4.840, 7.840. Lo increíble de todo esto es que estos números se convierten en cifras cósmicas. En efecto, representan en días un múltiplo

preciso de varios ciclos planetarios. De este modo, cuatro mil ochocientos cuarenta días es el equivalente de los períodos sinódicos de Mercurio; a su vez, cinco mil ochocientos cuarenta días se corresponde con los períodos sinódicos de Venus. Esta vinculación cósmica se acentúa aún más en la Gran Pirámide y está estrechamente relacionada con el viaje de las almas de los faraones muertos.



Situado a orillas del Nilo, en la baja Nubia, se encuentra el templo funerario de Abu Simbel, construido por mandato de Ramsés II. Para evitar que quedara sumergido fue trasladado piedra a piedra de su lugar a su actual ubicación en los años sesenta. El templo se erigió en el terreno de tal forma que cada dos años, el 21 de octubre y el 21 de febrero, coincidiendo con el aniversario del nacimiento y la coronación de Ramsés II, los rayos del sol naciente penetran en su interior hasta 60 metros iluminando, durante unos minutos, el rostro de la estatua del faraón para luego iluminar al dios Ra y parte del dios Amón que está a su lado. Precisamente, Ptah, el dios creador, la deidad del submundo quedaba fuera del alcance del astro solar. Una metáfora hecha realidad gracias a la asombrosa ingeniería egipcia.

En los últimos años las exploraciones en la Gran Pirámide han suscitado el interés del público. Por primera vez, el hombre ha ideado pequeños robots que se cuelan por las entrañas de la gigantesca estructura en busca de tesoros. La respuesta de la opinión pública ha sido inmediata y desde entonces el interés por el Antiguo Egipto ha ido en aumento, siendo este uno de los temas

de mayor demanda en ámbitos tan dispares como el editorial o el cinematográfico. Egipto está de moda.

Gracias a estas incursiones tan poco convencionales a través de los pasadizos ocultos de la Gran Pirámide hemos descubierto el sobrecogedor significado de algunas de las infraestructuras internas de esta gigantesca masa pétreo. Es el caso de las diminutas aberturas cuadradas colocadas en perfectos ángulos a través de la mampostería de la pirámide que parten de la Cámara del Rey y de la Reina. Cuatro pasadizos de 20 centímetros parten de ambas cámaras. Desde la Cámara del Rey, un pasadizo asciende en dirección norte y otro en dirección sur hasta la cubierta de la pirámide (en la Cámara de la Reina ambos canales permanecen sellados). Ahora sabemos que estos pasadizos tuvieron una función que vinculaba la Gran Pirámide con el firmamento y en concreto con la Constelación de Orión. Robert Bauval demostró lo que muchos otros investigadores, antes que él, ya sospechaban. En efecto, el canal sur de la Cámara del Rey apunta a Orión y el pasadizo norte, mucho más antiguo, apunta hacia las constelaciones circumpolares, consideradas por los egipcios inmortales e indestructibles, puesto que nunca salen ni se ponen.

La posición estelar es cambiante a lo largo de los milenios. El punto más elevado del arco nocturno de un astro está orientado hacia el sur y se denomina culminación; es esta altura la que cambia por efecto de la precesión. Se analizó la declinación de Orión en intervalos de cien años hasta el 2500 a. C., época en la que las pirámides ya estaban construidas. Los resultados mostraron que la constelación de Orión se ha desplazado un grado por siglo; consecuentemente, Delta Orionis, la estrella más brillante del cinturón de Orión ha hecho lo propio. Pues bien, esta peculiaridad hace que esta estrella sea capaz, con su luz, de atravesar estos «canales cósmicos», en concreto el sur.

El pasadizo sur de la Cámara de la Reina está orientado hacia Sirio, que en la mitología egipcia es Isis, la esposa de Osiris, por lo que la constelación de Orión es Osiris. De hecho, Osiris y su esposa Isis gobiernan los cielos nocturnos del Antiguo Egipto. En plena correspondencia con los Textos Piramidales estos canales servían para «lanzar» con extrema precisión el alma del faraón a Orión, al reino de los muertos. La Pirámide de Gizeh era una máquina de resurrección. Al lanzar al faraón a las estrellas éste alcanzaba la inmortalidad y con él todo su pueblo. Ahora se entiende el interés y el

empeño que puso aquel pueblo a la hora de construir un monumento tan preciso. Pero aquí no acaban las cosas: las tres pirámides de Gizeh se muestran correlativas como el cinturón de Orión y muestran la misma disposición que éste. Son su representación exacta en la Tierra.



Detalle de escritura jeroglífica en el interior de la tumba de Amenhotep II, en el Valle de los Reyes, Egipto. Foto: Tomé Martínez.

Por otro lado, en los Textos Piramidales los egipcios afirman además que la civilización surgió en su país; pues bien, en el interior del gran Templo de Abidos encontramos otros escritos, denominados Tablas de Abidos, que contienen un listado de los faraones que gobernaron Egipto. Resulta muy esclarecedor el comentario que el faraón Seti hizo a su hijo Ramsés II cuando le llevó a Abidos: «Aquí están, hijo mío, todos los faraones del Antiguo Egipto desde Narmer» (el Menes griego). Señalando a la otra pared llena de jeroglíficos Seti le dice a Ramsés II: «Esto es lo que pasó mucho antes del reinado de Narmer, hace miles de años, cuando la tierra era gobernada por dioses y semidioses». Aunque parezca increíble, los egiptólogos ignoran este otro lado de la pared, deteniéndose en el 3000 antes de Cristo.

Solapada e intencionalmente los constructores de la Gran Pirámide orientaron los pasadizos antes descritos hacia el lugar del cielo en el que ellos

consideraban que estaba el primer faraón divino que fue Osiris, por lo que de una forma metafórica orientaron los canales cósmicos de la Pirámide hacia el Tiempo Primero de la mitología egipcia, el momento en el que surge la civilización; y ¿cuándo fue ese momento?

Con la ayuda de las computadoras Robert Bauval observó que el ajuste preciso entre las pirámides de Gizeh y la constelación de Orión se dio cuando esta comenzó su ascenso y aquello aconteció en el año 10500 antes de Cristo.

Si las pirámides están relacionadas con el Tiempo Primero, ¿qué pasa con la Esfinge? Con 72 metros de longitud y 19,80 metros de altura la Esfinge ha resultado ser la clave del enigma. Conforme a lo narrado en numerosas fuentes antiguas, la Esfinge sería la detentora de los secretos de una antigua y avanzada civilización que hace miles de años habría sucumbido bajo una terrible catástrofe. Las tradiciones que hablan de este acontecimiento apocalíptico mencionan un fantasma arqueológico que Platón dio a conocer con el sugestivo nombre de Atlántida.

La geología parece haber demostrado que la Esfinge no es contemporánea de las pirámides. La elocuente erosión de la Esfinge está a la vista de los egiptólogos desde siempre pero por alguna razón parece que nunca la han tomado en serio, por eso nunca se menta en sus estudios. La geología indica que la Esfinge estuvo expuesta a lluvias durante siglos; precipitaciones que dejaron de caer hace miles de años. Por otro lado se observa que el cuerpo de la Esfinge es mucho más voluminoso que la cabeza, ambos elementos no guardan proporción, lo que nos lleva a sospechar con la posibilidad de que esta fuese restaurada en el 2500 a. C. retocándose la cabeza. La geología no miente y nos dice que ¡la Esfinge contemplaba el nacimiento de la constelación de Leo en el 10500 a. C.! Y dado que la Esfinge es un excelente marcador equinoccial, esta contemplaba el lugar exacto por donde salía el Sol durante el equinoccio de primavera.

Conforme a estos parámetros y por increíble que parezca, las pirámides y la Esfinge marcarían el amanecer de la civilización muchísimo tiempo antes de lo que presuponemos oficialmente; el génesis de un tiempo perdido cuyos ecos resuenan en el inconsciente colectivo de la humanidad a lo largo y ancho del planeta.

# Capítulo 7

## El legado anasazi

Corría el año 1888 cuando dos típicos vaqueros del viejo Oeste, persiguiendo dos reses extraviadas en las áridas tierras de Colorado, se toparon con la ruinas de Mesa Verde. A 2.800 metros de altitud, los dos estupefactos hombres observaron lo que parecían los restos de un palacio de piedra construido bajo el abrigo de la pared de un cañón. Juntos recorrieron sus doscientas diecisiete estancias y los restos de las viviendas en cuyo interior encontraron todo tipo de cerámica de uso cotidiano como jarras y cuencos decorados con vistosos motivos en negro y blanco, esparcidos por doquier. Daba la sensación de que las casas habían sido abandonadas precipitadamente hacía poco. Como si sus habitantes hubiesen huido con lo puesto a quien sabe dónde.

No muy lejos de allí, los dos hombres encontraron otras ruinas, de similares características constructivas, en un lugar conocido como Spruce Tree House. Estos hallazgos arqueológicos constataban la existencia de una cultura indígena muy avanzada de la que por entonces no se sabía nada. Esa entidad, sumamente desarrollada, eran los anasazi. Pero antes de llegar a esta conclusión, y con posterioridad a este descubrimiento casual, los investigadores dirigieron su mirada a una comunidad de indios que vivían próximos a una zona arqueológica con restos amurallados y edificaciones circulares conocidas con el nombre de kivas y que eran veneradas por los indios como lugar sagrado y potente mediador entre este mundo y el mundo mágico de sus tradiciones orales. Se descubrió que los indios que

escenificaban sus ritos en aquel lugar no sólo rendían culto a su complejo imaginario religioso, sino también al Sol y los antepasados que erigieron aquel insólito lugar: los anasazi.



En la ladera de Fajada Butte, en el cañón Chaco, hay una evidencia de los avanzados conocimientos astronómicos de aquellos pueblos de la América antigua. Al abrigo de tres voluminosas losas encontramos dos petroglifos en forma de espiral. Es un calendario solar de gran precisión que aún es funcional. La sombra que proyectan las losas la atraviesa un haz de luz en forma de daga de luz que ilumina los petroglifos –conforme avanza el año– en diferentes zonas, permitiendo saber al espectador en qué momento exactamente se producen los solsticios y equinoccios.

Los anasazi fueron los precursores de los actuales indios pueblo y construyeron los kivas en torno al 900 d. C., usándose como centros de reunión social y ceremonial. Estas kivas subterráneas eran muy probablemente lugares de encuentro para reuniones iniciáticas de los miembros varones pertenecientes a clanes matrilineales que vivían dispersos por el poblado con sus mujeres. Llegaron a construir más de seiscientas viviendas con estas características en Pueblo Bonito (Nuevo México), abandonándolas doscientos cincuenta años más tarde.



Actualmente, miles de personas acuden a los kivas en busca de experiencias místicas. Las que viajan hasta allí tienen el firme convencimiento de que ese lugar es un espacio sagrado en el que se puede llegar a sentir –bajo determinadas condiciones psicológicas– la presencia de los antepasados de los indios. En la zona central de estas estructuras circulares, hay una abertura a la que se puede acceder con una escalera; se la conoce con el nombre indígena de sinapu: una puerta al más allá; pero también una abertura que simbolizaba el agujero por el que la humanidad –en su génesis– había emergido de las entrañas del mundo inferior. Durante siglos los indios han hecho aquí sus ofrendas a sus espíritus y han entrado en contacto con ellos bajo estado de trance. Los hombres y mujeres que viajan hasta este asombroso lugar buscan contactar con la dimensión secreta del imaginario de una de las culturas indígenas más misteriosas del pasado de América del Norte; un pasado, por cierto, lleno de incógnitas. Pero veamos qué nos dice la arqueología sobre este lugar y sus antiguos moradores; para ello hagamos un poco de historia.

A finales del siglo XIX las excavaciones en el sudoeste de los Estados Unidos eran cualquier cosa menos científicas. Lo que realmente estimulaba aquella búsqueda desconsiderada y atroz de cerámica y otros objetos de valor arqueológico y artesanal era el dinero y este objetivo primaba sobre cualquier otra consideración sensata. La persona que monopolizó este negocio sin escrúpulos fue Richard Wetherill, el cual convirtió sus excavaciones en un ejemplo de cómo esquilmar eficazmente un patrimonio valioso y sacar rentabilidad de ello. Hay que entender, sin embargo, que por entonces existía un vacío legal, lo que propició este tipo de actividades. La «poderosa motivación» del dinero llevó a Wetherill a explorar y descubrir para el hombre blanco muchos de los acantilados habitados otrora de Mesa Verde, en las entrañas del cañón del sudoeste del Colorado.

Al principio Wetherill se aplicó en vender todos los objetos que había conseguido acumular en sus excavaciones en Mesa Verde. Poco después, trasladaría sus operaciones al noroeste de Nuevo México en Pueblo Bonito, el que es considerado como yacimiento arqueológico más relevante de los anasazi. Con lo allí desenterrado Wetherill amasó una importante fortuna a costa de esquilmar salvajemente este y otros lugares próximos, de notable interés arqueológico; incluso llegó a construirse una casa en la que vivió durante mucho tiempo frente al muro norte del yacimiento de Pueblo Bonito.



Representación rupestre de la supernova de 1054 de manufactura anasazi. Cañón del Chaco, EE. UU. Por otros registros desperdigados en todo el planeta sabemos que aquella supernova se manifestó en los cielos con toda su gloria el 4 de julio de 1054. Los anasazi y otros pueblos precolombinos plasmaron el acontecimiento en sus registros rupestres como este del cañón del Chaco que da fe de aquel extraordinario acontecimiento cósmico.

Esta lamentable situación de desprotección del patrimonio arqueológico escandalizó, finalmente, al gobierno federal de principios del siglo XX, iniciándose los trámites oportunos para proteger, con la ley, este importante patrimonio espiritual y cultural de la humanidad. En 1907 Wetherill se vio obligado a ceder la propiedad de Pueblo Bonito y otros yacimientos al Departamento del Interior para su definitiva protección. A partir de ese momento las cosas cambiarían notablemente.

En este nuevo contexto apareció Alfred V. Kidder, al que le debemos la resolución del enigma de la secuencia de hechos más significativos de la prehistoria de estos asentamientos; sin embargo, la secuencia de acontecimientos desvelada por Kidder careció de fechas absolutas. El intrépido arqueólogo era consciente de que sólo podía deducir, gracias a las evidencias de su trabajo de campo, que estos pueblos prehistóricos habían vivido en el sudoeste antes de Cristo.

En 1915, este hombre educado en Harvard realizó excavaciones en el yacimiento abandonado de Pecos, muy cerca de Santa Fe, en Nuevo México. Hasta 1929 hizo un registro detallado de numerosos artefactos culturales,

cerámica y restos humanos. Este registro se basó en el método de sacar a la luz cada nivel de ocupación, revelando de este modo la secuencia estratigráfica, lo que ayudó a ubicar temporalmente el yacimiento y sus sucesivas fases culturales.



Representación artística de la Ciudad prehistórica de Pueblo Bonito en sus tiempos de esplendor (cañón Chaco, EE. UU.). Esta zona posee más de un centenar de ciudades prehistóricas en su mayor parte conectadas por antiquísimas vías de comunicación. Hasta la fecha se han descubierto más de cuatrocientos kilómetros de caminos. Los arqueólogos estiman que el florecimiento masivo de los denominados asentamientos chacos hay que ubicarlo entre el 950 d. C y el 1300. Se cree que todos estos núcleos de población indígena desarrollaron una importante red comercial; sin embargo, el debate sigue abierto y son muchos los investigadores que consideran que el desarrollo en las comunicaciones entre los diferentes asentamientos tuvo también una base religiosa. Es más, las ciudades más impresionantes, Pueblo Bonito y Cetro Ketl, sirvieron en gran medida a este propósito al facilitar ciertas liturgias herméticas en las kiva. Los nativos usaban estas construcciones de diseño circular para favorecer el contacto con los seres que reinaban en el imaginario de su mundo tradicional.

Pronto se dio cuenta que la cerámica que acompañaba a los difuntos en los sepulcros que había desenterrado podía servir para datar con rigor los esqueletos. Diez temporadas de trabajo más tarde Kidder pudo demostrar la existencia de seis asentamientos humanos superpuestos y ocho grandes fases culturales. También fotografió, desde el aire, estos yacimientos, constatando

que en efecto allí habían existido grandes estructuras arquitectónicas: «Desde el aire –decía en uno de sus informes– podíamos percibir sutil pero claramente, las líneas de rectángulos y cuadrados en la tierra, que señalaban dónde habían sido levantados los muros...».

Gracias a la dendrocronología y las laboriosas pesquisas del astrónomo Andrew E. Douglass en territorio hopi, pudo encontrar una relación clara y concisa entre la cronología de los árboles y la de los yacimientos prehistóricos de la región sudoeste. En unas ruinas al norte de Arizona encontró un tronco carbonizado con anillos que revelaron que los anasazi habían ocupado Pueblo Bonito desde el siglo X hasta bien entrado el siglo XII d. C. La prehistoria del sudoeste podía, por fin, ubicarse en el espacio y el tiempo. Los anasazi y sus logros adquirirían una nueva perspectiva para la ciencia de la arqueología; pero el interrogante sobre el porqué de su ocaso sigue inquietando el intelecto de muchos.

La diáspora del suroeste se ha atribuido durante mucho tiempo a una brutal sequía que habría desolado la zona desde el año 1276 hasta 1299. Este desastre climático diezmo la región propiciando la decadencia anasazi que muy probablemente se vio agravada por las posteriores invasiones indígenas pero también europeas, en este caso con la llegada de los españoles. Finalmente estos poblados fueron incapaces de hacer frente a la dominación ejercida por las entidades indígenas y foráneas que hicieron acto de presencia poco después del fin de la sequía.

Esta variabilidad climática fue determinante a la hora de fijar el destino anasazi y el de otros pueblos y culturas contemporáneas de ellos. Los climatólogos establecen un ciclo de precipitaciones de algo más de quinientos años, con un punto álgido después del 1100. En su momento más propicio la población de la zona aumentó en unas cinco mil almas, cifra sorprendente teniendo en cuenta que estamos refiriéndonos a una cultura premetalúrgica. Sin embargo, cuando el ciclo presentó su cara más temible y desoladora el índice de mortandad creció dramáticamente. Fue entonces cuando, en un intento desesperado, los anasazi construyeron nuevos kivas en las afueras de los pueblos y junto a los cauces de los ríos, pero ello no evitó la catástrofe. Finalmente los habitantes de estos lugares iniciaron su diáspora hacia el sudeste en dirección a Río Grande; fue allí donde se mezclaron con los antepasados de las tribus zuñi y hopi.

## ANGKOR: EL GLORIOSO TESTIMONIO DEL PUEBLO JEMER

Numerosos templos de forma piramidal se agazapan en la espesura de la jungla camboyana. Laboriosas estatuas y grabados reciben al visitante absorto por los sonidos que emergen de un paisaje embrujado y mágico. Los monos saltan entre las ruinas invadidas por orquídeas silvestres y líquenes que cubren los muros y frisos. Entre las ruinas se percibe el olor a moho y humedad y los murciélagos aletean por el lugar hasta que finalmente se cuelgan boca abajo en sus nidos esparcidos en las torres y resquicios de los muros más altos. Las imponentes ruinas de aquella civilización, invadidas por la vegetación, son aprisionadas por las nervudas raíces de los árboles y plantas que lentamente se retuercen entre las piedras pulcramente labradas en honor a los dioses.

La historia que nos relatan estos fastuosos templos, inspirados en las deidades hinduistas, intriga a los historiadores pues la fábula de Angkor se asienta en la asunción de que fue una civilización próspera, con un brillante e ininterrumpido desarrollo de seis largos siglos que, sin embargo, acabaría por colapsar súbitamente. ¿Cómo se puede explicar tal cosa? ¿Cómo es posible que un pueblo con esta vitalidad dejara de construir repentinamente estos templos?

El pueblo de Camboya ignoró durante mucho tiempo su propio pasado; de hecho desconocía acontecimientos históricos anteriores al siglo xv. Esto dejó de ser así a partir de las investigaciones llevadas a cabo por el naturalista francés Henri Mouhot que en 1860 comenzó la exploración de la selva camboyana en busca de pruebas que confirmaran la existencia de grandes ruinas de templos en su interior, tal y como se rumoreaba por entonces. Finalmente, pudo comprobar con sus propios ojos que aquellas fantásticas historias sobre grandes palacios engullidos por la agreste vegetación de la jungla se habían quedado cortas en sus fabulaciones: «Descubrí unas inmensas ruinas que, según me dijeron, eran de un palacio real. En las paredes, con tallas del techo al suelo –decía con entusiasmo– vi combates entre elefantes, hombres luchando con mazas y lanzas y otros que disparaban tres flechas a la vez con sus arcos». Mouhot describió en sus escritos las primeras impresiones de la esplendorosa historia antigua camboyana, por

entonces desconocida.

Gracias a las investigaciones de este hombre de ciencia hemos sabido que los habitantes de la ciudad de Angkor eran los jemer, cuya religión, una variante del hinduismo, había sido el impulsor espiritual de la arquitectura sagrada jemer.



Angkor fue la capital del imperio jemer y durante su momento de mayor esplendor llegó a albergar en una extensión de algo más de mil kilómetros cuadrados más de setecientos mil habitantes. En el centro de la ciudad, por su parte, vivían más de treinta mil almas.

El testimonio más visible de esta civilización es el impresionante complejo religioso de Angkor Wat ubicado a unos pocos kilómetros de la ciudad camboyana de Siem Reap y cuya existencia se la debemos al rey jemer Suryavarman II que a principios del siglo XII ordenó su construcción. Templo sobre el que volveremos.

La ciudad de Angkor ocupaba una extensión de unos cien kilómetros cuadrados. Son muchos los expertos que abogan por considerarla la ciudad del mundo antiguo más grande del momento. Esta conclusión se basa en el análisis del trazado en cuadrícula de la antigua metrópoli lo que ha llevado a calcular en más de medio millón el número de habitantes que la poblaba hacia el año 1000.

El imperio jemer fue inmenso. Se extendía por la totalidad del territorio

político de la actual Camboya y se sabe que su influencia abarcó Vietnam del Sur y la remota península de Malaca, e incluso hay quien cree que esa influencia llegó hasta Birmania; aunque esto último es algo más discutible. Angkor poseía una importante red de infraestructuras de comunicación terrestre que unía por carreteras zonas distantes del imperio. En estas rutas de comunicación existían albergues en los que los viajeros podían pernoctar antes de seguir camino a la mañana siguiente. Incluso había hospitales para atender a las personas que lo necesitasen.

Desgraciadamente, los documentos jemerese han perecido al paso del tiempo pues fueron escritos sobre hojas de palma y pieles de animales. Esto ha impedido profundizar con detalle en la variopinta información que ha llegado a nosotros sobre su historia procedente de sus miles de inscripciones en jemer y sánscrito y otras fuentes de origen indio, chino y musulmán. Aun así hemos podido conformar un esquema bastante coherente –en términos generales– de su particular mundo y forma de vida.

Así sabemos, por ejemplo, que el primer reino hinduizado semejante al del posterior imperio jemer en Angkor tuvo su génesis a las orillas del delta del río Mekong. Ese reino era Funán y tuvo su máximo apogeo entre los siglos I y VI de nuestra era. Las excavaciones han revelado que su poderío y prosperidad tenían su base en su capacidad comercial en todo el sudeste asiático; sin embargo, como acontece con todas las grandes civilizaciones, tuvo una etapa de declive que dio paso al florecimiento de los denominados reinos preangkorianos. Sus técnicas constructivas y decorativas son consideradas un claro precedente de la arquitectura y escultura que posteriormente hará su aparición en Angkor. De hecho, una lectura atenta del arte preangkoriano de influencia india nos pone tras la pista de la dimensión religiosa en la que basaron su imaginario cosmológico. Es común encontrar representaciones variadas sobre las divinidades indostánicas, especialmente Visnú. Esta influencia se hizo notar en la religión jemer, un hinduismo en donde el culto a Siva y al lingam (representación fálica de la autoridad divina) fue considerado un aspecto prioritario en la liturgia y en el esquema de creencias de los jemer.

La civilización jemer, con su epicentro en la ciudad de Angkor, representó uno de los instantes más brillantes de la historia camboyana. En este contexto se edificaron gran parte de los templos más asombrosos; pero está claro que de entre todos ellos el anteriormente citado Angkor Wat es el que suscita

mayor interés por varios motivos. Para empezar, el templo se consagró al dios Visnú y ocupa una extensión mayor que el Vaticano. Nadie sabe a ciencia cierta la metodología empleada por los ingenieros para construir y planificar esta maravilla del mundo antiguo. Sólo se intuye lo básico: el montaje de andamios de bambú que sirvieron de ayuda para izar los materiales empleados en las obras mediante el uso de cuerdas elaboradas con la abundante materia prima procedente de la selva y grandes poleas. Probablemente, los sillares, antes de ser colocados en su lugar, eran previamente labrados en canteras, lo que explicaría su perfecto encaje. Otras materias primas esenciales como la arenisca procedían de las lejanas canteras de Pnom Kulen y lo más probable es que fuese transportada en embarcaciones siguiendo el curso natural del río que precisamente nace en Pnom Kulen y que serpentea la orografía hasta llegar a las cercanías de Angkor. Además, los constructores de Angkor Wat tuvieron en cuenta factores astronómicos a la hora de ejecutar este espléndido ejemplo de la ingeniería arquitectónica jemer. Para empezar, su entrada principal –a diferencia de lo que podemos observar en el resto de templos de la zona– está orientada deliberadamente hacia el oeste, punto cardinal de enorme importancia para los jemer pues era en esta dirección donde –según sus tradiciones– se encontraba la tierra de los muertos. Por otro lado, la estructura del templo es sumamente compleja; prueba de ello son sus laberínticos corredores profusamente decorados con tallas y estatuas sumamente elaborados y que en su conjunto ocupan una superficie de algo más de dos kilómetros cuadrados; además posee diversas torres de entre las que destaca la central, de sesenta y un metros de altura, construida, al igual que sus hermanas, en laboriosos capullos de loto. Para nuestra percepción moderna podemos afirmar que la torre central simboliza el monte Meru, el centro del universo hinduista; sin embargo, para la mentalidad jemer la torre no era un mero símbolo, era el monte Meru en sí mismo<sup>47</sup>. La otra relación astronómica la encontramos en el trazado de cinco recintos concéntricos de forma rectangular. Si se quería acceder al centro del templo, se debían recorrer unos trescientos cinco metros a través de una larga calzada. Angkor Wat fue orientado con otro templo, el de Prasat Kuk Bangro, a algo más de cinco kilómetros de distancia, pues su propósito no era otro que el de servir de marcador astronómico; de este modo, al estar alineado con el templo de Prasat Kuk Bangro se podía definir con suma precisión el solsticio de



invierno.



Templo de Ta Prohm (Angkor, Camboya). Este templo fue construido por el pueblo jemer en el siglo <sup>xii</sup>. En el siglo <sup>xv</sup> será abandonado; desde entonces la selva lo irá devorando poco a poco.

Los maestros constructores de Angkor Wat reflejaron profusamente la idea más importante de la mitología hindú: el batido del mar de leche. Según esta creencia las entrañas del mundo son una descomunal mantequera llena de leche. Este mar lácteo está rodeado a su vez por tres imponentes montañas de entre las que destaca el monte Meru, la morada celestial donde viven los dioses; en definitiva, Angkor Wat. El monte Mandara era considerado como la varilla batidora y la cuerda que servía para hacerla rotar, la serpiente cósmica, la cual era tensada en ambos extremos por los dioses por un lado y los demonios por el otro comenzando a batir ambrosía que no tardaría en subir del mar de leche gracias al impetuoso movimiento rotatorio impelido durante el proceso de batido. No resulta difícil adivinar, al asimilar la

ambrosía y los demás elementos con la riqueza, la felicidad o la salud, que lo que emerge de este batido es eso mismo además de la inmortalidad y la promesa de la salvación y la vida eterna, pero también tiene un significado mucho más prosaico: respaldar a la clase dominante.



El enorme palacio de Angkor Wat en Camboya flota literalmente sobre el terreno, lo que denota unos conocimientos en ingeniería y física sorprendentes. La pericia de sus sabios constructores apenas encuentra parangón en el mundo de aquel contexto temporal. Su vasto y complejísimo sistema hidráulico propició el éxito del Angkor imperial pero también, a la larga, su decadencia.

Los canteros jemer reprodujeron hasta la saciedad este mito en sus esculturas, pero donde queda más clara la intencionalidad real que subyacía en este mito la encontramos en las puertas de Angkor Thom, donde se han esculpido dioses y demonios sobre el foso que rodea la urbe. El foso –en palabras del investigador Christopher Pym– «representa el mar de leche o, como diría un jemer, el foso era el mar de leche, y las puertas de Angkor Thom son montes de los que saldrá ambrosía. Pero en el lugar en que sería de esperar que la escultura la representase, un rostro enigmático lo mira a uno

desde el dintel de la puerta». Son –inequívocamente– las facciones de Jayavarmán VII, representado como futuro Buda. Los dioses baten el mar lácteo, del que no extraen ambrosía, sino que extraen al rey jemer. Por eso para un jemer la efigie de su monarca era la manifestación de la felicidad, la salud y la prosperidad material.

Fue un tiempo irreplicable en la historia jemer. Los eruditos eran muy estimados y hasta se celebraban debates donde los sabios intercambiaban ideas y polemizaban sobre determinados temas. La poesía épica hindú estaba de moda celebrándose, incluso, recitales para todos los públicos. Aunque generalmente era el rey el que dispensaba justicia, a veces delegaba esta responsabilidad en jueces y algunas de esas sentencias, teniendo en cuenta los factores socioculturales del momento, podemos calificarlas de bastante equitativas. Este esplendor de la cultura jemer no se volvió a conocer con posterioridad jamás.

Los jemer prosperaron en gran medida gracias a la titánica planificación y ejecución de sus obras de ingeniería que tuvieron en cuenta un factor decisivo en su supervivencia durante siglos: la gestión del agua. Gracias a la construcción de numerosos y eficaces embalses, albercas y canales artificiales pudieron mantener una gran actividad agrícola. Este uso inteligente de un recurso tan básico como el agua les permitió hacer frente al reto de obtener de dos a cuatro cosechas anuales de arroz y otros productos básicos de la dieta jemer. Sin embargo, factores geológicos de degradación agropecuaria les llevó a luchar contra reloj para evitar que los suelos perdiesen fertilidad debido a la oxidación de la laterita. Algunos piensan que este proceso de laterización contribuyó de algún modo a acelerar el declive de aquella avanzada civilización. La verdad es que el ocaso de los jemer sigue siendo un misterio para la ciencia. Todavía no se han encontrado pruebas que den credibilidad a las socorridas teorías de antiguas inundaciones o grandes incendios, entre otras. Mientras todo esto sucede, las efigies de Buda siguen sonriendo en las entrañas de la selva, como si supieran que la respuesta a este enigma está precisamente en la asunción de la religión budista por parte de ciertos sectores estratégicos de la sociedad jemer del momento. Tal vez, por extraño que nos parezca, la doctrina de la renuncia, propia del budismo hinayana de finales del siglo XIII, diluyó las ambiciones militares de aquel pueblo que optó por el pacifismo, lo que facilitó, en 1431, el saqueo y destrucción de gran parte de la ciudad por parte de los tailandeses. ¿Fue este

el golpe de gracia que acabó con Angkor?

## MOAIS: LOS CENTINELAS DEL TIEMPO

En 1722 la tripulación de un buque holandés capitaneado por Jacob Roggeveen arribó en una isla desconocida ubicada en medio del océano Pacífico. Al acercarse a la costa, la tripulación no pudo evitar su estupor: más de mil estatuas de gran tamaño los recibían impertérritas, con sus inquietantes miradas de piedra clavadas en sus ojos mortales. Aquellas imponentes estatuas sobrecogieron el ánimo de la veterana tripulación.

Al poner pie en la isla, Roggeveen y sus hombres comprobaron que los nativos vivían en plena edad de piedra y pescaban en primitivas canoas. Aquel encuentro con los isleños fue meramente superficial, pues nadie de su tripulación sabía hablar su idioma, y por esta razón el capitán holandés sólo pudo llevarse consigo la asombrosa historia de que en los mares del Sur colosales estatuas de piedra custodiaban las costas de una misteriosa isla llena de secretos y quién sabe si de tesoros también.

Cincuenta años más tarde de este avistamiento, el famoso explorador británico Cook visitó de nuevo la isla pero esta vez acompañado de un equipo con la clara pretensión de desvelar el misterio de las enormes estatuas. Para ello, llevó consigo a un marinero hawaiano conocedor de la lengua polinesia y que llevaría a cabo con suma eficacia su labor de intérprete. Gracias a él Cook supo que los nativos llamaban a su isla *Te Pito* o *Te Henua* ('el ombligo del mundo'). Los nativos aseguraron a los expedicionarios que eran los descendientes directos de los que habían levantado aquellas colosales estatuas y que gracias a sus tradiciones orales sabían que sus antepasados habían desembarcado allí, veintidós generaciones atrás, bajo el mando de un jefe llamado Hotu Matu'a.

Posiblemente los habitantes con los que habló Cook se referían al hijo de un caudillo que en el 380 d. C. se hizo a la mar tras una seria disputa. Sin embargo no debemos de pasar por alto la teoría de Thor Heyerdahl, el cual barajó la idea de que tal vez los primeros pobladores de Pascua procedieran realmente de América del Sur. Según su teoría, miembros de una cultura preincaica llegaron a esta isla en sus balsas. Sea como fuere, lo cierto es que

hasta el 5 de abril de 1722 los habitantes de Pascua habían vivido ajenos al mundo exterior durante prácticamente un milenio, aislados de cualquier contacto con otra cultura y durante todo ese tiempo aquel pueblo no volvió a recuperar su ímpetu, entre otras cosas porque las circunstancias se lo impedían.



Moai en las laderas de la cantera del cono volcánico Rano Raraku en la Isla de Pascua. Conforme a los criterios actualmente vigentes, la construcción de moais pudo tener su porqué en el hecho de conmemorar la llegada de los primeros habitantes a la isla. Sin embargo, todavía no se sabe a ciencia cierta la razón de aquella supuesta fiebre constructiva por parte de los antiguos habitantes de esta isla.

La –a nuestros ojos– extraña tradición de levantar pesadas estatuas llevada a cabo por los antiguos moradores de la Isla de Pascua tiene su génesis en el

culto a sus muertos y la arqueología afirma que se inició hacia el 400 d. C., cuando surgieron los *ahu*, o grandes plataformas de piedra que hacían la función de sepulturas al aire libre, lo que facilitaba la desintegración de los cadáveres humanos de forma natural. Las aves, el viento y otras inclemencias meteorológicas colaboran de este modo en la limpieza del cadáver hasta dejarlo libre de cualquier impureza orgánica. Cuando sólo quedaba el esqueleto del difunto, se procedía a trasladarlo al interior del *ahu* donde se celebraba una ceremonia en su honor y sus ascendientes; luego se esculpía y erigía una enorme estatua o *moai*, la cual adquiría, a partir de ese preciso instante, sacralidad. De algún modo, el *moai* hacía una función complementaria que no era otra que la de velar los bienes y los hogares del clan al que pertenecía el fallecido.

Los arqueólogos han verificado que las primeras estatuas variaban en su estilo y forma; sin embargo, esto cambió a partir del 1100 ejecutándose el clásico *moai* con sus estilizadas formas y sus prominentes lóbulos en las orejas además de los motivos esculpidos en su cuerpo; una clara reminiscencia de los tatuajes que el difunto poseía en vida. Estos tatuajes probablemente emparentaban al muerto con un determinado clan.

Como ya he relatado páginas atrás, uno de los grandes enigmas que persiste en la actualidad tiene que ver con las técnicas empleadas por los antiguos moradores de la isla para trasladar y erigir las enormes tallas. Son numerosas las interpretaciones, la última de ellas ha sido puesta en práctica haciendo «andar» la estatua durante unos metros y trata de explicar parte del proceso empleado para trasladar los *moai*, pero naturalmente, como he comentado anteriormente, no explica todos los pasos llevados a cabo hasta la consecución exitosa perseguida por los canteros de las estatuas gigantes de Pascua. Finalmente, he de decir que el experimento puede ser interpretado como pretencioso al tratar de enterrar en su totalidad la complejidad de las técnicas empleadas, las cuales siguen siendo un enigma para la ciencia.

Durante seiscientos años la cultura de las estatuas pervivió con éxito en la isla, en gran medida gracias a los recursos agrícolas que abundaron por un tiempo. Esta tradición acabaría por evolucionar hacia un nuevo culto al dios *Makemake* cuyo desarrollo conformaría un escenario competitivo entre los jefes de los clanes de la isla implicados en la talla de estas grandes estatuas de piedra volcánica. Se cree que el auge de este culto, en torno al 1500, estuvo relacionado con la repentina aparición en la isla de un grupo humano nuevo,

pero sobre este particular no se puede afirmar definitivamente nada al respecto.

Este frenesí competitivo acabaría afectando al medio ambiente. Para la elaboración de las estatuas se debían talar numerosos árboles. Dado que este acontecimiento ritual era anual, era cuestión de tiempo que el ecosistema de la isla se resintiera irreversiblemente. De este modo, la decadencia de la cultura de los moai llevaría a una confrontación bélica en el 1600; debido precisamente a la escasez de recursos y el malogro de las cosechas. A su vez, la guerra llevó al salvajismo más atroz. Los vencedores se comían literalmente a los perdedores. El canibalismo y las constantes guerras convirtieron la Isla de Pascua en un auténtico infierno. De este modo tan dramático desapareció para siempre un pueblo asombroso que sin embargo no supo leer, al contrario que otras culturas de la antigüedad, las claves que garantizan la supervivencia del ser humano en armonía con la naturaleza.



Siempre hemos creído que los moais eran gigantescas esculturas de grandes cabezas que miraban hacia el océano; pues bien, craso error. En el 2012, un equipo de arqueólogos desveló al mundo uno de los secretos más asombrosos de la Isla de Pascua; ya se sabía en 1915, pero no trascendió. En realidad, están enterrados, por lo que el resto de su cuerpo,

que a veces alcanza los 8 metros, ha permanecido en las entrañas de la tierra durante muchísimo tiempo. Para algunos, los moais ya estaban en la isla mucho antes de que llegaran sus primeros habitantes. Esto se basa en datos estratigráficos que fijan la antigüedad de los moais en unos 15.000 años.

[47](#) El monte Meru era una montaña legendaria en la mitología hindú y representaba el centro del cosmos. Del mismo modo, el rey que era enterrado en este lugar era considerado un dios, no era el símbolo de ninguna deidad. Era un dios y como tal era asumido por los habitantes del imperio.



## Capítulo 8

### Anomalías arqueológicas

Reclamos no confirmados y especulativos sobre nuestro pasado más remoto han sido considerados como fuente legítima por parte de la literatura más sensacionalista desde prácticamente el inicio de la ciencia de la arqueología.

Aunque hay que reconocer la existencia de ciertas anomalías de interés científico la orientación interpretativa que reciben por parte de ciertos autores responde a intereses que están muy lejos, en la mayoría de los casos, de la verdad<sup>48</sup>. Estos datos son en muchos casos confusos, crípticos y faltos de rigor; y lo que es peor, generalmente no se pueden demostrar. Veamos algunos ejemplos...

En octubre de 1922, el diario norteamericano *New York Sunday American* se hizo eco de una extraña noticia. Un ingeniero de minas, aficionado a los fósiles, había encontrado –casualmente– la «huella petrificada» de una supuesta suela de calzado sobre una piedra caliza del período triásico. El descubrimiento tuvo lugar en el condado de Pershing, en Nevada, en un lugar conocido con el nombre de Fisher Canyon. La muestra de tan singular hallazgo presentaba, conforme a las primeras descripciones, débiles señales de costura. Dado que no existían zapatos en la época de los dinosaurios el articulista se preguntaba: ¿quién diablos confeccionó el calzado que imprimió esta huella?... En realidad, los geólogos han demostrado que se trata de una veta pétreo que adquirió esas caprichosas formas, algo muy común en la naturaleza; a pesar de lo cual hay quien sigue queriendo ver una huella de calzado.

Corría el año 1968 cuando otro aficionado a los fósiles, el señor William J. Meister –un «cazador» de trilobites–, se topó con otro «turbador hallazgo» mientras rastreaba un yacimiento geológico del Cámbrico en el estado norteamericano de Uta. Unas huellas de calzado de –según las informaciones de la época– unos cuatrocientos o quinientos millones de años de antigüedad que además presentaban en su suela los restos de un trilobite aplastado. Una impronta de unos zapatos en un contexto temporal en el que estaban desembarcando los primeros invertebrados, peces y anfibios en modo alguno podría dejar indiferente a la comunidad científica, por extraño y asombroso que fuese tal descubrimiento; sin embargo, la noticia no ha trascendido como cabría esperar y esto debería hacernos sospechar. Tema sobre el que volveremos...

En 1959, durante una expedición paleontológica chino-soviética al desierto de Gobi, el doctor Chow Ming Cheng extrajo de las entrañas de una capa geológica datada en unos dos millones de años de antigüedad lo que parecía la huella fosilizada de un calzado artificial. La muestra –que fue fotografiada por su equipo– mostraba lo que parecía la impronta de una suela estriada muy similar en su factura a las huellas impresas sobre la superficie lunar por parte de los astronautas de las misiones Apolo. Al igual que en los anteriores casos, se supone que el hombre moderno aún no había hecho acto de presencia en el planeta y sin embargo fueron varios los medios que especulaban con la idea de que aquella era la prueba o bien de que el hombre ya estaba allí antes de lo estimado o que se trataba del rastro dejado por un astronauta de otro mundo. Afortunadamente, y como en el caso del condado de Pershing, los geólogos han demostrado que la huella impresa en arenisca es el rastro ondulatorio fosilizado producido por la acción del viento y del agua hace millones de años.

Aunque estos casos tienen solución, persisten ciertas anomalías cuya existencia nos pone –ocasionalmente– tras la pista de un legado científico y tecnológico que en teoría no debería de haber existido en épocas tan lejanas. Estas extrañas evidencias pueden ser justamente consideradas como pruebas tangibles de un origen ancestral de la ciencia y, en última instancia, un eslabón más de los enigmáticos «dioses-instructores» que se seguirán dando cita en las páginas de este libro.



La supuesta huella de varios millones de años encontrada  
en el desierto de Gobi.

Andrew Tomas, en su libro *We are not the first*, hacía la siguiente reflexión: ¿No es extraño que los antiguos mayas llamaran por el mismo nombre a la constelación que nosotros conocemos como Escorpión? Orión, o el Cazador, de Babilonia, Egipto y Grecia, tenía un nombre similar en China: el Cazador de la Cacería de Otoño. Nuestro Acuario se repite en el Dios mexicano Tlaloc, el «Señor de las Lluvias».

Por extraño que parezca, el signo zodiacal chino del Carnero encuentra su réplica con el de Aries en el zodiaco babilonio. El Buey chino encuentra su análogo occidental en Tauro. El équido propio de la astronomía china se convierte en Egipto y Babilonia en Sagitario. De la misma manera encontramos semejanzas zodiacales en los nombres de las constelaciones. Así, por ejemplo, mientras el calendario azteca tiene los días del Lagarto, el Conejo, la Serpiente, el Perro y el Mono, el calendario chino tibetano posee los años de la Serpiente, del Dragón, el Conejo, el Perro y el Mono. ¿Casualidad? Parece como si las culturas primitivas de la Tierra hubieran echado mano de un conocimiento astronómico universalmente compartido.

Entre los años 1938 y 1939, el arqueólogo alemán Wilhelm König, durante una de sus rutinarias excavaciones en Kujut Rabua –un pequeño pueblecito al sudeste de Bagdad–, se encontró de bruces con lo extraordinario. Con cierta

perplejidad, desenterró lo que en un principio había tomado por vasijas de barro de dos mil años de antigüedad. Después, con más calma, un estupefacto König comprobó que las vasijas –de unas seis pulgadas de altura– contenían un cilindro de cobre. Sus bordes estaban soldados con una aleación de estaño y plomo al sesenta y cuarenta por ciento. La parte superior e inferior de la estructura cilíndrica estaba sellada con betún. La parte alta se caracterizaba por tener unas varillas férreas en el centro mismo de los cilindros de cobre y, lo más fascinante, la aleación mostraba claros signos de corrosión a consecuencia de una solución ácida, lo que significaba que habían sido utilizadas ¡como pilas! Años más tarde, con objeto de comprobar si estas habían resultado útiles, Willard Gray, de la *General Electric Company*, hizo una réplica de las vasijas originales, llenándolas con sulfato de cobre en sustitución del electrolito desconocido que el tiempo se había encargado de evaporar. Sorprendentemente, la pila funcionó. A la vista de este descubrimiento, se puso de manifiesto el tipo de conocimiento que discretamente manejaba cierta casta sacerdotal egipcia. Estas vasijas, capaces de generar electricidad, ¿podrían explicar las supuestas representaciones de «bombillas» del templo de Denderah?

Siempre habíamos creído que el control sobre esta fuente energética tenía su génesis en la era moderna. El descubrimiento de Kujut Rabua pone de nuevo en tela de juicio nuestra idea del pasado. También en Egipto los arqueólogos han desenterrado las pistas de un conocimiento óptico básico en la antigüedad. La afable representación del rostro de Ka-aper, personaje de la V Dinastía, posee unos ojos elaborados en alabastro, con dos lentes de cristal plano-convexas en el centro, talladas con absoluta perfección. Los puntos negros pintados en la cara posterior de las lentes se agrandan, convirtiéndose –a los ojos del espectador– en unas enormes pupilas llenas de vida.

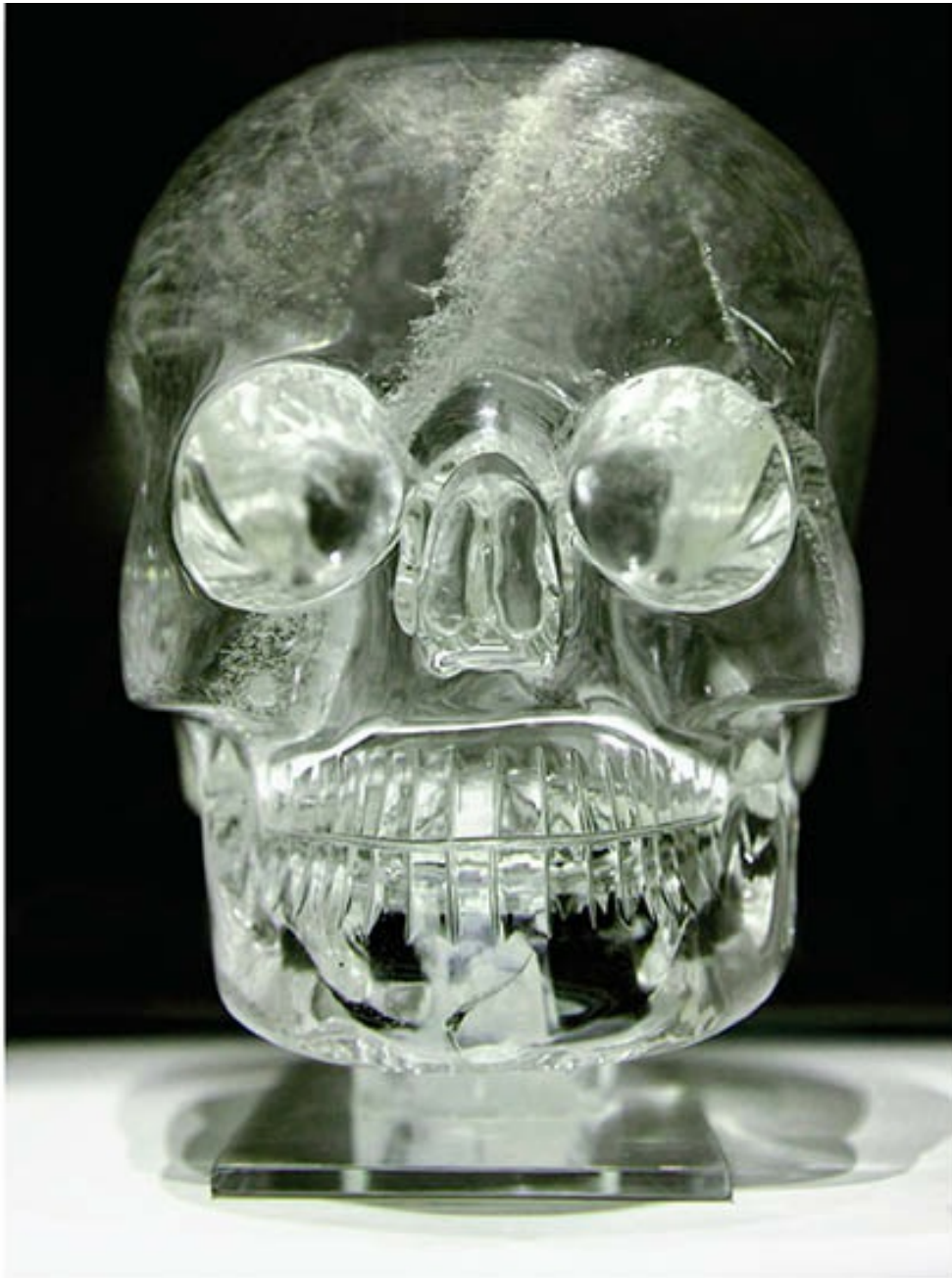


Batería de Bagdad. Durante los años treinta estos recipientes fueron extraídos de la colina de Kujut Rabua junto a otras piezas de gran valor arqueológico. A diferencia del resto de objetos encontrados, estos recipientes, datados antes del 226 d. C., poseían en su interior un cilindro de cobre amarrado con asfalto a la embocadura del cuello de la vasija. En el interior del cilindro se encontró una varilla férrea. No había duda; aquello fue diseñado para funcionar como una pila eléctrica.

Es muy probable que este conocimiento se remonte mucho más atrás en el tiempo.

Hace algunas décadas, los arqueólogos encontraron un misterioso mango de marfil de un cuchillo predinástico en Abydos, con unos relieves diminutos que, según algunos autores, sólo pudieron ser ejecutados con la ayuda de lentes de aumento. La muestra fue recuperada por Günter Dreyer y se estima que tiene una antigüedad próxima a los cuatro mil años. No debería asombrarnos esto si tenemos en cuenta que nuestros antepasados poseían también el ingenio necesario para hacer uso, por ejemplo, de determinados minerales susceptibles de ser utilizados con fines ópticos dadas sus características. Estas evidencias nos hacen pensar que los egipcios poseían conocimientos ópticos relativamente avanzados que fueron debidamente

aplicados en las labores topográficas de los monumentos egipcios y en la ornamentación astronómica de parte de ellos.



Cráneo de cristal de cuarzo del Museo Británico, Londres. Aunque pervive la teoría de que su origen sea mesoamericano, no todo el mundo está de acuerdo con esta interpretación. El estudio científico de estos especímenes aclara, entre otros aspectos singulares, la perfección técnica de su pulido pero es cierto que esto no ha servido para esclarecer definitivamente si, en efecto, son precolombinos; por lo que algunos expertos no dudan en afirmar que fueron modelados a mediados del siglo <sup>XIX</sup> o principios del siglo <sup>XX</sup>, muy probablemente en Europa.

Estos sorprendentes conocimientos tienen su expresión más bella en la popular Calavera del Destino. Se trata de un cráneo de cristal de cuarzo maravillosamente tallado, de tamaño natural y supuestos poderes sobrenaturales. Hace más de mil años, la cultura maya lo utilizó con una clara intencionalidad ritual, posiblemente adivinatoria. Su elaboración sólo pudo ser posible gracias a una notable maestría y conocimiento profundo del tallado óptico. Pero eso no es todo: el cráneo fue sometido –a principios de los años setenta– a diferentes análisis por parte de la compañía estadounidense Hewlett Packard. Las conclusiones de los técnicos que estudiaron la extraña reliquia arqueológica fueron firmes. Conforme algunos criterios analíticos, se estima que con la tecnología indígena del momento desarrollar una pieza como esta exigiría de sus artesanos algo más de trescientos años de trabajo manual continuado.

Gracias a las pruebas brindadas por la arqueología, sabemos que los mayas carecían de las herramientas apropiadas para elaborar una talla tan perfecta en menos tiempo del indicado por la compañía informática<sup>49</sup>. Además, las observaciones hechas con el microscopio electrónico denotan que para su elaboración nunca se utilizó hierro. El cráneo, construido en cristal de cuarzo, alcanza una dureza en la escala de Mohs de 7 sobre un máximo de 10, lo que exigiría por parte de sus escultores la utilización de una tecnología basada en herramientas de pulido muy duras, como el corindón (rubí) o, en su defecto, el diamante.

Pero volvamos a la tierra de los faraones. En 1898, un equipo de arqueólogos que rastreaba en la tumba de Sakkarah encontró un objeto al que posteriormente pusieron la etiqueta de «pájaro». Durante medio siglo, la peculiar pieza –que ostentaba el número 6347– estuvo expuesta, en compañía de otras «aves», en las vitrinas del Museo Egipcio de El Cairo. Por razones que ignoramos «hoy en día es imposible ver el pájaro que tan popular hizo el escritor suizo Erich von Däniken». La sala 22 del primer piso carece desde hace unos años de la presencia del «artilugio volador». El Dr. Khalil Messiha, que examinó el objeto, llegó a unas conclusiones incómodas. El objeto elaborado en madera, con un peso de 39,12 gramos, tiene una envergadura de 18 centímetros, la proa mide 3,2 centímetros, el ala derecha mide algo menos que la izquierda en total 7,65 centímetros frente a los 7,7 centímetros de su compañera. Con una longitud total de 14 centímetros, la formidable talla

denota características inusuales en este tipo de piezas. Así, las alas son completamente planas y posee una cola en forma de aleta levantada verticalmente, lo que sugiere, junto a otras características no menos insólitas, que el pájaro de Sakkarah fue diseñado para planear; eso al menos es lo que afirman sin complejos algunos reputados ingenieros aeronáuticos. El pájaro egipcio evoca la existencia de otros objetos insólitos similares, como los artefactos alados de oro provenientes de una tumba precolombina elaborados por la cultura quimbaya, en Colombia, y que pese a su datación, estimada en unos mil ochocientos años, están considerados por muchos investigadores como una réplica exacta de aeronaves, lo que denotaría una extraña intuición tecnológica en plena era precolombina. Es más, experimentos recientes han llevado a cabo réplicas exactas a escala mayor de los «aviones precolombinos» y se ha podido comprobar que, en efecto, pueden planear. Ahora bien, no hay que olvidar que existe otra presumible explicación que podría aclarar la fuente que sirvió de inspiración a los artistas quimbaya a la hora de elaborar estos aeroplanos. Sólo existe una especie animal en el territorio quimbaya que pudo servir de referencia a los tallistas a la hora de ejecutar las alas y alerones de estos artefactos: el pez volador; sin embargo, tengo que reconocer la complejidad interpretativa de este asunto, por lo que no deja de ser un enigma arqueológico de primer orden.

Cualquiera que visite el museo egipcio de El Cairo puede encontrar en sus vitrinas artilugios tan desconcertantes como el «volante» del príncipe Sabu. El extraño artilugio mide poco más de 60 centímetros de diámetro y su altura es de 10,6 centímetros; fabricado en uno de los materiales más duros existentes en la naturaleza, el esquisto, posee unas propiedades tan peculiares que todavía hoy en día se desconoce su auténtica utilidad práctica. Tiene forma discoidal, compuesto de tres segmentos cóncavos con forma de solapa que evocan el aspecto de una hélice. Aún no se ha resuelto satisfactoriamente el uso que se le daba al «volante» del príncipe Sabu. Hasta la fecha, existen dos posiciones marcadamente enfrentadas: la más cómoda para la arqueología oficial que estima que, aunque raro, el objeto fue diseñado para servir de pedestal, y la más arriesgada, defendida por autores como el polémico Zecharia Sitchin, según el cual este artefacto sería una copia de una pieza procedente de una tecnología aeroespacial de origen alienígena. En mi opinión yo no iría tan lejos a la hora de especular sobre lo que pudo ser esta pieza. No hace falta salir de nuestro planeta para buscar una posible



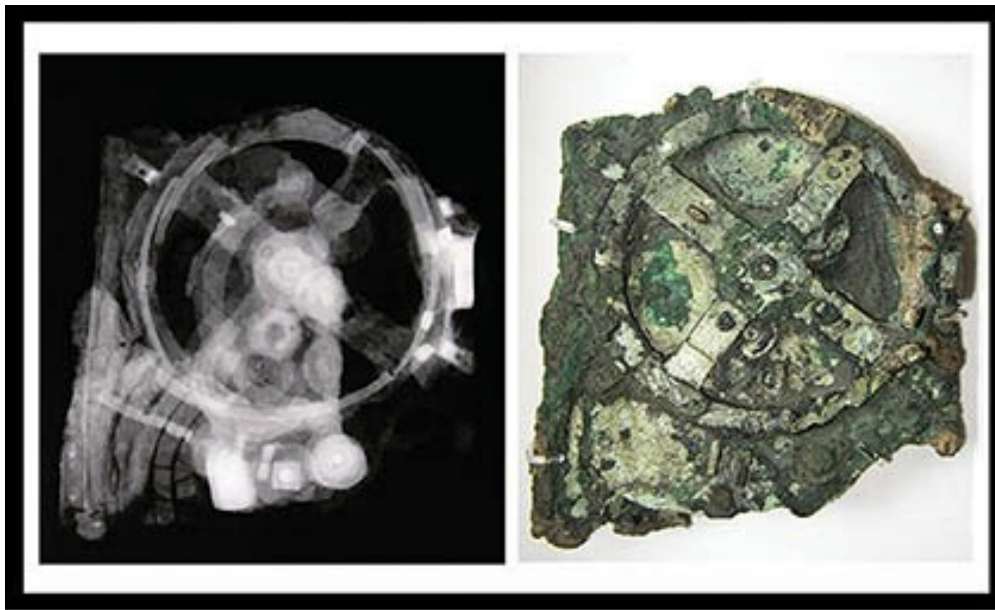
explicación. Creo, sinceramente, que podría ser una de las pocas piezas de una tecnología olvidada que utilizaron los ingenieros egipcios para construir sus fabulosos monumentos. Esto que digo no es descabellado. Se intuye y en ciertos casos se sabe que en la antigüedad se debieron de utilizar máquinas y artilugios que el tiempo se ha encargado, muy probablemente, de destruir; y si ese no es el caso, puede que estén ocultos en algún lugar a la espera de ser descubiertos por algún equipo arqueológico.



El pájaro de Saqqara. Museo de El Cairo, Egipto. Algunos expertos en aeronáutica vislumbran en esta talla un cierto conocimiento sobre los principios básicos del vuelo. Es más, algunos evidencian su absoluto convencimiento de que se trata de una maqueta o de un aeroplano de juguete.

Otro importante hallazgo arqueológico tuvo lugar cuando un grupo de pescadores de esponjas descubrió –poco antes de la Pascua del año 1900– el casco hundido de una antigua embarcación griega en las proximidades del islote de Antikythera. Los buceadores sacaron del mar un extraño artilugio que durante siglos había dormido el sueño de los justos entre un montón de estatuas de mármol y bronce. Poco después, el doctor Derek De Solla Price, profesor de Historia en la Universidad de Yale, estudiaría la pieza. En un principio, pensó que el complejo mecanismo que tenía entre sus manos podría ser una especie de dispositivo de navegación. Un análisis más

concienzudo del aparato reveló una funcionalidad mucho más compleja. Según el doctor Price, el aspecto más intrigante del mecanismo – perteneciente al 87 a. C.– es la disposición de un sofisticado engranaje diferencial diseñado para medir la disparidad entre las dos rotaciones. Estamos ante un ejemplo muy representativo del nivel que pareció alcanzar la tecnología mecánica grecorromana. Este singular artefacto –la reliquia más antigua existente de una tecnología científica clásica y el único dispositivo mecánico complicado que conocemos de la antigüedad– modifica bastante nuestras preconcebidas ideas sobre los griegos de antaño.



El mecanismo de Antikythera. Un asombroso dispositivo que simula los cielos utilizando ratios fijos de engranaje para efectuar cálculos de todo tipo.

El mecanismo de Antikythera constituye una elegante representación o simulación de los cielos, más parecida a un astrolabio que un antecedente directo de las máquinas calculadoras de Pascal y Leibniz. No obstante – asegura Price– utiliza ratios fijos de engranaje para efectuar cálculos relativos al calendario solar-lunar, y lo hace más empleando lecturas sobre un dial digital que reproduciendo modelos geométricos directos de las trayectorias de los planetas en el espacio. «El mecanismo muestra la secuencia cíclica de conjuntos de fenómenos diferenciados, en lugar de un *continuum* de acontecimientos fluyendo en el tiempo». La complejidad y perfección del artefacto mecánico no parece corresponderse con los parámetros tecnológicos

de la cultura griega de entonces, aunque para el profesor Price lo más sensato sea reconocer que hemos infravalorado –una vez más– toda la historia de la ciencia griega.

Desde que en 1905 el filólogo alemán Albert Rehm comprendiese que el mecanismo era una calculadora astronómica, se ha evolucionado mucho en afinar nuestro conocimiento sobre el aparato y su funcionamiento. De hecho, nuevas investigaciones han desvelado muchos de sus secretos, antaño intuitivos o mal comprendidos. Ahora sabemos, por ejemplo, cómo reflejaba los movimientos lunares y cómo pronosticaba los eclipses, entre otras muchas asombrosas proezas.

Medio siglo después del descubrimiento de Rehm, un historiador de la ciencia, perteneciente por entonces al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, hizo una descripción pormenorizada sobre el funcionamiento del mecanismo en un interesante artículo en *Scientific American*. Este estudio puso las bases de las conclusiones más recientes.

Hoy sabemos que el dispositivo se accionaba mediante una manivela ubicada en la parte lateral del mecanismo. Los resultados se mostraban en unos diales en los que se hacían girar unas agujas que se encontraban tanto en el anverso como en el reverso del aparato. Luego, en la parte frontal del aparato calculador, se podía definir una fecha indicándola, para ello, en un almanaque circular de trescientos sesenta y cinco días. Incluso haciendo girar el dial se podía introducir –como se hace actualmente con los años bisiestos– un día cada cuatro años. Como era de esperar, al tiempo que se fijaban estos parámetros por parte del calculista otros engranajes del mecanismo eran accionados proporcionando información complementaria de la fecha establecida previamente. Sabemos de la existencia de otro dial frontal con el calendario grabado con 360 grados y los correspondientes doce signos del zodiaco, lo que nos hace presuponer que el diseñador y constructor del artilugio conocía el recorrido aparente de nuestra estrella siguiendo la eclíptica, que como bien sabe el lector es la trayectoria seguida por el Sol.

Por otro lado, se han llegado a identificar y describir más de una veintena de ruedas en el principal fragmento rescatado del mar. Gracias al recuento llevado a cabo de las ruedas dentadas encontradas se ha podido averiguar qué tipos de cálculos se podían ejecutar con el mecanismo. Por ejemplo, se sabe que cuando el operario movía la manivela provocando que una rueda primaria diera una vuelta completa en realidad equivalía al paso de un año,

algo que quedaba claramente evidenciado en la esfera del almanaque. Esa rueda primaria de 64 dientes «estaba engranada a dos secundarias de 38 dientes, que giraban 64/38 vueltas por cada año. Este movimiento se iba transmitiendo de forma similar por todo el mecanismo; en cada etapa, la razón de los números de dientes define una fracción distinta». Este movimiento imprimía giros que se correspondían con determinados ciclos astronómicos. ¡Uno de esos cálculos daba como resultado el ciclo lunar de los babilonios! El mecanismo de Antikythera poseía mecánica epicíclica, engranajes planetarios que giran a su vez sobre ruedas dentadas, lo que amplía la gama de cálculos. Estas características en el diseño interno del mecanismo permitían hacer cálculos matemáticos como divisiones, multiplicaciones, sumas o restas. El mecanismo de Antikythera es en realidad la primera computadora hecha por el hombre en un contexto temporal inverosímil y su existencia denota además un conocimiento científico sumamente avanzado en un tiempo –hacia mediados del siglo II a. C.– en el que el imperio romano se expandía a costa de los llamados reinos helenísticos. ¿De dónde procedía la ciencia que sustenta este portento tecnológico fuera de su tiempo? Está claro que el mecanismo de Antikythera deparará nuevas y sorprendentes revelaciones en un futuro.

Existen otros dos testimonios arqueológicos singulares cuya intrigante naturaleza ha generado todo tipo de especulaciones. El primero de ellos es un pilar de hierro cuya peculiaridad estriba en el hecho de haber permanecido incorruptible durante miles de años. Se encuentra ubicado en las proximidades de una espectacular obra de ingeniería antigua, el Qutb-ud-Din (Delhi). Con una altura que supera los 72 metros y una base de 14,40 metros de diámetro está considerado como el alminar más grande del planeta. La edificación conmemora la victoria de los fieles del islam sobre los infieles. A unos cientos de metros del alminar se encuentra la misteriosa columna que orgullosa se yergue en el patio de la mezquita de Qwwat-uk-Islam Masjin. La muchedumbre que se aglutina a su alrededor trata de rodear con sus brazos el enigmático pilar, apoyando la espalda y uniendo los dedos de ambas manos. Si lo consigue, la tradición asegura un magnífico porvenir económico y social. Esta columna de hierro que no enmohece habría sido levantada allá por el siglo IV de nuestra era. De 7,20 metros de alto por 0,93 metros de diámetro, nadie conoce su verdadera historia.

Dos tesis afrontan su origen –comenta el investigador francés Guy Tarade–: la primera asegura que, erigida en la época gupta (la dinastía Gupta gobernó la India desde el año 320 d. C. hasta el 540 d. C., período considerado por los especialistas como la edad de oro de la cultura clásica india), debía servir de Dvajastambha, es decir, de portaestandarte, consagrada a Vishnu. La otra nos dice que es una representación de Garouda (la montura volante de Dios), que debía permanecer en su cumbre. Qué lástima que los conquistadores del islam no la hayan presentado en su construcción original, porque podríamos admirar –según la apreciación de Tarade– el aspecto exacto que debió presentar en la antigüedad este instrumental cósmico del mensajero celeste.

Por increíble que parezca, el misterioso pilar no muestra alteración alguna desde hace siglos. ¿Qué técnica se empleó en su aleación?



Pese a su antigüedad de más de mil años esta columna no presenta el más mínimo indicio de oxidación. Según los expertos el secreto podría estar en el método empleado en su construcción. La técnica empleada es cuanto menos poco ortodoxa y muy original. Para su elaboración se utilizaron centenares de pequeños filamentos de hierro de extremada pureza soldados concienzudamente con el objeto de forjar una sólida unidad férrea. Se cree que en el proceso de soldadura se añadieron cierto tipo de grasas y aceites con el fin de evitar

precisamente la corrosión del material por el paso del tiempo. Pilar de Asoka en Qubut Minar. Delhi, India.

El segundo testimonio arqueológico gozó de una extraordinaria fama en la antigüedad y fue considerado uno de los lugares más sagrados de nuestro mundo. En el interior de uno de los valles más fértiles del Líbano, el Valle de Beqaa, a los pies de sus imponentes montañas, al nordeste de Beirut se encuentran las majestuosas ruinas de Baalbek. Para los romanos, Baalbeek revestía una especial importancia religiosa y fue considerado como el más importante centro ceremonial de entonces. Esta peculiar visión de este espacio sagrado explica por qué se construyeron los monumentos más espectaculares del Imperio romano en estas latitudes. De entre todas estas construcciones destaca el magnífico templo que dedicaron al Dios Júpiter. Los repetidos seísmos que se han venido produciendo en la zona desde entonces han deteriorado considerablemente el aspecto original del templo.

A pesar de los embates de la madre naturaleza, seis enormes columnas de 20 metros de altitud se yerguen hacia el cielo desafiantes. Su sola visión nos hace intuir el espectacular aspecto que debió tener la ciudad en los tiempos del Imperio. Ahora bien, lo intrigante de esta antigua urbe está en lo que hay a sus pies. En efecto, los templos romanos se edificaron sobre una plataforma artificial mucho más antigua. La solidez de la colosal estructura invitó –tanto a los ingenieros griegos como a los romanos– a edificar sobre estas moles pétreas. Las columnas del antiguo templo dedicado a Júpiter se asientan sobre un muro inferior formado por monolitos de trescientas toneladas.

Así lo explica el investigador Alan F. Alford:

En la parte sudeste de la terraza prerromana puede verse una nueva hilera de bloques, cada uno de los cuales mide 10 x 4 x 3 metros y sobrepasa con creces las trescientas toneladas. En el mismo nivel del contiguo muro del sudoeste, vemos otros seis bloques de trescientas toneladas, sobre los que se han colocado otros tres enormes bloques megalíticos a los que se da el nombre de «El Trilitón» o «La Maravilla de las Tres Piedras».

Lo asombroso de esta estructura no es tanto su espectacular tamaño y su peso, que supera con creces las setecientas toneladas, sino su exacta colocación estructural. Michel Alouf, conservador durante décadas del yacimiento, comenta al respecto: A pesar de su inmenso tamaño, las piedras del Trilitón están colocadas con tanta precisión y unidas de un modo tan cuidadoso, que resulta casi imposible introducir una fina aguja entre ellas. En

ocasiones, como pasa con la denominada Piedra del Sur, el peso de estas compactas moles pétreas se aproxima a las mil toneladas de peso. Esta enorme estructura pétreas está abandonada a su suerte en lo que parece antaño debió ser la cantera de trabajo, y se encuentra a medio kilómetro de distancia de las fabulosas ruinas. Independientemente de los problemas que plantea su transporte, considerando el peso y tamaño de las muestras los arqueólogos e ingenieros se devanan los sesos tratando de discernir las técnicas y desconocidas herramientas involucradas en una operación de tal envergadura. ¿Cómo se introdujeron las piedras del Trilitón en el muro? ¿Con qué medios se elevaron a más de seis metros del suelo, sin argamasa y con tanta precisión, sin que ninguna de ellas resultase dañada en lo más mínimo? ¿Quiénes construyeron estos muros pétreos? La única «respuesta» nos la dan las tradiciones de los pueblos limítrofes, los cuales nos hablan de poderosos gigantes, de dioses e incluso de personajes bíblicos antediluvianos.

En 1992 unos geólogos rusos buscaban oro en la zona de los Urales cuando en una de sus prospecciones se toparon con unas extrañas piezas nunca antes vistas. En contra de lo que pensaron en un principio no es un hallazgo aislado; en otros lugares próximos a las orillas de los ríos Kozim, Balbanju y Narada se han encontrado centenares de estos extraños objetos. La mayor parte de estos artilugios están hechos de cobre, volframio o molibdeno y tienen forma de espiral. En ocasiones apenas alcanzan los 0,03 milímetros. Un vistazo al microscopio revela una manufactura altamente sofisticada, inalcanzable para cualquier entidad prehistórica convencional. Lo más desconcertante de este hallazgo estriba en el hecho de que estos objetos fueron hallados en estratificaciones geológicas que van desde las más modernas de hace unos veinte mil años hasta las más antiguas que superan la edad de los trescientos mil años; incluso se han encontrado muestras en zonas volcánicas y estratos de lava.

Años más tarde, en 1995, se organizó una expedición a la zona con el propósito de buscar más piezas de este extraño objeto construido por una inteligencia desconocida. La operación arqueológica dio sus frutos, recuperándose, en un estrato del río Balbanju, con unos cien mil años de antigüedad, varios de estos artilugios. Estas muestras manufacturadas fueron sometidas a un exhaustivo estudio por parte del Instituto Central de Investigación de Geología y Reconocimiento de Metales de Moscú. Con la ayuda de un telescopio electrónico los especialistas rusos dieron a conocer

sus asombrosas conclusiones en un informe publicado el 29 de noviembre de 1996. Estos fueron sus razonamientos:

El lodo que contienen los objetos en forma de espiral se caracterizan como depósitos de guijarros de origen glacial del tercer nivel, que en nuestra opinión es el resultado de la erosión por lavaje intersedimentario de capas poligenéticas acumulativas. Dichos depósitos pueden tener cien mil años y corresponden a las partes horizontales del nivel Mikulinsk del pleistoceno superior [...] Las nuevas formaciones cristalinas en la superficie de los agregados filiformes de volframio nativo dan fe de las insólitas condiciones en los depósitos aluviales del pleistoceno superior. Por la edad de estos depósitos y por las condiciones de comprobación es poco probable que los cristales de volframio procedan de la ruta de despegue de los cohetes desde la estación espacial Plisezk.

En conclusión, debido a su edad, estos objetos no son residuos de la moderna industria aeroespacial rusa. Este sensacional hallazgo rompe todos nuestros esquemas; lo que ha dado lugar a todo tipo de especulaciones; la más polémica, sin duda, la alienígena.

Para complicar aún más, si cabe, la conclusión oficial del caso, resulta que la controvertida teoría extraterrestre ha sido planteada por una de las personalidades más relevantes del panorama científico ruso: la doctora Elena Matveeva. Esta es la opinión que Valery Uvarov, científico de la misma nacionalidad, tiene de su compatriota: «Entre nosotros, Matveeva es considerada una geóloga de primera línea, con una reputación intachable, y lo que es aún más importante: se plantea su trabajo sin prejuicios y no teme decir la verdad abiertamente». Cabe aclarar, sin embargo, que el caso dejó de investigarse a finales de los años noventa del siglo pasado, por lo que resulta lícito que existan muchas dudas sin resolver sobre el hallazgo y sus conclusiones. A título personal me sorprende que no se hayan llevado a cabo nuevas investigaciones por parte de un organismo independiente. De ser cierto, estaríamos ante una evidencia irrefutable de la presencia en el pasado remoto de una tecnología que bien podría no ser de este mundo; pero vuelvo a recalcar que todavía no hay nada definitivo pues se hace necesario contrastar con otros estudios estas extraordinarias conclusiones.

El 13 de febrero de 1961 es otra fecha histórica en esta peculiar «galería de condenados». Al noroeste de Olancho, en California, Mike Mikesell, Wallace Lane y Virginia Maxey, todos ellos geólogos de profesión, encontraron en la zona montañosa de Coso lo que parecía una geoda. Impelidos por la curiosidad, la abrieron esperando encontrar la típica formación cristalina; pero lo asombroso fue que se toparon con un ¡objeto artificial! Los



investigadores Louis Pauwels y Jacques Bergier estiman que el objeto de Coso es una prueba incontestable de la existencia en el pasado de inteligencias técnicamente avanzadas. El misterioso objeto tenía una capa hexagonal de una sustancia sin determinar. En su interior, rodeado de anillos de cobre, había una estructura cilíndrica de cerámica de unos 20 milímetros de diámetro con una barrita metálica en su parte central de apenas 2 milímetros de grosor. Como en el caso ruso, el objeto fue encontrado dentro de una roca cuya antigüedad fue estimada en unos ¡quinientos mil años! El artilugio que escondía el mineral fue sometido a análisis por los propios científicos llegando incluso a ser radiografiado su interior, descubriéndose de este modo espectaculares detalles de su estructura física. A pesar del sensacional descubrimiento, el mundo científico nunca se interesó por él y esta desidia, unido a otros factores, propició –a principios de los ochenta– que el objeto fuera robado durante un rodaje de televisión que pretendía dar a conocer el «valioso testimonio». Debido a este hurto no hemos podido en tiempos recientes hacer un análisis más concienzudo del desconcertante hallazgo, razón por la que no podemos confirmar su autenticidad. Algo que sin embargo obvian los autores creacionistas en sus escritos. Es más, abogan por su autenticidad y esta actitud debería hacernos sospechar. Al comienzo de esta parte del libro mencioné el caso de la impronta de una suela de calzado en un estrato geológico del Cámbrico encontrada por William J. Meister; pues bien, el caso de Coso y el que voy a relatar a continuación tienen mucho en común con el creacionismo y sus peculiares estrategias para «demostrar» su teoría de la evolución del hombre sobre la faz de la Tierra, antagónica en todos sus aspectos a la tesis darwiniana. Pero antes describamos el descubrimiento de otro objeto que según el creacionismo «demostraría» que el ser humano estuvo ya aquí mucho antes de lo que demuestra la teoría de la evolución.

Esta es la historia que divulgan los creacionistas sobre el «fabuloso hallazgo» de una familia estadounidense en los años treinta del siglo xx: durante el caluroso verano de 1934, Emma Hahn y su familia deciden hacer una excursión a las montañas. Estamos en el condado de Kimball, en Texas. El calor sin llegar a ser sofocante resulta incómodo. Ello no impide que los Hahn se aventuren a recorrer la zona forestal del Llano de Uplift, próximo a Londres. Tras una marcha de varias horas, los excursionistas se toparon, según sus propias declaraciones, con un hallazgo geológico inusual. Junto a

un salto de agua, en la superficie de una gran mole rocosa sobresale lo que a simple vista parece ¡un mango de madera! Incrédulos se colocan sobre la roca para comprobar si lo que sobresale es realmente lo que parece. Estupefactos se cercioran de que la pieza aprisionada por la dura roca se corresponde con lo que a simple vista parece un mango de madera. El asombro se hace mayor cuando comprueban que la roca –desde el punto de vista geológico– es extremadamente antigua, estimándose su edad no en miles sino en millones de años. Al extraer el mango descubrirán que este se halla adosado a una pieza de hierro que resulta ser un martillo.

Durante años yo mismo pensé que estábamos ante un sensacional testimonio arqueológico pero he de reconocer que con el paso del tiempo las evidencias apuntan a que podríamos estar ante un fraude perpetrado por el movimiento que aboga por el creacionismo; y que llevó a cabo la persona que lo ha custodiado durante décadas, Carl Baugh. Para empezar, se nos ha dicho que el martillo fue sometido a concienzudos análisis de los que se desprendería que la herramienta estaba compuesta por la cabeza férrea de un martillo de unos 3 centímetros de diámetro y 15 centímetros de largo, con una composición de «gran pureza», algo que por cierto sólo se pudo conseguir a partir de la revolución industrial del siglo XIX, época en la que comenzó la fabricación industrial en masa; sin embargo, el martillo compuesto por un 96 % de hierro, un 2,6 % de cloro y un 0,74 % de azufre, habría sido elaborado –según Baugh– entre ciento cuarenta y sesenta y cinco millones de años, parámetro temporal obtenido a través de la analítica del mango de madera, supuestamente carbonizado, parcialmente, por dentro. Estos datos provienen de los estudios llevados a cabo en los laboratorios Batelle en Columbus, Ohio, por lo que para los patrocinadores de esta investigación son absolutamente fiables. Lo que resulta menos fiable son las extrapolaciones hechas sobre la base de estos datos por parte de los simpatizantes del creacionismo.



Martillo presentado como prueba por parte de los creacionistas para demostrar sus dogmas y creencias en una humanidad que convivía, entre otras cosas, con los dinosaurios.

Muchas de estas supuestas pruebas de origen fósil brindadas por este movimiento son celosamente guardadas por el museo y resulta prácticamente imposible que algún organismo independiente realice nuevos estudios con alguna de ellas y mucho menos con las más emblemáticas. Aunque los estudios más recientes han sido llevados a cabo por el creacionismo no parece existir, paradójicamente, consenso alguno en las conclusiones de mayor calado, lo que nos lleva a considerar el fraude sobre este asunto.

Comenzando por el mango de madera diremos, al contrario de lo que se afirma, que no existe petrificación alguna en él; en todo caso, lo único que se ha podido constatar es la existencia de pequeñas trazas carbonizadas en su extremo. Aunque la madera utilizada para hacer el mango y la forma de la cabeza del martillo coinciden con los típicos martillos de minería del siglo XIX utilizados por entonces en Texas, Baugh no ha dudado en situar este artefacto en un contexto temporal pre-diluviano, algo que por cierto no apoyan muchos de sus colegas, por no decir casi todos. Tal vez lo más lógico hubiera sido identificar la manufactura con la que se fabricaba a principios de la revolución industrial este tipo de martillo. Vistas así las cosas, el martillo expuesto en las vitrinas de Glen Rose sería moderno y nada tendría que ver con lo que afirma Baugh. Pero aquí no acaban las sorpresas. Ahora sabemos

que lejos de existir un consenso sobre el nivel estratigráfico donde presumiblemente fue localizada la pieza, lo que impera es un clamoroso desacuerdo y desconcierto al respecto. Otros geólogos han comprobado que la concreción que rodea la cabeza del martillo no es tan antigua como dice Baugh. Los microfósiles que envuelven al martillo no han sido todavía identificados y ahora se sabe que este insólito fenómeno es muy común en el reino mineral. Así se ha podido demostrar cómo algunas rocas antiguas han envuelto ciertos objetos durante la última Gran Guerra Mundial. Este dato es muy importante pues demuestra que el mismo fenómeno se ha dado con mayor facilidad de la esperada en la naturaleza. Finalmente –rizando más el rizo– el propio Baugh, tras décadas de pasividad, decidió llevar a cabo la prueba del carbono 14 sobre el martillo. A regañadientes tuvo que reconocer, tras alguna que otra escaramuza pseudointelectual, que la edad del martillo oscila entre el actual momento y los setecientos años de antigüedad.

En realidad detrás de todo esto está el anteriormente mentado Carl Baugh; guardián del martillo y de las posiciones más extremistas dentro del creacionismo. Actualmente, Carl Baugh es presidente de la Pacific Internacional University, una universidad con cerca de dos mil alumnos matriculados que entrega títulos no homologados por las autoridades académicas de aquel país. El propio Baugh posee un «doctorado» en Arquelogía emitido por la institución que él mismo dirige, lo que a todas luces resulta escandaloso y moralmente repudiable. También es director del Creation Evidence Museum, en Glen Rose, Texas, y cuya página web invito a visitar al lector. Un solo vistazo nos hará comprender la dimensión ideológica de este movimiento y su escasa o nula fiabilidad en sus conclusiones «científicas». A los ojos de cualquier persona mínimamente formada lo propuesto allí resulta disparatado e infantil, pero al parecer tiene el suficiente eco social como para desarrollar una infraestructura rentable económicamente con base, esencialmente, en la religión; por lo que, a los ojos del creacionismo, resulta imperiosa la existencia de instituciones «académicas» que hagan frente a las teorías evolucionistas y los nuevos descubrimientos científicos que amenazan con derrumbar definitivamente este esquema de creencias.

Resumiendo, nada nos hace pensar en la posibilidad, ni tan siquiera remota, de que el martillo fuese tan antiguo como afirman los entusiastas del creacionismo. Es evidente que el martillo fue fabricado en plena revolución

industrial y que se trata de un fraude.

Otra curiosidad la conforma el denominado «pie metálico de Aiud», descubierto a dos kilómetros al este de la localidad rumana del mismo nombre en 1974. El objeto fue –supuestamente– encontrado a unos diez metros de profundidad en los márgenes del río Mures junto a dos muestras óseas de mastodonte en una capa geológica entre el Mioceno y el Pleistoceno. De 20,2 centímetros de largo, 12,5 de ancho y 7 centímetros de alto, este está compuesto por una compleja aleación. El rumano Florin Gheorghita comentaba así los pormenores del estudio llevado a cabo por el Instituto del Estudio de Minerales y Metales no ferrosos de Magurele: «La aleación está formada por doce elementos, siendo el 89% aluminio; mineral que sólo puede ser procesado artificialmente». La forma del artefacto, con un orificio en su parte superior, ha hecho pensar a algunos ingenieros aeronáuticos que la pieza en cuestión es en realidad una especie de tren de aterrizaje de un aparato volante voluminoso y pesado; aunque también podría ser la pieza de una herramienta. Una vez más las dudas persisten pues carecemos de más estudios que validen estas conclusiones. Es el procedimiento metodológico el que nos hace sospechar con razón de que este descubrimiento no es, de entrada, fiable.

Y seguimos en el este de Europa, pero esta vez en Ucrania. En la literatura al respecto se nos dice que en 1975 se encontró, en una cantera de arcilla, una esfera manufacturada con una serie de curiosos detalles. El extraño objeto de aspecto ovoide, cuya antigüedad se estimó en unos diez millones de años, tiene un peso aproximado de 617 gramos. Con un diámetro no superior a los nueve centímetros, la esfera tendría una densidad inferior a la del cuarzo, la obsidiana o el cristal; y las radiografías del núcleo de la esfera revelarían que dicha densidad es menor que cero, lo que en términos físicos significa que su masa es negativa. Bien, esta es la información que se manejó durante décadas para fundamentar las peculiaridades exclusivas de la muestra. Sin embargo, existen, al menos, tres aspectos a considerar en esta historia y que por sí mismos descalifican su supuesta autenticidad, al menos en los términos expresados. Por un lado tenemos la fuente de la que emana esta información. Si nos fijamos bien, desde los años setenta, siempre es la misma; algo ya de por sí extraño pues lo lógico sería que abundaran los estudios y el contraste de información. Por otro lado, la información brindada es esencialmente errónea y disparatada en lo concerniente a sus supuestas características

físicas. Lo que nos dice la física es que la masa negativa sólo puede existir en los bordes de un agujero negro; al menos hipotéticamente, por lo que la afirmación de que este objeto posee masa negativa es falsa a todas luces. Sólo los aceleradores de partículas consiguen crear partículas de antimateria que acaban por desvanecerse en microsegundos y para ello se invierten ingentes cantidades de energía. Finalmente, llama la atención que la foto de la supuesta piedra, y que podemos ver reproducida masivamente en Internet y numerosas publicaciones, es en realidad la instantánea de otro caso distinto sobre el que nos referiremos a continuación. Por lo tanto, el veredicto es obvio: estamos ante otro fraude.

Siguiendo con nuestro repaso de objetos fuera de su tiempo haré referencia a otro «inaudito» descubrimiento arqueológico: las esferas de Klerksdorp.

En Ottosdal, África del Sur, centenares de esferas metálicas fueron encontradas por los mineros de la región. Lo más fascinante de esta historia es que las esferas en cuestión están perfectamente talladas y todas, sin excepción, están marcadas con ranuras paralelas que contornean toda su superficie. Las esferas fueron extraídas de estratos precámbricos y según los especialistas superan con creces los quinientos setenta millones de años de antigüedad. Como era de esperar el espectacular hallazgo tiene sus detractores. Algunos geólogos creen que las piezas encontradas son en realidad un producto anómalo elaborado por la naturaleza a lo largo de millones de años. Así, el geólogo de la Universidad de Potchefstroom, A. Bisschöff, sugiere que las esferas son conglomerados de limonita (una especie de mineral férrico). Sin embargo, resulta que las misteriosas piezas – al tener la dureza propia de la limonita– deberían poder arañarse fácilmente al contacto con el acero, pero la acción de dicho metal sobre su superficie resulta, conforme a lo explicitado en algunas fuentes, ineficaz. Por lo tanto, este hecho contradice este veredicto. Al parecer, ciertos geólogos consultados afirman que la limonita se muestra siempre en conglomerados; no obstante, las esferas surafricanas han sido halladas aisladamente. Otro argumento que trataría de desmentir que su composición es limonita. Sin embargo, se sabe que este material se puede presentar aisladamente también. Esto es lo que ha trascendido hasta el momento sobre este misterioso hallazgo pero a poco que reflexionemos veremos que el tema es despachado con ligereza y los argumentos no son ni mucho menos contundentes. Existen varias lagunas que parecen haberse obviado deliberadamente y que son de gran importancia para

evaluar la situación con rigor. Salvo el citado Bisschöff, carecemos de datos sobre la autoría intelectual de los trabajos de laboratorio que «avalan» la veracidad de este asunto. Este detalle no nos permite comprobar el grado de credibilidad de este caso; algo esencial a la hora de cerrar flecos en cualquier investigación que trata de dilucidar la verdad. Es más, las primeras fuentes que he podido encontrar que hablan de este asunto las he encontrado en el *Weekly World News*, un tabloide muy popular y divertido por sus historias sensacionalistas del estilo: «Satanás se escapa del infierno; trece trabajadores de la plataforma petrolera de Alaska murieron cuando el diablo rugió fuera de control» (publicado el 7 de abril de 1992), o «Única zona de baja gravedad en la Tierra. Enormes rocas flotan 40 pies sobre la tierra, dicen los científicos» (publicado el 5 de marzo de 1996). Fue precisamente de esta publicación de donde, al parecer, partió esta información y según parece sirvió de pista, con posterioridad, a Michael Cremo y Richard Thompson para recoger su investigación al respecto en su famoso libro *Arqueología Prohibida*. Parte de los datos recogidos en este libro y que he reflejado líneas más arriba son algo confusos; a pesar de lo cual se repiten hasta la saciedad en numerosos libros y publicaciones. Lo más probable es que las esferas no sean realmente de limonita debido a su dureza en la escala de Mohs. Esto demuestra una vez más que los datos recopilados son inexactos y que se hace necesaria una nueva investigación. En contra de lo que afirman los escépticos, el hecho de que una de las esferas presente tres ranuras paralelas sí que es relevante; aunque no es menos cierto que la naturaleza es capaz de tallar formas aparentemente inteligentes. Existen numerosos ejemplos de lo que estoy afirmando. Es el caso de las columnas basálticas del norte de Baviera o la famosa Calzada del Gigante, en Amtrin, Irlanda. Sea como fuere, sobre este asunto todavía no hay nada concluyente.

Volvamos a Egipto, un país que todavía nos deparará muchas sorpresas. A pesar de los siglos de estudio los egiptólogos todavía no se explican cómo se hicieron las perforaciones de la pirámide Sahure en Abusir, de unos cuatro mil trescientos años de antigüedad. Los agujeros están pulcramente ejecutados, lo que ha hecho pensar en la posibilidad de que hayan sido realizados en el siglo xx; sin embargo, en una entrevista realizada por Luc Bürgin al especialista en Egipto Michael Haase disipa esta solución tan recurrente de los científicos más escépticos:

Algunas perforaciones podrían considerarse modernas. Sin embargo, alrededor de los agujeros se ve claramente que se trataba de los orificios de un cerrojo. Además, las estructuras labradas alrededor de dichos orificios indican claramente que son contemporáneas de los anteriores, en otras palabras, que no son modernas. Por otro lado, el popular egiptólogo Ludwig Borchardt mencionó estos agujeros en sus escritos a principios del siglo XX y publicó algunas ilustraciones (Bürgin, 137).

Se sabe que los egipcios utilizaban taladros de punta de cobre; ahora bien, descubrimientos como el de la lente de Heluan demuestran que podían haber utilizado puntas de cuarzo cristalino, dado su conocimiento de los cristales y la manipulación de estos minerales. Se especula con la posibilidad de que los egipcios utilizaran barreras recubiertas con diamante, el único material capaz de soportar la fricción en este tipo de trabajos; sin embargo, hasta la fecha no se ha encontrado ningún vestigio arqueológico que corrobore esta hipótesis.

## [MOMIAS CHINAS, DINOSAURIOS Y LIBROS SAGRADOS](#)

Como el lector bien informado conoce, las pirámides no son patrimonio único de Egipto o América Latina. China también tiene sus propias construcciones en forma piramidal. En los años noventa el explorador alemán Hartwig Hausdorf fotografió, por primera vez, las enigmáticas edificaciones. Estas colosales estructuras fueron ejecutadas con una clara intencionalidad funeraria. De entre todos estos mausoleos destaca, por sus características arquitectónicas, la que pasa por ser la mayor construcción funeraria del planeta. Me estoy refiriendo a la tumba del emperador de China Qin Shi Huang (259 a. C. a 110 a. C.). A algo más de un kilómetro de distancia, el cuerpo del emperador estaba protegido por cerca de siete mil guerreros de terracota enterrados bajo tierra. Llama la atención la reproducción exacta y personalizada de cada uno de los personajes que integran este ejército subterráneo. Pero es que al parecer lo que se pretendía era precisamente eso, esculpir con precisión los rasgos auténticos de cada uno de los integrantes de su inmenso ejército personal. Desgraciadamente, la tumba no ha sido aún abierta por los arqueólogos, y ello a pesar de las excelentes expectativas basadas en los comentarios legados por Sima Qian, historiador chino que vivió entre el 145 y el 86 a. C. Conforme a sus fantásticas descripciones:

Las cámaras funerarias se llenaron con modelos a escala de palacios y otras construcciones,



además de preciosos recipientes con piedras preciosas y objetos de gran rareza. Los artesanos recibieron la orden de instalar ballestas con disparadores mecánicos dirigidos a proteger el mausoleo de intrusos. Los principales ríos del país –el Yangtsé y el río Amarillo, e incluso el Gran Océano– se reprodujeron con mercurio, que un dispositivo mecánico mantenía siempre en movimiento. Arriba se representaron las constelaciones del firmamento y abajo el relieve geográfico de la Tierra. Las lámparas se alimentaron con aceite de ballena para asegurarse de que quemaran para siempre sin extinguirse (Bürgin, 112-113).

Aparte de los problemas financieros, China carece de los conocimientos y el equipamiento necesario para conservar debidamente el tesoro del mítico emperador. Baste recordar que si Sima Quian dice la verdad, los vapores altamente venenosos del mercurio y las supuestas «medidas de seguridad» complican mucho la entrada de un equipo arqueológico en el mausoleo.

Otro sepulcro suntuoso fue estudiado por un equipo de arqueólogos durante una intensa campaña arqueológica iniciada en 1972. La tumba, de algo más de dos mil años de antigüedad, pertenece a la dinastía Han y se encuentra en el distrito oriental de Changsha. De entre todos sus tesoros destacan dos especialmente turbadores y que denotan profundos conocimientos científicos: la momia de Changsha y un mapa geográfico de gran precisión.



Los Guerreros de Xi'an (región de Shaanxi, China). Bajo un túmulo piramidal de más de cuarenta metros de altura se encuentran los restos del primer emperador de China, Zhao Zheng, rey de Qin. Estos soldados de terracota que protegen el mausoleo donde se encuentran los restos del rey representan fielmente el rostro de los diferentes integrantes

del que fue su ejército personal, aquel con el que había conseguido la unificación de China en el 221 a. C.

La momia –de sexo femenino– estaba perfectamente conservada en 80 litros de un extraño líquido amarillento. El cuerpo de la mujer flotaba en el interior del sarcófago sobre esta sustancia en equilibrio absoluto y su aspecto físico era, a pesar de los dos mil años transcurridos, envidiable.

El especialista Hartwig Hausdorf viajó en 1994 a la localidad china con objeto de realizar un estudio personal de la misteriosa momia. Hausdorf no pudo ser más explícito:

Las personas que conservaron ese cuerpo para la posteridad dominaban las técnicas de conservación de cadáveres perfectamente. La autopsia realizada en la facultad de Medicina de Changsha determinó que la estructura celular y los órganos internos estaban excelentemente conservados. La tez amarillenta no presentaba ninguna coloración extraña e incluso los músculos presentaban una elasticidad sorprendente. Los médicos declararon que era un milagro que la momia se hubiera conservado tan bien durante un período de tiempo tan largo<sup>50</sup>.

Otro descubrimiento, pero en este caso de índole cartográfico, demanda nuestra atención. Durante las excavaciones los arqueólogos chinos encontraron uno de los mapas más antiguos del planeta y que, en sus aspectos generales, evoca las actuales ortoimágenes. Su exactitud matemática está fuera de toda duda y está elaborado conforme a escala 1:180.000. El mapa chino evoca otros documentos cartográficos antiguos, cuya existencia contradice nuestro actual paradigma de la historia de la cartografía. Un antiguo manuscrito tibetano de la secta Bon recoge un gráfico con caracteres claramente cartográficos. El esquema no es nada convencional y se nos muestra como una especie de mosaico de cuadrados y rectángulos en cuyo interior encontramos la denominación de desconocidas naciones. Un análisis más profundo y detallado del documento ha puesto de manifiesto que estamos, en efecto, ante un mapa auténtico, que entre otros lugares refiere la posición de la ciudad de Pasargada –cuyo máximo apogeo comprendió el contexto temporal existente entre el siglo VII y el IV a. C.–, Alejandría, Jerusalén, Babilonia e incluso el mar Caspio y Persia del Norte.

Corrían los años sesenta cuando el doctor Javier Cabrera Darquea encontró en el desierto peruano de Ocuaje una serie de piedras laboriosamente labradas en su superficie con motivos que escenificaban acontecimientos inverosímiles: seres humanos conviviendo con animales propios de tiempos

antediluvianos a los que parecía haber domesticado, hombres cabalgando en el aire al lomo de dinosaurios voladores, escenas de trasplantes de órganos, y mapas no ya de un continente, sino también de todo un planeta en el que los continentes presentaban otra disposición más propia del Cretácico que de nuestra era geológica actual. Las piedras de Ica, nombre con el que se popularizó el «tesoro arqueológico» del doctor Cabrera, muestran un mundo de ciencia ficción, de al menos hace sesenta millones de años atrás, con seres fabulosos que evocan otro singular «hallazgo» en tierras mexicanas: las figuras de barro de Acámbaro, cuyas formas recuerdan los grandes animales del Mesozoico. Estos polémicos hallazgos arqueológicos fueron, en esta ocasión, justamente rebatidos por la comunidad científica. Con el tiempo, se supo que las supuestas piedras mesozoicas del Dr. Cabrera habían sido hábiles falsificaciones de campesinos a los que contrataba y aunque alguna de estas piedras era auténtica no mostraban hombres a lomos de dinosaurios ni nada parecido. Además, el Instituto de Ciencias Geológicas de Londres demostró, al analizar una muestra que el Dr. Cabrera había regalado como auténtica a un equipo de la BBC, que si bien la piedra era mesozoica las incisiones eran claramente modernas.



Esta deidad representa una de las numerosas tallas de Acámbaro, en México. La mayoría de ellas son toscas; esta sin embargo tiene un aspecto más elaborado, pero denota una técnica artística muy alejada de los parámetros indígenas. A pesar de intentar emular este arte milenaria, la figura resulta poco convincente para los arqueólogos.

Treinta años antes que Cabrera, un comerciante alemán, Waldemar Julsrud, reunió, de 1945 a 1952, más de treinta mil figuras de arcilla, alguna de las cuales representaban –como en el caso anterior– toscos dinosaurios. Las figuras estaban, al parecer, enterradas a los pies del denominado Cerro del Toro, a las afueras de Acámbaro en México. Las primeras imágenes adquiridas por el coleccionista sí eran auténticas no mostrando en su apariencia nada sensacional, más bien recordaban en su estilismo a los artefactos arqueológicos de la cultura Pre-clásica de Chupícuaro que según los expertos se extendió desde el 800 a. C. al 200 d. C. aproximadamente. Pero a partir de un momento determinado el coleccionista germano comenzó a recibir –de manos de campesinos a los que se comprometió a pagar unos pesos por cada muestra extraída del yacimiento– otras figuras en las que se

representaban dinosaurios y otros seres fantásticos. Años más tarde, el gobierno mexicano envió a cuatro reputados arqueólogos para investigar los restos y el yacimiento en el que se habían encontrado. Si bien en un principio abogaron a favor de los primeros testimonios estudiados, posteriormente negaron la autenticidad del resto de piezas que han generado la controversia y que son aquellas que representan de una forma más bien tosca a numerosos dinosaurios. La verdad es que no hace falta ser un experto en arte para percatarse de que estas piezas carecen de un patrón formal y estilístico común que pudiera darlas como válidas. Me explico. En todas las manifestaciones escultóricas de la humanidad, las diversas culturas que las han realizado, independientemente de quién fuese en cada momento su autor, seguían un patrón de trabajo, una técnica universalmente compartida dentro de un contexto de influencia cultural y que aquí no vemos por ningún lado, salvo en aquellas piedras que sí guardan una coherencia artística con la cultura Chupícuaro. Las culturas precolombinas, los egipcios, los griegos... nos dejaron muestras de su talento artístico, una forma de expresión que los define sin ningún tipo de ambigüedad. Resulta obvio que los artistas implicados en la talla de una estela maya ubicada en Chiapas no fueron los mismos que esculpieron las estelas de las ruinas de Ceibal o del Copán pero todas guardan una estrecha relación estética: es como si las hubiera esculpido el mismo artesano, pero no es así. Sencillamente, los autores de estas tallas fueron aleccionados por unos maestros canteros que les enseñaron las técnicas que debían de aplicar para que sus obras fueran identificadas unívocamente con su identidad cultural y no con otra. Pues bien, la variada tosquedad técnica reflejada en los dinosaurios de Acámbaro no casa con esta máxima y nos hace sospechar que los campesinos implicados en la recolección de estas peculiares «muestras arqueológicas» de seres fantásticos, en realidad lo que hicieron fue elaborarlas ellos mismos sin el más mínimo pudor. De hecho, cada una de estas figuras denota diferentes autores con muy poca maña para las labores artesanales. Así lo estimó en su día el arqueólogo Antonio Pompa al declarar que los campesinos «tomaron el pelo» a Julsrud, que era un ignorante en historia precolombina; y aunque creía –y con razón– que las primeras figuras sí eran auténticas, las demás las hicieron diferentes alfareros. A pesar de esta explicación, son numerosas las publicaciones que afirman que los arqueólogos oficiales han dictaminado que estas piezas son falsas basándose en el hecho de que representan dinosaurios en un contexto

en el que el hombre no podía llegar a saber de su existencia en el pasado. Sea como fuere, y a modo de conclusión, por el mero hecho de existir indicios de autenticidad de algunas de las imágenes encontradas, por pocas que sean éstas, se hace necesario retomar las investigaciones para rescatar las figuras auténticas de entre el amasijo de objetos fraudulentos que se amontonan en cajas polvorientas en el Museo Waldemar Julsrud, en la ciudad de Acámbaro, perteneciente al Estado mexicano de Guanajuato.

Cambiamos de continente y marchémonos ahora a la India. El Vishnu Purana, libro sagrado de la India, parece hacer referencia en sus párrafos al conocimiento profundo que los brahmanes tenían de la cartografía planetaria desde tiempos remotos. El libro contiene un pasaje dedicado a Pushkar (un continente) con dos Varshas (tierras) que existe a los pies de Meru (el Polo Norte). A su vez, el continente está ubicado frente a Kshira (un océano lechoso), y ambas tierras recuerdan en su forma a un arco.

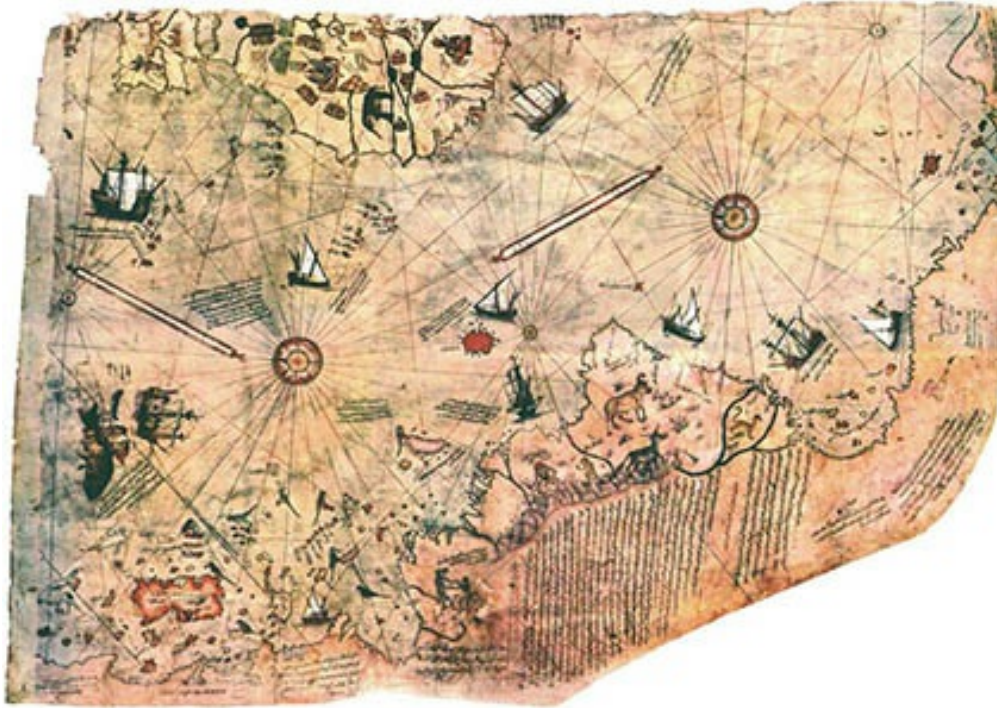
Tal vez, el texto brahmánico se refiera al continente de América (Pushkar), con sus dos porciones de tierra, al norte y al sur (las dos Varshas). El continente americano está orientado, en efecto, hacia un océano lechoso, símil que encuentra su perfecta asimilación en el océano polar, blanco como la leche. Finalmente, el perfil del continente americano –de un extremo a otro– se asemeja en su aspecto formal a un arco. ¿Quién facilitó esta información a los brahmanes, siglos antes de que Colón viajara a América?

## [LOS MAPAS DE PIRI REIS](#)

Mencionaré un extraño episodio acaecido en 1501 durante el transcurso de una batalla naval entre los imperios español y otomano. Un almirante turco, en compañía de su tío, el capitán Kemal, hicieron prisionero a un marinero español que afirmaba haber viajado –al menos en tres ocasiones– con Cristóbal Colón. El asustado prisionero les contó la fantástica historia según la cual algunos miembros con los que había compartido expedición se habían percatado del uso que el almirante genovés hacía de unos extraños mapas. Esos mapas estaban en poder del español y el almirante se hizo con ellos. Según esto, gracias a estos mapas Cristóbal Colón pudo haber definido la ruta a seguir en su viaje a las Américas con antelación.

Aquel aventurero marino se llamaba Piri Reis y nunca en la historia de la ciencia unos mapas han dado tanto que hablar. Los mapas, actualmente exhibidos en las vitrinas del Museo Nacional de Turquía, datan de 1513 y 1528 respectivamente. Como el lector podrá imaginar su descubrimiento generó un animado debate que aún persiste y durante un tiempo considerable los mapas se olvidaron hasta que un profesor de historia de la ciencia de la Universidad de New Hampshire, Charles Hapgood, se puso manos a la obra junto a sus alumnos. Sus conclusiones no pudieron ser más desestabilizadoras. Según Hapgood, el primero de los mapas representa con bastante fidelidad Bretaña, la península ibérica, la zona occidental de África, el Atlántico, el perfil completo de Sudamérica, parte del territorio norteamericano y la que sin duda es la conclusión más polémica de todas, la línea costera del continente de la Antártida<sup>51</sup>. En el segundo mapa aparecen cartografiadas: Groenlandia, Labrador, Terranova, una porción del territorio canadiense, y parte de la costa oriental de Norteamérica hasta llegar a la península de Florida.

La proyección de los mapas no pudo ser determinada hasta bien entrado el siglo xx. El investigador sueco Nordenskjöld inauguró el estudio, una labor que le llevó diecisiete años de su vida; el testigo lo recogerá el cartógrafo estadounidense Arlington H. Mallery, que con el apoyo científico de la Oficina Hidrográfica de la Marina de los EE. UU. confirmará la relevancia de estos mapas. Aunque hasta el siglo xviii los navegantes no fueron capaces de determinar con precisión la longitud, los planos de Piri Reis –datados en el siglo xvi– lo hacen, según Hapgood, con suma precisión, determinando de paso la distancia real existente entre el continente europeo, el africano y el americano. El mapa de Piri Reis presenta una extensa red de líneas de rumbo, muy comunes, por cierto, en la cartografía de la época. Dichas líneas servían a los marineros como guía de navegación y resultaban efectivas si se sabía utilizar la brújula junto a otros factores de navegación. El caso es que estas líneas no reflejan ni la longitud ni la latitud; sin embargo, el equipo de investigación de Hapgood desarrolló, con la ayuda del Instituto Tecnológico de Massachusetts, la argumentación matemática que demuestra que las líneas de rumbo servían para marcar ambas magnitudes teniendo como referencia una proyección que tenía como punto geográfico de cálculo la ciudad egipcia de El Cairo.



La información cartográfica que podemos encontrar en el mapa de Piri Reis encuentra otra explicación menos divulgada. Al parecer, nueve años después del descubrimiento de América, los otomanos capturarían a varios tripulantes españoles. Tras ser interrogados, uno de los marineros que había viajado con Colón acabaría por entregar al capitán de la flota turca un mapa elaborado por el mismísimo almirante. Esa es la razón por la que en el mapa de Piri Reis aparecen los descubrimientos más recientes de la por entonces potencia ibérica.

El mapa de 1513 recoge el perfil costero completo de Brasil, los ríos inexplorados del Orinoco, Paraná, Uruguay o el Amazonas; y recordemos: también se nos muestra la Antártida despojada de su manto de hielo. Ahora bien, esta visión cartográfica era desconocida en 1513. En 1501, Vespucci circunnavegó la costa brasileña hasta el Río de la Plata; no obstante, el mapa de 1513 recoge el perfil costero del Brasil al completo, por lo que este no pudo ser cartografiado en 1501, ya que –como explica Andrew Tomas– después de alcanzar Argentina el explorador europeo regresó al océano atlántico desde La Plata. En 1519 Fernão de Magalhães cruzó el estrecho que lleva su nombre, saliendo de este modo al Océano Pacífico; pues bien, conforme a esta interpretación ni él ni Vespucci llegaron a adentrarse lo suficiente en el territorio americano como para llegar a conocer primero y cartografiar después –con todo lujo de detalles– los grandes ríos



sudamericanos.

En el mapa de Piri Reis se nos muestra lo que parece la Antártida –que fue descubierta, no lo olvidemos, en el siglo XIX– libre de hielo, con indicaciones relativas a la altitud de su orogenia. Esos accidentes geográficos, ocultos por una gruesa capa de hielo, sólo pueden ser visibles desde el espacio exterior con el apoyo que nos brinda la actual tecnología de satélites. Ahora bien, nada confirma que estos datos sean absolutamente fidedignos.

De haberse llevado a cabo ¿quién realizó una expedición científica de tal envergadura? ¿Cuándo? En su libro *La cambiante corteza de la Tierra*, el doctor Hapgood afirma que este mapa fue cartografiado cuando el territorio antártico gozaba de un clima cálido. Si esta opinión es acertada, entonces los mapas de Piri Reis serían una copia de otros anteriores mucho más antiguos. Así parecería confirmarlo además el propio almirante turco: «Al preparar este mapa, hice uso de unos veinte viejos planos y de ocho mapamundis, entre ellos los mapas llamados Jaferiye por los árabes, y confeccionados en la época de Alejandro Magno, en los cuales aparecía la totalidad del mundo habitado» (todos ellos datados en su mayor parte en el siglo IV a. C.). Con estas palabras el almirante muestra su sorpresa al sospechar que tras estos mapas está el rastro de una potencia naval desconocida.

Existe otro mapa, el de *Oronteus Finaeus*, elaborado en 1531, en el que se muestra el perfil costero de una Antártida que, al igual que en el caso de Piri Reis, carece de hielos, con una superficie en la que figuran fértiles montañas y caudalosos ríos. Sobre este último mapa, el capitán Burroughs de las Fuerzas Aéreas de los EE. UU. hizo la siguiente afirmación: «Es opinión nuestra que la exactitud de las figuras cartográficas que aparecen en el mapa de *Oronteus Finaeus* sugiere, más allá de toda duda, que este mapa también fue recopilado a partir de mapas originales exactos de la Antártida». Existe otro documento cartográfico que también puede ubicarse en la misma categoría de los anteriores. Estoy refiriéndome al polémico *Mapa Zeno*, datado en torno al año 1380. Como en los otros dos casos recoge Groenlandia sin hielo; y lo más desconcertante, «los ríos y montañas dibujados en este plano fueron localizados en los sondeos de la expedición polar francesa de Paul-Émile Victor entre 1947 y 1949». Este hecho confirma que los cartógrafos del Mapa Zeno utilizaron una fuente mucho más antigua que cartografió Groenlandia en un tiempo en el que presumiblemente esta región gozaba de un clima más caluroso.

Ningún cartógrafo en tiempos históricos conocía el aspecto real de la Antártida o de Groenlandia y, por lo tanto, mapas como los descritos parecen por sí solos pruebas de una anomalía histórica; sin embargo, existen más mapas cuya existencia –según algunos autores– aboga a favor de la probable existencia en tiempos remotos de un conocimiento perdido; son:

- El mapa de *Yehudi Ibn Ben Zara*, datado en 1487, con una Groenlandia con una orografía surcada de montañas, valles y ríos confirmados en 1947 mediante los sondeos realizados por una expedición geológica francesa dirigida por Paul-Émile Victor.
- El mapa *Carneiro* datado en el siglo xv en el que la costa oriental de África aparece cartografiada con exactitud.
- El mapa *Andreu Reinel* de 1510 en el que aparecen representados el Océano Índico y una parte importante del continente australiano.
- El mapa *Mercator*, realizado en el siglo xvi por Gerard Kremer, en donde se aprecian los ríos y montañas de una Antártida invisible entonces y ahora debido a la espesa capa de hielo que la cubre.
- El mapa de *Adji Ahmed* de 1559 en donde el continente americano aparece cartografiado en toda su plenitud.
- El mapa de *Phlippe Bauche*, datado en el siglo xviii, en el que su autor publicó un mapa de la Antártida, mucho antes de que el continente helado fuese descubierto oficialmente. Lo desconcertante de este mapa es que el continente antártico aparece representado –una vez más– sin hielo, revelándonos la topografía subglacial de todo el continente tal y como fue revelado en 1958 cuando se llevó a cabo una exhaustiva exploración sísmica. Al menos eso es lo que asevera el escritor Graham Hancock, el cual no duda en afirmar que este mapa tiene su origen en fuentes cartográficas miles de años más antiguas que el *Oronteus Finaeus* proporcionándonos de paso el verdadero aspecto de la Antártida cuando estaba libre de hielos.

Durante un tiempo sentí una profunda fascinación por este tema –de hecho todavía la mantengo– e incluso respaldé las tesis de estos autores; sin embargo, el paso del tiempo ha ido aclarando las cosas, disipando muchas de las aparentes certezas que parecían confirmar el génesis antiguo de gran parte de la información recogida en estos mapas; especialmente del más famoso de

todos, el de Piri Reis.

Uno de los aspectos más controvertidos tiene que ver con la interpretación según la cual aparece cartografiada la Antártida sin hielo. Si bien ciertas partes del mapa son exactas –la península ibérica, la costa de Brasil, o la costa occidental de África–, la presencia de la Antártida en el mapa resulta más que nunca discutible. Varios aspectos contribuyen a considerar que el enfoque sobre este asunto no es tan obvio como en un principio parecía. En primer lugar debemos considerar ciertas reminiscencias en los mapas de Piri Reis de carácter renacentista y medieval. También se observan transliteraciones al idioma turco realizadas del castellano y el italiano en las toponimias de la costa Sudamericana, lo que denota acopio de información en los tiempos del almirante. Por otro lado, Robert M. Schoch argumenta que «Piri Reis no fue el primer cartógrafo en colocar una cadena montañosa en el lugar en donde años después se descubrieron los Andes». El geólogo americano se está refiriendo al mapa realizado por Nicolo de Carneiro entre los años 1502 y 1504, actualmente depositado en la Biblioteca Nacional de París y que en sus principales rasgos evoca la cartografía reflejada en las cartas de Piri Reis, lo que nos hace sospechar que el capitán turco hizo uso de esta fuente e interpretó que era mucho más antigua. Los geólogos han demostrado, además, que la Antártida gozó de un clima templado hace la friolera de tres millones de años. Un contexto espacio temporal en el que –por razones obvias– dudo mucho que existiera una avanzada civilización. El mapa muestra además una incongruencia notable pues aparecen representadas Sudamérica y la Antártida juntas. Por debajo del Río de la Plata la costa gira hacia el este y es precisamente esta zona de la costa la que Hapgood y otros autores identifican con el continente helado. Vamos, que se obvian deliberadamente los más de mil kilómetros de océano abierto entre ambas masas de tierra. Tal vez tenga más sentido interpretar esta continuidad con la actual Patagonia, lo que explicaría la anotación de Piri Reis acerca del clima cálido de la zona y la presencia de grandes ofidios. El caso es que poca gente sabe que durante la Edad Media muchos cartógrafos y marineros intuían, con base en observaciones imprecisas y esporádicas, que hacia el Polo Sur se encontraba una masa de tierra de cierta relevancia. De hecho, se piensa que el mismo Américo Vespucio llegó a divisar porciones de tierra de las islas Falkland e incluso de la Antártida. Estos avistamientos explicarían la representación imprecisa del continente helado en algunos mapas como el

anteriormente citado *Oronteus Finaeus*. Aunque en honor a la verdad persiste la duda de si una porción de esa información proviene de un tiempo no registrado por la historia. Así, observamos que los mapas pueden ser una representación en parte exacta y en parte errónea, por lo que por ahora conviene ser prudente a la hora de dar un veredicto definitivo. En definitiva, creo que una parte de estos testimonios documentales y objetos imposibles podrían haber sido partes aisladas de un complejo conocimiento científico fragmentado<sup>52</sup> procedente –tal vez– de una desconocida y antiquísima civilización de origen terrestre que, en algún momento del pasado desapareció, no quedando rastro alguno de ella en la memoria colectiva de la humanidad, salvo en algunos mitos y vestigios que han llegado hasta nosotros y a los que ya hemos hecho referencia.

## NÚMEROS CÓSMICOS

Los textos sagrados de algunas de las más importantes religiones del planeta atesoran informaciones astrofísicas similares a las manejadas por la ciencia moderna; tal vez se deba a una casualidad, pero lo justo es reconocerlo. Así, por ejemplo, encontramos datos relativos a la forma del cosmos y su edad en los textos hindúes, o informaciones astronómicas solapadas en el Libro de Henoc<sup>53</sup>. El análisis de estos manuscritos antiguos cuenta con el respaldo documental que nos brindan los restos arqueológicos de otras culturas como la egipcia o la sumeria y que nos hablan, por increíble que parezca, de la esfericidad de nuestro planeta, de su posición en el sistema solar, de los ciclos de los planetas exteriores e incluso de la existencia de un décimo planeta, al cual la astronomía moderna sigue el rastro desde hace unos años y cuya existencia se postuló sobre la base de ciertos efectos gravitatorios observados en las órbitas de algunos cometas. Es más, según los cálculos de algunos astrofísicos es probable que nuestro sistema solar cuente con un cuerpo planetario más: el planeta X. Este supuesto «nuevo» planeta podría hallarse a una distancia equivalente a unas sesenta veces la distancia existente entre nuestro planeta y el astro solar y puede que incluso tenga un tamaño similar al de la Tierra.

El astrónomo argentino Adrián Brunini, de la Universidad de La Plata,

comentaba, en una entrevista concedida a la BBC hace unos años:

La gente que trabaja por su parte buscando objetos en el cinturón de Kuiper, encontraba que había ciertas características peculiares en la distribución espacial de los objetos que no se podían explicar. Nosotros llegamos a la conclusión de que si las simulaciones matemáticas que hicimos y las teorías de formación del sistema solar son correctas, debería haber por lo menos uno o dos planetas más y eso explicaría muchas cuestiones que no tienen respuesta.

El misterioso planeta podría estar vagando dentro de los bordes del cinturón de Kuiper, una zona del sistema solar notablemente distante en donde transitan asteroides y otros desechos producto de la creación de nuestro sistema solar.

Por su parte, Mario Melita, astrónomo de la Universidad de Queen Mary en Londres, considera que la evidencia de que el planeta realmente exista todavía es incompleta y aunque estos argumentos favorecen la teoría del planeta X, también caben otras explicaciones que expliquen por qué el cinturón de Kuiper termina de forma tan radical.

El caso es que estas anomalías resultan incómodas porque replantean muchos dogmas históricos que ponen en tela de juicio la verosimilitud del pasado que se nos enseña en las facultades. Pero entremos en materia con algunos de los ejemplos más significativos.

En el Surya Siddhanta, texto hindú de unos cinco mil años de antigüedad, se describe el universo como un inmenso globo de estrellas con un diámetro de 19.000 billones de yohamas, lo que traducido al sistema de cómputo astronómico moderno equivale a unos cuatro mil años luz. En la misma línea, la religión hindú afirma que un día y una noche de Brahma dura ¡ocho mil seiscientos cuarenta millones de años! Estamos ante la única religión en la cual las escalas temporales se corresponden con las que maneja la cosmología científica moderna. Evidentemente esta coincidencia en la ponderación matemática del cosmos es fruto de la casualidad. Pero casualidad o no, esta forma de medir el tiempo y el espacio a escala cósmica por parte de la cultura clásica hindú no deja de desconcertarnos.

Tal y como hemos visto en anteriores capítulos el descubrimiento de la civilización sumeria trajo consigo numerosas sorpresas. En 1850, durante unas prospecciones arqueológicas llevada a cabo por el por entonces joven diplomático inglés Layard, aparecen, en la colina de Kuyundjik (cerca de Bagdad), los restos de la Villa de Nínive y de la Biblioteca de Asurbanipal. De los numerosos testimonios desenterrados destacan las más de treinta mil

tablillas cuneiformes, detentoras de algunos de los más asombrosos secretos científicos de la época. Sin embargo, no fue hasta 1873 que otro inglés –encargado de la traducción de las tablillas–, Smith, viajó a este lugar en busca de una tablilla esencial para completar sus trabajos. Poco tiempo después de su llegada al yacimiento arqueológico de Kuyundjik, se haría con la pieza que faltaba en el puzzle, obteniendo de paso un premio extra de otras tres mil tablillas más. Fruto de aquellas campañas exploratorias, sabemos que la civilización sumeria se remonta a unos seis mil años atrás; y tal como ya he referido páginas atrás, estamos al corriente de que era una sociedad organizada, aunque conocemos poco sobre los orígenes de su proceso tecnológico, cultural y religioso. No obstante, a pesar de esta importante laguna, sabemos que tenían una organización política liderada por reyes, sacerdotes, e instituciones jurídicas. Crearon un patrón monetario, inventaron un sistema de escritura silábica que con posterioridad sirvió de base al acadio, construyeron complicados y eficaces mecanismos de riego, elaboraron el sistema de numeración decimal que reemplazaron más tarde por el sexagesimal, desarrollaron las matemáticas con un propósito práctico, crearon un calendario lunar dividido en doce meses de treinta días y veinticuatro horas. Medían el tiempo con relojes de sol y de agua (clepsidras) y poseían un folclore, una medicina desarrollada y una ciencia astronómica.

No obstante, lo que aquí nos interesa especialmente es la denominada *Constante de Nínive*. Lo realmente extraordinario de dicha constante es que de su análisis matemático se deducen ciclos astronómicos que en parte no deberían ser conocidos en aquel lejano contexto temporal. Las tablillas de carácter matemático revelaron el uso –al igual que ocurre en el calendario maya– de cantidades numéricas enormes. De todas las cantidades contempladas en las tablillas de barro cocido, hubo una que destacó sobre las demás. Se trataba de un número de quince cifras, próximo a los doscientos billones: 195.955.200.000.000.

Inmediatamente, especialistas de todo el mundo trataron de darle una explicación, aunque el esfuerzo no fructificó hasta que apareció en escena el investigador Maurice Chatelain. Este se percató, a tenor de algunos vestigios arqueológicos, de que los sumerios parecían conocer la existencia de todos los planetas del Sistema Solar, incluidos los exteriores.

Chatelain comprendió que el enigmático número de Nínive era en realidad un período muy largo expresado en segundos: «No necesité mucho tiempo

para descubrir que el número representaba exactamente dos mil doscientos sesenta y ocho millones de días de ochenta y seis mil cuatrocientos segundos cada uno [veinticuatro horas de sesenta minutos de sesenta segundos]». Además, el insigne investigador recordó que los sumerios estaban al tanto, al igual que otras culturas cósmicas de antaño, de la precesión de los equinoccios.

Vamos a detenernos brevemente para explicar este fenómeno astronómico por su notable significación e importancia respecto al tema que nos ocupa. A consecuencia del movimiento de peonza que describe el eje de la Tierra a lo largo del tiempo, ciertas constelaciones y estrellas dejan de ser visibles durante unos años al ocultarse bajo el horizonte. Asimismo, por la misma razón, las estrellas polares no son siempre las mismas. Cambian a causa de este movimiento cónico que describe el eje de nuestro planeta como efecto de su rotación y de su traslación.

El movimiento de traslación de nuestro planeta, en torno al Sol a lo largo del año, determina que el punto por el cual este sale cada día vaya desplazándose, de tal forma que, cada treinta días, recorre un segmento de 30°. Este desplazamiento del punto por el cual sale el Sol hace que, a lo largo del ciclo anual, vayan cambiando las constelaciones del Zodiaco que sirven de fondo a ese punto en el cual el astro rey irrumpe cada amanecer. Este recorrido, por lo tanto, cubre cada mes un signo zodiacal y cada año los doce signos.

Ahora bien, aparte del movimiento de rotación sobre su propio eje y de traslación en torno al Sol, la Tierra presenta otro pequeño movimiento axial: se trata de un levísimo bamboleo que imprime a nuestro planeta un ligero desplazamiento retrógrado respecto a la dirección de su giro a lo largo del año. Esto supone que el punto por el cual el Sol debería salir en el equinoccio de primavera se retrasa un poco cada año por efecto del mencionado movimiento retrógrado.

Cada 72 años, este retraso cubre apenas un grado y cada 2.160 años (72 multiplicado por 30) un signo zodiacal completo de treinta grados. Cada 25.920 años (2.160 por 12), el Sol describe un giro completo de trescientos sesenta grados en sentido inverso al recorrido anual y vuelve a salir exactamente por el mismo punto donde había salido en el equinoccio de primavera que nos sirve como punto inicial de este gran período cósmico.

Este fenómeno se conoce como precesión de los equinoccios. Si el

recorrido aparente del astro rey a lo largo del ciclo anual determina la duración de los doce signos del Zodiaco, el movimiento retrógrado que denominamos precesión determina las Eras astrológicas (cada una de 2.160 años de duración) y el denominado Gran Año Platónico.

Actualmente, por ejemplo, el movimiento precesional nos sitúa en un punto intermedio entre la era de Piscis que estamos abandonando y la de Acuario, en la cual estamos entrando<sup>54</sup>. Como las constelaciones se solapan, no es sencillo decidir en qué momento preciso se inicia una nueva era.

Una vez terminada la ronda solar de la precesión, no se puede tener la seguridad de que nuestra estrella se encamine hacia la misma constelación que le sirvió de fondo veinticinco mil novecientos veinte años antes en el equinoccio de primavera. Se hace necesaria una observación ininterrumpida del cielo a lo largo de casi veintiséis mil años para estar seguros de lo que pasará a continuación; pero entonces, ¿cuántos ciclos de veintiséis mil años ha tenido que observar, comprender y registrar el ser humano para establecer este gran ciclo cósmico?

Chatelain tradujo los veintiséis mil años aproximados que dura la precesión equinoccial a días, obteniendo un total de nueve millones cuatrocientos cincuenta mil. Entonces fue cuando, según sus propias palabras, experimentó una de las más fuertes impresiones de su vida: dos millones doscientos sesenta y ocho millones de días representaban los doscientos cuarenta ciclos de precesión equinoccial, cada uno de los cuales contiene ;nueve millones cuatrocientos cincuenta mil días!

El número de Nínive era la representación sumeria de los 240 ciclos de rotación por la banda zodiacal expresado en segundos, y no en años o días. Este ejemplo demuestra que estamos ante la constante del sistema solar de aquella cultura. Pero, además, este número resulta el múltiplo exacto del correspondiente a cualquier fenómeno cósmico, incluso de aquellos que son invisibles sin medios técnicos adecuados, como es el caso del planeta Plutón.

En efecto, la constante de Nínive contempla el período de revolución sideral de este astro exterior, que es de 90.720 días; por lo que cabe preguntarse, ¿quiénes transmitieron el conocimiento de la existencia de Plutón a los sumerios? Y lo que puede resultar aún más asombroso, ¿por qué afirman que hay otro planeta más allá de la órbita de Plutón? Sobre este último particular, llama la atención el hecho de que entre las hipótesis de trabajo más sugerentes de las modernas ciencias del espacio se encuentre, tal



y como he comentado antes, la que postula la existencia probable de otro planeta todavía no detectado. En los años ochenta, reputados científicos rusos propusieron esta teoría para explicar ciertas características de un tipo de órbitas cometarias y la hipótesis ha sido retomada por varios equipos de investigación en la última década del siglo xx y continuada a inicios del presente siglo.



Sello cilíndrico VA 234 donde se aprecia el sistema solar y un misterioso planeta al que el desaparecido divulgador Zecharia Sitchin identifica como el mítico Nibiru.

La base para esta afirmación que hacemos se encuentra en otro documento arqueológico esclarecedor de los conocimientos cósmicos de los sumerios: el sello mesopotámico VAT/243. Esta turbadora muestra arqueológica se encuentra debidamente conservada y catalogada en el Museo Estatal de Berlín. Se trata de un sello cilíndrico en el cual se reproduce una escena de probable significado mitológico. En ella se ve a unos dioses entregando un arado –símbolo del conocimiento agrícola– a unos representantes del género humano. Pero lo que resulta verdaderamente sorprendente es lo que aparece en la parte superior izquierda de la imagen: la descripción de nuestro sistema solar, tal y como es en realidad de acuerdo con nuestros conocimientos actuales con todos sus planetas y en el orden correcto. Así, en el centro de la imagen vemos una esfera mucho más grande que las demás que representa el Sol y alrededor de éste a todos los planetas, con una sola diferencia. En la actualidad, entre Marte y Júpiter no hay un planeta, sino el conocido cinturón de asteroides que separa los cuerpos interiores de los gigantes exteriores;

pues bien, en el sello mesopotámico este espacio está ocupado por un planeta enorme.

Algunos astrónomos contemplan la probable existencia de un planeta de estas características en un pasado lejano, del cual el cinturón de asteroides sería el residual de su paso al desintegrar otro cuerpo celeste desconocido que estuvo cerca de él. Algunos especulan con la posibilidad de que ese misterioso planeta errante se perdiera en las profundidades del espacio, mientras que otros creen que no desapareció y, por tanto, sigue su viaje alrededor del Sol, aunque en una órbita muy excéntrica que le situaría, durante un prolongado período, más allá de Plutón. Zecharía Sitchin cree haber encontrado indicios en los registros sumerios que hablan de un misterioso planeta al que los sumerios conocían con el nombre de Nibiru. El afamado autor, recientemente fallecido, creía saber por qué el misterioso planeta no ha sido percibido en tiempos modernos. La clave de la solución que él daba está en la palabra sumeria *sar*, que habitualmente aparece ligada a Nibiru. El término significa «Gobernante Supremo», pero además también tiene –siempre según él– un significado astronómico que se corresponde con la cifra 3.600. Sitchin pensaba en esa cifra como la cantidad de años que Nibiru necesitaría –en el caso de ser un planeta real– para completar su órbita excéntrica.

Para valorar la representación del sistema solar de los sumerios con este planeta, debemos recordar que la «existencia» del mismo en el pasado no fue postulada como hipótesis científica hasta tiempos modernos. Fue sólo a partir de la Ley de Bode, formulada en el siglo XVIII y que establece una proporción matemática para determinar la distancia de cada planeta al Sol, cuando se reparó en el hecho de que dicha Ley señalaba que, a la distancia a la cual se encuentra actualmente el cinturón de asteroides, debió existir un planeta en el pasado. En esa misma línea, la idea de que este podría tener una órbita muy excéntrica, como la hipótesis de la existencia de un décimo planeta, son también objeto de estudio por parte de algunos científicos europeos y americanos. Alan F. Alford aporta la siguiente reflexión sobre el tema: «Durante los últimos doscientos años, el descubrimiento de nuevos planetas se ha debido más a la ciencia de las matemáticas que a la creación de telescopios mayores y mejores». En efecto, no olvidemos que se supo de la existencia de Neptuno gracias a las irregularidades que mostraba la órbita de Urano. No obstante, las cosas han cambiado con la llegada de los grandes

telescopios de última generación y la nueva tecnología aeroespacial diseñada para la observación directa de nuestro universo. Últimamente no dejamos de descubrir nuevos y distantes sistemas solares con planetas similares al nuestro. Me temo que a pesar de los supuestos indicios y señales habrá que esperar pacientemente a que el tiempo confirme o rechace la existencia real de este misterioso planeta.

## UN MAPA ESTELAR DE MILES DE AÑOS

Zecharia Sitchin asumía la realidad de este cuerpo celeste sobre la base de una serie de evidencias arqueológicas de entre las que destaca una en especial, poseedora –según él– de la información astronómica necesaria para poder encontrar el rumbo cósmico de este enigmático planeta. El autor era considerado como un experto conocedor de las lenguas semíticas y europeas y gracias a esa reputación sus apreciaciones y conclusiones no cayeron en saco roto, dando pie a la polémica desaforada y a la discordia. En 1967 abrió la caja de Pandora al dar a conocer la que pasa por ser –conforme a su criterio– la «evidencia arqueoastronómica más desconcertante de la civilización mesopotámica». Como el resto de testimonios, sobre los que ya nos hemos referido, la muestra arqueológica de la que hablaremos a continuación, también se desenterró de entre las ruinas de la Biblioteca Real de Nínive. El objeto que desde entonces enfrenta a los partidarios y detractores de las tesis clásicas de visitas alienígenas en la antigüedad es una tablilla de arcilla con caracteres cuneiformes, que como otras muchas tablillas sumerias es –según Sitchin– una copia asiria de una tablilla sumeria anterior. A diferencia de las demás, la misteriosa muestra presenta una inusual forma circular. El primer informe científico de la muestra data de 1880 y ya entonces los expertos de la *British Royal Astronomical Society* mostraron su fascinación ante lo que consideraron como un objeto de indudable valor astronómico. De hecho algunos consideraron el disco como una especie de planisferio estelar. Lo que les hizo intuir un cierto significado técnico fue la presencia de ciertos signos cuneiformes que sugieren medidas.



El disco sumerio K8538 es una pieza claramente vinculada a ciertas efemérides terrestres. Recientemente se ha abordado una nueva hipótesis de trabajo según la cual el disco narra la historia de un importante impacto cósmico que tuvo lugar el 24 de junio del 3123 a. C. Afirman, además, que este disco es una copia asiria de un original mucho más antiguo de origen sumerio.

Algo más de un siglo después, la placa sigue levantando ampollas entre los miembros de la comunidad arqueológica internacional. El paso del tiempo no ha hecho sino que ratificar el carácter astronómico de la pieza al comprobarse que los nombres que aparecen en los ocho segmentos del disco evocan a los cuerpos celestes de nuestro entorno. Por otro lado, para Sitchin la placa «despeja toda duda» y encuentra en ella un apoyo para afirmar que «lo que se nos revela aquí es un mapa técnico de navegación aeroespacial». Las primeras interpretaciones de la tabla provocaban un cierto desasosiego en los especialistas al no poder descifrarlas con claridad. Zecharia Sitchin cambió el método analítico y el resultado no deja a nadie indiferente crea o no en sus postulados:

[...] al leer las inscripciones a lo largo de las líneas –que discurren en ángulos de 45°– no como signos lingüísticos asirios, sino como palabras silábicas sumerias, el disco de arcilla comenzó a revelar –en palabras de Sitchin– sus increíbles secretos. La inclinación de 45° parece indicar las instrucciones a seguir para aquel que pilote una aeronave y que desee descender desde un punto señalado en las inscripciones como «alto, alto, alto», debiendo pasar para ello a través de «las nubes de vapor».

En el disco todas las instrucciones parecen cobrar sentido desde la perspectiva del pilotaje sugerida por Sitchin. Cuando dice «preparen, preparen, preparen» se invita a los astronautas a que tengan sus instrumentos en orden antes de la aproximación final. «Después –en palabras de Sitchin– cuando se acercan al suelo, los “cohetes, cohetes” se encienden para detener la nave». Bajo este punto de vista, las palabras «remontar» y «montaña, montaña» podrían ser órdenes destinadas a evitar que la aeronave se estrellara en su trayecto hacia el punto de aterrizaje, contra las montañas, a las que precisamente deberá remontar por encima. Según Sitchin la información facilitada en este segmento evoca con claridad las instrucciones a seguir en un viaje espacial rutinario del dios Enlil. Para Sitchin resultan altamente significativas las lecturas de otros segmentos triangulares del disco. En ellos encontramos la inscripción *shu-ut il Enlil* que hace referencia explícita al carácter pragmático y funcional de unas instrucciones de navegación utilizadas por Enlil en su ruta cósmica; razón por la que no nos debe de extrañar la traducción de la inscripción: «Camino del Dios Enlil».

Por otro lado, la tablilla recoge dos nombres: Dil.gan y Apin. La primera palabra significa «la primera estación», mientras que la segunda denominación significa, literalmente, «donde se establece el curso correcto». Resulta evidente que ambas expresiones podrían hacer mención expresa de los puntos a seguir en el hipotético itinerario aéreo deducido por el controvertido autor de la saga «Crónicas de la Tierra».

El disco de arcilla recoge otras inscripciones alusivas, según Sitchin, a «órdenes de vuelo» tales como «tomar, tomar, tomar»; «lanzar, lanzar, lanzar»; «completar, completar»; «observar el sendero y el alto suelo»; «tierra llana»; «cohetes, ascenso, planear»; y por primera vez se observan ¡cifras numéricas!: «40, 40, 40»; «40, 40, 20, 22, 22»; «canal, canal... 100 100 100 100 100 100».

Todos estos datos resultan turbadores pero, en mi opinión, también podrían referirse a algún tipo de técnica de observación estelar; al fin y al

cabo, la información del disco está fragmentada pero parece ser indicativa de *su utilidad como herramienta astronómica*. En cualquier caso, desde mi punto de vista lo realmente significativo es que los restos arqueológicos examinados ponen de manifiesto que la antigua cultura sumeria poseía unos conocimientos astronómicos en parte inauditos y que ellos mismos atribuyeron a los dioses. ¿Cómo consiguieron datos tan precisos sobre el sistema solar en unos tiempos en los cuales únicamente podían identificarse cinco planetas visibles? ¿Quiénes instruyeron a nuestros antepasados en esta compleja e intrigante visión del cosmos? Algunos autores sostienen que existen serios indicios de supuestas visitas que una poderosa y tecnificada civilización realizó en el lejano pasado para instruir a los hombres de entonces que, como bien sabe el lector, estaban inmersos en el amanecer de un nuevo modelo de organización social: la civilización. Aquellos instructores –como ya hemos referido antes– fueron recogidos en numerosos mitos y tradiciones de los pueblos y culturas en los que germinó la civilización tal y como la conocemos. En un acto de osadía o de insensatez –según se mire– estos autores dan un salto cualitativo al afirmar que aquellos dioses no eran humanos y por lo tanto provenían de las estrellas.

## ¿VISITANTES DE OTROS MUNDOS?

Autores como Jacques Bergier o Peter Kolosimo, entre otros escritores que comparten género con el desaparecido Sitchin, estiman que esos dioses-instructores están retratados en numerosos mitos y evidencias arqueológicas repartidas por todo el globo. Según ellos, este conocimiento tan preciso de un Universo ignoto procede de los contactos que nuestra especie tuvo en el pasado con supuestos visitantes del cosmos.

Estos autores perciben indicios de la tecnología aeroespacial de estas supuestas criaturas de las estrellas en un «análisis» –si hemos de ser sinceros– carente de reglas metodológicas rigurosas y firmes, lo que permite especular sobre cualquier tema sin apenas límite alguno, considerando los hechos desde una perspectiva cultural que está muy lejos de conectar con las verdaderas motivaciones que movieron a nuestros antepasados –en otro tiempo distante y muy diferente al nuestro– a construir su mundo mitológico

y tradicional. Aun así, hay ciertos elementos curiosos que me atrevo a compartir en estas páginas para su libre deliberación por parte del lector.

Conforme estos parámetros deductivos, desde nuestra óptica tecnológica actual, muchas de las leyendas y mitos del pasado se nos antojan «familiares». Por ejemplo, las leyendas de la antigua China se refieren constantemente a máquinas voladoras –las fei-chi– hace unos cuatro mil años. También se nos habla de sus ocupantes –los chikung– que visitaron este territorio, quizás para explorarlo.

Las crónicas de entonces que han llegado hasta nosotros son «explícitas»:

[...] los chi-kung son un pueblo con grandes conocimientos. Saben cosas que a otros pueblos les están vedadas. A bordo de grandes vehículos cruzan los aires a la velocidad del viento. Cuando el emperador Tang gobernaba el mundo [en el año 1756 a. C.] un viento de poniente trajo estos vehículos hasta Yüchow [el actual Honán], donde aterrizaron. Tang mandó desmontar los vehículos y ocultarlos en los almacenes. Con demasiada facilidad el pueblo creía en cosas sobrenaturales, pero el emperador no quiso que sus súbditos se intranquilizaran. Los visitantes permanecieron diez años. Entonces, volvieron a montar en sus vehículos, cargaron los presentes del emperador y emprendieron viaje con un fuerte viento del Este. Llegaron bien a la tierra de chi-kung, a 40.000 li, más allá de la Puerta de Jade. Pero nada más se conoce de ellos.

También existen otras narraciones en las que sus protagonistas pretenden, por todos los medios a su alcance, contactar con los «inmortales»: unos seres que eran descendientes directos de los «hijos celestes» que antes que ellos habían llegado a la Tierra en sus aparatos voladores. En la China prehistórica –y siempre conforme a lo narrado en los textos que mencionan aquellos hechos pasados– los supuestos encuentros con objetos volantes desconocidos y criaturas ajenas a nuestro mundo eran relativamente frecuentes. Incluso se nos describen, con todo tipo de detalles, las características físicas de estos supuestos vehículos espaciales. Para ello se utilizan términos metafóricos que tratan de explicar –supuestamente– una tecnología que ni siquiera es percibida como tal por los testigos vinculándola, sin embargo, al ámbito de lo mágico o lo sobrenatural. De este modo, y siempre conforme este polémico punto de vista, cuando los aparatos voladores que describen las tradiciones chinas inician el despegue, se nos dice que «la tierra se derrumba», cuando lo que probablemente se quiere decir es que los motores de las aeronaves hacen vibrar el suelo con un estruendo ensordecedor. También se citan otros fenómenos físicos generados por la maquinaria que –presumiblemente– habría permitido el vuelo de estas naves, relacionando el sonido de los

vehículos de los dioses que se hallaban suspendidos en el aire con un «zumbido de hormigas escondidas». Ahora bien, esta interpretación pasa por alto la más sencilla y obvia deducción: tal vez lo que se nos describe aquí, utilizando el lenguaje metafórico, sean en realidad los efectos de una tormenta con gran aparato eléctrico, debidamente aderezada con los elementos del imaginario popular que a nuestros ojos nos suena tan «extraño», como de «otro mundo». Sin embargo, para ciertos autores como el alemán Peter Krassa, estamos ante la descripción de una tecnología avanzada en un contexto temporal primitivo; por esa razón el despliegue en todo su esplendor de esta maquinaria aeroespacial recibió múltiples denominaciones metafóricas y el empleo de este lenguaje no es exclusivo de los manuscritos antiguos de la India o de China. De hecho, se repite asiduamente en otras fuentes tradicionales del mundo antiguo. Así, resulta común el empleo de conceptos tales como el de «bolas de fuego», «nubes luminosas», «caballos-dragones», entre otras fórmulas propias del lenguaje figurado.

En este sentido, podemos considerar esta reflexión de Krassa congruente en sus principios generales al analizar las pautas de comportamiento de ciertas comunidades indígenas contemporáneas. Sociedades tribales con un grado evolutivo prehistórico conviven con nosotros y no hace mucho han sido protagonistas de comportamientos análogos a los que presumiblemente se dieron en la antigüedad cuando –según estos autores– los dioses bajaban de los cielos en sus imponentes y extrañas máquinas celestes.

Durante los años treinta, se pudo comprobar cómo algunas tribus primitivas de Nueva Guinea habían construido altares y modelos toscos de los aviones de guerra que veían volar sobre sus cabezas. ¡Adoraban estas aeronaves humanas como dioses! Remontándonos un poco más atrás en el tiempo, en el viejo y mítico Oeste de EE. UU., los indios de Norteamérica bautizaron las primeras locomotoras de vapor con el nombre de «caballos de fuego». Estas dos formas primitivas de entender hechos tecnológicos que no están al alcance de la cultura en la cual irrumpen, demuestran que parte de las teorías que respaldan la presencia alienígena en el pasado sobre relatos análogos no son tan disparatadas como en un principio cabría pensar. El problema estriba en demostrar que en efecto esos contactos acontecieron realmente en el pasado, pues hasta ahora todo se basa en especulaciones más o menos «fundamentadas» conforme a ese método deductivo al que he hecho referencia antes y que desde luego no aclara las cosas en absoluto.



Veamos otros ejemplos. En 1952 fue posible entrar por vez primera en contacto con la tribu amazónica de los caiapos, en el Brasil. Lo más curioso de estos indígenas lo observamos en los rituales festivos en los que uno de ellos aparece ataviado con un curioso traje de paja, muy similar en su forma al aspecto que en la actualidad tienen los trajes utilizados por los astronautas. Este rito está basado en el encuentro que hace muchas generaciones tuvo este pueblo con un dios proveniente del cielo que les enseñó los secretos de la ciencia agrícola y otras artes de supervivencia.

La tradición oral recoge la siguiente historia:

En un pasado lejano, en la cima de una montaña un gran temblor sacudió la tierra acompañado de fuego y humo. Los atemorizados caiapos huyeron al poblado vecino. Pasados unos días, los guerreros más aguerridos y jóvenes, supieron de la existencia de un misterioso extranjero que había surgido con el fenómeno. Presurosos y decididos decidieron enfrentarse a él. Una vez localizado lo atacaron con sus armas más mortíferas sin que estas le hicieran la más mínima herida. El extranjero se mofó de ellos y demostró sus poderes. Con el tiempo se acostumbraron a su presencia y el misterioso ser resultó ser un sabio maestro que entre otras cosas les enseñó el idioma que ahora hablan y diversas técnicas de domesticación de la naturaleza. Cuando acabó su misión, el extranjero regresó a su mundo en medio de un potente estrépito, fuego y humo, ascendiendo al cielo desde lo alto de la montaña en la que había aparecido.

Este ser tenía una extraña apariencia que en la actualidad los caiapos emulan con la indumentaria que utilizan en el ritual que trata de recordar aquel extraño suceso de su pasado. ¿Acaso, como en el caso contemporáneo de Nueva Guinea, los caiapos asimilaron de esta peculiar forma el contacto con una tecnología superior? ¿Se trata en realidad de una escenificación coherente con su mundo tradicional?

En los Libros de Bambú, la tradición de los mandarines menciona lo que para un investigador de ovnis serían las etapas previas a un encuentro en la tercera fase. La «interpretación» de dicho manuscrito resulta curiosa si lo interpretamos conforme a nuestros parámetros tecnológicos actuales y la perspectiva esgrimida por los autores que abogan a favor de la presencia alienígena a lo largo de la historia de la humanidad. Veamos:

En el año 14 fue vista una «nube» [¿avistamiento de un objeto volante desconocido?] y Shun [un gobernante chino] ordenó al ministro Yü que investigara el fenómeno [una de las primeras investigaciones ufológicas oficiales registradas en la historia]. Se cuenta que en aquel año, antes de finalizar la representación [...] se produjo una enorme tormenta [¿provocada por la misteriosa «nube»?]. El viento destrozó casas y arrancó árboles, los tambores quedaron desperdigados por el suelo, las campanas y las piedras daban bandazos. En aquel revoltijo, las personas tropezaban unas con las otras y los músicos salieron

corriendo. Pero Shun, que se aferraba al estrado [...] reía mientras exclamaba: ¡Qué claro está que este imperio no es de los humanos! Acto seguido, presentó a Yü el cielo y le invitó a que se comportara como un hijo del cielo frente a su gobernante. De inmediato amainó el temporal y aparecieron «nubes de la suerte» [¿nueva anomalía celeste?]. Eran como humo, pero no era humo. Las «nubes de la suerte» se entrecruzaban y giraban como discos o espirales. Cuando llegó a su término el magnífico espectáculo, las nubes recogieron sus colas, se enrollaron y desaparecieron.

Para los autores del género parece obvio que estos mitos contienen, más que simbolismos, símiles descriptivos de un hecho tecnológico que los testigos intentan comprender, asimilándolo conforme su experiencia vital. Como dijo Eufemero, en el siglo IV a. C.: «el mito es la historia disfrazada». Ahora bien, si hemos de ser honestos también esta interpretación podría disfrazar un acontecimiento meteorológico singular, cuya virulencia y sus efectos dejaron huella en el mundo tradicional de aquel pueblo. De hecho, debería de ser la primera opción a considerar. Presuponer, además, que la tecnología aeroespacial alienígena de entonces era similar a la nuestra es una torpeza monumental.

## TECNOLOGÍA DEL PASADO IMPOSIBLE

Pero sigamos repasando reminiscencias de la supuesta presencia de extrañas criaturas alienígenas y el uso de la tecnología de los «dioses» en la antigüedad. Los viejos textos hindúes nos hablan de divinidades guerreras que surcaban el cielo en aeronaves denominadas «vimanas», dotadas de un armamento terrorífico, cuyos efectos evocan los producidos por un arma – llamada «mensajero de muerte» –, que reducía a cenizas a ejércitos enteros y hacía sentir sus efectos en los supervivientes, provocándoles la caída del cuero cabelludo y de las uñas, además de envenenar sus alimentos y ríos. También nos describe el uso de un armamento químico y biológico análogo al que estúpidamente fabricamos en nuestros laboratorios hoy en día. Así, por ejemplo, se menciona el «Samhara», una especie de cohete que mutila a las personas, o el «Moha», un arma que paraliza al enemigo. Según los textos sagrados hindúes, aquellas antiquísimas batallas tuvieron por escenario el actual desierto de Gobi, cerca del lago Nob Nor. A pesar de los siglos transcurridos, si realmente aquellos encontronazos bélicos acaecieron, deberían de existir residuos geológicos que confirmaran aquellas cruentas

batallas en las que cabe deducir, tras la lectura atenta de estos textos, el uso de bombas con carga nuclear; así al menos lo estiman algunos autores que además sostienen que, en efecto, esos rastros existen.

Antes de que los chinos iniciasen su programa de ensayos atómicos en esta zona, se localizaron áreas desérticas con arena cristalizada. Fenómeno asociado a las temperaturas extremas que se desarrollan durante el proceso de fisión termonuclear; pero también al impacto de meteoritos o cometas, algo que como tendremos oportunidad de demostrar ha sucedido en nuestro planeta en tiempos geológicos recientes; incluso tiempo después de la masiva extinción de dinosaurios provocada –precisamente– por un gran cometa hace millones de años.

Volviendo a las máquinas voladoras de la tradición hindú, estas son descritas por varias fuentes. Tanto en el Yajurveda, como en el Ramayana, el Mahabharata y el Bhagavata Purana, la palabra *yantra* significa «aparato mecánico», lo que demuestra que los escribas están haciendo mención expresa a una tecnología.

Todos los artefactos voladores descritos con detalle en estos manuscritos están relacionados con esta concepción. Así, el Rigveda explica el aspecto externo de estas aeronaves. Por ejemplo, se nos describen las vimanas anteriormente citadas como aparatos imitadores del vuelo de las aves, con forma triangular y un tren de aterrizaje similar al de nuestros aviones. También se nos dice que disponían de tres tripulantes y que algunos aparatos tenían dos alas y tres niveles de altura. Se nos dice asimismo que «su velocidad es tan rápida como el pensamiento y que son capaces de moverse por tierra, mar y aire». Estos manuscritos incluían, además, los planos de tres tipos de vimanas: el Rukma, el Sundara y el Shakuna. Alrededor de quinientos versos recogen detalles de los tipos de material que se deben utilizar para su construcción, la preparación de los materiales más adecuados, el diseño de mecanismos, etcétera.

A los ochenta años de edad, el veterano académico G. R. Josyer, director de la Academia Internacional de Investigaciones sobre el Sánscrito de Mysore, en la India, tradujo a un inglés legible manuscritos indios de varios siglos de antigüedad que se ocupaban de la construcción de todo tipo de aeronaves tanto de ámbito civil como militar, que recogían aspectos técnicos tan complejos como los materiales empleados en la construcción de estas naves, el combustible utilizado para alimentar sus motores e incluso

manuales de instrucción y pilotaje de vimanas. El académico descubrió entonces que, por ejemplo, el *Vymankia Shastra* constaba de algo más de seis mil líneas (unos tres mil versos de lenguaje sánscrito de carácter técnico) referidos a la construcción de aeronaves. Josyer, hizo la siguiente reflexión sobre las implicaciones de esta desconcertante obra:

El siglo XX puede llegar a ser considerado histórico por dos razones: la traída de piedras lunares desde el espacio exterior y la publicación del *Vymankia Shastra*.

El *Vymankia Shastra* es como un cuerno de la abundancia lleno de valiosísimas fórmulas para la fabricación de naves aéreas que debería hacer que los Lindbergh, Rolls, Zeppelin, De Havilland, Tupolev y Harold Gray se quedasen boquiabiertos de asombro; y que, si se divulgan adecuadamente, podrían dar lugar a una nueva era en la fabricación de aeronaves.

Según Josyer en los manuscritos llama la atención la existencia de ocho capítulos con planos para la construcción de aparatos capaces, no sólo de volar, sino también de desplazarse por encima y por debajo del agua eficazmente. Se contempla también el tipo de entrenamiento que debe seguir el aspirante a piloto y los insólitos equipamientos de estas máquinas, provistas de artilugios que nos recuerdan a las actuales cámaras, equipos de radio y radares.

Los «científicos» de estos manuscritos revelan en sus escritos que cualquiera que desee pilotar un vimana deberá familiarizarse, previamente, con los treinta y dos secretos que permiten el correcto funcionamiento de los parámetros de vuelo. Para pilotar el vimana el piloto debía dominar las siguientes técnicas:

- *Maantrika*: Una técnica especial para invocar *mantras*. Su correcto uso permitía al piloto de vimana controlar una serie de poderes espirituales.
- Mediante la técnica de *Taantrika* se pueden ejecutar determinados poderes tántricos pudiendo transmitir el piloto esas órdenes a su aeronave.
- Mediante el *Goodha* el piloto podrá hacer invisible su vimana.
- Con el dominio del *Taara* el piloto oculta sus propósitos a quienes le observan: «mezclando con la fuerza etérea 10 partes de fuerza aérea, 7 partes de fuerza del agua y 16 partes de resplandor solar, y proyectándolo por medio del espejo en forma de estrella en el tubo frontal del vimana, se crea la apariencia de un cielo cuajado de estrellas».

- El *Saarpa-Gamana* permite avanzar la nave en zigzag, como una serpiente; el *Jalada Roopa* permite envolver al vimana bajo la apariencia de una nube.

Estas máquinas celestes eran pilotadas por los dioses del cielo, a quienes se alude asiduamente. El experto en sánscrito Dileep Kumar Kanjilal sostiene que dichos textos afirman que las aeronaves también eran utilizadas por seres sobrehumanos de origen celeste, vinculados –según él– con los dioses que nos habrían creado mediante técnicas de inseminación artificial.

No deja de resultar curioso que la arriesgada propuesta del filólogo hindú encontrara un apoyo científico inesperado, procedente, nada más y nada menos, que de un premio Nobel de medicina tan prestigioso como el genetista Francis Crick, descubridor del ADN y defensor de la teoría de que la vida en nuestro planeta fue debida a la intervención directa de alguna civilización extraterrestre: «Esos seres sembraron la Tierra igual que nosotros sembraremos mañana un mundo lejano, cuyas probabilidades de llevar a la vida a su término más elevado, estarán determinadas de antemano por nosotros mismos».

Los méritos científicos del Dr. Crick le ponen a salvo de la burla de sus colegas más escépticos y gracias a su reputada autoridad es uno de los pocos científicos que han podido exponer y defender su tesis de la panspermia dirigida, por la que la vida es intencionalmente sembrada en otros planetas por parte de una raza inteligente.

Pero si Crick estaba bastante solo cuando formuló estas ideas, con posterioridad su posición honesta y valiente ha ido creando escuela entre los expertos, que con creciente audacia se atreven cada vez más a desafiar el dogma científico establecido; aunque naturalmente lo hacen desde el mundo de la ciencia, detalle que no hemos de pasar por alto.

## LA NATURALEZA DE LOS DIOSES

Algunos ufólogos ven –en los textos bíblicos– indicios claros de la presencia alienígena en el pasado. De este modo, para estos especialistas en el fenómeno ovni, la famosa estrella de Belén, por ejemplo, es un objeto volador tripulado. Esta visión ufológica explica este acontecimiento

conforme a unos parámetros muy alejados de lo que se pretende significar con el uso de un lenguaje figurado o simbólico tan característico de las grandes religiones. Los defensores de esta teoría consideran que si nos ceñimos expresamente a lo que nos describen los textos sagrados, el comportamiento de esta misteriosa estrella resulta análogo al que describen muchos testigos de ovnis. Así lo razona el controvertido J. J. Benítez:

Para cualquier mente racional y medianamente informada, una estrella como aquella, capaz de guiar una caravana durante meses, de desaparecer de la vista de los Magos a su llegada a Jerusalén, de volver a mostrarse cuando éstos abandonan la ciudad y de pararse sobre la casa donde estaba el Niño, no puede ser identificada con una supernova, ni con un cometa que se hubiera desintegrado al entrar en la atmósfera. No hay posibilidad astronómica de que un alineamiento de planetas se prolongue durante meses, desaparezca para volver a aparecer y, además, se coloque sobre una casa; lo mismo se puede decir de un meteorito, que se limita a caer y no a volar horizontalmente durante meses; o de una estrella, porque la aproximación de cualquiera de estos astros a nuestro sistema solar hubiera destruido el orden cósmico del mismo.

Desechadas estas opciones, estos autores se inclinan a pensar que la «estrella» de Belén es una luminosa «nave sideral» tripulada. En mi opinión no deberíamos obviar la faceta creativa de la cultura que gestó ésta y otras historias legendarias, consideradas por muchos como sagradas y absolutamente reales. El imaginario de aquellas gentes y su mundo tradicional eran lo suficientemente ricos como para influir en el narrador a la hora de mitificar el nacimiento de Cristo. Veamos un ejemplo de esa sublime capacidad creativa por parte de nuestros antepasados. Como venimos comprobando a lo largo de estas páginas vemos que los antiguos han estudiado con sumo interés las efemérides cósmicas impelidos en gran parte por una curiosidad existencial y religiosa. Entre la extensa catalogación cósmica que hicieron de las constelaciones, a lo largo de los siglos, les llamó poderosamente la atención Canis Maior. En esta constelación encontramos la estrella de Sirio, sobre la que volveremos más adelante, y el famoso cinturón de Orión. Pues bien, tenemos una explicación astrológica sumamente interesante que explica perfectamente el «periplo cósmico» de la estrella de Belén; pero es más, y sé que esta parte resultará polémica para algunos creyentes, esta visión, que al fin y al cabo fue la que fundamentó muchos mitos del pasado, nos permite dilucidar la procedencia de los principales hitos sobrenaturales de la vida de Cristo. Poca gente sabe que Cristo fue un Mesías solar, como muchos otros que antes que él vinieron a «salvar al

mundo». El Sol ha sido, desde el inicio de los tiempos, el astro rey sobre el que pivota la vida en la Tierra, algo en lo que no se equivocaron los antiguos. Existen numerosos testimonios arqueológicos que demuestran el respeto y adoración del que era objeto. Nuestros antepasados entendieron que sin el Sol las cosechas, la vida, no sería posible. Tal vez por eso estimaron que lo más prudente era adorarlo como un dios, al que no tardaron en antropomorfizar. Así, por ejemplo, en el Antiguo Egipto, el dios Horus es el dios antropomorfizado y su vida tiene que ver con los movimientos del astro solar en el cielo del 3000 a. C. Como bien es sabido el dios Set fue su antagonico; hasta el punto de que este representaba la oscuridad frente a la luz emanada de Horus. Cada mañana un portentoso Horus vencía a Set, pero al atardecer Set doblegaba a Horus enviándolo, metafóricamente hablando, al mundo subterráneo, sumiendo a la Tierra en la oscuridad hasta el día siguiente en el que Horus vuelve a renacer. Sobre este particular y en lo que concierne al Mesías cristiano existen una serie de aspectos astrológicos que nos ayudan a comprender la verdadera naturaleza de la estrella de Belén. Según el Nuevo Testamento Jesús nació un 25 de diciembre y su nacimiento fue anunciado por una estrella en el este que sirvió de guía a los tres Reyes Magos en su viaje a Belén. A grandes rasgos y saltándome otros aspectos de su vida significativos desde el punto de vista tradicional pero no astrológico, cabe recordar que tuvo doce discípulos y que tras llevar a cabo su ministerio, aderezado de todo tipo de milagros, fue crucificado, enterrado y resucitó al tercer día, ascendiendo, literalmente, al cielo. La estrella del este es Sirio que como bien sabemos el 24 de diciembre se alinea con las estrellas más significativas del cinturón de Orión. Estas tres estrellas son conocidas, desde la antigüedad, con el nombre de los «Tres Reyes». Todas ellas apuntan hacia el lugar por el que emerge el Sol el 25 de diciembre en el solsticio de invierno. Por lo tanto, esta es la metáfora cósmica que explica el viaje de los tres Reyes Magos y la estrella de Belén hasta el lugar donde nace el Sol, la Luz del Mundo, que a todas luces representa al Mesías solar cristiano: Jesús. Por su parte, la constelación de Virgo puede ser interpretada como la Virgen María. De hecho la traducción del latín de *virgo* es Virgen; pero es más, Belén, el lugar donde nace Jesús, puede traducirse como «Casa del Pan», justamente otra de las denominaciones con la que es conocida la constelación de Virgo, por su relación con el tiempo de la recolección del trigo, en agosto y septiembre. Obviamente los doce apóstoles simbolizan las doce

constelaciones que el Sol visita en su viaje cósmico. Finalmente, se nos dice que Jesús resucitó el tercer día. Bien, la astronomía podría aclarar este otro elemento de la historia del Mesías solar cristiano. Durante el solsticio de invierno, en el hemisferio norte de la Tierra, el Sol deja de moverse hacia el sur tres días: el 22, 23 y 24 de diciembre. El 25 de diciembre el Sol se mueve un grado al norte en las cercanías de la constelación conocida como la Cruz del Sur, lo que ha motivado que algunos consideren que estamos ante la metáfora de la crucifixión del Sol; en otras palabras, del Mesías solar: Cristo. Así pues, ¡el Sol ha muerto por tres días y finalmente ha resucitado!

Encontramos otros casos sumamente atractivos cuya complejidad interpretativa resulta, también, curiosa. La visión del profeta Isaías es, conforme a los cánones de la física actual, un indicio más de estos supuestos contactos con seres de otros mundos. El episodio que voy a narrar tiene especial relevancia, puesto que su protagonista parece experimentar de primera mano lo que parecen ser los efectos de la relatividad, teoría que sería formulada a comienzos del pasado siglo. Tras ser conducido por un ángel al Paraíso, éste le incitó para que regresara nuevamente a la Tierra. Isaías mostró su desacuerdo rebatiendo dicha invitación, porque tan sólo había permanecido dos horas en el cielo. «No has estado dos horas –comentó el ángel– sino treinta y dos años». El profeta, aturdido, pensó entonces que regresaría envejecido y próximo a la muerte, pero el ángel le reconfortó diciéndole que no sería más viejo que esas dos horas al regresar a casa. Como se ve, este antiguo mito sagrado sólo parece tener sentido a la luz de la teoría de la Relatividad de Albert Einstein y constituye una bellísima ilustración de la célebre «Paradoja de los Gemelos», con la que el genial físico ilustró este aspecto de la naturaleza del Tiempo físico cuando se consideran velocidades próximas a la luz. El gemelo que viaja por el Universo sólo envejece dos horas, aunque regrese a la Tierra medio siglo después de haber partido, según el cómputo de tiempo de ésta. La cuestión es, por tanto, crucial: ¿cómo es posible que encontremos semejante versión de la Paradoja de los Gemelos de Einstein en un texto de hace más de dos milenios?

En el Libro de Henoc, los entusiastas de los extraterrestres afirman haber encontrado el extracto de otra «abducción alienígena» antigua. Se dice que el patriarca conoció a «dos hombres» de una envergadura y talla jamás vista en la Tierra. Estos seres le dijeron que ese mismo día del encuentro «ascendería con ellos al cielo». Entonces, Henoc reunió a su familia temeroso de no



volverlos a ver nunca más y les dijo «oídmme, hijos míos, porque no sé dónde voy, ni lo que me aguarda». Tras despedirse, los dos extraños hombres le condujeron al interior de una «carroza celestial», que lo trasladó a las alturas. Mientras ascendía, Henoc describía estupefacto lo que percibía: «¡Y he aquí que las nubes se movían! Y, subiendo todavía más vi el aire y más alto aún vi el éter, y me llevaron hasta el primer cielo». Aquí, tal vez –y siempre conforme a los parámetros deductivos heterodoxos– cabría traducir la palabra «aire» por atmósfera, «éter» por espacio exterior y «primer cielo» por «nave nodriza». Allí es donde Henoc conocerá a quienes él mismo describe como «mayores y gobernantes de las estrellas» y sobre quienes también dice algo más que significativo: «estos mayores clasifican y estudian las revoluciones de las estrellas... y preparan las enseñanzas e instrucciones». ¡Henoc nos está hablando de los «instructores celestes» a los que hacen referencia otros textos sagrados del planeta! Sin embargo, esta interpretación parte de un enfoque cultural muy diferente al original. De eso no hay duda. Una vez más, las apariencias engañan. En mi opinión estamos ante un lenguaje ritual que escenifica la ascensión a un espacio sagrado megalítico, tema sobre el que volveremos.

Por su parte, en el Éxodo se nos describe cómo tras salir los israelitas de Egipto «el Señor» iba delante de ellos en forma de nube y de noche «como una columna de fuego para alumbrarles». El reverendo presbiteriano Barry L. Downing cree que esa nube que acompaña a Moisés y a su pueblo por el desierto es una clara alusión de la tecnología extraterrestre que cuenta, además, con múltiples referentes en la historia moderna de los ovnis. Sugiere, además, que muchos milagros referidos por la Biblia como sobrenaturales admiten interpretaciones exobiológicas, en cuyo contexto los ángeles serían en realidad alienígenas.

La Biblia nos dice que los ángeles eran habitantes superiores de las regiones celestes. En la tradición judeocristiana estos seres son descritos como sujetos inmortales, pero en documentos de la antigua India se nos confirma que aquellas entidades, lejos de ser dioses sobrenaturales, eran en realidad representantes de una civilización estelar. El Mahabharata, por ejemplo, nos dejó una descripción de estos «seres superiores» sorprendente. Nos dice que eran criaturas que no sudaban, sus ojos no parpadeaban y sus pies no tocaban el suelo. Además, se nos relata que –al igual que los mortales humanos– estos entes estaban sometidos al ciclo del nacimiento, crecimiento

y muerte.

No obstante, con respecto a los hombres existían marcadas diferencias metabólicas. También se nos dice que eran mucho más aventajados física y mentalmente: «aparentaban siempre la edad radiante de veinticinco años, pudiendo vivir un tiempo equivalente a muchas vidas humanas». Es notable la modernidad de este texto milenario, que describe una civilización que ha conseguido prolongar la vida y evitar los inconvenientes del envejecimiento. Actualmente, nuestra ciencia también busca alcanzar este objetivo, que de haber sido considerado una quimera hasta los años sesenta se ha convertido en una posibilidad real para los investigadores que hoy pretenden reprogramar el ADN para conseguir su propósito.

Para los indios hopi de Norteamérica, los dioses celestes, conocidos con el nombre de Katchinas (altos, respetados sabios), tenían un aspecto bastante extraño, que por lo general producía temor. Con la finalidad de familiarizarse con su presencia física, los predecesores de los actuales indígenas fabricaron «muñecas Katchina» para que los más pequeños se acostumbrasen a su aspecto y de este modo saber diferenciarlos. Ciertos autores consideran que actualmente estas muñecas han perdido su funcionalidad, pues «los dioses Katchina ya no están sobre el planeta». Huelga decir que esta interpretación es errónea. Los descendientes de los hopi siguen teniendo como referente en sus ceremonias a estos dioses y resulta evidente que los Katchina no son alienígenas. En realidad, estas entidades tenían una funcionalidad estrictamente ritual y servían para mediar –bajo estados alterados de conciencia previamente inducidos– entre el mundo de los humanos y el de los espíritus. Durante esas liturgias los hombres se disfrazaban de Katchina y la gente danzaba con la idea de congregar a los espíritus y favorecer las cosechas y la salud de la tribu entre otras muchas cosas. Los descendientes de aquellas tribus siguen conservando su esquema de creencias, por lo que, de algún modo, los Katchina nunca «abandonaron» este planeta; al menos mientras permanezcan vivos en la conciencia colectiva de los herederos de estas grandes tradiciones.

En la tradición judía, hace unos dos mil años, Arideo tuvo una visión en la que nos relata el que pasa por ser –para algunos autores– un viaje al espacio. Las experiencias que narra Arideo son muy similares a las experimentadas por nuestros astronautas: «viajé veloz y suavemente, como un barco en tiempo de calma». En efecto, en el espacio no hay rozamiento alguno, razón

por la que transitar por estos vastos dominios a grandes velocidades no provoca efecto alguno en la tripulación. A su vez, la tradición de la Cábala hebraica cita al «Gran Jefe» de los yorde merkabah o «viajeros del cielo», que descendían habitualmente en sus «carrozas» a los dominios del hombre.

También los Katchina antes citados visitaban a los hopi. En sus tradiciones orales explican el aspecto lenticular que tenían las aeronaves que sobrevolaban sus paisajes. Esta información ha llegado hasta nosotros gracias a las investigaciones llevadas a cabo por Josef F. Blumrich, científico que participó activamente en el diseño del gigantesco cohete *Saturno V* y que recibió de la NASA una medalla por sus servicios excepcionales en 1972. A él se debe el primer estudio que llevó a cabo un ingeniero con el objeto de demostrar que las teorías de los visitantes de otros planetas eran falsas. Dispuesto a replicar la explicación brindada por Däniken y otros autores de que el profeta Ezequiel tuvo un contacto extraterrestre, Blumrich se embarcó en un estudio técnico sobre el particular, reconociendo al final que el autor suizo y todos los que le apoyaban podían en efecto estar en lo cierto. De detractor pasó a defensor y divulgador del asunto, lo que brinda mayor interés a sus conclusiones, puesto que inició la investigación con el propósito contrario.

Tras una metódica traducción de los términos empleados por el profeta Ezequiel para describir su visión divina, Blumrich concluyó que se describía «un vehículo espacial técnicamente posible y de excelente diseño, que le permite desempeñar su cometido a la perfección». El ingeniero alemán subrayó el hecho de que:

[...] tras las palabras del profeta Ezequiel se descubre una tecnología nada fantástica, en todos sus aspectos muy próxima a nuestras posibilidades y, en consecuencia, ligeramente por encima de la actual capacidad científica de los humanos. Por otra parte, aquel vehículo debía depender de una nave nodriza mayor.

El divulgador Roy Stemman comenta, sin embargo, que a pesar de que los textos bíblicos hayan permitido deducir las características técnicas de una nave espacial extraterrestre, Blumrich no aportó la prueba indiscutible, capaz de convencer al mundo de que nos han visitado seres ajenos a nuestro mundo en diferentes etapas evolutivas de nuestra especie.

El manuscrito tibetano de Dyzan es un referente a tener, también, presente. Según explica este texto, hubo una expedición de civilizadores cósmicos a la Tierra:

[...] dijo la Tierra: Señor de la Cara Resplandeciente, mi casa está vacía; manda que vengan tus hijos con la gente de este mundo [...]. La oscuridad cubría el espacio entre los globos. Los dos mundos se volvieron radiantes [...]. Encontrando la distancia justa, fulguraron como una llama intermitente. Los Custodios comenzaron su tarea [...]. Las serpientes que descendían enseñaban e instruían [...]. La quinta raza fue gobernada por los primeros reyes divinos.

Los que abogan por las tesis de astronautas antiguos en la antigüedad se hacen las siguientes preguntas: ¿Son estos monarcas los portadores de la cultura cósmica que vemos reflejada en los monumentos antiguos de gran parte del planeta? ¿Vinieron con el fin de colaborar en el proceso de desarrollo de nuestra especie?

Volvamos a la antigua Babilonia. Entre el valle del Tigris y el Éufrates, los arqueólogos encontraron la extraña imagen de una cabeza humana dentro de la cabeza de un pez con cuerpo escamoso. Se trata del gran civilizador Oannes, que enseñó las ciencias exactas a los pobladores de aquellas regiones mesopotámicas. De los tiempos de Alejandro Magno nos llegan las reseñas que hace de esta criatura el sacerdote e historiador babilónico Beroso. En ellas revela que sus ancestros sabían que Oannes pertenecía en realidad a otra especie inteligente, pues hablaban –al igual que los hindúes– de un animal civilizador, nunca de un dios. Tras cumplir su tarea civilizadora, Oannes regresó al cielo en un arca roja como el fuego.

El sacerdote babilónico cuenta el desarrollo de los extraordinarios acontecimientos que protagonizó este extraño ser en Babilonia:

Durante el primer año apareció allí, procedente del mar de Eritrea, un animal llamado Oannes, cuyo cuerpo era como el de un pez. Tanto su voz como su lengua eran como la de un pez. Tanto su voz como su lengua eran articuladas y humanas [...]. Este ser se hallaba acostumbrado a pasar el día entre los hombres, iniciándolos en las letras, ciencias y artes de todas las clases; les enseñó a construir ciudades, fundar templos y compilar leyes, les explicó los rudimentos de la Geometría, les hizo distinguir las semillas existentes en la tierra y recolectar los frutos; en suma, los instruyó en todo.

También, hace unos diez mil años, la etnia africana de los dogones recibió la visita de otra raza civilizadora «anfibia». Decían provenir del quinto astro más próximo al Sol, la estrella de Sirio. Y para demostrar a las generaciones futuras que su presencia fue real, nos legaron una serie de testimonios astronómicos tan precisos que difícilmente pueden pasar desapercibidos. Estos datos son asombrosos e inexplicables; y probablemente estamos ante el único caso que resulta muy difícil rebatir.

## EL ASOMBROSO SECRETO DE LOS DOGONES

En 1862 el astrónomo estadounidense Alvan Clark construyó un telescopio dotado de lentes de 50 centímetros de diámetro con la intención de enfocarlo hacia la constelación de Orión. Dentro de este complejo de estrellas se encuentra el grupo estelar conocido como Canis Maior, en el cual se localiza el astro más brillante del firmamento: Sirio.

Ubicado a unos 8,7 años luz de la Tierra, Sirio había sido un misterio para la ciencia. Años antes, otro astrónomo, apellidado Bessel, había asegurado que su órbita parecía seguir un curso alterado por un cuerpo pesado muy próximo a esta estrella y era como si ambos bailaran al unísono en torno a un centro gravitatorio común. Sin embargo, el causante de esta anomalía no era visible con los medios técnicos de entonces. Hubo que esperar hasta que Alvan Clark construyera ese telescopio que era lo bastante potente como para desentrañar el enigma. Con este sí fue posible observar finalmente la causa generadora de ese peculiar comportamiento del astro: se había descubierto Sirio B: la famosa estrella Shotis de los antiguos egipcios era, en rigor, lo que hoy la astronomía conoce como un «sistema solar binario».

Sin embargo, todavía tuvieron que pasar muchas décadas para conocer los secretos de este astro «invisible». Hoy sabemos que Sirio B –con un diámetro de tan sólo 30.000 kilómetros– tiene una masa equivalente a la de nuestro Sol, lo que la sitúa en una categoría especial de estrellas que se conocen con el nombre de «enanas blancas», cuya peculiaridad más insólita estriba en el hecho de que, si fuésemos capaces de sustraer una porción del astro equivalente a una cucharadita de postre, esta llegaría a pesar ¡una tonelada!

Esta es la razón por la que Sirio B influye de forma tan notoria sobre su compañera visible, Sirio A. La rotación periódica de ambas estrellas alrededor de un mismo centro gravitacional dura exactamente 50,04 años.

Pero esta estrella tan popular en algunas culturas antiguas seguiría deparando sorpresas a nuestros astrónomos. En 1995, dos investigadores franceses, D. Benest y J. L. Duvent, aseguraron que Sirio es un sistema triple y no doble. El nuevo astro –Sirio C– sería una «enana roja», quinientas veces menos masiva que el Sol y, al igual que Sirio B, muy poco brillante y por tanto inaccesible al ojo humano.



En 1970, astrónomos del Observatorio Naval de los EE. UU. consiguieron fotografiar por primera vez la misteriosa estrella Sirio B. Aparece en la zona inferior derecha debajo de la imponente Sirio A. Sin embargo, este dato y otros todavía más precisos eran ya conocidos por los dogones.

Pues bien, todos estos datos precisos que nos ha brindado la ciencia moderna ya eran conocidos desde tiempos primitivos por la tribu africana de los dogones. Resulta inexplicable que una tribu primitiva como esta conociera desde hace cientos de años la existencia de una enana blanca que no pudo ser fotografiada hasta el año 1970, como tampoco parece razonable que conocieran la existencia de un cuerpo vecino de Sirio totalmente invisible al ojo humano.

No obstante, según los testimonios recogidos hace más de sesenta años por los antropólogos Griaule y Dieterlen, los dogones conocían a Sirio B con el

nombre de Po Tolo y sabían de su peculiaridad como enana blanca: «es la estrella más pequeña, pero también es el más pesado de los objetos celestes [...] es metal en todas sus formas, especialmente por el Sagala, un poco más brillante que el hierro y de una densidad tal que todos los seres terrestres juntos no podrían levantar un pedazo del mismo».

Los dogones hablan también de Sirio C. La llaman Emme Ya Tolo, y era considerado por los astrólogos dogones como el astro femenino por excelencia. Dicho cuerpo celeste gira también en torno a Sirio A. Y los dogones siguen desconcertándonos al acertar plenamente cuando nos hablan de su naturaleza física: «es una estrella más voluminosa que Po Tolo (Sirio B) y cuatro veces más ligera. Gira [...] recorriendo una trayectoria completa en cincuenta años».

Según los dogones, lo que nosotros llamamos Sirio C se encuentra en el plano orbital de Sirio A y Sirio B formando un ángulo de unos noventa grados.

Los dibujos de carácter cósmico que ejecutan en sus ceremonias secretas y que fueron dados a conocer por Robert Temple también sugieren otros conocimientos desconcertantes. Así, por ejemplo, se ha comprobado que plasmaron correctamente la trayectoria de Sirio A y B por el espacio, hecho que ha sido verificado por las modernas computadoras. Asimismo, aciertan al representar el sistema de Sirio con sus órbitas correctas.

Gracias a sus toscos pero expresivos diseños, propios de la simbología religiosa, sabemos que conocían desde hace siglos que Saturno posee anillos y que Júpiter tiene cuatro lunas interiores. Respecto al período orbital antes descrito de Sirio B, los dogones dicen: «la duración de su revolución es de cincuenta años». Y coincidiendo con este evento cósmico, cada cincuenta años celebran la fiesta del Sigui, en la que representan –con sus máscaras e indumentarias– el aspecto físico de los civilizadores que les dieron estas impresionantes informaciones.

Casualmente, estos civilizadores –muy similares al anteriormente descrito Oannes– vinieron de Sirio en un arca que giraba sobre sí misma y a la que los dogones representan con forma circular. Su tradición nos dice que, en el momento del descenso, Nommo (nombre con el que también se conoce a los instructores celestes en el Sudán) lanzó su palabra a las cuatro direcciones y relacionan el sonido del «arca» con el choque de cuatro grandes piedras dentro de una cueva. También nos cuentan que cuando el vehículo aterrizó

era como una llama que se apaga al tocar el suelo. En esta etapa del descenso, levantó una impresionante columna de polvo.



Los conocimientos astronómicos de los dogones ya eran conocidos por los egipcios de los tiempos predinásticos del 3200 a. C., por lo que la misteriosa fuente de esa información tuvo su génesis como mínimo hace más de cinco mil años atrás en el tiempo. Además, parece existir una relación cultural muy directa entre los dogones y los antiguos egipcios. Tampoco podemos obviar la relación con el mundo tradicional sumerio.

Si los antepasados de los dogones fueron claros a la hora de describir las efemérides más secretas de Sirio –siglos antes de que estas fuesen descubiertas con las herramientas de los hombres–, no lo fueron menos a la hora de registrar el momento histórico –según ellos– de la llegada a nuestro planeta de unos seres del cosmos, cuyo objeto pudo ser el de dejar testimonio de su presencia en el pasado influyendo en los contactados humanos a través de la transmisión de unos conocimientos avanzados.

Para complicar aún más las cosas, sabemos que otros pueblos vecinos comparten las mismas creencias y tradiciones orales sobre Sirio. La historia del instructor celeste de los dogones tiene claras reminiscencias del Oannes



abilónico. Y si este visitó la Tierra hace algo más de seis mil años, ¿por qué no pensar lo mismo de Nommo?

Robert Temple afirma que Nommo fue un alienígena que dejó en la Tierra, hace entre siete mil y diez mil años atrás, toda clase de pistas sobre su origen estelar. Lo que nos lleva a especular con la posibilidad de que Oannes y Nommo tengan un origen planetario común.

Sin embargo, el caso más turbador es el de los egipcios. El físico argentino José Álvarez López afirma que –junto a esta tribu de los dogones– el pueblo de la antigüedad que vivió más conectado a Sirio fue Egipto. El faraón no representaba al Sol sino a Sirio. Una deidad muy importante del panteón egipcio fue la dualidad Isis-Nephtis, que eran representadas como mellizas siamesas, con un cuerpo y dos caras. Una cara –Isis– era blanca, la otra –Nephtis– era rosada. Estos colores también corresponden a las modernas observaciones astronómicas de Sirio A cuando se encuentra sobre Sirio B, y viceversa. Además, Álvarez López nos aclara que en idioma egipcio Isis se denominaba Aset y significaba «El Trono».

Curiosamente, los dogones también conocían a Sirio A con el nombre de «estrella sentada». Nephtis, a su vez, era Beb-Het entre los egipcios y significaba «El Sirviente». En este contexto, Isis simbolizaría la inmovilidad (Sirio A) y Nephtis el movimiento (Sirio B).

Pero hay más: en la iconografía egipcia Isis también se representaba a menudo acompañada de las diosas Anukis y Satis; es decir, de Sirio B y Sirio C. Este investigador hace referencia a otra clave simbólica «que puede tener que ver con Osiris, hermano y esposo de Isis, cuyo nombre en jeroglífico es representado frecuentemente como un ojo sobre o bajo un trono, lo que podría describir la rotación de nuestro planeta, y de todo el sistema solar, en torno a Sirio».

Resulta innegable que estamos ante un caso excepcional aunque habrá siempre alguien dispuesto a negar lo evidente. Recuerdo una triste anécdota que pone en tela de juicio el «espíritu constructivo» de algunos expertos. Sucedió en 1992, durante los cursos de verano de El Escorial, en Madrid. Por entonces, yo era un joven universitario que había sido becado para un seminario sobre estos temas. En una de las sesiones en las que algunos científicos escépticos expusieron sus razones en contra del fenómeno, decidí preguntar a un astrofísico español sobre el tema de las tribus dogonas. Su «respuesta» fue la evasiva y el más rotundo de los silencios. Este

comportamiento prepotente y arrogante pone en serio peligro las relaciones entre ciencia y sociedad. Afortunadamente, esta reacción es menos común de lo que podría pensarse. Las nuevas generaciones de científicos están abiertas a aceptar la existencia de hechos y pruebas que sin duda moldearán –con el paso del tiempo– un paradigma muy diferente al que actualmente nos sirve de referencia para entender el mundo.

Otros escépticos mucho más abiertos de mente, como el tristemente desaparecido Carl Sagan, aceptaron la dificultad de encontrar una explicación que no sea la alienígena:

[...] si la aparición de vida inteligente reviste interés científico general o de otra índole para las civilizaciones galácticas, es razonable pensar que, con la aparición de *Procónsul*, aumentase el nivel de inspección de nuestro planeta. Al principio, el desarrollo de la estructura, del arte, de la religión y de las habilidades técnicas elementales, dicha inspección se habría intensificado aún más [...] cabe entonces la posibilidad de que el contacto con una civilización extraterrestre haya tenido lugar en tiempos históricos.

Es justo reconocer que, si bien el caso de los dogones no es considerado por muchos científicos como una evidencia irrefutable, los conocimientos astronómicos de esta primitiva cultura africana no pueden ser producto de la casualidad. Así lo estimó Carl Sagan cuando se le preguntó sobre el particular: «el conocimiento del cielo de los dogones es totalmente impensable sin ayuda del telescopio».

Sin embargo, Sagan consideraba que no hay que buscar necesariamente entre los instructores de los dogones a seres de otros mundos, sino a algún viajero europeo que les hubiese transmitido esta información. Al respecto, el investigador Javier Arriés es contundente: «difícilmente puede creerse que la visita esporádica de un europeo, que además debería estar muy familiarizado con la astronomía, hubiera provocado en Mali la irrupción de un sistema de creencias tan amplio coherente y bien coordinado». Es como pensar que un viajero mesopotámico, tras unas breves charlas con sacerdotes del Nilo, hubiera sembrado la compleja teología egipcia. Personalmente, tengo que añadir que cuando Carl Sagan expuso esta crítica todavía no se sabía nada de Sirio C por parte de la ciencia oficial; y, sin embargo, los dogones ya conocían su existencia.

## [EL VALLE DE LOS GIGANTES](#)

Siempre me ha fascinado la perfección del arte rupestre prehistórico. Aparte de las representaciones rupestres naturalistas llenas de belleza y sensualidad, en los últimos años han surgido nuevas hipótesis que tratan de explicar el significado de expresiones rupestres más abstractas, como es el caso de los petroglifos. Muchos de estos diseños podrían responder a antiguas formas de protoescritura, idea que también comparto. Ahora bien, de entre todas estas interpretaciones existen otras más sugestivas. Vamos a viajar a dos rincones del planeta en los que encontramos dibujos de criaturas que no parecen de este mundo. Si los artistas que los dibujaron fueron fieles a la realidad a la hora de pintar una cabra o un antílope, ¿por qué pensar lo contrario respecto a estas enigmáticas figuras humanoides? Pinturas rupestres como las existentes en el Valle de las Maravillas, en la cima del monte Bego, sito en el departamento francés de los Alpes Marítimos. La escena cósmica que aparece en una pintura rupestre de Fergana en Rusia, las pinturas italianas de Valcamónica o los grabados extremeños del Cerezal, llaman poderosamente la atención. Todas parecen representar a seres que ocasionalmente se dignaban a visitar nuestro mundo contactando con aquellos pueblos que los retrataron en sus tradiciones y representaciones artísticas. Estas extrañas criaturas del imaginario, hábilmente representadas, marcan el camino de la cosmología antropológica de aquellos pueblos del pasado. Estamos ante un tipo de arte sagrado, que será objeto –durante siglos– de devoción religiosa. No hace falta decir que la mayor parte de estas expresiones pictóricas procedían de las mentes creativas de sus autores. Pensar lo contrario sería caer en un error monumental al subestimar la capacidad intelectual de nuestros ancestros. No es serio ni coherente relacionar toda figuración rupestre de aspecto humanoide con un astronauta venido de otro planeta; en todo caso, se trata de la manifestación del mundo espiritual evocado en el imaginario de aquellos pueblos. Lo que dibujaron los artistas rupestres en estos espacios sagrados fue la expresión antropológica más profunda y onírica del hombre prehistórico. De entre todos los abrigos rupestres existentes en todo el planeta me he permitido hacer una selección de los más provocativos. Es el caso de los famosos frescos prehistóricos de Australia y del Sáhara argelino. Naturalmente, me estoy refiriendo a los wondjinas y a los cabezas redondas del Tassili.

En 1933, una patrulla de reconocimiento francesa, comandada por el teniente Brenan, transitaba por un desfiladero desconocido en Tassili.

Durante un alto en el camino y por pura casualidad, este oficial se percató de que habían acampado a poca distancia de un inmenso y colorido mural rupestre.

En esa ventana perdida del pasado, la patrulla observó grandes paquidermos, jirafas comiendo de las copas de los árboles e hipopótamos chapoteando en las aguas dulces de un caudaloso río. Los anónimos artistas habían plasmado en la roca lo que antaño había sido una tierra fecunda. Conforme Brenan siguió con su itinerario por aquel desierto, fueron apareciendo ante sus ojos nuevos testimonios de un mundo extinguido ocho mil o diez mil años antes de que él y sus hombres pisaran aquel yermo lugar.

Definitivamente, aquella región del Sáhara había sido fértil. A juzgar por las catalogaciones que se hicieron en 1956, sus habitantes cazaban y gozaban de una vida plena en medio de una naturaleza generosa y exuberante.

Por entonces, el arqueólogo Henri Lhote descubrió un nuevo yacimiento en un lugar llamado Jabbaren. Allí se toparon con uno de los enigmas rupestres más apasionantes del siglo xx. La expedición había encontrado una rara y, a la vez, bella muestra rupestre. Junto a las reproducciones más expresivas de la vida cotidiana de aquellos pueblos, Lhote tropezó con otras que le llamaron poderosamente la atención, porque su estilo y exótica naturaleza resultaban ajenos al contexto general representado por el artista. Se trataba de enormes pinturas de seres humanoides de grandes cabezas redondas, con extraños cuellos y ojos, sin boca ni nariz. Eran unos motivos tan raros que la expedición no dudó en bautizarlos con el nombre de «marcianos».

Para algunos autores como Peter Kolosimo, esta descripción de los humanoides de Jabbaren quizá no esté tan lejos de la realidad. En lengua targuí, la palabra *jabbaren* significa ‘barranco de los gigantes’. Y en efecto, algunos de los humanoides dibujados en este lugar superan con creces los seis metros de estatura. Estos extraños «cabezas redondas» aparecen junto con otras representaciones mucho más corrientes para nosotros y que fueron representadas sin añadido artístico alguno. Así, nos encontramos con lo que esperamos ver: animales, plantas y nativos claramente humanos. Está claro que el artista se ha esforzado en plasmar la realidad propia de su entorno con la mayor capacidad que tenía para reproducir las figuras con criterios naturalistas. Por esta razón, la presencia entre los nativos de estos misteriosos seres resulta chocante pero no es extraña en absoluto pues, como vengo

repitiendo en páginas anteriores, los artistas, que en ocasiones ejercían como chamanes, se limitaban a retratar con fidelidad sus encuentros con las extrañas criaturas que invocaban en sus rituales. Con sus facultades cognitivas alteradas, los «artistas-chamanes» reproducían en los abrigos pétreos de sus santuarios rupestres los contenidos de una experiencia vital tan singular, compartiendo de este modo su experiencia con el resto de los miembros de la tribu.

Una vez más surgen voces de autores que discrepan con esta visión de las cosas. Así, escritores como Jean Gossart estiman probable la identidad alienígena de estos seres: «a pesar de nuestra legendaria cautela, debemos admitir que estos “cabezas redondas” tienen verdaderamente un aire extraterrestre. Las líneas horizontales a la altura del cuello hacen pensar en los pliegues de un elemento de empalme entre el traje y la escafandra». Pero las curiosidades no se detienen ahí. Los cronistas rupestres de Tassili dibujaron a estas criaturas flotando, como si nadasen o bucearan bajo las aguas caudalosas de uno de los ríos que por entonces serpenteaban la orografía de lo que hoy es un árido desierto. También nos encontramos a estos seres posados entre la multitud compartiendo las acciones de su vida cotidiana.

Dioses, espíritus de los antepasados que parecen vigilar a los vivos son, probablemente, ideas mucho más coherentes que explican lo que realmente quisieron transmitir a la posteridad los artistas rupestres de hace miles de años; al menos esta interpretación se aproxima mucho a la idea original pretendida por los autores de este arte rupestre.

Entre todas las imágenes de este tipo, hay una que ha demandado la atención de algunos investigadores de fenómenos extraños. En ella se ve a un «cabeza redonda» secuestrando a un grupo de mujeres indígenas. Las arrastra hacia un extraño objeto ovoide, al cual el pintor prehistórico ha añadido pequeños trazos a su alrededor, como dando a entender que aquel objeto resplandecía por sí mismo. En realidad, no resulta muy difícil rebatir esta teoría pues podemos argumentar que el «cabeza redonda» retratado en esta escena podría ser, en realidad, un miembro de una tribu rival secuestrando a mujeres, o simplemente una representación con tintes religiosos o mitológicos de carácter ritual. Lo lógico es que este tipo de escenas nos resulten extrañas dado que nuestros parámetros culturales y mentales son radicalmente distintos a los de aquellos artistas.

En realidad, las pinturas rupestres del Tassili n'Ajjer contemplan, además de los motivos reseñados, instantáneas naturalistas de gran belleza en las que se incluyen escenas cotidianas de las gentes que por entonces poblaban un entorno natural completamente diferente al actual. Estos paneles rupestres son una auténtica ventana al pasado más remoto del Sáhara argelino. La mayoría de los expertos estiman que estas escenas rupestres representan instantes de la vida del desierto del Sáhara de los años 6000 a 1000 a. C., cuando esta región disfrutaba de un clima húmedo y unas tierras fértiles. ¿Qué secretos esconden las entrañas arenosas de este lugar?

## TESOROS DEL TERRITORIO PROHIBIDO

Unos cien años antes del descubrimiento de Tassili, otro militar, el británico George Grey, encontró una notable galería rupestre al aire libre. Este hecho accidental –en palabras de Andrew Tomas– sigue asombrando a los antropólogos australianos. Estos no comprenden cómo este joven inglés, navegando sin escalas intermedias desde Inglaterra, desembarcó en la desembocadura del río Prince Regent y, con un grupo de tan sólo doce hombres, organizó una campaña de exploración por lo que todavía hoy es la zona más inaccesible de Australia. Donde nace el río encontró las «Cuevas Mágicas», que ni siquiera sabía que existían. Aquel descubrimiento fue llevado a cabo en la estación más cálida y lluviosa del año. George Grey se jugó literalmente la vida antes de dar con este tesoro arqueológico.

Primero fue el viaje, que transcurrió por los desfiladeros resbaladizos del valle de Prince Regent, al tiempo que las lluvias torrenciales se precipitaban en forma de cascadas de agua por los barrancos. «La expedición –comenta Andrew Tomas– perdió ovejas, *ponnies* y suministros». Nadie del grupo, ni siquiera el joven teniente inglés, era consciente de dónde se metían, pero estaban penetrando en el territorio prohibido de las «Cuevas Mágicas» de Kimberley. Este rincón de la geografía australiana se hallaba custodiado por aborígenes armados hasta los dientes. Para ellos, esta región a la que llamaban «Serpiente del Arco Iris» era un dominio al que las antiguas tradiciones ordenaban proteger de los intrusos.

El teniente fue alcanzado por varias lanzas, respondió al ataque y mató al

jefe de los guardianes. De inmediato, el resto de los aborígenes huyó en desbandada por temor a las armas «mágicas» de los británicos. A pesar de las serias heridas sufridas en la refriega, Grey siguió avanzando durante dos largos meses por el territorio prohibido, cubriendo la distancia de 115 kilómetros y alcanzando el monte Hann.

En la cresta de la meseta de Kimberley, Grey y sus hombres descubrieron atónitos aquellas «Cuevas Mágicas» objeto de protección por los aborígenes. Como en el caso de Argelia, las pinturas rupestres de la cueva australiana representaban réplicas casi idénticas de los motivos de Tassili. En términos generales, estas pinturas australianas sorprenden por su singular estilo. Encontramos figuras que adquieren tridimensionalidad, gracias a las técnicas de sombreado empleadas por sus autores.

Sabemos, además, que las pinturas son extraordinariamente antiguas. Las tribus de aquellos parajes atribuyen su cultura a los dioses del cielo: Daramulun, Bunjil y Baiame. También se nos habla de una diosa, Guriguda, cuyas reminiscencias pueden verse en algunas figuras rupestres antropomórficas. Esta divinidad iba cubierta de cristal de cuarzo y despedía destellos de luz. Conforme a las tradiciones indígenas estas pinturas fueron ejecutadas en el «Tiempo de los Sueños»: el tiempo de los primeros humanos y de los seres celestiales. Estas criaturas están fielmente plasmadas. Se conocen con el nombre de wondjina, y para los eruditos, como el australiano A. W. Creig, su ejecución no deja indiferente a nadie:

[...] el entusiasmo artístico de estos salvajes no sólo está más allá de toda esperanza razonable, sino que encuentra su expresión en la delineación de un objeto que, en conjunto, queda fuera del alcance de su experiencia diaria y que a juzgar por su constante repetición, parece ser de naturaleza simbólica: una figura sin boca, coronada por un halo y cubierta de ropas.

Además, Creig se hace eco de lo que más llama la atención a un observador moderno que contemple estas figuraciones rupestres: los aborígenes de hace miles de años pintan unos seres cuyas indumentarias son mucho más modernas de las que ellos utilizan. Por otra parte, los «sin boca» ofrecen ciertos rasgos similares a los «cabezas redondas» argelinos. A juzgar por los retratos de estos seres, los wondjina que describió el pintor prehistórico debían medir alrededor de los cinco metros de altura, en estrecha relación con los seis metros de estatura de los seres del Tassili que, como ellos, no tienen boca, sólo ojos. ¿Se trata de una licencia artística compartida?

Al igual que otros fenómenos rupestres del planeta, los contenidos simbólicos acaban por mostrar ciertas analogías que muy probablemente tienen su base en el inconsciente colectivo de la humanidad, en definitiva en la actividad creativa del cerebro humano.

El análisis de estas pinturas australianas nos permite nuevos hallazgos. En efecto, encontramos una figura que parece llevar una especie de casco o máscara que cubre todo el rostro del personaje allí representado. Peter Kolosimo o Erik von Daniken siempre han considerado este tipo de tocados como cascos de astronauta; sin embargo olvidan que estos «cascos» eran utilizados por distintos motivos en diferentes culturas y tribus; así por ejemplo, me vienen a la mente los «cascos» de cuero utilizados por los mayas en su juego de la pelota, sin contar aquellos que eran utilizados en la guerra o en ciertos rituales.

Otro misterio es la presencia, nada más y nada menos que en Australia, del hombre barbudo tocado con mitra y las tres supuestas mujeres que lo acompañan. Algunas wondjina poseen una indumentaria roja y sus manos van enfundadas en lo que parecen unos guantes. Además, tienen el curioso tocado en la cabeza y en ocasiones este incluye unos extraños símbolos que todavía no han sido descifrados. ¿Estará en la traducción de estos jeroglíficos la clave que solucione este complejo misterio de supuestas relaciones pretéritas?

Carl Sagan, en su obra *La conexión cósmica* afirmaba que sólo hay una clase de leyenda que podría convencerle de las visitas extraterrestres en el pasado: «Cuando la información que contenga no pueda ser generada por la civilización que la creó; si, por ejemplo, un número transmitido desde hace miles de años como sagrado resulta ser la constante de la estructura nuclear». Pues bien, el físico y matemático argentino José Álvarez López, en su libro *La Biblia cuántica* afirma que los números fundamentales de la Cábala se corresponden con las constantes atómicas que utiliza la ciencia actual.





Wandjina (Kimberley, Australia). En la mitología de los aborígenes australianos fueron los espíritus de la lluvia y las nubes quienes retrataron a los Wondjina (o Wandjina) en los abrigos y paneles rocosos de las montañas de Kimberley.

Tomando los dígitos correspondientes a las unidades, Álvarez López creyó obtener la matriz de una tabla numérica cuyos números están lógicamente predeterminados. Lo asombroso, según él, estriba en el hecho de que cuarenta y cinco números de esa matriz se corresponden con los valores exactos de ocho constantes fundamentales de la Física: la constante de Plank, la velocidad de la luz, la constante de la gravitación, la precesión de los equinoccios, la constante de estructura fina (cuya importancia estriba en el hecho de que determina el tamaño de los átomos), la relación de masas electrón-mesón, la constante de Boltzman y, finalmente, la masa electrónica.

Aunque no todos, algunos de los testimonios de carácter arqueológico o mitológico, con base en un contexto histórico y documental coherente,

parecen confirmarnos que, en efecto, ahí fuera existen sensacionales pruebas e indicios de la existencia de un legado cultural y científico de innegable valor que necesariamente tuvo su origen en una avanzada civilización. Ahora bien, después de lo visto que cada cual extraiga sus conclusiones sobre si ese génesis es, como afirman algunos, de otro mundo o de este. Personalmente, sin descartar lo increíble –aunque reconozco que esto no me coloca en una posición muy respetable desde el punto de vista científico– creo que es factible considerar que la fuente de la que proceden gran parte de estas anomalías y avanzados conocimientos está oculta en algún recóndito lugar de este planeta y por lo tanto su origen es humano.

[48](#) Cabe aclarar que algunos autores –entre los que me incluyo yo mismo cuando en mis primeras etapas consideré parte de esta información como digna de interés para mis primeros trabajos– han tenido estos datos en cuenta porque han interpretado que son reales; y de hecho algunos lo son, razón por la que es importante separar el grano de la paja.

[49](#) Aunque su fecha de elaboración se estima en torno al 1300 a. C., los indígenas que en 1927 –fecha en que Frederik A. Mitchell-Hedges encuentra la misteriosa pieza– estuvieron presentes en el descubrimiento arqueológico afirmaron que el objeto tenía en realidad la friolera antigüedad de ¡tres mil seiscientos años!

[50](#) Carta dirigida a Luc Bürgin el 14 de septiembre de 1997.

[51](#) En palabras de Andrew Tomas, se cree que el plano estaba rasgado, pero se sospechó que originalmente existían otras tres secciones que mostraban el Océano Índico, Australia, Europa y Asia.

[52](#) Algunas culturas primitivas interpretaron en sus mitos y tradiciones las reminiscencias de aquella sabiduría como el legado dejado por sus dioses. Es entonces cuando la religión –a través de sus castas sacerdotales– decide custodiar, con suma discreción, el rastro de ese conocimiento plasmado en los documentos, tradiciones y artefactos de sus lejanos y –en ocasiones– divinizados instructores.

[53](#) Es un manuscrito que forma parte del canon bíblico ortodoxo etíope pero que, sin embargo, no es aceptado como canónico por el resto de iglesias cristianas; aun cuando se puede encontrar en varios códices como el Códice Vaticano.

[54](#) No existe un consenso entre los expertos sobre este problema; es más, se barajan varias fechas futuras como probables portales de transición de una era a otra. Así para algunos las fechas más probables para entrar en la era de Acuario podrían ser el 2038, el 2650 o el 2080; aunque algunos astrólogos creen que ese cambio de era ya tuvo lugar a mediados del pasado siglo XX.

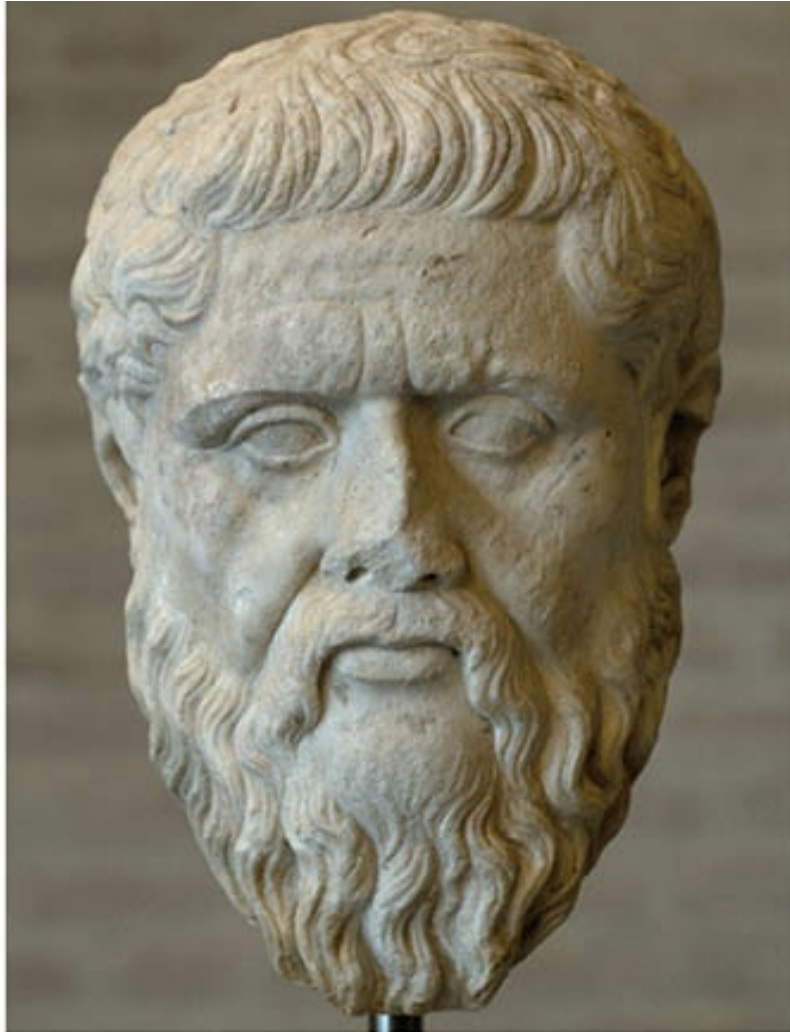
# Capítulo 9

## Mito y realidad

En el *Timeo* de Platón, se nos cuenta que cuando Solón (630 a. C.-560 a. C.) visitó Egipto, en el 600 a. C., los sacerdotes le narraron la destrucción de un poderoso imperio conocido con el nombre de la Atlántida. Según diversos investigadores, esta debió de sucumbir bajo el influjo de algún importante mecanismo natural incontrolable hace unos diez u once mil años, a pesar de lo cual nos ha sobrevivido el mito de su desaparición bajo las violentas aguas del océano. Pero no parece existir nada, arqueológicamente hablando, que apoye su existencia. Sin embargo, recientes investigaciones geológicas parecen respaldar los mitos y tradiciones antiguas que nos hablan de antiguos cataclismos, relacionados de algún modo con los mitos de continentes perdidos. Midiendo la concentración de oxígeno 18 en los sedimentos, y contrastando estos resultados con los del análisis del carbono 14, los geólogos han llegado a la conclusión de que hace once mil seiscientos cincuenta años el océano Atlántico sufrió un gran calentamiento. Estos datos se aproximan bastante al contexto temporal que diversas fuentes egipcias sugieren para el Gran Cataclismo que habría arrasado este continente o conjunto de islas –los especialistas no se ponen de acuerdo– hace unos once mil quinientos años atrás.

En este sentido, es importante recordar que la subida del nivel de las aguas se produce, sobre todo, por un aumento de la temperatura que dilata el líquido. De modo que estos datos geológicos no demuestran la existencia de la Atlántida, pero sí respaldan el cataclismo que acabó con ella

sumergiéndola en las profundidades del océano para no volver a emerger jamás. Por otro lado, en todo el planeta encontramos tradiciones vinculadas con un desastre de enorme magnitud, conocido como «Diluvio Universal».



El relato que tan hábilmente ideó Platón pudo ser literariamente hablando una metáfora sobre lo que él entendía como la sociedad ideal. Por eso urdió una historia en la que, sin embargo, pudo entremezclar elementos reales, viejos recuerdos colectivos, tradiciones orales y grandes dosis de imaginación, dando como resultado la controvertida historia de un continente perdido que, me temo, nunca encontraremos.

Todo el mundo conoce la historia que nos describe la Biblia. Noé, tras varios meses a la deriva, desembarca en el monte caucásico Ararat. Sin embargo, esta historia escrita hace unos dos mil quinientos años, tuvo un precedente: la leyenda sumerio-babilónica, escrita hace unos cinco mil años y

que sirvió de inspiración a la historia de Noé. Uno de esos textos, la epopeya de Gilgamesh, describe básicamente la misma historia que la Biblia. El mito vuelve a aparecer en Grecia, donde Decaulión –el Noé clásico– depositará el Arca en la cima del monte Parnaso tras el diluvio. En la India, el mítico náufrago se llama Manú y su nave también se posará sobre la cima de una montaña. En otros países su nombre varía haciendo la lista casi interminable. Estas tradiciones se encuentran en todo el hemisferio occidental, desde Alaska a Tierra de Fuego. Es a través de estos indicios mitológicos que va tomando cuerpo la idea de un pueblo venido del mar después del diluvio universal. Los supuestos fundamentos de esta teoría los encontramos en la mitología egipcia. En esta se nos habla de Osiris, uno de los hijos de Nut y Geb. Osiris –al que hemos hecho referencia capítulos atrás– se casará con una de sus hermanas, Isis, y tras fundar la ciudad de Tebas se dedicará a iniciar a los hombres en los elementos básicos de la civilización. Más tarde, a su regreso, lo asesinará su hermano Seth y sus setenta y dos aliados, tras lo cual será arrojado al Nilo en un arca de madera de acacia. Según la leyenda, el arca quedará varada en las cercanías de Tirio durante una larga temporada. Tras estos acontecimientos, entra en escena Isis, que después de varios años de búsqueda encuentra el cuerpo de su marido. Pero Seth le volverá a arrebatarse el cadáver, desmembrándolo en catorce pedazos que esparcirá por otras tantas ciudades, lo que no desanimará a Isis en su plan redentor. Ella volverá a reunir los pedazos de su esposo, insuflándoles la vida con la ayuda de los dioses Toth y Anubis. Osiris resucitado engendrará en ella un hijo, Horus, que vengará a su padre, quitándole la corona de Seth y unificando Egipto.

En muchas otras historias, como en esta, hay dos entidades hermanadas que, sin embargo, son enemigas. Una de las entidades representa el conocimiento. Se trata de un pueblo portador de cultura que será vencido y dispersado en una primera batalla. Durante su aventura cederá parte de sus conocimientos a los pueblos próximos al mar y, finalmente, tras el paso de varias generaciones, incitará a la revancha en una nueva contienda que le llevará a la victoria y a la recuperación del poder perdido.

En esta historia encontramos los eslabones que nos guían en la búsqueda de una ciencia prehistórica olvidada, cuyos restos se encuentran diseminados en lugares estrechamente relacionados con la toponimia descrita en el mito.

Si especificamos las reseñas geográficas a las que hace mención la leyenda

de Isis y Osiris, observamos que el drama transcurre en el sur de Egipto, comenzando por Tebas, para continuar por las ciudades de Atribis, Bubastis, Busiris, Sais y Balamun. Luego, cuando Isis continúa recorriendo el Nilo, visitando Heliópolis, Menfis, Cusae, Abydos, Asiut, El Fayum, Dendera y la isla Elefantina. También tenemos que citar a Biblos y Buto. El primero, porque fue allí donde se encontró, por primera vez, el cuerpo entero, y el segundo porque fue esa localidad a la que Isis lo llevó de regreso a Egipto.

Los visitantes-civilizadores ordenaron a los egipcios que construyeran edificaciones especiales. Según la leyenda, a los sacerdotes de cada uno de aquellos lugares marcados en el mapa les aseguraron que recibían el cuerpo entero de Osiris y no un trozo de él. Desde esta óptica interpretativa, el cuerpo de Osiris es asimilado con el legado secreto de la ciencia de las pirámides.

Para algunos, los puntos geográficos en los que transcurre el mito contienen las claves documentadas que parecen autentificar la existencia de una Cámara Oculta, en la que se custodia –desde hace siglos– la sabiduría de una magnífica civilización.

En la ciudad de Tebas hallamos las primeras indicaciones de un conocimiento científico cuyo génesis se remonta muy lejos en el tiempo más allá de lo barajado por la historia de la ciencia. En el lugar donde los romanos estropearon el dispositivo que hacía «hablar» al parlante de Memmón se encuentra la cámara funeraria del arquitecto Senmouth. El interior de la tumba contiene una carta astronómica con los puntos cardinales invertidos, tal y como era visto el firmamento hace doce mil años desde estas latitudes. En Dendera, encontramos otra representación zodiacal en la cual los signos están dispuestos con Leo en el equinoccio vernal, tal y como aconteció hace unos doce mil años. Se trata, sin lugar a dudas, de dos pistas relevantes a tener presentes por parte de los investigadores del pasado.

A su vez, en Oxyrhynchus existen dos papiros con extractos de sumo interés para los propósitos perseguidos en esta obra. El papiro 654 dice: «que busque incesantemente hasta hallarlo, que cuando lo halle se maravillará, y cuando se maraville reinará». El papiro 655, a su vez, comenta: «Habéis escondido la clave del conocimiento».

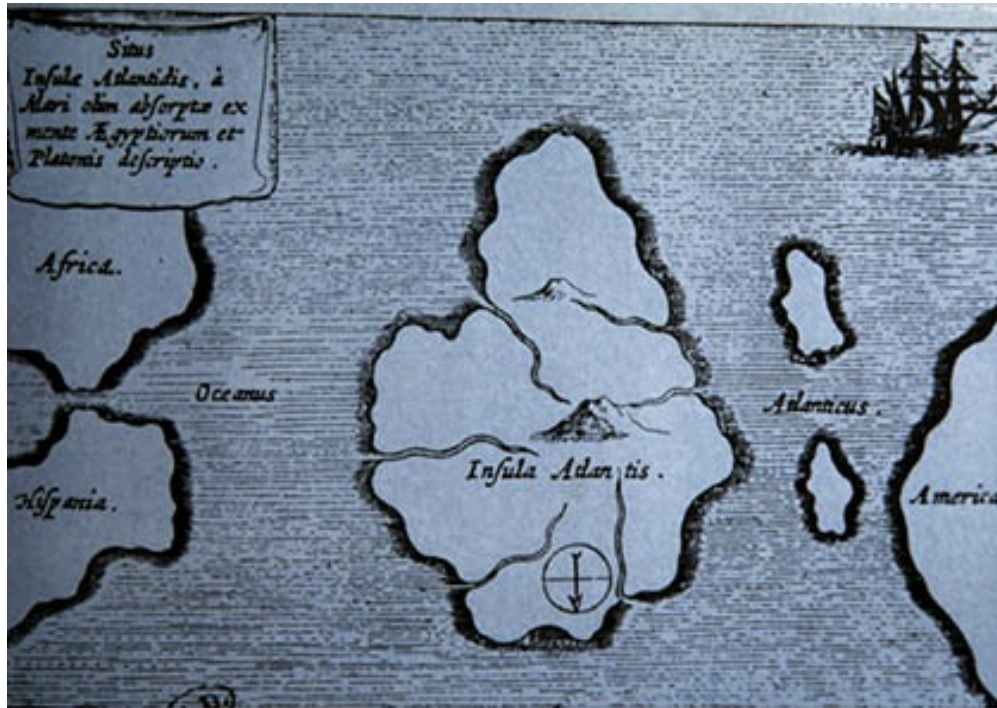
Resulta paradójico que los autores modernos consulten a Herodoto, Platón o Manetón y, sin embargo, esquiven las fuentes que hacen mención a los dioses –gobernantes del Egipto predinástico–. Sin embargo, también esta

información ha llegado hasta nosotros gracias al historiador Manetón. Conforme a estas fuentes, la primera dinastía de semidioses se implantó en torno al año 9013 a. C. En otras, como en el papiro de Turín, se nos habla del 8813 a. C. La etapa histórica a la que aluden estas dos informaciones se aproxima al contexto temporal de hace doce mil años. Como estamos viendo todos estos contextos temporales coinciden con dos eventos relacionados: uno de carácter ambiental y otro de carácter histórico. Pero para entender mejor estas implicaciones volvamos a Platón, pues en su *Timeo* y *Critias* podría estar la clave que nos ayude a discernir la naturaleza cultural de la supuesta civilización atlante. A la hora de ubicar la mítica Atlántida los numerosos autores e investigadores que han tratado el tema la han situado en diferentes zonas geográficas del planeta: en las islas Canarias, en la isla minoica de Tera, en las «ruinas» hundidas de Yonaguni, en Japón, en la Antártida, al sur de España... En realidad, no se ponen de acuerdo con su presumible ubicación. Debemos tener en cuenta que Platón fue un filósofo, no un historiador. Este detalle puede ayudarnos a discernir qué parte de su historia es digna de interés para nuestro propósito. Como intelectual preocupado por la naturaleza del Estado perfecto lo más probable es que Platón plasmara, al respecto, sus reflexiones e inquietudes en sus *Diálogos*. La historia sobre la Atlántida de Platón es una mezcla de realidad y ficción. El resultado de esta técnica creativa le permitió jugar con elementos históricos reales que nos narran cosas que ignorábamos sobre nuestro pasado, brindándonos más pistas sobre los efectos de la catástrofe natural a la que me estoy refiriendo. El núcleo de verdad histórica que llama nuestra atención es la evocación que hace Platón de una dantesca guerra que se dio en el mundo mediterráneo provocando el desplazamiento de grandes masas humanas coincidiendo, además, con un profundo cambio climático, que a mi juicio fue provocado por una catástrofe natural, tema que desarrollaré con mayor detalle en los próximos capítulos.

Platón nos dice, además, que la confrontación bélica entre los atenienses y los atlantes se dio en torno al año 9600 a. C., justo el contexto en que surgió con fuerza la cultura magdalenense en pleno período Paleolítico. Según Platón los atlantes fueron creados justo hacia esa fecha. Eran un pueblo culto que criaba y domesticaba caballos, adoraba a los toros, practicaba la agricultura, escribía sus leyes y de algún modo ejercía su control desde las Columnas de Hércules hasta Egipto y la península itálica; pero un día decidió

expandir sus dominios a otros ámbitos geográficos de Europa e incluso de Asia. Vemos que todos estos acontecimientos guardan una estrecha relación también con los mitos que he referenciado anteriormente, lo que no parece ser casual. La arqueología nos ha demostrado dos cosas importantes al respecto: que el Mediterráneo occidental se enfrentó al oriental en el noveno milenio antes de Cristo; en otras palabras, que los atlantes lucharon contra los atenienses y sus aliados de Asia y Europa; y que aquella cultura paleolítica fue sumamente avanzada y que además de domesticar caballos y otros animales pudo haber tenido algún código básico de escritura, además tenían conocimientos astronómicos –recordemos Lascaux– y en efecto, como podemos observar en las pinturas rupestres de la fascinante cueva francesa, el toro tuvo suma importancia en su mundo tradicional. Los Magdalenienses representaron una explosión cultural sin precedentes. Esta reconstrucción liderada por Mary Settegast e intuida por autores anteriores como Louis Charpentier o Juan G. Atienza, demuestran que los pueblos primitivos europeos y de Oriente Medio, como la cultura que construyó la Esfinge o Çatal-Huyuk, fueron avanzados y sofisticados. Es más, como en el caso de Stonehenge, Çatal-Huyuk debió de ser un centro ceremonial de referencia que atrajo a todos los pueblos de la época; algo que una vez más ha corroborado la arqueología al haberse encontrado restos humanos, entre las milenarias ruinas, del tipo europeo y de Oriente Medio. Según los expertos, las gentes de Çatal-Huyuk practicaron una religión que buscaba la liberación del alma a través de una especie de metamorfosis; una idea que surgió en la Grecia clásica y que evolucionó a lo largo del tiempo hasta llegar al cristianismo<sup>55</sup>. Así pues la Atlántida pudo haber sido, en realidad, la evocación de una confrontación bélica terrible que fue posible gracias al alto grado de organización de los pueblos del Neolítico. Una cultura con una religión avanzada para su tiempo, unos conocimientos asombrosos, y una organización militar eficaz cuyos ecos resonaron en la obra de Platón.





Representación de la Atlántida (*Mundus Subterraneus*, 1699). Lejos de haber existido la isla-continente, lo más probable es que Platón se hubiese inspirado en lejanos acontecimientos del pasado remoto y acontecimientos como el de la isla de Tera para crear, literariamente hablando, la Atlántida.

## [CÁMARAS SECRETAS](#)

La localidad de Buto comparte con Sais y Bubastis la supuesta existencia de escondites secretos en los cuales está almacenado todo tipo de materiales relacionados con una vieja y desaparecida tradición científica. Platón asegura que en el templo de Neith, en Sais, hay cámaras secretas en las que se ocultan archivos con más de nueve mil años de antigüedad. El nombre de Buto evoca de inmediato la personalidad de una diosa con ciertas reminiscencias precolombinas. La reina Bota, al igual que Quetzalcóatl, tiene la forma de serpiente emplumada.

El historiador romano Amiano Marcelino (s. IV) hizo las siguientes apreciaciones respecto a las pirámides: «las inscripciones que, según los antiguos, estaban esculpidas en las paredes de ciertas galerías subterráneas construidas en el interior de algunas de las pirámides pretendían preservar la

vieja sabiduría para que no se perdiera con las inundaciones». Otro cronista de la misma época, Eusebio, escribió que «Agatodemón había depositado rollos de pergamino en las bibliotecas sagradas de los templos egipcios». Tres siglos antes del nacimiento de Cristo, un cronista llamado Crantor dijo a su vez que «en Egipto hay pilares y torres que contienen un archivo escrito en la Prehistoria». Todos estos indicios podrían apuntar, según algunos autores, en una dirección: la «biblioteca oculta» cercana a la Esfinge y las cámaras secretas de las pirámides.



En la imagen podemos ver la pirámide de Keops. Hay quien sospecha que tanto en dicha pirámide como en la esfinge aún quedan cámaras secretas por descubrir.

El complejo pirámides-esfinge podría ser, para algunos, el lugar donde se guardan los archivos secretos de la desaparecida civilización que pudo legar parte de estos conocimientos. El historiador griego Herodoto, que visitó Egipto en el siglo V a. C., afirma en sus escritos que los sacerdotes le hablaron de cámaras subterráneas en el montículo donde se levantan las Pirámides. El rey Keops las convirtió en cámaras sepulcrales para sí, en una

especie de isla, trayendo un canal desde el Nilo.

En el año 820 d. C., el califa Al Mamoun abrió un túnel en la cara norte de la Gran Pirámide con la clara intención de encontrar una estancia secreta con mapas de las estrellas y esferas terrestres. También el escritor árabe Altelemsani redactó un manuscrito –en la actualidad conservado en el Museo Británico– en el que comenta la existencia de estos pasadizos: «En los tiempos de Ahmed Ben Tulún, entró un grupo de personas en la Gran Pirámide. En una de sus cámaras encontraron una copa de vidrio, de singular aspecto y textura». Otro historiador del siglo X, Masoudi, alude a los descendientes directos de los egipcios: los coptos. Estos le contaron que en la noche de los tiempos el faraón ordenó a sus sacerdotes que escondieran dentro de bóvedas las memorias escritas de cuanto habían aprendido y adquirido de las distintas artes y ciencias. El historiador comentó que «en el interior de la pirámide de Menkaura [Micerinos] existen treinta cavidades secretas llenas de extraños tesoros, tales como un hierro que no se oxida o un cristal que podía doblarse sin romperse».

Todas estas reseñas históricas han motivado a lo largo del presente siglo numerosas exploraciones, tanto de la Gran Pirámide como de la Esfinge, encaminadas a resolver el enigma. La primera expedición fue llevada a cabo en 1966 por el doctor Luis W. Álvarez. La exploración recibió el nombre de «Proyecto Pirámide» y pretendía demostrar, mediante la utilización de los rayos cósmicos, la existencia de cámaras y galerías ocultas en el interior y en el subsuelo del monumento. Un año más tarde, y con el beneplácito de las autoridades de El Cairo, comenzó la emisión de rayos X.

La técnica es muy sencilla. Como sabrá el lector, estamos siendo bombardeados constantemente por rayos cósmicos, que son capaces de traspasar la materia, independientemente de cuál sea su composición atómica. Ahora, mientras usted lee este libro, miles de estas inofensivas partículas de energía procedentes del espacio exterior atraviesan su cuerpo a una velocidad diferente a la que entraron. Esto quiere decir que si estos rayos pasan por un espacio en el que no hay materia, su velocidad será más alta que si viajan a través de una masa densa. Esta fue la pauta seguida en los sondeos. Si existen galerías o cavidades de cualquier tipo, los rayos viajarán más rápidamente, dejando las correspondientes marcas sobre la película.

Por desgracia estos esfuerzos resultaron infructuosos. Pero años más tarde, en 1988, un equipo japonés de la Universidad de Waseda, utilizando ondas

electromagnéticas y radar, detectó un gran espacio vacío tras la pared noroeste de la Cámara de la Reina y un túnel en la parte exterior sur, bajo la pirámide.

Esto demuestra que las indagaciones del «Proyecto Pirámide» fallaron porque se carecía de los medios tecnológicos adecuados, ya que con aquellos aparatos era imposible registrar la presencia de cualquier tipo de galería o túnel a tales profundidades.

Nuevas exploraciones llevadas a cabo a principios de los años noventa constataron que las leyendas y documentos antiguos que hablan de pasadizos y cámaras inexploradas podrían tener una base real.

En 1982, el arqueólogo M. Lehner, con la financiación de la polémica Fundación Edgar Cayce, comenzó las indagaciones sismográficas. Colocaron la sonda debajo de la garra derecha y siempre se recibía una señal clara, lo que indica que no existe una cavidad subterránea que la bloquee. La pasaron a todo lo largo de la pata, por la pata, por la parte exterior y el ángulo, y la señal seguía siendo nítida. Después, a instancias de Lehner, la pusieron en el suelo de la roca y en tres sitios no se recogió señal alguna, como si hubiera un vacío debajo que la bloquee.

Estas prospecciones fueron corroboradas a finales de los años ochenta por las indagaciones llevadas a cabo por Thomas Dobecki y el geólogo de la Universidad de Boston Robert M. Schoch, que, con un instrumental de alta tecnología, volvieron a captar bajo la Esfinge la presencia de anomalías indicativas de cavidades entre las garras del lecho rocoso y a lo largo de los costados del monumento. Ahora bien, aunque durante el transcurso de su estudio sísmico ambos encontraron vacíos en la roca profunda que hay bajo la pata izquierda de la Esfinge no descartan, y con razón, que esta anomalía «pueda ser producto de la acción geológica natural y no el resultado del esfuerzo humano».

No obstante, las campañas arqueológicas no cesaron y recientemente se confirmó la existencia de una extensa red de galerías subterráneas bajo los pies de la Gran Pirámide y de la Esfinge. El doctor Zahi Hawass, Secretario General del Consejo Supremo de Antigüedades Egipto, ha mostrado un notable interés por las últimas investigaciones y son muchos los que sospechan que extraoficialmente está trabajando en este enigma discretamente pero con resolución.



En el año 2002, un equipo científico introdujo un robot especialmente diseñado para transitar por los estrechos conductos y túneles que se ramifican en las entrañas de la Gran Pirámide. Estas indagaciones parecen corroborar la relación astronómica de estos conductos. Por su parte, el egiptólogo Zahi Hawass está convencido de que estos conductos pueden estar señalando el camino hacia la cámara mortuoria secreta donde fue enterrado Khufu (Keops). Según él, el verdadero lugar del entierro del faraón todavía no ha sido encontrado. Este pasadizo tiene además un cometido astronómico con base en la antropología de la muerte de la cultura egipcia.

Tal y como se ha comentado páginas atrás, las pirámides y en concreto la de Keops albergan cámaras en sus entrañas. En 1993, los estudios de exploración llevados a cabo con un ingenio diseñado y controlado por el ingeniero alemán Rudolf Gantenbrink que exploró la Gran Pirámide de Keops encontrándose con un pasadizo ascendente que tenía su origen en la Cámara de la Reina. Tal y como referí capítulos atrás, fue a partir de este descubrimiento cuando hemos comenzado a tener una visión mucho más clara de las poderosas razones que llevaron a toda una nación a involucrarse

en el titánico esfuerzo de construir una pirámide con tal grado de perfección: la creencia de que esta hacía las funciones de una especie de «máquina de resurrección» para el faraón y para todo su pueblo. En cualquier caso, todos estos datos nos remiten con claridad a la Era de Leo, que abarcó desde el 10970 hasta el 8819 a. C. Se trata de auténticos indicios que volvemos a ver reflejados tanto en la forma de la Esfinge –que representa precisamente la figura de un León– como en la orientación astronómica que tenía, conforme a esta teoría, en el 10500 antes de Cristo.

Pero las sorpresas no acaban aquí. Si nos aproximamos a la Esfinge y escudriñamos con nuestros ojos la cabeza, observaremos el símbolo de un ofidio. Los faraones llevaban una doble corona, compuesta por un halcón, que simbolizaba el sur de sus dominios y una serpiente que representaba el Egipto septentrional. Pero la Esfinge parece haber tenido una sola corona de serpiente. Lo que nos remonta –desde el punto de vista simbólico– a los tiempos del mito de la «serpiente emplumada» en la América precolombina o a su equivalente en los templos camboyanos de Angkor.

Después de considerar esta información, podemos arriesgarnos a intentar deducir la auténtica identidad de aquellos civilizadores. En el Templo de Edfu están grabados los Textos de la Construcción. En estos se nos habla de unos constructores conocidos con el nombre de los Siete Sabios, procedentes de una isla arrasada por las aguas. Estos sabios fundaron una hermandad secreta, con el objetivo de preservar, generación tras generación, algunos de los conocimientos matemáticos y astronómicos más relevantes.

Por lo tanto, ¿cabe la posibilidad de que estos sabios planificaran las pirámides de Gizeh miles de años antes de que se construyeran? En la misma línea, las fuentes egipcias consultadas por el escritor G. Hancock mencionan una organización cuya existencia apoya las argumentaciones de quienes sospechamos que, en la era de Leo, llegaron a Egipto los supervivientes de algún cataclismo. Aquellos supervivientes traían el legado del conocimiento que sustentó su avanzada y ya olvidada civilización.

Según estas fuentes, antes incluso de que existiera el Egipto faraónico, el país estuvo gobernado por una organización semidivina que poseía grandes conocimientos científicos. Los textos de Edfu nos dicen que esa organización de sabios era conocida con el nombre de Shemsu-Hor, que significa «Compañeros de Horus». Su misión consistía en legar esos conocimientos a las generaciones futuras, pero herméticamente, pues no todo el mundo podía

acceder a ellos.

Para mayor desconcierto, algunas tradiciones centroamericanas describen otra hermandad hermética, pero en esta ocasión en estrecha relación con las culturas precolombinas: los «Compañeros de Quetzalcóatl». Esa organización sería la responsable de llevar a buen término la construcción de la ciudad de Teotihuacán, transmitiendo así unos conocimientos que se seguirían perpetuando en los constructores que heredaron esta ciencia en la América precolombina. Además, existe un indicio arqueológico que nos remite al contexto temporal en el que debieron de estar presentes aquellos civilizadores del Nuevo Mundo.

Tal y como he indicado anteriormente, sabemos que en Tiahuanaco, en la zona ritual de Kalasasaya se practicaban ciertos rituales relacionados con la bóveda celeste. El papel astronómico de este lugar es ostensible: existen dos puntos de observación del recinto que señalan el solsticio de invierno y el de verano. Actualmente, los dos trópicos están exactamente a 23° y 30' al norte y al sur del ecuador, pero los dos puntos del solsticio en el Kalasasaya revelan que fueron construidos cuando los trópicos se hallaban situados a 23° 8' y 48" del ecuador, es decir, en torno a la mágica fecha del 10500 a. C. Justo la época en la cual, según describen las tradiciones centroamericanas, los «Compañeros de Quetzalcóatl» llevaban a cabo su proyecto civilizador de América.

Al estudiar estos monumentos antiguos se nos revelan nuevos y excitantes hechos arqueoastronómicos que evidencian la enorme magnitud de los conocimientos técnicos y científicos de aquella civilización. Lo que nos invita a considerar muy seriamente la posibilidad de que, en efecto, muchas de las principales manifestaciones arquitectónicas del pasado apuntaran al firmamento en la era de Leo, en el año 10500 a. C., como conmemoración de algún acontecimiento extraordinario; tal vez, ¿el resurgimiento de la civilización después de un terrible cataclismo?

Por aquellas remotas fechas, los templos camboyanos estaban orientados hacia la constelación del Dragón, la Esfinge hacia Leo y las pirámides hacia Orión, una constelación a la que han dado mucha importancia en las culturas de gran parte del planeta a lo largo de los siglos.

Pero lo más insólito de todo esto es que dicha tradición de transmisión de conocimientos se perpetuará en el tiempo, e incluso hay quien especula – como en el caso de M. Moreau– con la posibilidad de que exista una orden o

hermandad de estas características en la actualidad. Lo cierto es que nos volvemos a encontrar con los misteriosos «Compañeros» en la Edad Media.

Los constructores herméticos medievales inaugurarán una nueva etapa de esplendor arquitectónico con referencias arqueoastronómicas como las expresadas por sus colegas de la antigüedad. Entonces, renació con fuerza el arte sagrado que inspiró la cultura egipcia o la megalítica y que tendrá su traducción más plausible en el arte románico y el gótico.

Al igual que pasó en su día con la Gran Pirámide, los herederos medievales de esta tradición compañeril yuxtaponen circunferencias enteras o parciales y figuras angulares y rectas. La unión del cuadrado y del círculo resulta, en contra de lo que pudiera parecer, armónico. En dichas construcciones, desde las más modernas a las más sobresalientes, como es el caso de las catedrales, está presente el concepto hermético egipcio al que los Templarios denominaron «cuadratura del círculo». Estas dos figuras geométricas están predispuestas de tal forma que sirven de base geométrica a alegorías simbólicas de un pasado muy lejano.

En los muros medievales encontramos símbolos diversos. Estas «marcas compañeriles» también conocidas como «gliptografías» guardan relación directa con los petroglifos prehistóricos europeos, aunque también nos encontramos con otros estilos iconográficos bastante curiosos. Así, por ejemplo, hallamos letras propias del íbero, inscripciones latinas y griegas, correspondencias oghámicas, símbolos y letras propias de otros contextos geográficos y temporales radicalmente distintos, como es el caso de los tiffinagh. Eventualmente, esta variedad simbólica se ve enriquecida con diseños relacionados con las estrellas.

Las catedrales medievales son el equivalente egipcio de las grandes pirámides. Los «Compañeros» medievales se esmeraron en su construcción, orientándolas en la dirección este-oeste, para de este modo señalar los puntos cardinales con mayor carga simbólica.

Dichas catedrales poseen funciones arqueoastronómicas demostrables, como se ve en el caso de la catedral gótica de Chartres, en Francia, cuya edificación revela todas las pautas constructivas de los antiguos egipcios en relación con el cosmos.

La catedral de Chartres se erige en un escenario lleno de misterio. Según la tradición, antes de que los celtas y galos echaran raíces en este lugar, los constructores megalíticos ya habían estado en aquel lugar mucho antes



erigiendo un dolmen y un pozo en el mismo espacio en el que hoy se erige la catedral. El dolmen poseía una cámara en cuyo interior emanaba la energía telúrica del planeta. Como consecuencia de esta creencia este lugar es considerado sagrado desde entonces. Posteriormente, los enigmáticos druidas atraídos por la magia de este lugar de poder decidieron establecerse allí. El caso es que, según reza la tradición, profetizaron la venida al mundo de una virgen que daría a luz un niño. Como consecuencia de esta visión, elaboraron la imagen de una virgen de madera con un niño sentado en sus rodillas. Con el tiempo la talla se fue oscureciendo en el interior de la húmeda gruta megalítica en la que permaneció oculta durante mucho tiempo. La llamaron Virgen Bajo la Tierra.

En el siglo III los primeros cristianos que la encontraron la extrajeron ennegrecida de la misteriosa gruta y decidieron adornarla como Virgen Negra, iniciando la construcción de la enigmática catedral gótica de Chartres en su nombre. Y digo enigmática por varios motivos que enlazan directamente con el cosmos. Uno de ellos se manifiesta todos los mediodías del solsticio de verano en el que un rayo de sol atraviesa una cristalera transparente iluminando con exactitud matemática el saliente visible de una losa rectangular que destaca sobre las demás debido a su disposición oblicua. En esta fabulosa manifestación arquitectónica se han conjugado, como aconteció en el pasado remoto con otras construcciones, tres ciencias: la geometría, la arquitectura y la astronomía; pero hay más: el plano de la catedral se diseñó conforme a las proporciones propias de la ley del número de oro<sup>56</sup>, presente en todas las grandes obras arquitectónicas de la humanidad. Las longitudes de la nave, el coro, los cruceros, las distancias entre los pilares, son múltiplos del número de oro, también conocido como la proporción áurea o la proporción divina. Estas proporciones tienen una clara correspondencia con las unidades de medida de todas aquellas culturas cósmicas a las que nos hemos referido en las páginas de este libro. Esa relación misteriosa arranca de una recta geométrica descubierta por Euclides hace más de dos mil años de la que aflora una proporción que luego surge en las galaxias, en el crecimiento de los pétalos de las flores pero también en los monumentos más antiguos de la humanidad. El número de oro enlaza con el universo puesto que es la relación directa entre los números y la creación en su conjunto.

Resulta increíble que a partir de algo tan simple, como lo que hizo

Euclides en el año 300 a. C., se descubriera un número que luego aparece solapado en las plantas, en las galaxias, en la dinámica de los agujeros negros, en la estructura microscópica de algunos cristales, en el caparazón del nautilus, en la Mona Lisa de Leonardo Da Vinci... Ese número mágico es conocido como número Fi y la forma de obtenerlo es sencilla.

A partir de cualquier número hay que sumarle el siguiente en orden ascendente. Empecemos, por ejemplo con el cero. Obtendremos una secuencia numérica infinita formada, lógicamente, por números cada vez más grandes:

$$0 + 1 + 1 + 2 + 3 + 5 + 8 + 13 + 21 + 34 + 55 + 89 + 144 + 233 + 377 + 610 + 987...$$

El número Fi se encuentra dividiendo cada término entre el anterior y sorprendentemente el resultado de este cálculo, a medida que lo realizamos entre los términos ascendentes de la secuencia se acerca paulatinamente a un número cuyos decimales son infinitos, dando como resultado: 1,618033. El descubrimiento de este peculiar milagro matemático se lo debemos al italiano Leonardo Pisano a principios del siglo XIII a pesar de que el misterioso número ya había sido definido mil quinientos años antes por el griego Euclides. Para ello, Euclides imaginó una recta imaginaria, después ideó un punto concreto que dividiese la recta en dos segmentos más pequeños. Ambos segmentos debían tener una proporción concreta que se definía así: la relación entre el segmento mayor y la recta debía ser la misma que la del segmento mayor y el menor, y la división de ambas longitudes, independientemente del tamaño de la recta inicial, daba lugar a un número: el número Fi que definía la denominada proporción divina.

La catedral de Chartres combina una variada simbología áurea. Un ejemplo es el rectángulo áureo elaborado a partir de dos segmentos cuya proporción es Fi. Otro interesante ejemplo es el pentágono regular en el que se esconde esta misma proporción, de hecho, la relación entre sus lados y diagonales está definida por el número Fi, siendo en el interior de esta figura donde hallamos el triángulo áureo. Por otro lado, cuando se divide el rectángulo y el triángulo obtenemos rectángulos y triángulos áureos más y más diminutos en su interior hasta configurarse un mismo motivo: una espiral logarítmica que se encuentra en los más variopintos lugares del reino natural a la que expresamente se alude dentro de la catedral en cuyo interior se cobija

un enorme laberinto con reminiscencias claramente paganas.

No se trata del único ejemplo que relaciona de una manera muy profunda las catedrales con el cosmos y la magia de los números. Otro ejemplo lo tenemos en la ruta cósmica de Santiago y la famosa catedral de Compostela. Estos ejemplos demuestran la continuidad, a lo largo de los milenios de una tradición que trata de vincular al ser humano con el Universo y sus misterios más profundos.

Después de seguir el rastro de las tradiciones sobre entidades e insólitos personajes volcados en civilizar a la humanidad en un pasado remoto y tras comprobar que estas tradiciones pueden ser una reminiscencia de un acontecimiento real –sin querer entrar, por cierto, en las diferentes valoraciones e interpretaciones sobre la naturaleza y génesis cultural de aquellos supuestos civilizadores–, todavía quedan por desarrollar determinadas cuestiones.

Así las cosas, ¿por qué las civilizaciones del pasado estaban tan preocupadas por medir los mecanismos que rigen el cosmos? ¿Existía algún propósito en especial? Aquellos «dioses» de las tradiciones se tomaron grandes molestias para adoctrinarnos; ¿por qué se tomaron tanto interés en instruir a nuestros antepasados en las artes básicas de la civilización?

[55](#) Previo paso por la visión mística de Eleusis, la religión de Mitra y la visión órfica.

[56](#) Si se divide el valor de pi (3,1416) entre 12, obtenemos el valor numérico de la relación existente entre el círculo y el cuadrado, que es 0,2618. Esta resultante nos lleva directamente al número de oro, que es el resultante de restar 1.000 de 0,2618 = 0,1618.

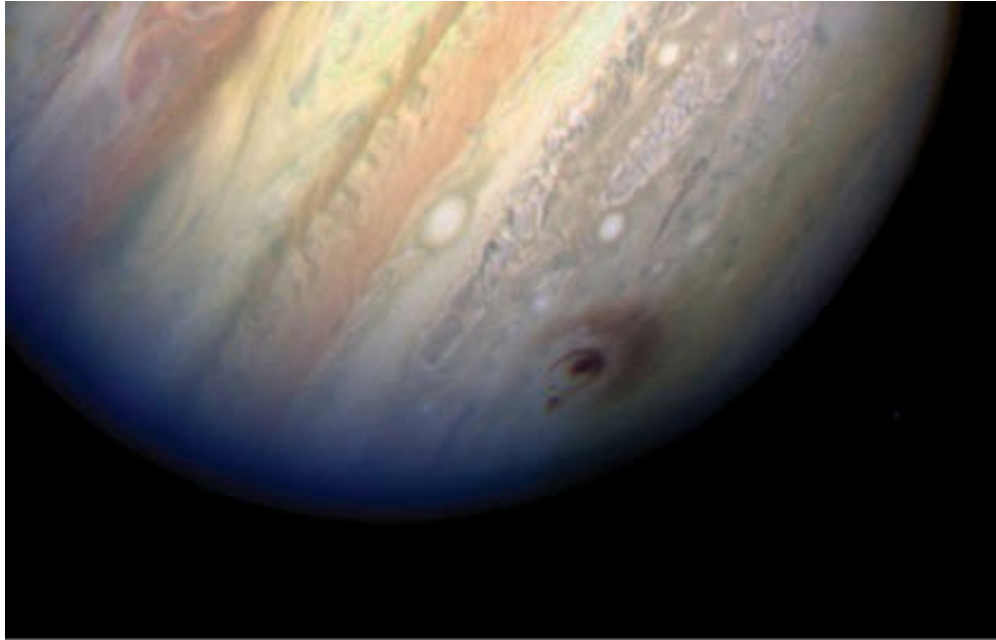
# Capítulo 10

## Cuando el cielo se derrumba

Según testimonios rigurosamente históricos, el 25 de junio de 1178 nuestro satélite natural fue brutalmente embestido por un fragmento espacial cuyo impacto liberó una cantidad energética similar a la generada por una explosión termonuclear masiva. Siglos más tarde, un 30 de junio de 1908 un fragmento de materia cósmica (probablemente la porción de un cometa) impactó de lleno en Tunguska, una zona deshabitada de Siberia, desintegrando todo vestigio de vida en varios kilómetros a la redonda. No deja de ser curioso que a finales del mes de junio de 1975 los astrónomos fueran testigos excepcionales de otro masivo bombardeo cósmico sobre la superficie de nuestro sufrido satélite. Los asteroides que en esta ocasión impactaron con la Luna viajaban a una velocidad superior a los cien mil kilómetros por hora.

En marzo del 1993, Eugene y Carolyn Shoemaker en compañía del «cazador de cometas» David Levy, identificaron un fragmento de hielo sucio en las profundidades del espacio exterior. Poco después, el objeto era catalogado en los archivos informáticos del observatorio californiano de Monte Palomar.

El equipo de astrónomos gozaba de gran popularidad entre sus colegas del gremio. Entre los tres, sumaban la nada despreciable suma de 82 cometas descubiertos. El nuevo objeto clasificado como D/1993 F2 acabaría siendo conocido en todo el mundo con el nombre de cometa Shoemaker-Levy 9. El siguiente paso, tras la catalogación, era calcular la trayectoria del objeto.



Huella del impacto del cometa Shoemaker-Levy 9 sobre la superficie de Júpiter.

Después de introducir los parámetros en la computadora y establecer la que podría ser la secuencia lógica de la trayectoria, los astrónomos se dieron cuenta de que el trozo de hielo (de unos diez kilómetros de diámetro) acabaría siendo atrapado por el campo gravitatorio del planeta Júpiter. La excesiva presión ejercida sobre el fragmento cometario convirtió el objeto en una veintena de pequeños pedazos de hielo. A consecuencia de ello, los fragmentos del cometa fueron nuevamente capturados por la gravedad del Sol iniciando una órbita más en torno a nuestra estrella. En marzo del año siguiente, una mortífera caravana de material cósmico se precipitaba a una velocidad superior al medio millón de kilómetros por hora, sobre la superficie del gigante gaseoso.

A los pocos días del espectacular impacto, el astrofísico David Levy mostraba su preocupación ante los medios de comunicación. Si un impacto de estas características podía acontecer en Júpiter, nada impediría que eso mismo pasara en nuestro planeta en un futuro próximo. En palabras del propio Levy «no se trata de saber si la Tierra será alcanzada, sino de cuándo». Lo que este suceso ha demostrado es que Júpiter puede capturar un objeto estelar inferior a su masa (un planeta, un asteroide, etc.), hacerlo añicos y desviar esos trozos de material hacia una órbita de colisión con nuestro

planeta.

Hasta hace unas pocas décadas pensábamos que la Tierra era un lugar seguro y estable en el que podíamos sentirnos relativamente protegidos de las amenazas del cosmos. Desde marzo de 1994, nuestra perspectiva ha cambiado radicalmente. Ahora sabemos que ahí fuera nos acechan serios peligros que pueden llegar a poner en riesgo la continuidad de la vida en nuestro planeta. Décadas de observación y de estudio geológico demandan nuestra atención sobre los peligros naturales que de un plumazo nos pueden hacer desaparecer de la faz de la Tierra. Además de los fenómenos catastróficos que se generan en el interior de nuestro planeta, en los que se llevan la palma los supervolcanes<sup>57</sup>, existen otros de carácter cósmico cuya capacidad destructiva puede llegar a ser definitiva.

Luann Becker lleva estudiando los trazadores de impactos extraterrestres desde principios de los noventa. Basándose en el número de cráteres de nuestro satélite, calculó que al menos unos sesenta asteroides han llegado a colisionar con nuestro planeta en los últimos seiscientos millones de años. Incluso –comenta Becker– el menor de esos choques habría dejado una cicatriz de 95 kilómetros de anchura provocando una explosión equivalente a la detonación de diez billones de toneladas de trinitrotolueno. En los últimos tiempos están registrándose nuevos trazadores de impactos cósmicos importantes. No sólo los geólogos encuentran vestigios de colisiones, los registros fósiles estudiados por los paleontólogos han confirmado la existencia de trazadores indirectos que corroboran –al menos– tres de las cinco grandes extinciones hasta ahora reconocidas. Es el caso del impacto que asoló –hace unos doscientos cincuenta millones de años– el planeta al aniquilar el 90 % de las especies de la Tierra; otros golpes meteóricos fueron los responsables de extinciones en masa algo «más livianas», con un resultado aproximado de algo más del 50 % de especies extinguidas. La extinción en masa más popular entre la opinión pública aconteció hace unos sesenta y cinco millones de años, y al parecer fue la responsable de la desaparición definitiva de los dinosaurios.

En 1980, un equipo de la Universidad de California en Berkeley halló el primer indicativo geológico ligado a esta extinción en masa. El premio Nobel de física el doctor Luis Álvarez y su hijo el geólogo Walter Álvarez dieron a conocer al mundo los resultados de sus indagaciones en una capa de arcilla ubicada en las proximidades de Gubbio en Italia.

Los científicos habían detectado una inusual concentración de iridio, elemento cuya presencia en las rocas terrestres es muy extraño; cosa que no pasa con los meteoritos, en donde el iridio es el elemento más abundante. El equipo de Berkeley calculó que la cantidad media diaria depositada de polvo cósmico no podía explicar los resultados de las mediciones de iridio. Animados por este hecho, llegaron a la conclusión de que se trataba de los restos depositados tras la explosión producida por un meteorito que impactó con la Tierra hacía exactamente el mismo tiempo que tenía la muestra de arcilla estudiada: sesenta y cinco millones de años, una muestra cretácica contemporánea de la era de los grandes saurios.

Con el tiempo se hallaron repartidos por todo el mundo más de cien yacimientos cretácicos con niveles excesivos de iridio. Se descubrieron, además, tres trazadores adicionales de impactos extraterrestres: las bruscas deformaciones que presentan las rocas terrestres, el cuarzo con huellas inequívocas de violentos choques y las elevadísimas concentraciones de hollín. A principios de la década de los años ochenta se hicieron notables descubrimientos en esta línea. Jan Smit, de la Universidad Libre de Ámsterdam, descubrió gotitas microscópicas de vidrio (microesférulas) que fueron consecuencia directa del rápido enfriamiento de la roca fundida que, tras el estallido, fue expulsada hacia la alta atmósfera en el momento del choque meteórico.

Las únicas fuerzas que pueden deformar el cuarzo son las erupciones volcánicas y los impactos de asteroides. De hecho el cuarzo es un material muy estable y altamente resistente a las presiones y temperaturas excesivas a las que por otra parte está acostumbrado; de hecho, este material lo encontramos abundantemente en las profundidades de la corteza terrestre. Los vulcanólogos han sacado a la luz muestras geológicas fracturadas por los granos de cuarzo, pero sólo —y he aquí lo más importante— en una sola dirección, no en las múltiples que aparecían en los ejemplares dañados por la explosión meteórica.

En 1980, los especialistas detectaron niveles altísimos de cenizas y hollín producidos por los miles de incendios que el impacto provocó. Finalmente, la prueba definitiva no tardaría en llegar. Tony Camargo y Glen Penfield, de la empresa nacional mexicana de petróleo PEMEX, descubrieron casualmente —mientras hacían una prospección rutinaria— una enorme estructura circular, enterrada en el golfo de México. Aquella estructura resultó ser la prueba

definitiva de la extinción de los dinosaurios: un profundo cráter de 180 kilómetros de diámetro.

Como señala Luann Becker, «el hallazgo de un verosímil cráter de impacto marcó un punto crítico en la búsqueda de las causas de las perturbaciones climáticas extremas y las extinciones en masa; la apartó de las fuentes terrestres, como el vulcanismo, y la orientó hacia los episodios singulares y catastróficos». Tanto los volcanes como los impactos cósmicos expulsan hacia la atmósfera grandes cantidades de material tóxico (ceniza, dióxido de carbono, azufre...) que repercuten negativamente en el ecosistema global, desencadenando bruscos cambios en el clima y la degradación violenta del medio ambiente.

Mientras la liberación instantánea propia de un impacto puede contribuir a la eliminación paulatina de las especies biológicas en unos miles de años, el vulcanismo a gran escala continuaría expulsando los elementos nocivos a lo largo no de miles, sino millones de años, prolongando sus perniciosos efectos sobre los seres vivos tanto vegetales como animales. Aunque el cambio climático inducido por el vulcanismo contribuyó en la desaparición de ciertas especies, la vida estaba en fase de regeneración antes de que la actividad propia de un supervolcán cesara, lo que hace más factible la teoría del choque meteórico.

Una vez que se sabe que los impactos extraterrestres pueden acontecer; y de hecho sabemos que han acontecido, las historias del diluvio universal al que hacen referencia todas las culturas del planeta podrían hacer una descripción literal de una inundación a escala global absolutamente real.

Resulta muy difícil entender, desde el punto de vista geológico, una inundación a escala planetaria; sin embargo, desde que conocemos cuáles serían los efectos físicos generados por un impacto cósmico sobre la superficie de nuestro planeta, ya no resulta imposible esa apreciación tradicional.

Dado que el 71 % de la superficie terrestre está cubierta por los océanos, lo más probable, desde un punto de vista estadístico, es que cualquier objeto que se vea abocado a impactar con la Tierra lo hará en cualquiera de nuestros océanos.





## IMPACTOS CÓSMICOS

Nuestros satélites de observación geológica nos han brindado, sin embargo, pruebas de impactos terrestres en épocas lejanas. Durante 1994, los ojos del Spaceborne Imaging Radar vieron las dramáticas huellas de dos cráteres cercanos, en Aorounga, al norte del Chad. La geóloga de la NASA Adriana Ocampo comentó al respecto: «Los cráteres de Aorounga son sólo la segunda cadena de grandes cráteres conocidos en la Tierra y, aparentemente, se formaron por la ruptura antes del impacto de un gran cometa o asteroide. Los fragmentos son de tamaño muy similar menos de un kilómetro y medio de diámetro-, al igual que los cráteres –entre once y dieciséis kilómetros de ancho-». Esta geóloga está convencida de que estos impactos extraterrestres datan de al menos unos trescientos sesenta millones de años. Un momento en el que los fósiles nos indican un retroceso biológico próximo a la extinción: «Los impactos de Chad no son lo suficientemente grandes como para ser la causa de la extinción, pero pueden haber contribuido a ella».

Las simulaciones por ordenador no dejan lugar a dudas, la consecuencia de un impacto sobre el mar liberaría una cantidad de energía tan poderosa que formaría un enorme aro de agua a modo de ola gigantesca –lo que se conoce con el nombre de tsunami– con una capacidad destructiva inimaginable. Estas olas viajarían a velocidades superiores a los seiscientos cuarenta kilómetros por hora arrasando todo lo que se encontraran a su paso, y –literalmente– inundando gran parte del planeta temporalmente<sup>58</sup>. Después, según fueran regresando las aguas al descomunal cráter provocado por el impacto, se formaría otra segunda ola gigante con –aproximadamente– un sesenta por ciento de la energía de la anterior.

## DESPUÉS DE UN IMPACTO

La devastación inicial se dividiría en cuatro fases, a saber:

1. La explosión provocada por el impacto lanzaría miles de

kilómetros cúbicos de restos de los cuales una ingente cantidad se pondría en órbita a cincuenta veces la velocidad del sonido.

2. Durante varios meses el cielo estará sofocado y a la luz le costará mucho llegar a la superficie del planeta, al mismo tiempo, los materiales expulsados tras la explosión se precipitarán a través de la atmósfera y las temperaturas se mantendrán bajo mínimos (en concreto, muy por debajo del punto de congelación).
3. Los citados tsunamis, con alturas que superan los noventa metros de altura, asolan a su paso los ecosistemas costeros a centenares –y en ocasiones– hasta miles de kilómetros del punto de colisión.
4. Temblores de tierra, de una magnitud hasta un millón de veces superior a lo registrado por nuestros sismógrafos, propagan sus efectos devastadores por todo el globo.

El resultado de esta convulsión planetaria es desolador y las consecuencias tardarán mucho tiempo en mitigarse.

Ha llegado el momento de considerar la posibilidad de que pueda existir algo de verdad en las antiguas historias populares sobre el diluvio. Estas leyendas se han conservado durante larguísimos períodos de tiempo, a través de la tradición oral de los pueblos antiguos, llegando hasta nosotros a través de sus mitos y leyendas.

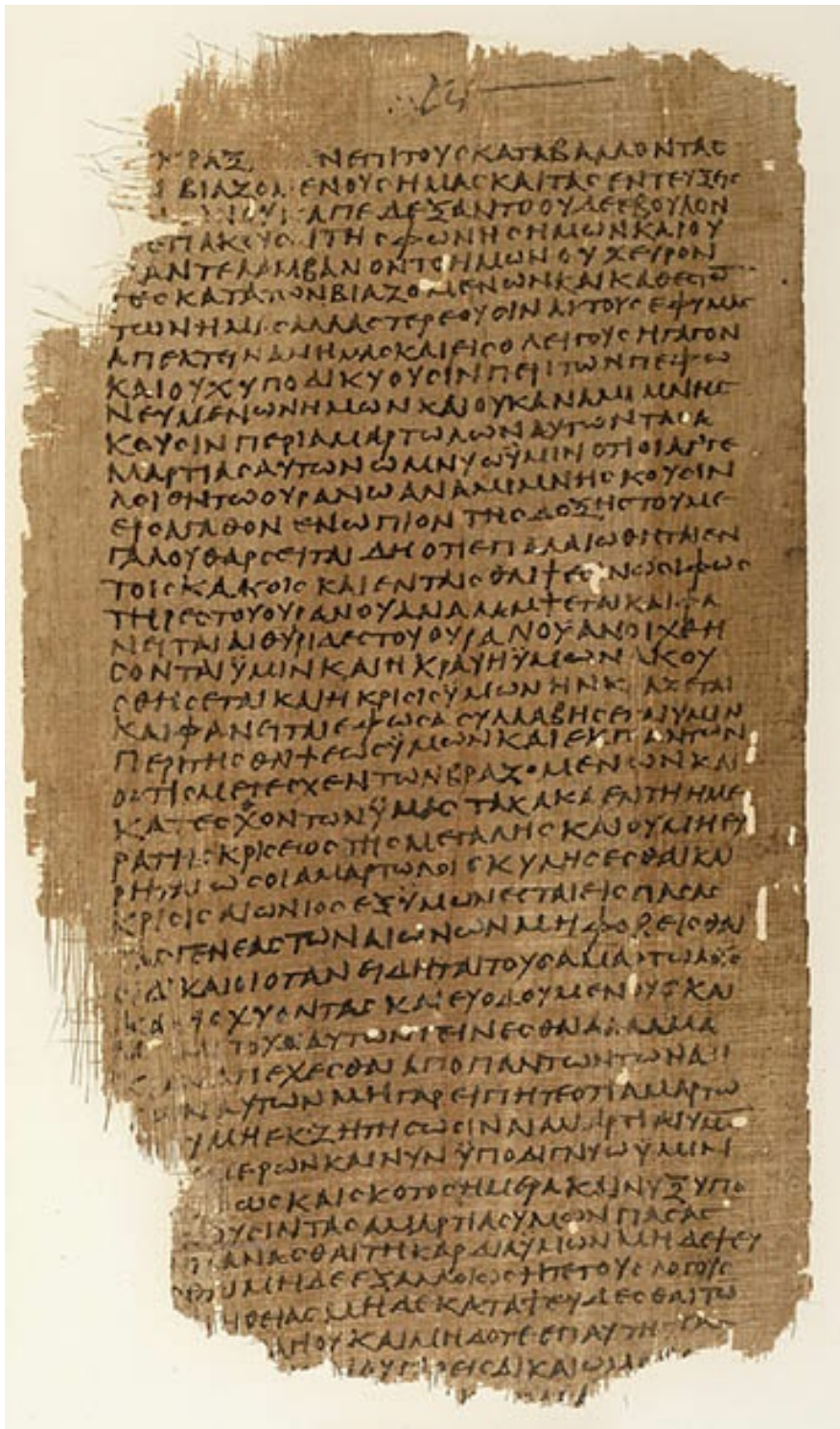
## [TEMPLARIOS, MASONES Y LIBRO DE HENOC](#)

Desde que en pleno siglo XVIII el fundador de los estudios etiípicos, el británico James Bruce (1730-1794), descubriera los primeros ejemplares del Libro de Henoc, se ha ido perfilando una inquietante relación entre los francmasones ingleses, la historia del diluvio universal y el Libro del profeta. Sorprendentemente las implicaciones de este manuscrito han superado, como veremos a continuación, las fronteras del mito para instalarse en los dominios de la historia.

Como muy bien señalan Robert Lomas y Christopher Knight en su libro *The Hiram Key*, la historia de un aniquilamiento masivo próximo a la

extinción forma parte de la antigua liturgia de la organización masónica; no obstante, ese rito ha sido objeto de transformación paulatina a lo largo de estos últimos trescientos años, por parte de los propios francmasones ingleses. Afortunadamente, estas alteraciones no han llegado a dañar el núcleo de estos rituales. Al parecer «antes de que fueran censurados de un modo deliberado por los propios francmasones en los siglos XVIII y XIX, los rituales superiores de la francmasonería mencionaban claramente que preservaban el arcano conocimiento del alto sacerdocio judío, que ya era antiguo en tiempos del rey David y el rey Salomón». Esos ritos masónicos de tradición oral –como casi todas las tradiciones de la antigüedad– recogen referencias del diluvio universal y la existencia en el pasado de una entidad destinada a preservar las tradiciones verbales sobre Noé.

También se evoca la existencia de una civilización –anterior a los acontecimientos catastróficos– poseedora de los conocimientos que conforman los pilares de una cultura tecnológica y científicamente avanzada. De las personalidades que se dan cita en sus listas destaca, por su relación con el tema que estamos tratando, la figura del anteriormente citado Henoc. En la tradición masónica se narra su vida y su contacto con Uriel, un ser «angelical» que le dio las pautas a seguir con objeto de salvar los secretos de la civilización de un cataclismo global. Así visto, el Libro de Henoc podría considerarse como lo más parecido a un libro de instrucciones destinado a preservar el conocimiento más sublime de nuestra especie.



Beatty XII, manuscrito griego del Libro de Henoc (s. IV). A pesar de que este libro forma parte de la Biblia de la iglesia copta, el resto de las iglesias cristianas lo consideran apócrifo. Las versiones íntegras del libro están escritas en etíope y griego. Según la tradición, el autor del libro fue el mismísimo bisabuelo de Noé.

Páginas atrás vimos que algunas partes del libro son susceptibles de controvertidas interpretaciones. En el libro se habla de un extraño grupo de seres (los vigilantes y los ángeles) que interaccionan con Henoc y los nativos de su entorno cultural. También encontramos referencias de otro tipo de gentes; los gigantes, descendientes directos de los vigilantes y poseedores de una doble naturaleza (humana y divina). Curiosamente, a esos gigantes los vemos referenciados en las mitologías de todo el planeta –incluida– claro está, la Biblia. Recordemos la famosa historia del enfrentamiento entre David y el gigante Goliat. Sin embargo, han sido los Manuscritos del Mar Muerto los que nos han ofrecido la narración más amplia que se tiene hasta ahora de estos míticos individuos. En una parte del Libro de Henoc, conocida con el nombre de Libro de los Gigantes, encontramos tres referencias notablemente significativas para con el tema desarrollado en el presente ensayo. Por un lado, se nos dice que los gigantes poseían un secreto conocimiento y que vigilaban muy de cerca a los hombres y mujeres normales. Se nos dice también que experimentaron cruces genéticos antinaturales. Finalmente, la inquietud se apodera de los corazones de los Gigantes al conocer que iba a haber un diluvio universal y que ni tan siquiera ellos podrían evitarlo.

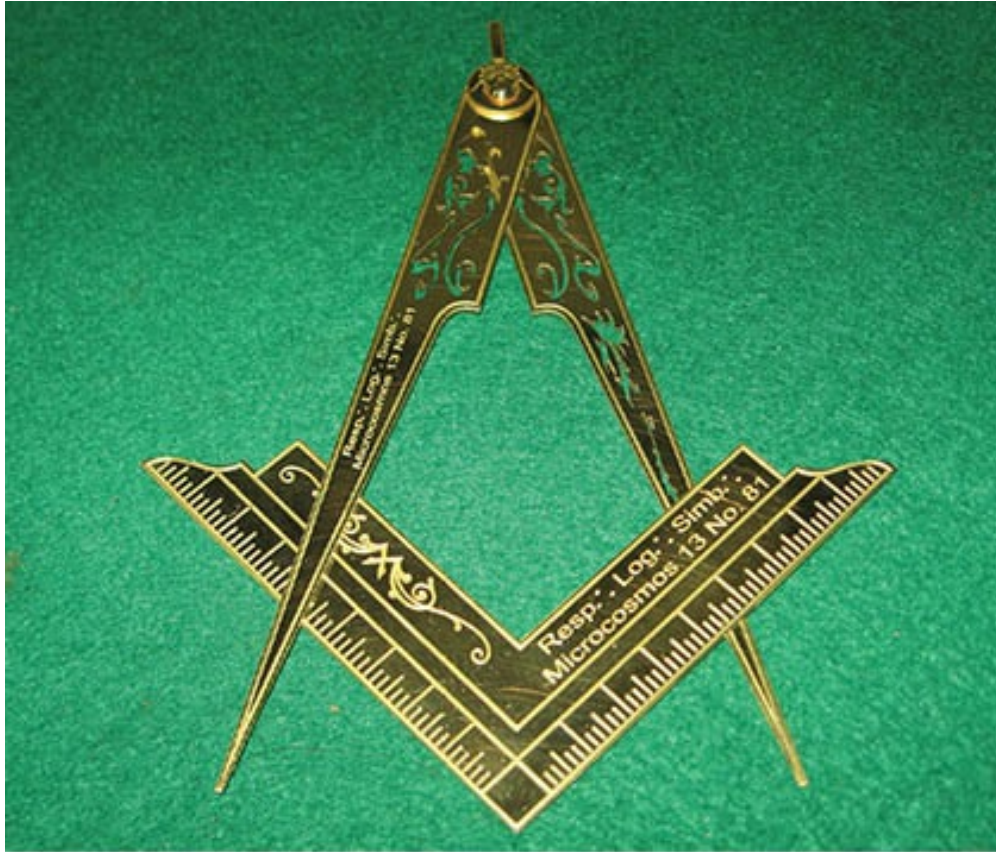
Ciertos autores están convencidos de que estos seres son de origen alienígena. Personalmente, conforme avanzan mis investigaciones en este campo, estoy convencido de que los seres descritos en el Libro de Henoc lejos de ser extraterrestres son en realidad seres humanos, sucesores de una cultura que había heredado los conocimientos de una civilización avanzada, víctima de los caprichos destructivos de la madre naturaleza. Probablemente, los contemporáneos de Henoc supieron desde un principio que los vigilantes eran tan humanos como ellos, pero sus inusuales conocimientos y «poderes» los hacían equivalentes a los dioses. El tiempo y la tradición acabaría encuadrándolos en el ámbito de lo divino<sup>59</sup>.

Los manuscritos masónicos que hacen referencia a Henoc son los textos *Íñigo Jones y Wood*. Ambos conceden una gran importancia a los pueblos de antes del diluvio y describen el alto dominio que éstos tenían del *trivium* y el *quadrivium*<sup>60</sup>. En estos escritos se insinúa la existencia en tiempos antediluvianos de una civilización avanzada. Esta idea se deja entrever en los textos cuando se afirma que los egipcios encontraron unos pilares secretos

después del diluvio que contenían las claves científicas de aquella civilización olvidada. Esos conocimientos antiguos sirvieron de base a la pujante civilización egipcia que siglos después asombraría al mundo con sus fabulosos monumentos. ¡Los manuscritos masónicos parecen constatar la realidad histórica de los Shensu-Hor!

Ciertos rituales francmasones –hoy en desuso– varían la historia de los pilares. Así en algunos de estos documentos se nos dice que el artífice de estos pilares fue Henoc. En otras versiones los pilares fueron descubiertos hace más de tres mil años atrás, cuando unos albañiles, que trabajaban en el Templo de Salomón, los desenterraron. Robert Lomas y Christopher Knight afirman que «los antiguos rituales del Rito Escocés Antiguo dicen que los grandes sacerdotes de Jerusalén, que sobrevivieron a la destrucción de la ciudad en el año 70 a. C., fueron el origen de las familias europeas que mil años después formaron la orden de los Templarios». Tal vez, ese conocimiento tan detallado provenga de esas familias o de los rollos del Qumrán que los templarios desenterraron cuando excavaron debajo del monte del templo en Jerusalén entre 1118 y 1128. Paradójicamente, los templarios siempre estuvieron muy implicados con Etiopía, fundamentalmente a lo largo del siglo XIII. Cabe la posibilidad de que estos encontraran el libro e incluso que lo llegaron a utilizar en sus ceremonias. En ese caso, los ritos francmasónicos tendrían su génesis en los caballeros templarios que sirvieron en algún momento de intermediarios con el judaísmo prerabínico. De ser ese el caso, estaríamos en condiciones de afirmar que la francmasonería es un culto henoquiano.

La legitimidad del Libro de Henoc viene respaldada por una serie de pruebas arqueológicas. El descubrimiento de otras nueve copias del texto en los manuscritos del Mar Muerto garantiza su autenticidad, puesto que la información astronómica contenida en él ya era conocida mucho antes por los francmasones ingleses. Además, la historia masónica de Henoc ya existía mucho antes de que el misterioso libro fuera descubierto por James Bruce<sup>61</sup>.



La escuadra y el compás son los símbolos por excelencia de la masonería. ¿Las tradiciones orales de la francmasonería recogen la memoria de un pasado remoto marcado por acontecimientos catastróficos reales que asolaron el planeta? Dada su vinculación con el Libro de Henoc, ¿insinúa la existencia de una civilización antediluviana real?

El contenido del Libro de Henoc se estructura como sigue:

Los primeros cinco capítulos del manuscrito se hacen eco de una especie de juicio final, en donde Dios desciende al mundo rodeado de ángeles protectores. A continuación, los siguientes once capítulos se hacen eco de la «caída de los ángeles apóstatas» que copularon con las hijas de los hombres en contra de lo acordado con Dios. En esta parte del libro se nos hace una clara referencia a la labor instructiva de unos vigilantes especializados.

Del capítulo 17 al 36, se narran los viajes de Henoc por otros mundos y esferas de la bóveda celeste. Del capítulo 37 al 71 Henoc recoge una serie de parábolas para su enseñanza a las generaciones futuras. Finalmente, los capítulos 72 a 82 recogen informaciones de carácter astronómico, relativas a

las órbitas de los cuerpos celestes, etc. Los últimos capítulos están dedicados a las conversaciones que Henoc tiene con su hijo Matusalén, en las que se habla de la llegada del Diluvio Universal. La parte final está dedicada a la forma en que Henoc es arrebatado a los cielos en un carro de fuego.

Como tendremos oportunidad de comprobar a continuación, el Libro de Henoc posee valiosas informaciones en sus páginas y en modo alguno parece un texto alegórico; por eso sorprende el extraño episodio de la ascensión de Henoc a los cielos en un carro de fuego.

## VIGÍAS DEL CIELO

En el Libro eslavo de Henoc se nos describe el encuentro de Henoc con los vigilantes.

Al cumplir 365 me hallé, cierto día del segundo mes, solo en mi casa [...] Y se me aparecieron dos hombres de gran envergadura [se refiere a su notable estatura, razón por la que eran también identificados con sus descendientes los gigantes]. Sus rostros brillaban como el sol, y sus ojos eran como antorchas llameantes; de sus bocas salían llamas; sus ropas y voces eran magníficas, y sus brazos como alas doradas. Se acercaron a la cabecera de mi cama y me invocaron por mi nombre. Despertaba yo de mi sueño y me puse en pie ante mi lecho; luego me incliné ante ellos, con el rostro lívido de terror. Entonces, los dos hombres [nótese que nunca les llama ángeles] me hablaron, y estas fueron sus palabras: ¡Tranquilízate, Henoc, no temas! Porque el Señor nos envía a verte, y hoy mismo estarás con nosotros en los cielos. Llama a tus hijos y a tus sirvientes, e instrúyeles en las tareas de la casa. Nadie deberá salir en tu busca, hasta que el Señor te reúna de nuevo con los tuyos...<sup>62</sup>.

El Libro de Henoc nos relata que antes del Diluvio existió una avanzada civilización que pecó desde el momento en que mujeres normales quedaron embarazadas por doscientos gigantes:

Aquellos y todos los demás que iban con ellos tomaron mujeres; cada uno eligió la suya, y comenzaron [...] a pecar con ellas [...] Y ellas quedaron encintas, y dieron a luz a unos gigantes de trescientos codos de estatura. Tras conocer a las hijas de los hombres, cohabitaron con ellas [...] Ellas parieron gigantes, y la tierra se llenó de sangre y de la justicia del Señor.

El texto se hace eco también de los vigilantes instructores que enseñaron los secretos ocultos de la naturaleza a las gentes normales:

Azazel enseñó a los hombres la fabricación de la espada, el cuchillo, los escudos, los petos, y les hizo conocer los metales de la tierra y el arte de trabajarlos, y brazaletes y ornamentos y el uso del antimonio y del embellecimiento de los párpados y todo tipo de piedras costosas, todos los tintes conocidos [...]. Semyasa enseñó los conjuros y la recolección de tubérculos, Armaros las fórmulas para combatir los conjuros, Baraquel la observación de las estrellas,



Kokabeel la astrología y las constelaciones, Ezeqel los movimientos de las nubes, Arakiel las señales de la Tierra, Shamsiel las señales del Sol y Sariel el curso de la Luna...

Henoc fue llevado a un lugar donde fue instruido por los vigilantes. Del análisis del Libro de las luminarias celestes se deduce que las enseñanzas astronómicas recibidas precisaron del apoyo de observatorios megalíticos; veámoslo con un ejemplo comentado:

Esta es la primera ley de las luminarias: la luminaria del Sol tiene su amanecer en los portales del este del cielo, y su atardecer en los portales del oeste del cielo. Y vi seis portales en los que el Sol se alza y seis portales en los que el Sol se pone y la Luna se alza y se pone en esos portales y los líderes de las estrellas y aquellas a las que lideran: seis en el este y seis en el oeste, y todos siguiéndose unos a otros en el exacto orden correspondiente; también muchas ventanas a izquierda y derecha de esos portales...

Está claro que los portales son la típica construcción megalítica de una losa horizontal descansando sobre otras dos verticales, mientras que las ventanas son los espacios existentes –por ejemplo– entre un menhir y otro. Henoc está explicándonos la forma de hacer cálculos astronómicos con megalitos. Por lo tanto, los vigilantes procedían de la cultura –probablemente– artífice de esta manifestación arqueológica.

Henoc conocerá el mensaje del cataclismo que se avecina: «... el gran juicio en el que la Era será consumada sobre los vigilantes y los sin Dios, ciertamente, todo será consumado».

Se nos relata el momento en que Henoc es llevado a un lugar por los misteriosos vigilantes:

Y me llevaron a un lugar de oscuridad y a una montaña cuya cima alcanzaba los cielos. Y vi lugares de las luminarias y tesoros de las estrellas y del trueno [...] vinieron desde el cielo seres que eran como hombres blancos y cuatro de ellos vinieron de ese lugar y tres con ellos. Esos tres [...] me agarraron por mi mano y me llevaron arriba [...] y me subieron alto a un lugar elevado y me enseñaron una torre erguida alto sobre la Tierra y todas las colinas eran más bajas. [Al parecer acompañaron a Henoc a la cima de algún monte] Y uno me dijo: «Permanece aquí hasta que veas todo lo que va a acontecer».

Posteriormente, se nos describe el impacto de un cometa y sus funestas consecuencias:

Vi en una visión cómo el cielo se colapsaba y cómo dejaba de sostenerse y caía sobre la Tierra. Y cuando cayó sobre la Tierra y cómo la Tierra era tragada por un gran abismo y las montañas quedaron sumergidas...

El Libro de Henoc recoge, sin embargo, la visión de un impacto múltiple, causante de un diluvio anterior. Se trata de la descripción inequívoca de la

llegada a la superficie terrestre de los siete fragmentos de un cometa:

Vi las siete estrellas como grandes montañas ardientes y, para mí, cuando pregunté mirándolas, el ángel dijo: «Este momento es el final del cielo y la Tierra; se ha convertido en una prisión para las estrellas y los huéspedes del cielo, y las estrellas que pasan por el fuego son aquellas que han transgredido los mandamientos del Señor al comienzo de su caída, porque no fueron en el momento requerido [...] y entonces vi siete estrellas del cielo lanzadas juntas, como grandes montañas y ardiendo...».

También se nos informa del número de gigantes que perecieron en este primer diluvio del que se hace eco el Libro de Henoc:

Y sobrevino el diluvio del Señor sobre la Tierra y exterminó toda vida lo mismo a los 4.090.000 gigantes, y el nivel de las aguas subió 15 codos, más alto que la más empinada de las montañas.

Las Crónicas de Henoc aclaran varias cosas; por un lado justifican la denominación que reciben en el texto los vigilantes; al fin y al cabo aquellos eran precisamente eso, vigilantes del cielo. Astrónomos que conocían la manera de prever catástrofes cósmicas, ayudándose de los megalitos para predecirlas; razón por la que edificaban observatorios megalíticos y enseñaban a otros a construirlos y utilizarlos; uno de esos discípulos privilegiados fue Henoc. También hemos comprendido el interés que tenían al instruir a los hombres por especialidades. Si un cataclismo iba a borrar de un plumazo las culturas avanzadas del planeta, lo suyo era preservar las diferentes parcelas constitutivas de su sabiduría científica y cultural en las mentes de unos cuantos elegidos.

Vistas así las cosas, el «surgimiento espontáneo» de la civilización en Oriente Próximo tiene su explicación más inmediata en un grupo selecto de individuos instruidos en la «ciencia de los dioses». Gracias a ellos y a sus descendientes, la civilización, personificada en este caso en los sumerios, resurgiría con relativa rapidez. El espíritu de los gigantes volvería a renacer<sup>63</sup>. Ahora sólo nos resta confirmar científicamente los impactos descritos por Henoc.

## PRUEBAS DE CATACLISMOS

A finales de los años noventa, una pareja de científicos afirmaron haber encontrado pruebas de un devastador bombardeo de asteroides sobre nuestro

planeta en tiempos del Holoceno. Pero lo que más llamó la atención a sus compañeros del Instituto Geológico de la Universidad de Viena fue la relación que los Tollmann –así se apellida el matrimonio de geólogos– establecieron con la leyenda henoquiiana relativa a las *siete estrellas* que se precipitaron sobre la Tierra como grandes montañas ardientes.

Los primeros trazados de impacto se encontraron en 1970, en el interior de madera fosilizada en Australia. A partir de entonces, los Tollmann no dejaron de encontrar evidencias del impacto múltiple en capas sedimentarias de los océanos del planeta. Los indicios encontrados por la pareja de geólogos no dejan lugar a dudas. Se han encontrado restos de cristales de cuarzo fracturados, granos de hierro-níquel-silicio metamorfoseados, rocas deformadas, microesférulas, iridio en altas concentraciones, moléculas de carbono de origen extraterrestre y cantidades significativas de vegetación transformada en ceniza y hollín. Los registros dendrocronológicos denotan irregularidades radiocarbónicas<sup>64</sup> hace unos diez mil años atrás. Pero los geólogos han encontrado más pruebas de impactos. Como ya indiqué antes, después de la explosión generada por el choque meteórico se produce una tremenda subida en los niveles de dióxido de carbono (el conocido «efecto invernadero»), el cual es absorbido, en gran parte, por el mar. Pues bien, el estudio de los restos de polen encontrados en diversas capas sedimentarias ha demostrado que al menos en dos ocasiones recientes desde el punto de vista geológico –en 7640 a. C. y en 3150 a. C.– nuestro planeta vivió una etapa de clima cálido en el que la temperatura del mar superaba los cuatro grados centígrados con respecto a la temperatura previa a la colisión cósmica. También se han encontrado restos de conchas modernas en la cima de cadenas montañosas, al norte de Gales, en altitudes que superan los cuatrocientos metros; lo que demuestra que en un momento reciente de nuestra historia geológica esta zona estuvo temporalmente cubierta por las aguas que retiró el impacto cósmico. Las prospecciones llevadas a cabo por otros equipos geológicos en los núcleos de hielo tomadas por todo el planeta son contundentes: los registros de ácido nítrico marcan dos máximos en el 7640 a. C. y el 3150 a. C. Dos momentos críticos en la historia de la Tierra de los que se hizo eco Henoc en sus crónicas. La confirmación de que los «diluvios» universales son posibles.

En 7640 a. C. el planeta estaba sumido en una era glacial. Por lo tanto, de haber existido una civilización avanzada tuvo que estar ubicada en algún

punto de las regiones ecuatoriales. Amplio espacio geográfico en el que se concentraban los mayores núcleos demográficos humanos<sup>65</sup>. En este contexto un trozo de hielo llega a las inmediaciones de nuestro sistema solar y en su viaje –como en el caso del cometa Shoemaker Levy– se quiebra en siete pedazos que acabarán precipitándose en varias zonas del planeta. El brutal bombardeo hizo temblar –literalmente– la Tierra e incluso provocó el cambio de polaridad del mismo. Todavía se desconocen los mecanismos de este fenómeno, pero se sabe que la entrada de un cuerpo meteórico en nuestra atmósfera y su posterior colisión imprime este tipo de huella geológica.

Por desgracia, las consecuencias genéticas pueden ser devastadoras. Cuando el campo magnético varía, y hasta la fecha los geólogos han registrado cuatro inversiones de polaridad, este tiende a disminuir paulatinamente hasta desaparecer temporalmente. Con actividad cero, la Tierra está a merced de las partículas de alta energía procedentes del Sol, lo que genera mutaciones en el ADN de los entes biológicos. No olvidemos que el campo magnético terrestre actúa como escudo protector de la vida al repeler esas energías nocivas; sin embargo, y por razones que los evolucionistas no logran comprender, este hecho colaboró en la vertiginosa y correcta mutación de algunas especies animales.

Es evidente que el cometa del Diluvio de Henoc impactó con la Tierra el 3150 a. C. De menor tamaño, la colisión debió de producirse en el ámbito geográfico del Mediterráneo. Resulta curioso que los mayas, a miles de kilómetros de distancia del ámbito de influencia de Henoc, determinaran el inicio de su calendario el 3113 a. C. ¿Existió alguna razón especial para ello? Esta decisión de los mayas ¿esconde alguna relación con el impacto de Henoc? Aunque existe una diferencia de treinta y siete años entre las dos fechas, tal vez se produjo alguna efeméride cósmica anterior al impacto cometario. Desde hace unos años, se sabe que los mayas eligieron esta fecha porque al parecer Venus brilló más de la cuenta en el firmamento (acontecimiento que bautizaron como «El Nacimiento de Venus»).

Como indicábamos antes, todavía se desconocen los mecanismos que inducen el cambio de polaridad de nuestro planeta; sin embargo, se sabe que en ese contexto comenzó a generarse la inversión magnética. El investigador Maurice M. Cotterell sugiere una explicación del fenómeno realmente interesante. Según él (aparte de los impactos meteóricos) existen otras fuerzas cósmicas capaces de hacer variar nuestro campo magnético: «los mayas

sabían que el campo magnético del Sol se invierte cíclicamente; y en el 3113 a. C. el campo magnético de nuestra estrella hizo lo propio». A consecuencia de este cambio de polaridad del Sol, los planetas cercanos, incluida la Tierra, podrían haber sufrido las consecuencias y entre ellos Venus, que influido por el Sol se tambaleó hasta un punto de inclinación que orientó el polo del planeta hacia la Tierra. El reflejo del sol sobre el polo venusiano hizo que el planeta brillara más de lo normal, marcando el inicio de una nueva Era para los mayas («El nacimiento de Venus»).

Aunque teóricamente las fuerzas solares fueron capaces de desplazar a Venus no se puede asegurar que hicieran lo propio con la Tierra. De todos modos, pudieron influir de un modo menos dramático que se vio agravado por la colisión descrita por Henoc, treinta y siete años más tarde.

La revelación de los «dioses» en todas las culturas antiguas siempre ha sido la misma: la venida de un Juicio Final, de un Apocalipsis para el que tenemos que estar preparados. Verdaderamente ello es cierto, pero como hemos podido comprobar al seguir la pista de los eslabones de la cadena, no desde una óptica religiosa o sectaria. Esto es muy importante aclararlo. Aún recuerdo la cantidad de locos argumentos que aventuraban el fin del mundo el 21 de diciembre de 2012 y las profecías disparatadas que hablaban de conspiraciones alienígenas y de la extinción de la luz solar ese día en particular.

Los datos aportados nos han proporcionado la certeza de una tradición cósmica dirigida a salvaguardar los pilares del conocimiento técnico y científico de una desconocida civilización extinguida por causas meramente naturales. El génesis de esa entidad o entidades culturales no está –como se pensaba– en los sumerios o los egipcios, sino más atrás en el tiempo. Justo antes de que un cometa desperdigara las piezas del puzzle entre doce mil y once mil años atrás.

En 560 a. C., un filósofo griego llamado Solón visitó Sais. Allí un anciano y sabio sacerdote le reveló uno de los secretos mejor guardados por la tradición del país de las Pirámides:

Oh, Solón, todos vosotros [los griegos] tenéis una mente joven que no conserva las viejas creencias basadas en una larga tradición, ni conocimientos blanqueados por las nieves del tiempo. La razón es esta. Se han producido y se producirán en el futuro muchas y diversas destrucciones del género humano, las mayores por el fuego y el agua, si bien las menores se deben a otras innumerables causas. Así, la historia, corriente también, en vuestra parte del mundo, de que Faetón, hijo del Sol, enjaezó el carro de su padre, pero no pudo guiarlo en el

curso que su padre seguía, quemándolo todo a su paso por la superficie de la tierra y siendo él mismo consumido por el rayo. Esta leyenda tiene la apariencia de una fábula; pero la verdad que subyace en ella es una desviación de los cuerpos que giran en el cielo en torno a nuestro mundo y una destrucción, que acontece tras largos intervalos, de las cosas sobre la Tierra por una gran conflagración [...] Cualquier logro grande o noble o suceso en algún sentido excepcional que ha llegado a acontecer, bien en vuestras regiones o aquí o en algún lugar del cual tenemos noticias, ha sido anotado en épocas pasadas en registros que se conservan en nuestros templos; mientras que en vuestro caso, y en el de otros pueblos la vida [acababa de ser] enriquecida con las letras y todas las demás necesidades de la civilización cuando, una vez más, después del usual período de años, los torrentes del cielo se abalanzaron como una pestilencia, dejando sólo entre vosotros lo grosero y lo iletrado. Y así comenzasteis de nuevo igual que niños, sin saber nada de lo que existía en los tiempos antiguos aquí o en vuestro propio país [...] Para empezar, tu gente sólo recordaba un diluvio, pese a que hubo antes otros muchos; y además no sabéis que la raza más noble y arrojada del mundo vivió una vez en tu país. Tú y todos tus compatriotas procedéis de un pequeño remanente de su semilla; pero nada sabes de ello porque durante muchas generaciones los supervivientes murieron sin dejar ninguna palabra por escrito.

Nadie pone en duda la seriedad del que pasa por ser uno de los mayores filósofos de todos los tiempos. Parece, por tanto, que existen buenas razones para dar por sentado que el anciano sacerdote egipcio fue un informante fidedigno; y que la historia que narró al letrado Solón fue tan real como lo que describe en ella. Este extracto, proveniente de los diálogos de Platón *Timeo* y *Critias* –en donde por cierto aparece la historia de la mítica Atlántida–, recoge la evocación del recuerdo de unos acontecimientos que Henoc ya recoge en sus crónicas. ¿Quién hizo brotar la semilla de la civilización en Grecia? ¿Fueron los vigilantes o los gigantes de las viejas tradiciones?

En nuestro viaje por el tiempo y el espacio hemos dado a conocer las huellas de aquella civilización antediluviana que, hace miles de años, pereció bajo la convulsión apocalíptica provocada por los pedazos de un cometa. Estos testimonios son materiales (objetos insólitos, yacimientos megalíticos...); mitológico-documentales (Libro de Henoc, leyendas de tradición oral...); y lingüísticos. Sobre este último particular, los filólogos han demostrado que todas las lenguas del planeta provienen de un lenguaje raíz al que llaman nostraico<sup>66</sup>. Pues bien, la lengua matriz tiene unos quince mil años de antigüedad, situándose por lo tanto en el contexto temporal en el que –presumiblemente– aquella misteriosa civilización antediluviana existió.

Se considera que la característica principal que define a todo grupo social civilizado es la escritura. Del período glacial europeo tenemos testimonios de

un arte rupestre abstracto en el que algunos investigadores creemos ver vestigios de una especie de protoescritura. No sabemos si los habitantes de esta parte del mundo realmente inventaron la escritura miles de años antes que los sumerios. Lo que sí parece bastante probable es que utilizaron estos signos con esa intención. Se hace necesaria, de una vez por todas, una investigación de campo exhaustiva, en aquellos territorios en los que existen miles de yacimientos con sus mensajes rupestres acariciados por el viento. Los arqueólogos deberían ponerse de acuerdo en la elaboración de un corpus lo suficientemente amplio de simbología paleolítica como para constatar y concluir definitivamente si se trata o no de una auténtica escritura. Independientemente de esto, lo que sí resulta evidente es que los petroglifos representan un medio de comunicación simbólico, profusamente utilizado por los pobladores prehistóricos desde el Paleolítico hasta el Neolítico. En cuanto a fenómeno global, los petroglifos gallegos –por ejemplo– guardan una estrecha relación con el arte rupestre de la región franco-cantábrica. Estos signos son análogos o, en su defecto, notablemente similares a los lenguajes escritos de la antigüedad que se extienden desde el Mediterráneo hasta el continente chino. Estas coincidencias no se deben, en modo alguno, a la casualidad, aunque en honor a la verdad sólo un reducido número de signos básicos (háblese de círculos, cruces o círculos concéntricos) podría tener su explicación en la psicología<sup>67</sup>. Probablemente, los sistemas de escritura que surgieron en Mesopotamia, hace unos cinco mil años, deban su desarrollo a una serie de innovaciones que pueden remontarse hasta el neolítico y, aún más atrás, hasta una época tan antigua como el Paleolítico superior. Ahora bien, ¿y si este código prehistórico tuviera su génesis en los tiempos del nostraico?

Aunque ninguna de las evidencias que hemos examinado en este libro es definitiva al cien por cien, los antiguos alineamientos astronómicos de Nabta, la supuesta nueva datación de la Esfinge, las antiguas metrópolis de Çatal-Huyuk y Jericó, la presencia del ser humano en el continente americano mucho antes de lo que se estimaba, los conocimientos astronómicos avanzados que aparecen en todo el mundo, como la precesión, o los mapas cósmicos de Lascaux, parecen señalar que el origen de la civilización se remonta muchísimo más atrás en el tiempo de lo que creemos hoy en día.

Para acabar sólo una reflexión. El carácter destructivo de los asteroides ha puesto en evidencia nuestra debilidad ante los impactos cósmicos. Tal vez sea

la primera vez en la historia en la que nuestra especie está capacitada para hacer frente a esta amenaza. Poseemos la tecnología necesaria para garantizar, en parte, nuestra seguridad frente a manifestaciones naturales tan devastadoras. Creo que los gobiernos más ricos de nuestra arrogante civilización deberían comenzar a tomarse más en serio este desafío, rescatando la figura de los vigilantes del cielo e invirtiendo los mejores medios humanos y técnicos en un programa científico de defensa a escala mundial encaminada a evitar un nuevo cataclismo cósmico que nos sumiría en la ignorancia y la barbarie. Sé que desde hace un tiempo existen equipos que vigilan el cielo, pero se deben desarrollar tecnologías destinadas a evitar colisiones cósmicas.

Que nadie se equivoque, esta reflexión no es la propia de un catastrofista de moda, sino que surge de una apreciación realista de la naturaleza. Ya lo intuían nuestros ancestros más remotos: en el conocimiento del cosmos está la llave de nuestra salvación.

[57](#) Sus efectos destructivos son de una magnitud que supera con creces la imaginación más destructiva. Según los geólogos en la actualidad existe al menos un supervolcán en el parque Yellowstone de EE. UU. cuya actividad presenta indicios de una futura erupción relativamente próxima en el tiempo. Las consecuencias de una explosión de tales características pondría en serio peligro nuestra permanencia sobre el planeta. Provocaría una convulsión que se haría sentir a nivel planetario. A los pocos días de la erupción miles de toneladas de material volcánico serían lanzadas a la atmósfera, garantizando un colapso climático que nos llevaría en pocas semanas a una nueva glaciación.

[58](#) Dependiendo de la envergadura del impacto, las inundaciones por tsunamis serían de mayor o menor calado. En el caso de un impacto múltiple, se podría en efecto inundar todo el planeta durante varios días.

[59](#) De todos los temas tratados en el manuscrito, son de nuestro interés sobre todo los datos astronómicos que un «ángel» enseñó a Henoc y la descripción de un grupo de entidades a los que él llama vigilantes, cuya concupiscencia les llevó a copular con mujeres locales que a su vez engendraron a unos gigantes.

[60](#) Las siete ciencias para comprender el cosmos: la gramática, la retórica, la lógica, la aritmética, la geometría, la música y la astronomía.

[61](#) Nadie fuera de Etiopía supo de la existencia real del Libro de Henoc durante más de mil años, a pesar de lo cual los francmasones ya conocían muchas de las historias descritas en el manuscrito.

[62](#) Traducción Thübingen, 1900.

[63](#) Recientemente, un equipo arqueológico descubrió los restos de una momia de 1,95 metros de altitud, en plena China Central. Los restos de este humano «gigante» han sido analizados por los especialistas y sorprendentemente se ha descubierto que sus rasgos son plenamente occidentales, europeos. Sus



vestimentas coinciden, además, con las elaboradas en la Escocia megalítica.

[64](#) Cuando un meteorito impacta contra la superficie terrestre se pierde una significativa cantidad de capa de ozono, lo que permite la entrada de una mayor cantidad de radiación ultravioleta, lo cual repercute directamente en el incremento productivo de carbono 14. Como se sabe este elemento es utilizado por los arqueólogos y geólogos para datar muestras antiguas, por lo que se hace imprescindible conocer estos incrementos en las curvas de calibración si queremos saber la datación correcta de las muestras analizadas.

[65](#) En ese momento de la historia geológica de la Tierra, el norte de África, el Sahara argelino (recordemos los murales rupestres de Tassili) o Egipto presentaban un aspecto muy diferente al actual. Lo que hoy es desierto entonces era un inmenso territorio fértil con una gran riqueza de flora y fauna.

[66](#) Robert Lomas dice al respecto: «Hace más de doscientos años, *sir* William Jones descubrió que el sánscrito está relacionado con el griego y el latín, lo que llevó a la identificación de un grupo de lenguas conocido hoy como indoeuropeo». En este grupo encontramos todos los idiomas hablados hoy en día en Europa y América.

[67](#) Cada vez estoy más convencido que las analogías rupestres existentes entre diferentes culturas prehistóricas del planeta tiene su explicación en las prácticas chamánicas.

# Epílogo

## Del amanecer al ocaso de las grandes civilizaciones

El científico ruso Velikovsky acuñó la expresión «amnesia colectiva» para explicar las misteriosas pérdidas de crónicas históricas por parte de razas enteras a lo largo de los siglos. Después de un devastador cataclismo pocos eran los individuos letrados que sobrevivían y consecuentemente resultaba improbable que las informaciones relativas a su extinta civilización se transmitieran a las posteriores generaciones con el vigor adecuado, razón por la que, en el mejor de los casos, eran asimiladas y transformadas al lenguaje de los mitos y el imaginario popular. Hay que entender que las culturas preclásicas de antaño no practicaban la ciencia en el sentido que entendemos ahora; pero a pesar de ello eran profundos observadores y conocedores de la naturaleza y sus fenómenos, por lo que muchas de sus observaciones fueron transmitidas en sus tradiciones orales y posteriormente fueron recogidas en sus fuentes mitológicas por escrito. Lamentablemente, desde nuestra perspectiva cultural moderna tendemos a apreciar las cualidades literarias de estas fuentes tradicionales restando importancia a la veracidad de sus contenidos, cuando la realidad es muy distinta. La lógica antropológica de aquellos narradores se basaba en un paradigma diferente al nuestro y por lo tanto estas tradiciones recogían información veraz usando para ello el lenguaje religioso. Una de esas tradiciones fue el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas.

Con una antigüedad de unos cuatro mil años, el manuscrito nos narra la forma en que los dioses crearon al ser humano hace millones de años. Llegó un momento en que aquellos humanos se rebelaron –a su vez– contra sus creadores, lo que desató la irrefrenable ira de éstos. Coléricos, oscurecieron el cielo y provocaron una caótica lluvia cósmica que asoló todo rastro de vida sobre la faz de la tierra. El *Popol Vuh* prosigue diciéndonos que los dioses decidieron dar otra oportunidad al hombre creándolo de nuevo. De esta manera, la faz del planeta volvió a ser poblada por una «segunda humanidad». Para los mayas, esta segunda humanidad somos nosotros.

El polémico Zecharia Sitchin hacía referencia en sus escritos a las analogías establecidas entre estas tradiciones antiguas del nuevo continente y las referidas en las fuentes mesopotámicas en las que el hombre era también concebido como una creación de unos dioses cuanto menos poco divinos en el sentido espiritual pues adolecían de la pureza que cabría esperar en unos entes de esta naturaleza. De hecho, eran criaturas con las características emocionales y psicológicas típicas de nuestra especie, pues sentían amor, odio, celos, envidia, etc. Esos seres «sobrenaturales» eran, para el desaparecido escritor, alienígenas y los humanos habrían sido creados para servir a esta raza como esclavos. Desde luego, la conclusión de Sitchin resulta interesante para cualquier guionista de ciencia ficción; sin embargo, la realidad es más sencilla. Aquellas clases dominantes lo eran, entre otras razones, por haber conseguido eficazmente que sus súbditos creyeran que, en efecto, eran dioses a los que debían servir sin rechistar. Lo que está claro es que la similitud de contenidos sobre cataclismos en los mitos y leyendas de numerosas culturas del planeta tuvieron su origen en acontecimientos reales cuya magnitud e impacto trascendió de alguna manera al mundo tradicional de aquellas viejas culturas. Estos vagos rastros de memoria colectiva hacían referencia explícita al colapso de grandes civilizaciones y culturas olvidadas por catástrofes naturales. Probablemente, estas tradiciones rememoran la existencia, además, de una gran civilización olvidada, previa al cataclismo cósmico que asoló gran parte del planeta; sin embargo, no tienen por qué evocar la polémica Atlántida de Platón pues de haber existido en realidad podría haber sido posterior en el tiempo o no, nadie lo sabe con seguridad; aunque la teoría de la cultura Magdaleniense, tal y como he explicado páginas atrás, podría corresponderse con el mito atlante. Estos mitos nos hablan de un tiempo perdido que explicaría parte de los enigmas planteados

en este libro.

La arqueología nos ha revelado que las civilizaciones son como entes vivos: nacen, se desarrollan y mueren. El colapso sobreviene por diversos aspectos pero últimamente los datos aportados por los arqueólogos inciden en su mayor parte en factores medioambientales y catástrofes naturales como los elementos decisivos sobre los que se fundamenta el ocaso de las grandes civilizaciones y culturas de la Antigüedad.

El arqueólogo Joseph Tainter está considerado como uno de los expertos más reputados en el estudio y análisis de las causas que justificaron la extinción de las civilizaciones más representativas del pasado. En su libro, *The collapse of complex societies*, Tainter hace una valoración exhaustiva de las explicaciones alternativas que argumentan los colapsos de la Antigüedad. Al contrario de lo que afirman muchos estudios actuales, Tainter continuaba viendo con escepticismo la posibilidad de que estas extinciones de sociedades complejas pudieran haberse debido al agotamiento de los recursos brindados por la naturaleza.

Uno de los supuestos de esta perspectiva –comenta en su obra– debe ser que esas sociedades se tumbaron a descansar y a contemplar cómo se cernía sobre ellos la inestabilidad sin adoptar medidas correctoras. Este es un problema de primer orden. Las sociedades complejas se caracterizan por disponer de un elevado flujo de información para tomar decisiones de forma centralizada, así como una enorme coordinación entre sus diferentes sectores, canales de mando formales y una gran acumulación de recursos. Gran parte de esta estructura parece estar capacitada para contrarrestar las fluctuaciones y deficiencias de la productividad, si es que no era el fin para el que había sido concebida de forma expresa. Con su estructura administrativa y su gran capacidad para la asignación de trabajo y recursos, quizá una de las cosas que mejor hagan las sociedades complejas sea enfrentarse a condiciones ambientales adversas. Resulta curioso que se vinieran abajo cuando se enfrentaban precisamente a las condiciones que estaban preparados para sortear [...] Tan pronto como los integrantes o los administradores de una sociedad compleja perciben que una fuente esencial de recursos se está deteriorando, parece de todo punto razonable suponer que se adoptarían medidas encaminadas a resolver la situación. La suposición alternativa –la de la despreocupación ante el desastre– exige grandes dosis de fe ante las que con toda razón podemos dudar.

Conforme este razonamiento, Tainter consideraba altamente improbable que las sociedades complejas se vinieran abajo por una gestión equivocada de sus recursos; sin embargo los ejemplos mostrados en este libro confirman lo contrario. Desgraciadamente, ni siquiera la experiencia anterior representa una garantía de que una determinada sociedad vaya a prever un problema si dicha experiencia tuvo lugar hace tanto tiempo que se ha olvidado. Así pues, todas las civilizaciones del pasado basan su prosperidad en varios aspectos,

entre ellos, la exitosa utilización de los recursos de su entorno. La historia, sin embargo, nos demuestra que en infinidad de casos la sobre explotación de estos recursos está detrás del ocaso de muchas de estas viejas sociedades. Pero como he indicado antes, esta valiosa información ha pasado desapercibida para los descendientes de aquellos pueblos por lo que estos han repetido los mismos errores y han compartido el mismo destino catastrófico al final de su ciclo vital como entidades sociales.

Parte de aquellas entidades no poseían el registro escrito<sup>68</sup> y aquellas que lo tenían consideraron que esa información no era valiosa para ser recordada o en el mejor de los casos plasmaron esos calamitosos acontecimientos aunque sin ahondar en las razones que generaron los efectos devastadores en el ecosistema que les sirvió de escenario a ellos y a sus antepasados; además, parte de estos registros acabaron desfigurados por la mitificación de unos acontecimientos que en ocasiones no se entendían bien; aunque no siempre fue así.

Como recordará el lector, los anasazi del cañón de Chaco sobrevivieron a varios episodios de escasez de agua antes de sucumbir a la gran sequía que padecieron en el siglo XII. La arqueología ha constatado etapas de sequía anteriores a la existencia misma de la sociedad anasazi. La gran sequía que padecieron los anasazi «atacó» por sorpresa debido en gran parte, además, al hecho de que estos carecían de escritura y en su mundo tradicional la transmisión oral no otorgaba importancia a la memoria histórica tal y como la entendemos actualmente. De manera bastante similar, los mayas clásicos de las tierras bajas sucumbieron a una sequía en el siglo IX a pesar de que su territorio se había visto afectado por episodios climáticos idénticos desde hacía siglos atrás. A diferencia de los anasazi, los mayas sí disponían de registro escrito; pero sólo lo utilizaban para recoger en él acontecimientos astronómicos y las grandes hazañas bélicas de sus monarcas; «de modo que la sequía del siglo III no contribuyó a que los mayas previeran la sequía del siglo IX».

Me cuesta creer que los habitantes de la isla de Pascua no se percataran de que algo iba mal cuando la deforestación era algo más que evidente. Aunque nos resulte inexplicable los habitantes de Pascua siguieron haciendo uso de la poca madera que les quedaba para construir sus enigmáticos moais y escenificar, hasta el paroxismo, sus rituales religiosos. Al final tuvieron más peso en sus decisiones sus creencias que el sentido común. Tal vez hubieran

podido prescindir del mal hábito de utilizar de manera desproporcionada los recursos arbóreos de la isla, y seguir dando satisfacción a su mundo antropológico; pero optaron por continuar y, tal y como describo en el libro, fue su perdición y peor pesadilla.

En este caso, todos sabían las razones que habían convertido la isla en una tierra sin árboles pero prefirieron continuar hacia adelante sin valorar las consecuencias. Es un ejemplo de irracionalidad que a todos nos resulta familiar. Sin embargo, aquí surge una pregunta ineludible: ¿cómo se explica que una sociedad relativamente avanzada como aquella tomase una decisión tan desastrosa para su supervivencia? La respuesta objetiva a esta cuestión es fundamental para entender los mecanismos que hacen que una sociedad en su conjunto no reaccione contra una inercia perniciosa para su futuro.

Con este libro he tratado de dar a conocer argumentaciones y testimonios que generalmente son obviadas por la ciencia ortodoxa. Entiendo que la aceptación de estos elementos exóticos resulta incómoda para algunos científicos. Ahora bien, este comportamiento en algunos casos no resulta nada positivo y contribuye a favorecer la expansión de ideas y especulaciones erróneas, especialmente diseñadas –la mayoría de las veces– para fomentar el lucro de determinadas publicaciones, organizaciones religiosas y sectas. Por regla general, la predisposición de la ciencia es la de bucear en lo desconocido, sin complejos, pero a la hora de abordar ciertos temas relacionados con el erróneamente denominado «mundo del misterio» esa tendencia intelectual se desvanece deliberadamente; al menos eso es lo que pasa en la mayoría de los casos; aunque he de reconocer que en materias como la búsqueda de vida extraterrestre, entre otros temas antaño polémicos, las cosas han comenzado a cambiar positivamente, lo que está contribuyendo a enfocar los problemas y las futuras conclusiones a estas cuestiones desde una perspectiva mucho más objetiva, libre de prejuicios; y lo que es más importante, desde el ámbito de la ciencia.

Afortunadamente, muchos científicos han comprendido que es imprescindible superar tabúes para avanzar en el conocimiento. Aunque la vocación de la ciencia es la búsqueda de la verdad, en mayúsculas, como en todos los grandes proyectos de la humanidad existe un elemento que puede malograr el objetivo perseguido: el factor humano. Es el individuo, en su subjetividad, en su ego, el que puede frustrar la esencia de una buena idea con vocación general; es algo que hemos comprobado repetidamente a lo

largo de la historia de las civilizaciones. Muchos experimentos con vocación social, por ejemplo, han fracasado por los individuos y grupos que los han liderado. Esto ha influido, también, a la hora de tomar decisiones colectivamente, decisiones que en el pasado han contribuido al fracaso de algunas de las civilizaciones más representativas que comento en las páginas de este libro. Factores adicionales como los conflictos de intereses entre los miembros del grupo de poder y la dinámica del mismo son determinantes a la hora de convenir el rumbo a seguir en momentos difíciles.

Por otro lado, el hecho de haber encontrado objetos tecnológicamente avanzados en contextos en los que se supone que el hombre estaba todavía inmerso en la oscuridad de la ignorancia científica, unido al hecho de que ciertas civilizaciones antiguas dominaban las matemáticas y la astronomía nos puede llevar a un terreno resbaladizo, ofreciendo una imagen del pasado deformada, viendo alienígenas donde en realidad hay seres humanos ataviados con máscaras rituales en ciertos yacimientos rupestres o dioses procedentes de otros sistemas planetarios visitando a emperadores de la antigua China en magníficas naves espaciales, historias todas ellas fruto de la imaginación humana y de los estados alterados de conciencia. Aunque soy de los que piensan que nunca hay que cerrar del todo la puerta a esta exótica posibilidad –recordemos a los dogones– hay que reconocer que la mayor parte de los indicios documentales y mitológicos que parecen describir la presencia alienígena en el pasado podrían ser, en realidad, la descripción de seres humanos descendientes de una avanzada cultura mal interpretada por la tradición oral de pueblos antiguos con una visión del mundo diferente; es más, en el asombroso caso de los dogones podríamos especular con la posibilidad de que aquellos supuestos dioses cósmicos fueran en realidad los herederos de un conocimiento certero de los ciclos destructivos de la naturaleza; puede que hasta los descendientes de una civilización extinguida u olvidada que llegó a un alto nivel de conocimiento científico sobre ciertas efemérides astronómicas y que agobiada ante la «inminencia» de un nuevo cataclismo –como el descrito por Henoc– se vieron en la obligación de emprender la difícil empresa de alertar a otros pueblos menos desarrollados de dicha amenaza.

Como muy bien señala Andrew Tomas, debemos mucho más a nuestros predecesores de lo que nos damos cuenta, pero tenemos una deuda aún mayor con aquellos misteriosos portadores de la antorcha de la civilización, quienes

impartieron su conocimiento a las numerosas culturas que se citan en este libro, y que como piezas de un puzzle han sido deliberadamente ignoradas, condenadas al silencio.

Ha llegado el momento de rehacer el puzzle de nuestro pasado con las piezas injustamente discriminadas. El resultado global de esta reconstrucción histórica mucho más abierta nos ofrece un panorama lleno de sorpresas. Un escenario en el que civilizaciones anteriores a la nuestra sucumbieron como consecuencia de los embates de la madre naturaleza. Esas arremetidas cíclicas han tambaleado nuestro mundo y la vida contenida en él desde hace millones de años y lo seguirán haciendo. A diferencia de otros casos, los antiguos lo sabían, así nos lo indican sus tradiciones y mitos, y ahora lo confirma la ciencia<sup>69</sup>.

Nuevas pruebas de que un meteorito o cometa casi destruye la humanidad en tiempos prehistóricos han salido a la luz de la mano de científicos norteamericanos. Esas pruebas se han desenterrado en Pensilvania y demuestran una clara vinculación entre la catástrofe y la desaparición de la megafauna americana y una cultura prehistórica denominada *Clovis*. El impacto cósmico tuvo lugar hace doce mil novecientos años en la actual América del Norte originando un período de clima frío conocido por los expertos como «Dyras Reciente», fase de enfriamiento climático que se dio a finales del Pleistoceno entre doce mil novecientos y once mil quinientos años atrás. El Dyras Reciente significó un rápido cambio a las condiciones glaciares en las latitudes más altas del hemisferio norte en dicho contexto temporal. Se sabe, además, que estas alteraciones tuvieron lugar en prácticamente una década y este período duró al menos setenta años, fue muy súbito como ya he recalcado y se corresponde con un radical cambio climático en esa zona del planeta. Aunque la idea no es nueva, los estudios realizados en las capas sedimentarias de Pensilvania, en Carolina del Sur, refuerzan considerablemente la hipótesis a la que me he estado refiriendo en páginas anteriores. Material vitrificado y carbonizado abunda en estas capas del terreno analizadas por los equipos americanos pero también han sido encontradas en Siria. En definitiva, los datos refuerzan la idea de que el impacto tuvo lugar no en un sitio sino en varios a la vez, algo parecido a lo que aconteció en Júpiter con el cometa Shoemaker-Levy 9 pero en menor escala. Además, nos aproximan al contexto temporal real en el que sucedieron los acontecimientos descritos en muchas tradiciones por lo que



conforme pasa el tiempo y las investigaciones avanzan iremos definiendo cada vez más lo que hasta ahora son fechas relativas y aproximadas que, sin duda, se refieren a un mismo acontecimiento catastrófico<sup>70</sup>.

Esta es una forma extrema de desaparecer de la faz del planeta; sin embargo, la mayor parte de las culturas conocidas que se han extinguido lo han hecho por razones climáticas o por esquilmar los recursos de su entorno; recordemos –nuevamente– a los habitantes de la Isla de Pascua. Su ofuscación religiosa de erigir moais utilizando para ello la tala masiva de árboles provocó el dramático declive de aquella civilización.

Entendemos lo que puede pasarnos como civilización avanzada el día que la madre naturaleza se revele contra nosotros bajo cualquiera de sus manifestaciones apocalípticas. En nuestras manos está –como ya indiqué antes– evitar los peores efectos de tragedias tan dantescas como las sugeridas en este libro; incluso, en contados casos, como la caída fortuita de material cósmico (meteoritos, cometas, etc.), podemos tratar de evitarlo o mitigar su potencial poder destructivo. De hecho, por primera vez en la historia tenemos la tecnología para intentarlo con cierta dignidad. Ese es, sin duda, el mejor legado que nos han dejado los pueblos que nos precedieron y hasta puede que aquella supuesta civilización fantasma a la que hace referencia Platón y otras tradiciones del planeta: la advertencia de que existen ciclos apocalípticos en nuestro mundo y la obligación que tenemos de salvaguardar y transmitir la semilla de la civilización en caso de colapsarse. Por otro lado, al igual que pasó con las antiguas civilizaciones que abusaron de su ecosistema viéndose por ello obligadas a abandonar fastuosas ciudades –como de hecho pasó con algunas ciudadelas mayas–, nosotros, al ser la primera civilización con influencia planetaria, podríamos vernos abocados a abandonar nuestro mundo. Y eso, a todas luces, es imposible pues sencillamente, ahí fuera, en el espacio profundo, no tenemos a dónde ir.

Más que nunca, el conocimiento del pasado nos aporta una lección fundamental que no es otra que la de tratar de vivir en armonía con el planeta, atentos a los pulsos de la naturaleza y por lo tanto siendo conocedores de los ciclos de creación y muerte. Esa es la clave fundamental que garantizará nuestra supervivencia en el futuro. Quizás, si actuamos de esta manera, algún día podamos soñar con viajar a las estrellas en busca de nuevos mundos en los que –salvo que no sea necesario– sembraremos la vida y el conocimiento. Será entonces cuando contribuyamos –sin saberlo– a dar contenido a los

mitos de un futuro lejano, en los que se nos recordará como los «dioses» que gestaron el nacimiento de una nueva civilización humana más allá de nuestro sistema solar.

[68](#) Pero sí hacían uso de la tradición oral aunque en la mayor parte de los casos esta ha demostrado ser bastante ineficaz en el tema que nos ocupa.

[69](#) Una cosa es segura: el viejo paradigma uniformista no puede explicar las pruebas que tenemos hoy y que fundamentan el nuevo paradigma «castastrofista» que vengo defendiendo. Esta visión de la naturaleza del cosmos y sus efectos en la historia del planeta Tierra no sólo ha influido en el ocaso de grandes culturas del pasado, también hemos de considerar que las catástrofes proporcionan la energía que impulsa la bomba evolutiva, la selección natural de las especies.

[70](#) Las fechas del 7640 a. C. y 3150 a. C. se acercan bastante al contexto sugerido en las nuevas indagaciones llevadas a cabo recientemente.

# Bibliografía

- ALFORD, Alan F. Los dioses del nuevo milenio. Barcelona: Martínez Roca, 1977.
- ANDREW, Tomas. We are not the first. Nueva York: Bantam Books, 1973.
- ARSUAGA, Juan Luis; MARTÍNEZ, Ignacio. La especie elegida. Barcelona: Ediciones Temas de Hoy, 2000.
- ATKINSON, R. J. C. «Neolithic engineering ». En: Antiquity, 1961.
- COE , Michael; SNOW, Dean and BENSON, Elizabeth. Atlas of Ancient America. Oxford: Equinox Ltd, 1989.
- BAUVAL, Robert. La cámara secreta. Barcelona: Oberón, 2001.
- BÜRGIN, Luc. Enigmas Arqueológicos. Barcelona: Timun Mas, 2000.
- EVANS, Arthur. «The Palace of Minos». En: The Monthly Review. Londres, 1901.
- CASO, Alfonso. El pueblo del Sol. México: Fondo de Cultura, 1953.
- CERAM, W. C. El misterio hitita. Barcelona: Ediciones Destino, 1995.
- , Dioses, Tumbas y Sabios. Barcelona: Ediciones Destino, 1995.
- CHATELAIN, Maurice. Le Temps et L`espace. París: Laffont, 1979.
- , Astronomía neolítica. Barcelona: Martínez Roca, 1980.
- , En busca de nuestros antepasados cósmicos. Barcelona: Martínez Roca, 1983.
- CLUBE, Victor; NAPIER, Bill. The cosmic winter. EE. UU.: Blackwell, 1990.
- CORTÉS, Hernán. Cartas de relación de la conquista de México. Argentina: Espasa Calpe, 1945.
- COTTERELL, Arthur. Origins of European civilization. Londres: Michael Joseph/Rainbird, 1985.

- CUNLIFFE, B. Prehistory of Europe. Reino Unido: Oxford University Press, 1994.
- DAUMAS, François. La civilización del Egipto faraónico. Barcelona: Óptima Editorial, 2000.
- DIAMOND, J. Collapse. EE. UU.: Viking, 2005.
- INWARDS, Richard. The temple of the Andes. Londres: Brooks, Day & Son, 1884.
- KNIGHT, Christopher; LOMAS, Robert. Uriel's Machine. Reino Unido: Fair Winds Press, 1999.
- LEWIN, Roger. Evolución humana. Barcelona: Salvat Editores, 1993.
- MARTÍNEZ, Ignacio; ARSUAGA, Juan Luis. La especie elegida. Barcelona: Ediciones Temas de Hoy, 2000.
- MARTÍNEZ, Tomé. Galicia secreta. Madrid: Ediciones Corona Borealis, 2003.
- , El secreto de Compostela. Madrid: Editorial América Ibérica, 2002.
- MARTÍNEZ, Tomé; LOUÇAO, Paulo y CALLEJO, Jesús. Lugares mágicos de España y Portugal. Lisboa: Edições Esquilo, 2007.
- RENFREW, Colin. Before civilization. Londres: Pimlico, 1999.
- SITCHIN, Zecharia. El 12.º planeta. Barcelona: Ediciones Obelisco, 2002.
- TEMPLE, Robert K. G. El misterio de Sirio. Barcelona: Martínez Roca, 1982.
- , El sol de cristal. Oberón, 2000.
- TUDGE, Colin. The link. Nueva York: Little Brown and Company, 2009.
- VV. AA. O Confronto do Olhar. Caminho, 1991.
- WAISBARD, Simone. Las pistas de Nazca. Madrid: Plaza & Janés, 1980.
- WALKER, M. J. Antiguas civilizaciones de Mesopotamia. Madrid: Edimat Libros, 1983.
- WOOLLEY, Leonard. Ur of the Chaldees, seven years of excavation. Reino Unido: Pelican Books, 1938.

Facebook: Tomé Martínez Rodríguez:

[https://www.facebook.com/tome.martinezrodriguez?ref=tn\\_tnmn](https://www.facebook.com/tome.martinezrodriguez?ref=tn_tnmn)

# Índice

[Introducción. El planeta milagroso](#)

[Capítulo 1. La incógnita de la evolución humana](#)

[Genética y Paleoantropología](#)

[En busca del eslabón perdido](#)

[La fosa de Mesel](#)

[De Lucy al \*Homo sapiens\*](#)

[El antepasado del \*Homo\*](#)

[Capítulo 2. Megalitos, testigos de las estrellas](#)

[La ciencia de los megalitos](#)

[Casas de brujas y cultos lunares](#)

[La religión de las estrellas](#)

[Los constructores de megalitos](#)

[Stonehenge: el santuario cósmico](#)

[Avebury y otros lugares de poder](#)

[Capítulo 3. Magos rupestres](#)

[Las otras claves del arte rupestre](#)

[Arte rupestre cósmico](#)

[Capítulo 4. En busca de Sumer](#)

[El gran enigma de los hititas](#)

[El país de Melukkha](#)

[Schliemann: el último romántico](#)

[Evans y el minotauro](#)

[Capítulo 5. Las huellas del Dios Blanco](#)

[Nazca: un mensaje para los dioses](#)

[El experimento Ventura](#)

[El último refugio inca](#)

[Los señores de las pirámides](#)

[La máscara de jade](#)

## Cosmología precolombina

### Capítulo 6. En busca de la inmortalidad

### Capítulo 7. El legado anasazi

Angkor: el glorioso testimonio del pueblo jemer

Moais: los centinelas del tiempo

### Capítulo 8. Anomalías arqueológicas

Momias chinas, dinosaurios y libros sagrados

Los mapas de Piri Reis

Números cósmicos

Un mapa estelar de miles de años

¿Visitantes de otros mundos?

Tecnología del pasado imposible

La naturaleza de los dioses

El asombroso secreto de los dogones

El Valle de los Gigantes

Tesoros del territorio prohibido

### Capítulo 9. Mito y realidad

Cámaras secretas

### Capítulo 10. Cuando el cielo se derrumba

Templarios, masones y Libro de Henoc

Vigías del cielo

Pruebas de cataclismos

### Epílogo. Del amanecer al ocaso de las grandes civilizaciones

### Bibliografía

Tomé Martínez Rodríguez

# CIVILIZACIONES PERDIDAS

*La gruta cósmica de Lascaux, el Valle de los Gigantes, Stonebenge, Puma Punku, Machu Picchu, cañón Chaco, Angkor Wat... Un recorrido por los lugares y yacimientos arqueológicos más insólitos del planeta*

*Descubra los hallazgos que afianzan nuestra convicción de que el pasado de la humanidad esconde asombrosos secretos. Un viaje en el tiempo desde el génesis de nuestra especie hasta la extinción de las grandes civilizaciones de la antigüedad.*

Los vestigios y lugares que aparecen en las páginas de este libro provocan admiración y asombro. Su existencia plantea interrogantes sobre los avanzados conocimientos en astronomía, matemáticas o ingeniería de sus artífices. Grandes culturas cuya desaparición comienza a ser comprendida. En este libro, el lector encontrará las evidencias que afianzan nuestra convicción de que el pasado remoto de la humanidad es mucho más complejo de lo que nos imaginábamos. Un recorrido por el conocimiento hermético de la antigüedad, desde el génesis de nuestra especie, pasando por las primeras ciudades-estado, los constructores de megalitos, las pirámides egipcias, los observatorios astronómicos precolombinos o los santuarios rupestres del Sahara argelino; su relación con civilizaciones desaparecidas y los habitantes del cielo nocturno que según el mundo tradicional podían

establecer contacto con la humanidad en determinadas fechas del año.

Las huellas dejadas por nuestros ancestros son numerosas y no dejan de aparecer nuevos testimonios de viejas y olvidadas presencias. Muchos de estos testimonios y monumentos sirvieron para expresar la conexión entre los hombres y las fuerzas invisibles del cosmos. La escenificación de ese vínculo se basó, sin embargo, en un inaudito conocimiento científico que todavía hoy sigue manteniendo muchos interrogantes abiertos. Tras los primeros pasos de la arqueología en el siglo XVIII hasta nuestros días resulta evidente que muchos de estos enigmas jamás serán resueltos. No pasa lo mismo con las causas que provocaron el declive y extinción de muchas de estas ancestrales culturas. Hoy sabemos que muchas de aquellas sociedades y viejas potencias del mundo antiguo se vieron sorprendidas por una serie de acontecimientos que propiciaron su colapso.



HISTORIA  incógnita

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.

[www.HISTORIAincognita.com](http://www.HISTORIAincognita.com)

  
nowtilus  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)